

EL ATEISMO Y LA SINTAXIS

Y

EL POSITIVISMO

POR

D. FRANCISCO PINDADO

LECTORAL QUE FUE

de la Santa Iglesia Catedral de Ávila

OBRA INÉDITA

LA SACA Á LUZ SU DISCÍPULO

D. JERÓNIMO LUCAS, LECTORAL DE LEÓN



LEÓN

Imp. de Herederos de Miñón

1895

Dr. 39-62

8876

EL ATEISMO Y LA SINTAXIS

Y

EL POSITIVISMO

POR

D. FRANCISCO PINDADO

LECTORAL QUE FUÉ

de la Santa Iglesia Catedral de Ávila

—
OBRA INÉDITA
—

LA SACA Á LUZ SU DISCÍPULO

D. JERÓNIMO LUCAS, LECTORAL DE LEÓN

NOTA

Los interlocutores están expresados por las iniciales de sus respectivos nombres sobre las líneas de locución (=) y son los siguientes:

Católico, expresado por..... C
Racionalista..... R
Niño..... N



LEÓN

Imp. de Herederos de Miñón
1895



J. Lucas

Jerónimo Lucas

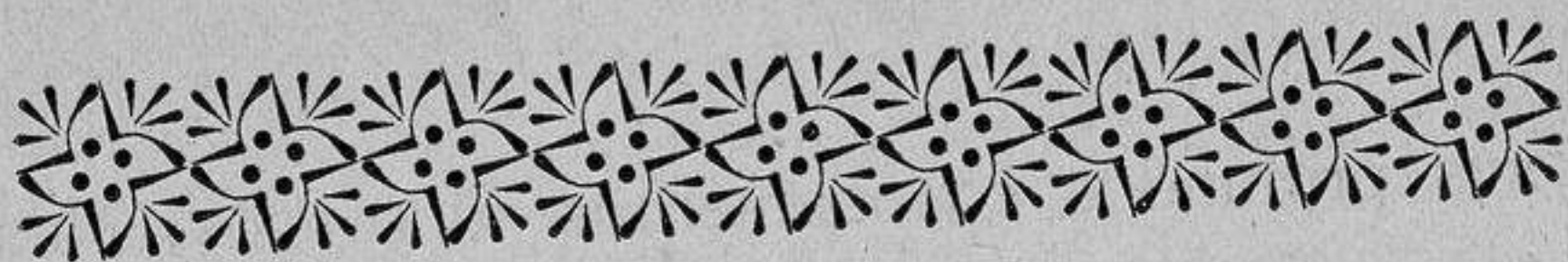
Es PROPIEDAD

SECRETARÍA DE CÁMARA Y GOBIERNO
DEL OBISPADO DE LEÓN

Nos el Dr. D. Francisco Gómez-Salazar y Lucio-Villegas,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE LEÓN, CONDE DE COLLE, SEÑOR DE LOS LUGARES
DE LAS ARRIMADAS Y VEGAMIÁN, ETC.

POR la presente y por lo que á Nos toca concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la Obra titulada **El Ateismo y la Sintaxis y el Positivismo** escrita por el M. I. Sr. D. Francisco Pindado, Canónigo Lectoral que fué de la S. I. Catedral de Avila; mediante que de nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. León 2 de Marzo de 1895.—† Francisco, Obispo de León.—Por mandado de S. E. Ilma. el Obispo mi Señor., Dr. Adolfo Pérez Muñoz, Presbítero Secretario.



DEDICATORIA-PRÓLOGO

A los discípulos del autor

AL dedicaros, amados condiscípulos, esta Obrita, de la que muchos de vosotros tenéis noticia y algunos ya conocéis, creo interpretar fielmente la voluntad del que, amando á sus discípulos con entrañas de padre y dispensándoles á la vez la confianza de amigo, nos consagró cuasi exclusivamente los talentos con que á Dios plugo enriquecerle.

No necesitáis vosotros, para conservar vivo en la memoria el recuerdo del insigne y querido maestro, de esta pequeña muestra de su ingenio peregrino, ni de una prueba más de

sus profundos conocimientos filosóficos. Mas temiendo que su memoria viniese, á vuelta de algunos años, á quedar encerrada en un estrecho círculo de amigos, y deseosos de que la admiración y el respeto con que los avilese pronunciamos su nombre, trasciendan más allá de los límites de nuestra diócesis, me habéis excitado con repetidas instancias á sacar á luz este trabajo, bosquejo de otra obra más extensa que habría escrito, si aquella débil centella de vida, que venía consumiéndose hacía tantos años, no se hubiese extinguido inesperadamente.

El último acaso entre sus muchos discípulos en aprovecharme de las lecciones del sabio maestro, si bien quizá el primero en admirar su talento y sus virtudes, y distinguido por él con singular afecto, he cedido á vuestras instancias tomando sobre mí una carga, pesada en demasía para mis escasas fuerzas, mas por extremo grata á mi corazón.

De buen grado habría renunciado á la honra de que mi humilde nombre apareciese asociado al de mi querido maestro, mas no

me era lícito rehuir el trabajo de revisar y ordenar los papeles para darlos á la prensa.

Poco he puesto de mi parte, y esto poco, así lo creo, será el único lunar de la obra que ofrezco al público, esperando que será perdonada la impericia del revisor en gracia al mérito del libro; y que se me agradecerá el haber dado á conocer un nombre, que conservará la historia como el de un pensador original y filósofo profundo, quien como pocos ha sabido vestir los conceptos más abstractos de la Metafísica con el atractivo de la belleza de la forma y de la gracia y galanura del estilo.

Consta la obrita de dos partes: en la primera verá el lector expuestas con encantadora sencillez las pruebas de la existencia de Dios por los niños de una escuela de primeras letras, y luego reducidas á fórmulas claras y precisas las objeciones más graves del racionalismo contra el dogma católico y la sana filosofía, las cuales quedan pulverizadas á continuación con lógica incontrastable.

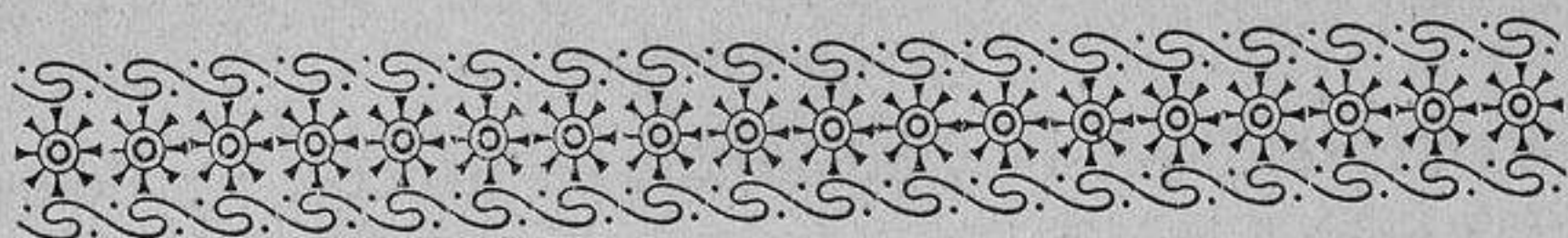
Con no menor claridad se exponen y refutan en la segunda parte los errores del posi-

tivismo; y en muy pocas páginas encontrará el lector reunida tal copia de doctrina que le puede ahorrar su lectura el trabajo de revolver muchos volúmenes, donde difícilmente encontraría, á costa de muchos sudores, nada mejor ni tan bueno como lo que aquí se le dá extractado y condensado.

Nada diré de algunas opiniones en que el autor se desvía del camino trillado de la filosofía escolástica: juzgue por sí el lector, después de maduro examen, sobre lo que aquí se dice acerca del origen de las ideas.

León 7 de Marzo de 1895.

Jerónimo Lucas.



EL ATEISMO Y LA SINTAXIS.

I.

Una tarde del mes de Diciembre, fría y de ventisco, penetraba el que escribe estas líneas en la humilde y destartalada escuela de un lugarejo de Castilla, con el fin de guarecerse algo contra la intemperie y saludar á su amigo el Sr. Maestro. El cual Sr. Maestro era un joven de hacia veinticinco años y se hallaba en uno de los testeros del cuadrilátero que formaba el local de enseñanza, *muellemente* sentado en un sillón de madera viejo y corroído, con una correa en la mano, dejando ver por debajo de una mesilla de pino pintada de negro, unas botas entachueladas y un pantalón gris remontado de paño pardo, símbolo de la holgura en que vivía y testimonio clarísimo de los cuidados que merece á nuestros ilustrados gobernantes la popular enseñanza. En-

frente del Profesor y colocados en bancos, paralelos los unos á los otros, escribían silenciosamente hasta tres docenas de niños de ambos sexos, cuyos semblantes y vestidos revelaban á la par el aseo y la pobreza.

Pero aquel día pasaba en la escuela algo de extraordinario que excitó vivamente mi curiosidad. A la izquierda del Maestro, delante de un tablero en que había escritas algunas palabras, rodeado de ocho ó diez niños, estaba un hombre de poca talla y menos estambre, cubierto con una especie de balandrán desde el cuello hasta los piés; un sombrero de fieltro que debió de ser negro y á la sazón era pardo, se le encasquetaba hasta las cejas; y un tapa-bocas del mismo color le subía hasta por encima de la nariz, permitiendo ver solamente los ojos, lánguidos y amarillos como de ictérico, que á veces se animaban con un rayo de luz cuando dirigía á los niños la palabra.

Formando contraste con el personaje que acabamos de describir, veíase otro hombre de regular estatura y corpulencia, de continente grave, de porte distinguido y modales cuasi aristocráticos. Una hermosa barba negra realzaba el blanco y sonrosado color de su semblante, un cómodo carrik de paño fino abrigaba su cuerpo, y relucientes botas de montar le defendían del agua y el lodo que encharcaban todas las calles del lugar. Representaba nuestro

hombre de treinta á cuarenta primaveras, no mal aprovechadas.

Hablaba el primero de estos personajes á los niños, y escuchaba el segundo con grande atención, al parecer, dibujándose alternativamente en su rostro la huella de varias y diversas impresiones, ya de aprobación, ya de disgusto y repugnancia, y á veces de asombro y aun de estupor.

Qué era lo que decía el hombre del capote largo y los ojos amarillos? Qué pensaba el del lujoso gabán? Eso es lo que voy á contarte, si tienes paciencia para oirme, amigo lector, advirtiéndote que yo nada pongo de mi cosecha, *relata refero*, y ni alabanza ni vituperio me corresponde en este caso.

Una primera de activa, decía el pedagogo, levantándose un poquito el sombrero y poniéndose la doblez del tapa-bocas debajo de la barba, consta de *sujeto* en nominativo, *verbo* y *término de la acción* en acusativo.

El verbo expresa *la acción* en sí misma; el sujeto es la *persona* que la ejecuta; el acusativo es quien recibe la *acción* significada por el verbo y ejercida por el sujeto, que por esto se llama *agente*; es la cosa *hecha*.

—Por qué se ha llamado *persona* al sujeto?... responde León...

—Porque lo es siempre y no puede menos de serlo. Por eso las desinencias del verbo se llaman

terminaciones *personales*, y corresponden exactamente á los tres pronombres de este género, yó, tú y él, con sus plurales respectivos.

—No usamos muchas veces como sujeto una cosa ó ser inactivo?

—Sí, pero es porque le damos actividad con la imaginación, ó como dice la Gramática le *personificamos*; de otra manera incurríamos en contradicción.

—Qué papel representan en la oración las cosas ó seres inactivos?

—Cuando no son el término de la acción, el de complementos *indirectos*, regularmente genitivos ó ablativos, por expresar la materia ó instrumento *de* qué, *con* qué, *por* el qué, *sobre* ó *sin* el qué. etc., practica el sujeto su acción.

—Puede haber *cosa hecha* sin acción?

—De ninguna manera; porque el acusativo va regido necesariamente del verbo.

—Y acción sin sujeto que la ejecute?

—Tampoco, porque el verbo va regido necesariamente del sujeto ó nominativo.

—Esa imagen de la Virgen es una cosa hecha?

—Sí, señor.

—En qué lo conoces?

—En que antes era un trozo de mármol y ahora tiene la figura humana.

—Quién es el autor ó sujeto agente?

—Un escultor.

—Podrás presentar otros ejemplos?

—Cuantos V. quiera.

—Veamos.....

—Ese reloj es una *cosa hecha*; porque la materia que le constituye era unos pedruscos de cobre y estaño, mezclado con otros minerales, y ahora es bronce convertido en ruedas, ejes, resortes, etc., convenientemente dispuestos para un fin determinado

—Y quién será el agente?

—Un relojero.

—Otro ejemplo.

—También esta escuela es una *cosa hecha*; porque ha sido necesario labrar las piedras y maderas, amasar la cal, y ponerlo todo en orden.

—Y quién es el agente?

—Un arquitecto.

—No podrías tú hacer una estatua, un reloj y una escuela?

—No, señor, yo no puedo.

—Pues, por qué no puedes?

—Porque no sé.

—Luego el autor de todas estas cosas será algún hombre que sepa más que tú.

—Indudablemente.

—Luego será una persona.

—Sí, señor.

—Pero, la estatua, el reloj y la escuela pudieran haberse hecho sólo, es decir, por sí mismos.

—Yo no lo creeré nunca, antes me reiría del que me lo dijese.

—Por qué?

—Porque el mármol, el bronce, las piedras y maderas carecen de conocimiento y de voluntad: nada saben y nada pueden hacer.

Pues bien, hijos míos: Las plantas que adornan los bosques, las aradas y los prados; los animales que los pueblan, los hombres mismos son *cosas hechas*, máquinas admirables y perfectísimas. Dime, Liborio, ¿Dónde habrá un reloj tan admirable como el jilguerillo que juguetea entre los alambres de tu jaula, ni una estatua más hermosa que el cuerpo de un hombre, ni un edificio más grandioso y bien construido que el que forman los cielos y la tierra?

—En ninguna parte, ciertamente.

—Y no os parece que tanta belleza, tanto orden, tanto primor en cada cosa y tanta armonía en el conjunto están proclamando la existencia de un artista, de un arquitecto, de un *Autor* dotado de infinita sabiduría y de poder sin límites?

—No puede negarse.

—Por aquí comprenderéis que la existencia universal puede compararse á una oración primera de activa: Dios es el sujeto; la creación es el verbo, y toda la naturaleza es el término de la acción. Si suprimís el *sujeto* ó nominativo agente, la *acción* es imposible, y las cosas *hechas* jamás existirían.

Ven acá, Paquito. ¿Sabes ya la historia de la Creación?

—Sí, señor.

—De qué manera hizo Dios al primer hombre?

—Formó su cuerpo del barro de la tierra.

—Hermosa estatua ¿no es verdad? Y el alma?

—La crió de la nada.

—Muy bien..... tienes tú padre?

—Sí, señor.

—Y tú, Baldomero?

—También.

—Y tú, Flora?

—Sí, señor.

—Y tú y tú y tú?

—Todos le tenemos, porque si no le tuviéramos no estaríamos en el mundo.

—Y el primer hombre tuvo padre?

—No, señor, porque no sería el primero.

—Luego su verdadero padre es Dios.

Dime, Paquito ¿has podido tú darte el ser á tí mismo, y alimentarte y vestirte y cuidarte hasta llegar á la edad que tienes?

—No, señor; ya hemos dicho que no hubiera nacido si no tuviera padres; y si estos me hubieran abandonado al nacer, me hubiera muerto al instante.

—Pues bien, hijos míos, al primer hombre le hubiera sucedido lo mismo, si Dios no hubiera sido su verdadero padre. Por lo cual, el Señor es el pri-

mero y más benéfico padre de todos los hombres, y como á tal debemos amarle y servirle en todas las cosas, obrando el bien y cumpliendo sus santos mandamientos. El que le ofende es un hijo ingrato, rebelde y desnaturalizado contra el mejor de los padres. ¿Lo sabías tú Teodosia?

—Mi madre me lo ha dicho muchas veces.

—Genoveva, ¿conoces tú por la Historia Sagrada alguna madre que haya dado á sus hijos estas mismas lecciones?

—La de los Macabeos, cuyos siete hijos condenados á tormentos horribles y muerte afrentosa por no querer abandonar el culto del verdadero Dios, y quebrantar sus leyes, oyeron de su labios estas sublimes palabras: «Yo no sé, hijos míos, cómo habéis sido formados en mis entrañas; porque ni fuí yo quien os dió el aliento, la vida y el alma, ni quien compaginó los miembros de cada uno de vosotros; sinó Dios que hizo al hombre desde su origen.

—Lo mismo pueden decir todas las madres; si formaran ellas el cuerpo de sus hijos y ordenaran todas sus partes, infundiéndoles también la vida y el alma, á fé que estos serían los más sanos, robustos y hermosos, los más perfectos y excelentes que pudiera fingir el cariño; pero no sucede así, y las madres tienen que recibir á sus hijos tales como se los da... Quién, Sabina? —Dios que es el autor de todos los hombres como lo fué del primero.

—Sabas ¿dónde está el potrillo de tu padre?

—Mi padre no tiene potrillos.

—Pues ¿cómo es eso?

—Porque no tiene yegua.

—Y qué sucedería si nadie tuviese yeguas?

—Que no habría potrillos en el mundo.

—Ricardo ¿qué ha cogido tu padre este año en el *rompido* (1) de las Vegas?

- Nada: porque no le ha sembrado.

—Y si no hubiera sembrado ninguna de sus fincas.....?

—No hubiera cosechado nada.

—¿Y si nada se sembrara en toda la tierra?

—Nada se cogería en ninguna parte.

—Es decir, hijos míos, que una planta sólo puede proceder de otra planta, un animal de otro animal y un hombre de otro hombre; de suerte que el primer hombre, el primer animal y la primera planta sólo puede proceder de un sér que *sepa y pueda* hacer cosas tan admirables y portentosas, este es Dios. Y, así como en tu casa, Miguel, no habría niños sinó hubiera padres, ni corderillos sinó hubiera ovejas, ni trigo sinó lo hubieran sembrado, en el mundo no habría séres vivientes de ningún género, si Dios no hubiera infundido por todas partes el soplo de la vida. Y aún el mismo mundo no existi-

(1) Llámase rompido por mi país la tierra nueva que poco antes fué prado.

ría, si Dios no le hubiera formado, como no existiría tu casa sino la hubiera hecho un arquitecto. Y ved aquí por qué os dije al principio que la Sintaxis puede demostrarnos la existencia de Dios, refutando victoriosamente á los ateos, materialistas y pan-teístas... ¿Sabes tu lo que son estas gentes, Petronila?

—Yo no los he visto nunca, no, señor.

—Pues son los hombres que directa ó indirectamente niegan la existencia de Dios. Para combatirlos basta que consideréis que todo lo que vemos es *cosa hecha*; que supone *una acción*, y esta un agente que *sepa, pueda y quiera* hacerlo; es decir, que sea una persona. Precisamente lo que se necesita para constituir una primera de activa.

II.

R.—Se adelantó entonces hacia el pedagogo (1) el hombre del capote y dijo sonriendo: No puedo menos de admirar la habilidad con que arrima V. el áscua á su sardina, y aplaudir el celo con que procura infundir la idea religiosa en el alma de estos pobres niños, pertenecientes á las clases más humildes. No veo qué ventajas pueda obtener la sociedad de que se nos eche encima una genera-

(1) Al pedagogo corresponden los párrafos marcados con C; al otro los señalados con R.

ción de ateos. Impulsados por las pasiones y compelidos por las miserias de su condición llegarían á ser para la civilización moderna lo que los hijos de la víbora para su madre. Pero, las clases ilustradas.....

C.=Sí, entiendo. Algo parecido dijo en cierta ocasión un conservador conspicuo. Pero, con permiso de V. y de Su Excelencia, creo yo que, si Dios existe, existe para los ricos y para los pobres, para los sabios y para los ignorantes; y si no existe, es una infamia servirse de esta idea para oprimir y explotar á los pequeños. La verdad no puede ser patrimonio exclusivo de ninguna clase.

R.=Muy bien; pero, no se me alcanza qué relación puede haber entre las sutilezas de la Gramática y las pruebas de la existencia de Dios. Decirnos que no puede existir acusativo sin verbo ni verbo sin sujeto, y que este ha de ser *persona* porque las desinencias del verbo se llaman terminaciones *personales*; y aplicar luego estas ideas á las plantas, á los animales, al hombre y al mundo mismo, me parece un juego de *palabras muy bueno*..... para entretener á estos niños.

C.=La Gramática, señor mío, es la ciencia de las *palabras* que son la expresión de las *ideas*, como estas la representación de las *cosas*. Y vea V. cómo la Gramática se enlaza con la Filosofía y puede expresar los más elevados conceptos de la

Metafísica y las más importantes verdades de las demás ciencias.

R.=Sí, eso podrá ser. Mas, una primera de activa...

C.=¡Cómo! V. no vé en la construcción de una *primera de activa* la fórmula más sencilla, natural y concreta de un gran principio filosófico, principio sin el cual toda ciencia es imposible?

R.=No lo adivino. ¿Cuál puede ser ese gran principio?

C.=El principio de causalidad, amigo mío, «Todo lo que es hecho tiene un autor;

R.=Todo precisamente?

C.=Todo; sea cuerpo ó espíritu, sustancia ó accidente, materia ó forma. Y este principio universalísimo, porque es necesario, se resuelve en varias fórmulas más ó menos universales, pero igualmente necesarias, según las diferentes aplicaciones que de él se hacen en las ciencias.

R.=Holgárame de conocer algunas.

C.=Muy sencillo: «De la nada nada se hace.» «Nada existe sin razón suficiente.» «Primero es existir que obrar.» «El efecto no puede ser mayor que su causa.» «Nadie da lo que no tiene.» «Todo movimiento supone un motor.» Y otras y otras que ahora no tengo presentes.

R.=Si, todo eso me parece de sentido común.

C.=Ahora considere V. que solo el sér consciente, el sér personal, el sér dotado de inteligencia y

libertad, puede ser causa *eficiente* de cualquiera cosa hecha... y búrlese V. de las sutilezas de la Gramática (1).

R.=Por qué razón reserva V. el privilegio de causa eficiente al sér personal?

C.=Muy sencillo. ¿No es la conciencia una condición indispensable para determinarse á sí mismo, para ejercer las propias fuerzas en un sentido ó en otro, para señalar la dirección de un movimiento cualquiera, así de las facultades internas como de las externas?

R.=Parece que sí: un sér inconsciente, aunque se le suponga dotado de fuerzas, de actividad para obrar y moverse, no se movería jamás. Por eso decimos en las ciencias físicas que una bola de marfil colocada en el plano de una mesa de billar permanecería eternamente inmóvil si no recibiese el impulso de fuera.

(1) No niega el autor la actividad de los séres que carecen de libertad, ó de simple espontaneidad. Limitase á consignar la ley de la inercia de la materia, en virtud de la cual ningún cuerpo puede por sí mismo modificar su estado, sino que su energía está determinada por la naturaleza, ó ha de ser aplicada por un sér libre para producir un efecto cualquiera.

De donde á los séres que carecen de espontaneidad se les aplica de un modo muy imperfecto el concepto de causa, pudiendo decirse que son meros instrumentos de la causa inteligente que los determina, ó que de ellos se sirve para un fin preconcebido. (*Santo Tomás, Contra Gentes, Lib. 3.º cap. 24.*)

C.=Seguramente; porque no habría razón ni causa para que tomase una dirección mas bien que otra.

R.=Y una vez comenzado el movimiento, no le perdería jamás si no encontrara ninguna resistencia.

C.=También es verdad.

R.=Y por eso en nuestras especulaciones de mecánica racional suponemos como un hecho inconcuso la *inercia* absoluta de la materia.

C.=Vaya en gracia por la mecánica racional. Pero yo no necesito tanto, bástame saber que el movimiento no es esencial á la materia, pues evidentemente puede ser concebida en reposo.

R.=Y ¿qué infiere V. de aquí?

C.=Que siempre que vea un cuerpo en movimiento podré preguntar ¿Por qué se mueve?

R.=Puede V. hacer esa pregunta y cuantas le pasen por las mientes.

C.=Es decir que puedo y aun debo buscar la razón suficiente de ese hecho llamado movimiento.

R.=Si, señor.

C.=Y no hallándola en la esencia del cuerpo, porque, como hemos dicho, el movimiento no es esencial á la materia, ni en su voluntad, porque no la tiene, deberé buscarla.....

R.=Evidentemente en otro, en un motor.

C.=Que no será un cuerpo; porque podríamos hacer con respecto á él la misma pregunta.

R.=Y ¿qué inconveniente hay en hacerla con respecto á todos los cuerpos?

C.=Que tropezaríamos con una cosa que existe sin *razón suficiente*, ó sea, con un efecto sin causa, ó una cosa hecha sin autor; un término de la acción sin sujeto ó nominativo agente.

R.=Otra vez la Sintaxis para.....

C.=Para combatir á los ateos. Los cuerpos que constituyen el mundo sideral se hallan todos en continuo movimiento, y proclaman la existencia de un motor distinto del Universo y superior á él. Entiendes estas cosas, Fermín?

F.=No, señor, nunca las he oido.

C.=Pues vas á entenderlas al instante: Dime ¿anda sola tu hermanita?

F.=Y bien que corre.

C.=Y el perrillo que guarda las hortalizas de tu padre?

F.=Todo el día le pasa corriendo y saltando de una parte á otra de la huerta.

C.=Bien, saca esa pelota que tienes en el bolsillo y ponla encima de la mesa.

F.=Ya está.

C.=Ahora, el peón.

F.=También le tiene V.

C.=Estate ahí de pié hasta que la pelota salte ella sola á la pared de enfrente, y el peón empiece á andar de la misma manera.

F.==¡Caramba! V. quiere divertirse conmigo, ó quiere que me muera de hambre.

C.==¡Yo! ¿por qué?

F.==Porque la pelota y el peón no andarán nunca solos.

C.==Pues no anda tu hermanita y el perrillo?

F.==Si señor: pero es porque están vivos, y el peón y la pelota.....

C.==Qué?

F.==No están vivos.

C.==Perfectamente, hijo mío; la tierra, la luna, los planetas, todos los astros que brillan en el firmamento son inmensas esferas, como si dijéramos pelotas, que giran sobre su eje, y en torno de sus centros respectivos, como tu peón gira en la plazuela donde jugáis, y tampoco tienen vida.

Quién os parece que les hará andar?

F.==Solamente Dios.

C.==León; dime los versos del «libro de los niños que hablan de esta materia:»

L.==
Dios hizo el Cielo
Con su poder,
Hizo la tierra
Y el mar también,
El sol y estrellas
Brillan por él.

C.==Antes que el autor de ese libro, había dicho lo mismo, el profeta David en versos de inmensa

grandeza: «Los cielos cantan la gloria de Dios, y el firmamento publica que es obra de sus manos.» Y por eso, hijos míos, cuando levantéis los ojos al cielo, viéndole anegado en la luz del sol durante el día y en la suave claridad de la Luna y las estrellas por la noche, habéis de exclamar con los tres niños del horno de Babilonia. ¿Cómo se llamaban, Sotero?

S.—Ananías, Azarías y Missael.

C.—Bendigan al Señor el Sol y la Luna, todas las estrellas y la luz.

III.

R.—Excelentes condiciones de pedagogo le adornan á V. Pero V. sabe que la ciencia posee otros recursos para explicar el origen de los seres.

C.—¡La ciencia! Mucho tiempo hace que oigo nombrar á esta buena señora, y todavía no sé quién es. No es seguramente ninguna de las ramas del saber humano, porque he conocido á muchos hombres que saben menos que yó y á otros que no saben nada, hablar enfáticamente de la *ciencia* como si fuera una cosa que cualquiera pudiese llevar en el bolsillo, para sacarla según sus menesteres. Así que, esta palabra por sí tan respetable, ha llegado á hacerse pedantesca y de pésimo gusto. Sin

embargo, espero que V. se servirá decirme qué ciencia es esa de que habla y cuáles son los recursos que posee para explicar el origen de los seres.

R.—Supongo que me hace V. la justicia de pensar que no pertenezco al *rebaño* de esas *gentes ilustradas* que siguen inconscientes á cualquier charlatán extranjero, vendedor de drogas científicas y traficante en universales conocimientos, é impulsados por el vientecillo de la moda (que solo lleva las pajas) se creen nada menos que omniscios porque dicen «el yo y el no yo» y «el sujeto y el objeto,» ó que miran con soberano desprecio todas las cosas pasadas, presentes y futuras, porque allá en las enseñanzas oficiales han aprendido á poner un $+$ un $-$ y un $=$ entre dos A y una X.

C.—Claro que no. Pero acabará V. de decirme qué *ciencia* es esa á que se refiere y cuáles los recursos de que dispone para explicar el origen de los seres prescindiendo de las reglas de la Sintaxis, ó sea, del principio de causalidad?

R.—Como V. ha dicho muy bien, no me refiero á ninguno de los diferentes ramos del saber humano ó á ninguna ciencia en particular, porque, además de que hay católicos eminentísimos en todas ellas é incrédulos enteramente ayunos, no creo que puedan honrarse con el augusto nombre de ciencia ciertas hipótesis astronómicas y geológicas que nacen y mueren en un solo día, ó ciertas lu-

cubraciones históricas de hoy que serán desmentidas por las de mañana, como por ellas quedaron desmentidas las de ayer.

C.=Es decir, que V. no hace mucho aprecio de los modernos sistemas cosmogónicos y geogénicos, biológicos y antropológicos, de la paleontología y de las recientes investigaciones históricas acerca de los pueblos orientales.

R.=Dios me libre de despreciar ninguna de las conquistas de la razón, ó tener en poco los esfuerzos de la inteligencia para llegar al conocimiento de la verdad; pero no quiero que se dé el nombre de *ciencia* á la simple hipótesis ó á la mera probabilidad; y ménos que de ellas se pretenda sacar consecuencias gravísimas respecto al orden moral y religioso. Yo creo que todos esos estudios, hoy por hoy, no han salido de la infancia; aguardo, pues, que lleguen á la madurez para conocer los frutos que producen y ver si el resultado final es favorable ó adverso á la Religión.

C.=Veo con placer que no pertenece V. al número de los tontos que llaman *ciencia* á cualquiera cosa, con tal que sea nueva, y sobre todo, siendo contraria á la religión. Pero ese resultado final que V. aguarda yo ya me le tengo conocido.

R.=¡Cómo!

C.=Que las hipótesis no pasarán nunca de hipótesis; y las investigaciones serias vendrán á pos-

trarse humildemente ante los primeros versículos del Génesis.

R.—¿Y por qué piensa V. así?

C.—En primer lugar, porque ha sucedido así hasta ahora, y siempre ha sido lo pasado una como profecía de lo venidero. En segundo, porque lo único que podemos saber acerca del origen de las cosas es lo que contiene ese libro divino; separarse de lo que allí se enseña, ó más bien, se refiere, es renunciar á la sana filosofía y al sentido común, y caer, por consiguiente, en el absurdo ó en el delirio.

R.—No alcanzo el por qué.

C.—Pues es muy sencillo: En el *principio* crió Dios el cielo y la tierra, la luz, las aguas, los astros, las plantas, los animales, y la primera pareja humana, á la cual bendijo y mandó que se multiplicase y poblase toda la tierra.

R.—Y bien, ¿qué?

C.—Nada; que todos los progresos de la cosmogonía y de la biogenia, sean los que fueren, se estrellarán siempre con aquellas palabras «in principio» y con aquel *fiat* en virtud del cual fueron *hechas* todas las cosas por..... su Autor.

R.—Muy bien; esa es la solución teológica, y si V. quiere, también la metafísica y aun la gramatical; pues veo que me ha regalado V. una primera de pasiva; pero, la *ciencia* podrá siempre aceptarla ó rehusarla.

C.=¡Hola, hola! reconozco la voz de Augusto Comte, según el cual han pasado el período teológico y el metafísico, y ha comenzado para la humanidad el de la *ciencia* positiva. ¿Es esa, tal vez, la ciencia de que V. me viene hablando?

R.=No es esa precisamente; la filosofía de Comte es uno de los muchos sistemas que caben dentro de los ámbitos inmensos de la *ciencia*, nada más.

C.=Luego la *ciencia* es para V. una verdadera Babel en la que se hablan todos los idiomas, una olla de grillos donde cada uno canta como le parece; la *ciencia* es la síntesis de todas las antítesis, la perpétua contradicción. Vamos, he acertado por fin; es V. un hegeliano hecho y derecho.

R.=No, no; V. me dispense; digo de la teoría de Hegel lo mismo que de la de Comte.

C.=Pues por eso precisamente.....

R.=Yo hablo de la *ciencia* en cuanto es distinta de la *fé* en su origen, en sus procedimientos y en sus fines.

C.=No negaré yo esa distinción que V. proclama, pero le agradecería que me la explicase.

R.=Con mucho gusto. La ciencia es obra del trabajo del hombre; la fé es un don de Dios. La ciencia es cosa de la tierra, la fé se dice bajada del cielo; la ciencia tiene sus axiomas, teoremas y corolarios, la fé tiene sus dogmas; la ciencia demuestra, la fé cree. La ciencia es esencialmente

progresiva, la fé es inmutable; la ciencia solo se aquieta con lo evidente, la fé se inclina ante lo incomprensible; la ciencia versa acerca de lo natural, la fé acerca de lo sobrenatural ó inasequible al hombre. En una palabra; la ciencia representa el dominio de la razón, la fé el imperio de la autoridad. ¿Quiére V. más explicaciones.

C.=Esas me bastan; las creo verdaderas, aunque no exactas del todo. Pero ¿qué infiere V. de ellas?

R.=Que para mí el principio generador de la verdadera ciencia, la condición de todo progreso, la ley primitiva y necesaria del ente racional, es el siguiente apotegma: El hombre no debe admitir como verdadero ni rechazar como falso sino aquello que como tal le presente su propia razón, ya por intuición inmediata como los axiomas, ya por medio de pruebas convincentes como la mayor parte de las verdades científicas, ya por instinto natural como ciertos principios morales; en fin, que al juzgar entre la verdad y el error, el hombre ha de seguir siempre el dictamen de su razón individual; entendiéndolo por razón no solo el entendimiento sino también la conciencia, la imaginación, la memoria, los sentidos externos; y para decirlo de una vez, el conjunto de sus naturales facultades. V. de seguro rechazará esta doctrina con horror.

C.=¿Con horror? pues se engaña V., amigo mío:

no solamente no la rechazo con horror, sino que voy más allá que V. en ese terreno, pues donde V. dice «no debe» yo digo «no puede»; y desde luego declaro excluido de la comunión de los seres racionales á cualquiera que afirme ó niegue, admita ó rechace una cosa sin pruebas, argumentos ó razones; en fin, al que al pronunciar un juicio no sigue la voz de su conciencia ó el dictamen de su razón individual.

R.= ¡Cómo! ¿es posible? ¿lo dice V. de veras?

C.= Muy de veras, si señor.

R.= Luego no es V. católico?

C.= Y por qué?

R.= Es fácil de adivinar; porque ese principio es la fórmula, mejor diré, la esencia del moderno racionalismo.

C.= No, amigo mío; ese principio no es ni la fórmula ni la esencia del racionalismo; será cuando más la oreja de león que el racionalismo enseña para ocultar su cuerpo... de asno. Ese principio es la simple consignación de un hecho tan sencillo, tan elemental y de tal modo necesario, que el negarle ó ponerle en duda, amén de absurdo, sería ridículo. Bien examinado ese gran principio de la moderna filosofía se traduce de la manera siguiente. «El hombre no debe ver sino con sus ojos, ni oír sino con sus oídos, ni tocar sino con sus manos, ni recordar sino con su memoria, ni enten-

der sino con su entendimiento.» Que el hombre sólo debe admitir como verdadero y rechazar como falso lo que como tal le presente su razón. Pues qué ¿tiene ni puede tener otro medio de admitir ó rechazar cosa ninguna? Puede juzgar acerca de los objetos, ni saber nada de ellos, sino porque se los presentan sus naturales facultades?

R.=Bien, muy bien, inmejorable; ya le tengo á V. enmallado en sus propias redes. Es V. más racionalista que yo, y por ello le felicito, vengan esos cinco.

C.=Y los diez, si V. lo necesita, pero, veamos.....

R.=A mi no me queda nada que ver; ha dado V. el golpe de gracia á todas las religiones positivas.

C.=Pues no lo comprendo.

R.=Al sobrenaturalismo, que es igual.

C.=Me quedo en la misma ignorancia.

R.=¿No ha dicho V. que el hombre nada puede conocer sino por sus naturales facultades?

C.=Y si á V. le conviene, lo repito.

R.=Ja! ja! ja! ja!!! Luego queda excluido de la esfera del pensamiento humano todo medio y todo fin sobrenatural. Ja! ja! ja! ja! Lo sobrenatural no puede existir para el hombre. Ja! ja! ja! ja!

C.=Riamos, puesto que la risa le retoza á V. en el cuerpo, riamos, que *il rirá bien qui rirá le dernier*.

Pero ¿me permitirá V. una pregunta?

R.=¡Cómo una pregunta! Le permito á V. un cate-

cismo entero; écheme V. el Ripalda y el Astete, ó los dos, si el uno no basta.

C.=No necesito tanto. ¿Tiene V. otro medio de ver que sus propios ojos?

R.=Eso es lo que yo digo; ni más que los ojos del cuerpo para ver los objetos sensibles, ni más que los de la razón para los supra-sensibles. Ja! ja! ja! lo que no alcance con este par de ojos no existe para mí. ¡Afuera lo sobrenatural!!

C.=Corriente, corriente, afuera lo sobrenatural! Pero, quítese V. esos quevedos que trae á todas horas montados en las narices; así podrá V. reir sin peligro de hacerlos añicos.

R.=Tiene V. razón; los limpio y guardo en la caja para reir con entera libertad. Cáspita! estas cosas no se oyen á cada esquina.

C.=Están ya los quevedos en lugar seguro?

R.=Sí, sí; no tema V. por ellos, y permita que me apriete los ijares para no reventar de risa.

C.=V. sabe más que yo; pero yo le desafío á V. á que enseñe á estos tres pequeñuelos á deletrear aquel cartel que está colgado en la pared de enfrente; tendría mucho gusto en verle á V. desempeñar el humilde oficio de pedagogo.

R.=Como le tengo en dársele á V.: manos á la obra.

C.=.....Qué está V. haciendo, amigo mio?

R.=Voy á montarme los quevedos sobre el caballete de la nariz, como V. dice.

C.=Para qué?

R.=V. se mofa y quiere compensarse de mis risas riéndose de mí, ¿no sabe V. que soy miope?

C.=(De inteligencia.) Pero hombre de Dios ¿V. ve con los quevedos?

R.=Yo, señor mío, veo con los ojos..... téngalo V. entendido..... y no lleve la broma más allá de los límites de la buena educación..... me pongo los quevedos porque soy corto de vista, y no por culpa mía.

C.=Perdone V., caballero, no he tenido intención de burlarme de V. Es V. corto de vista; y con los quevedos alcanza V. á deletrear aquel cartel; y con el microscopio alcanzará V. á ver la mónera ó la célula, y con el telescopio las nebulosas perdidas en las profundidades del espacio.

R.=Y siempre serán mis ojos los que ven.

C.=Y..... vea V. como el principio de que «el hombre sólo puede conocer las cosas con sus naturales facultades» no «excluye de la esfera del pensamiento humano todo instrumento que le dé el *poder* de conocer lo que por sí mismo no puede alcanzar;» es decir, no excluye todo medio y todo fin sobrenatural.

R.=Ahora creo verdaderamente que ha estado V. jugando conmigo como el gato con el ratón antes de engullírsele. Es V. implacable.

C.⇒La lógica lo es.

R.—Sin embargo no me doy por vencido, quiero prolongar la batalla por el gusto de verle á V. combatir. Ha corregido V. mi principio diciendo; «el hombre no puede» donde yo dije «el hombre no debe»; y quiero aprovechar la corrección en beneficio de mi causa.

C.—No alcanzo de qué manera; pero puede V. decir lo que se le ocurra.

R.—Se me ocurre, pues, que al decir «no puede» se limita V. á consignar un *hecho*, y yo al decir «*debe*» proclamo un *derecho*. V. no sale del orden psicológico, yo penetro en el orden moral. Así para combatir mi principio ha comenzado V. por adulterarle ó por mutilarle, al menos.

C.—Pero, ¿el hecho psicológico, que yo he consignado, no es cierto?

R.—Ciertísimo.

C.—Y por añadidura necesario.

R.—Así se desprende de las explicaciones de V.; pero ¿qué sacamos de todo eso?

C.—Una consecuencia muy sencilla; que por su misma necesidad se convierte en *derecho* y adquiere verdadera entidad en el orden moral, porque ¿dónde hay cosa mas *legítima* que aquella cuyo contradictorio es imposible? Ya ve V. que no he adulterado ni mutilado su principio, como V. me achacaba.

R.—Pero ¿reconoce V. el valor moral de ese hecho

psicológico, proclama V. el derecho que yo he proclamado?

C.=Y ¿por qué lo duda V? No acabo de explicarme con toda claridad?

R.=Sí, por cierto, pero, me sospecho que ha vuelto á sentar el pié en el terreno del racionalismo. Un escritor insigne ha dicho que el Catolicismo ha considerado siempre á la inteligencia como una heregía innata.

C.=Y otro escritor insigne y eminente poeta, Mr. de Lamartine, ha dicho hablando del primero: «Mr. Pélletan habla como Platón, y tiene derecho á soñar como él. Yo le reconozco el derecho de soñar, mas no el de vendernos sus sueños como realidades, ni el de calumniar al Catolicismo; aunque los sueños y calumnias se vistan con las galas y colores que abundan en la «Profesión de fé del siglo XIX,» donde el autor debe de dormir á pierna suelta, soñando un sistema completo de filosofía y religión, sin aducir la menor prueba de sus afirmaciones; esto es, sin acordarse de escribir al fin de su libro: «Y los sueños sueños son.»

R.=Mas veamos porqué ha sentado el pié en la jurisdicción del racionalismo.

C.=Quiero que vayamos despacio para evitarle á V. el peligro de resbalar y hundirse en el abismo.

R.=Ya que ha reconocido V. el valor moral de mi

principio ¿aceptaría V. la siguiente conclusión?
¿Siempre obra bien el que sigue el dictamen de su conciencia?

C.=Supongo que habla V. del que obra de buena fé.

R.=Ciertamente; el que obra de mala fé no sigue el dictamen de su conciencia, sino el capricho de su voluntad ó el impulso de sus pasiones.

C.=Pues con esa explicación, no sólo admito el principio sino que voy también más allá que V.: yo creo que obra lícitamente todo el que sigue el dictamen de su conciencia, aunque se equivoque; y mal, el que obra contra él, aunque acierte.

R.=Veo que va V. aceptando todos los principios del racionalismo, y temo que se vea V. en la precisión de aceptar terribles consecuencias.

C.=Diga V. la primera.

R.=Acaba V. de sancionar el indiferentismo que nosotros profesamos con respecto á todas las religiones positivas.

C.=Sírvasse V. decirme cómo y de qué manera.

R.=Porque todo el que profesa una religion, sea la que fuere, lo hace siguiendo el dictamen de su conciencia; de lo contrario no la seguiría.

C.=Así parece. ¿Y qué?

R.=Que es de todo punto indiferente llamarse católico, protestante, budhista, ó mahometano.

C.=Por qué razón?

R.=Porque todos siguen igualmente el dictamen de

su conciencia, y todos obran lícitamente, según el principio admitido por V.

C.—Si obran de buena fé, por supuesto.

R.—Y qué derecho tiene V. para dudar de la buena fé de nadie?

C.—Ninguno. Por eso ni dudo, ni afirmo, ni niego el *hecho* de la buena fé de nadie. Dios le vé y le juzgará! Me limito á consignar el principio.

R.—Pero Vdes. condenan al fuego eterno á todo el que profese otra religión que la católica.....

C.—De mala fé.

R.—Qué es lo que entiende V. por mala fé?

C.—El error voluntario; porque como V. ha dicho muy bien, en este caso no es la razón quien dirige, sino la voluntad ó la pasión, en lo cual hay desorden, y por consiguiente, pecado.

R.—Luego V. abre las puertas del cielo á los hombres de todas las religiones con tal que las profesen de buena fé.

C.—No, señor.

R.—¡Cómo!

C.—Porque para llegar al cielo no hay otro camino que la religión verdadera.

R.—Y el que yerra de buena fé.....

C.—No llega.

R.—Pero ¿ese error es un delito?

C.—No, señor; es una desgracia; y vea V, cómo no es indiferente el profesar una ú otra religión.

R.= ¡Una desgracia! y una desgracia inevitable..... y, como quien dice la mayor de todas las desgracias..... la desgracia eterna!!! Eso es atroz. Ahora si que digo que se coloca V. á inmensa distancia del racionalismo..... y de la sana razón.

C.= Pues, yo le aseguro á V. que ahora voy á parecerle á V. más racionalista que nunca. Desarrollando y aplicando el principio de que «siempre obra bien el que sigue de buena fé el dictamen de la conciencia.....»

R.= Pero ¿insiste V. en mantener ese gran principio, después de lo que acaba de decir?

C.= Aplicando y desarrollando ese principio voy á explicarle á V. uno de los dogmas católicos que más escandalizan á los racionalistas: el dogma «Fuera de la Iglesia no hay salvación.»

R.= No, no; por todo lo santo, no dé V. más explicaciones; las que ha dado bastan y sobran; son tan atroces como claras. La desgracia eterna para los inocentes que no hayan tenido la fortuna de tropezar con un cura católico. Tenía V. razón; yo era un verdadero inocente cuando le creía á V. próximo al indiferentismo religioso; hoy le veo á V. en el fatalismo musulmán. V. me perdone el agravio que le inferí.

C.= Bien; le otorgo á V. mi perdón, pero á condición de que me le pida V. dos veces.

R.= ¿Cómo?

C.=Una para ahora y otra para luego.

R.=Va V. á decir algún otro desatino?

C.=Va V. á repetir su acusación de indiferentismo religioso?

R.=Hable V. y le escucharé mientras me dure la paciencia.

C.=La primera consecuencia que yo deduzco del principio antes consignado en lo que toca al destino del hombre en la vida futura, es la siguiente: «No puede haber castigo donde no hay culpa, ni culpa donde no hay libertad, ni libertad donde no hay conocimiento.»

R.=Conformes, conformes; todas estas cosas son correlativas, y aún me atrevo á decir, proporcionales entre sí. Adelante.

C.=La segunda es: «Ninguno dejará de ser feliz sino por su culpa.»

R.=La acepto con toda mi alma.

C.=A la luz de estos principios voy á examinar cual podrá ser la suerte de los hombres en la vida futura según sus diferentes condiciones y circunstancias.

R.=Pues, adelantándome á las explicaciones de V. y con su permiso, deseo dirigirle á V. una pregunta: ¿Cierra V. las puertas del cielo á los niños que mueren sin el Bautismo?

C.=Ciertamente, es dogma de fé.

R.=Luego, ahí tenemos un sinnúmero de criaturas.

que «dejarán de ser felices sin culpa suya; digo, á no ser que llame V. culpa suya al pecado original.

C.=Seguramente; por el pecado original se cierra á esos niños la puerta del cielo, también es de fé.

R.=V. se burla de mí, caballero, y abusa de mi buena fé y de mi paciencia; yo hablaba de culpas personales, de pecados que cada uno puede cometer usando ó abusando de su libertad; y no de una culpa que se cometió miles de años antes que yo naciera, en la que no tuve parte alguna ni pude evitar de modo ninguno. Vamos, está visto; al fatalismo otra vez.

C.=Con que ¿V. hablaba de culpas personales solamente, eh?

R.=Solamente, sí señor.

C.=Pues yo también.

R.=Ahora si que no le entiendo á V. ni palabra. ¿Han cometido esas criaturitas algún pecado personal?

C.=Ninguno.

R.=Entrarán en el Cielo?

C.=No.

R.=Luego hay millones de criaturas que «dejarán de ser felices sin culpa suya personal.»

C.=Niego la consecuencia.

R.=Vaya, vaya, V. acabará por volverme loco: ni con el hilo de Ariadna ni con las alas de Icaro se puede salir de este laberinto.

C.=Ese hilo, ó esas alas, es el conocimiento exacto de la doctrina católica de que suelen carecer los incrédulos y racionalistas cuando la combaten, obedeciendo, sin duda, al dictamen de su *honrada* conciencia. Yo le voy á dar á V. el hilo ó las alas, ó las dos cosas á la vez.

R.=Vengan, porque me asfixio.

C.=Tenga V. un poco de paciencia; quiero hacerle á V. espiar el pecadillo racionalista de.....

R.=¿De qué? Dígalo V. pronto.

C.=De combatir la doctrina católica sin conocerla con exactitud.

R.=Venga el hilo.

C.=Observe V. que la Iglesia no dice que esos niños padezcan tormentos corporales.

R.=¡Pues no faltaba más! Pero ese no es el hilo.

C.=Ni que la pérdida del cielo les cause la menor tristeza ó pesar.

R.=Tampoco sirve ese hilo.

C.=Ni niega que sean felices esas criaturas.

R.=Pero ¿lo afirma?

C.=Tampoco.

R.=Pues entonces.....

C.=Entonces..... ese es el hilo; porque esto prueba que el principio que nos ocupa cabe perfectamente dentro del dogma católico, y no es, por consiguiente, un principio del racionalismo, por más que también le profesen los racionalistas.

R.=Ah.....! Luego yo puedo creer que esos niños son felices en el otro mundo?

C.=Y yo lo creo.

R.=Con qué género de felicidad cree V. que son felices?

C.=Con aquella de que es capaz la naturaleza humana, no elevada por la gracia. ¿Le satisface á V. esta doctrina? (1)

R.=No podría yo exigir otra cosa para ellos.

C.=Pues vea V. como al cerrar las puertas del cielo á los niños que mueren sin el Bautismo no he dicho ninguna atrocidad,

R.=Me quedan algunas dudas acerca de este punto, que quisiera ver disipadas. Es la primera, que no comprendo, ó no sé, dónde hallarán su felicidad esos niños que no pueden pisar los umbrales de la gloria eterna.

C.=En Dios, amigo mío, en Dios que, siendo el autor, es también el último fin y centro de la criatura racional, hacia el cual gravitan todas natu-

(1) Esta felicidad natural de que, según el autor, pueden gozar los niños que mueren sin el bautismo, no quita la razón de pena á su exclusión del cielo, al cual estaban ordenados en virtud de la elevación de la naturaleza en nuestros primeros padres.

La privación de aquel bien (pena de daño) que no ha estado en su mano alcanzar, puede no causarles malestar alguno, y de ahí que sea compatible en ellos la felicidad natural con lo que en los réprobos adultos es causa del mayor tormento.

ralmente, como los cuerpos sublunares hacia la tierra, y al cual no pueden menos de llegar, si voluntariamente no se extravían.

R.==¿Y qué suerte depara V. á los adultos que de buena fé yerran acerca de la verdadera religión, si por una parte afirma que no llegan al cielo, y por otra sienta el principio de que ninguno dejará de ser feliz sino por su culpa?

C.==Si voluntariamente no se extravían, he dicho, no pueden menos de llegar al que es centro de la criatura racional.

R.==¿Tendrán igual destino que los párvulos?

C.==Supongamos que así fuese.

R.==No pediría otra cosa.

C.==Y yo sería más exigente: al adulto que sepa siquiera los primeros principios de la ley natural, no lo detendría en el limbo.

R.==No lo entiendo: á menos que les abra de par en par las puertas del cielo, y convenga conmigo en que el hombre se salva igualmente en cualquiera religión, si la profesa de buena fé.

C.==Dios les infundirá por un milagro (1) la gracia sobrenatural y les abrirá las puertas del cielo, si no ponen otro obstáculo que el error de buena fé.

(1) La palabra milagro se toma en este lugar en el sentido de providencia extraordinaria. La salvación del hombre de *providentia ordinaria*, obtiéndose solo por los medios que Jesucristo dejó en su Iglesia.

R.=Luego el profesar de buena fé una religión falsa no es obstáculo para entrar en el cielo, y el hombre se podrá salvar fuera de la Iglesia católica.

C.=Es obstáculo y muy grande, como lo es para la vida del cuerpo el veneno, cuya acción intoxicadora solo puede impedirse por un milagro.

R.=Entendido: la falsa religión será como la atmósfera envenenada, dentro de la cual sólo un milagro puede preservar de la muerte; mientras la religión verdadera será la atmósfera sana en donde se respira aliento de vida.

C.=Y la metáfora prueba que es gran desgracia el desconocer, aun sin culpa, la religión verdadera.

R.=Esa teoría me parece no solamente muy racional, sino muy racionalista; es el principio de la reversion de todos los séres á su origen primitivo; es la reconciliación definitiva y total de la humanidad con Dios; es la negación del infierno; es el primer paso en el *procesus ad intra* de la Idea ó de lo Absoluto; es el comienzo de la gran síntesis en que han de resolverse todas las antítesis; en suma, es el principio fundamental del espiritismo y del panteismo de nuestros días: Allan y Hegel le felicitarían á V. si le oyesen.

C.=Le permito á V. un desahogo para que se alivie de la rabieta que le hizo sufrir mi fatalismo musulmán. Observe V. que he dicho: «si voluntariamente no se extravían», y esas pocas letras me

colocan á una inmensa distancia de esos buenos señores que, según V., me estrecharían fraternalmente la mano.

R.=Asáltame también otra duda; no comprendo como puedan gravitar naturalmente hacia Dios y unirse á El y descansar en Él unas almas inficionadas por el pecado original; ese pecado debe de ser como una fuerza centrífuga que los aparte eternamente de Dios. Dios y el pecado son esencial y necesariamente incompatibles; así pues, ó niega V. á los niños que mueren sin el Bautismo la posesión de Dios..... ó..... ahora no se escapa V. ó.....

C.=Veamos.

R.=O niega V. el pecado original.

C.=Cuál de esos extremos negaría V?

R.=¡Yo! ¿Y se atreve V. á dirigirme esa pregunta?

C.=Sí.

R.=Pues, el pecado original, ya lo sabe V., el pecado original. Y V. ¿con cuál se queda en definitiva?

C.=Yo con ambos.

R.=Luego, no los cree V. incompatibles.

C.=Claro que no; y V. lo verá cuando le explique el dogma católico del pecado original.

R.=Verdaderamente deseo y temo á la vez entrar en esa discusión.

C.=Y ¿por qué, amigo mío?

R.=Porque siento frío en el alma siempre que oigo

pronunciar las palabras, para mí antitéticas, de «pecado original.» Paréceme que entre todos los dogmas cristianos no hay ninguno más opuesto al racionalismo que yo profeso.

C.=Quizá.

R.=Y que si le borrarán VV. del símbolo, desaparecerían al instante los de la redención, la gracia, los sacramentos, el sacerdocio, la jerarquía, en fin, todo el sobrenaturalismo católico.

C.=De suerte que su odio al dogma del pecado original no es más que odio al cristianismo ¿eh?

R.=Alto, caballero! Yo no aborrezco ni puedo aborrecer al cristianismo, ni escribo en mi bandera el repugnante y estúpido lema: «Aplastad al infame.» Eso pasó ya de moda. Yo reconozco, como todos los hombres sensatos, aunque no sean cristianos, que la religión de Jesús ha dispensado á la humanidad inmensos beneficios, y á ella somos deudores de nuestra hermosa civilización en todas sus manifestaciones; pero...

C.=Pero, *se ha gastado*, y no sirve para los tiempos presentes; hay que sustituirla con la Filosofía, como enseñaba el desgraciado Mr. Jouffroy.

R.=No, no, tampoco eso es exacto. No pertenezco á la compañía Jouffroy que solo admite letras pagaderas en el *Porvenir*, endosando á los que vengan detrás la solución de todas las grandes cuestiones filosóficas, sociales y religiosas.

C.=Pero no negará V. que es la más fácil y cómoda de cuantas filosofías se han inventado.

R.=Oh, eso sí! tan fácil y cómoda como estéril. Figúrese V. que á nuestros descendientes se les antojase pensar y obrar de la misma manera. Sería una cosa divertida la filosofía.

C.=Tiene V. razón.

R.=Yo pienso que el cristianismo durará tanto como el mundo, y es hoy tan necesario como... lo será siempre.

C.=¡Excelente, magnífico! De modo, que ya se le ha apagado á V. en el pecho el odio al dogma del pecado original...

R.=De ninguna manera. Ahora arde más vivo que nunca.

IV.

C.=Como dijo V. que era la base del cristianismo.

R.=Del *sobrenaturalismo* católico, ó cristiano, si V. quiere.=No hay que confundir los términos, caballero, que también entiendo algo de lógica y aun de gramática.

C.=El cristianismo y el sobrenaturalismo cristiano...

R.=No son una misma cosa.

C.=Son la religión de J. C.

R.=Sí; pero la religión de Jesús no es la religión de Roma, ni la de Lutero, ni la del Czar de todas las Rusias, ni la del *Patriarca Ecuménico*, ni la de

ninguna de las comuniones llamadas cristianas que se disputan la bandera de la Cruz, que pertenece al universo mundo.

C.=Pues ¿dónde está la religión de Jesús, que no la encuentro en ninguna parte?

R.=Está en todas: En el fondo de esas religiones que se combaten furiosamente, se excomulgan y anatematizan, se halla el verdadero cristianismo; y en el de otras que no han sido bautizadas todavía.

C.=«Ahora lo entiendo menos», le diré á V. con el poeta cómico.

R.=Pues ¿«qué culpa tengo yo?» replicaré con el mismo.

C.=Porque..... como son contradictorias entre sí.....

R.=Qué?

C.=Si una es la verdadera religión de Jesús..... las otras no lo serán.

R.=Ahí está la equivocación ó el sofisma de V. y de todos los partidarios de la intolerancia religiosa.

C.=Ahí ¿en dónde?

R.=En que buscan Vdes. la verdad absoluta en la forma exterior de una religión determinada.

C.=Confieso otra vez que no le entiendo.

R.=En todos esos sistemas religiosos hay algo de verdadero y algo de falso; porque el error.....

C.=Ya lo voy entendiendo; es ley necesaria del pensamiento. Me lo ha enseñado Víctor Cousin.

R.=Y en el fondo de esas contradicciones se oculta la gran síntesis en la cual se resuelven todas.

C.=Hegelianismo puro.

R.=Y esa síntesis es el verdadero cristianismo, la verdadera religión de Jesús depurada y reducida á sus verdaderas proporciones y á sus límites racionales.

C.=Que son...?

R.=Los de la religión natural.

C.=Acabáramos...! ¿Conoce V. á Wegscheider?

R.=Ni de oídas.

C.=O ha estudiado V. en la Universidad de Tübinga?

R.=No sé si está en el mapa.

C.=Pues por lo menos, ha leído V. el Emilio, y se sabe de coro la profesión de fé del Clérigo Saboyano.

R.=Todo eso importa poco.

C.=Ciertamente.

R.=Lo que importa es la explicación de V. que aguardo con viva curiosidad.

C.=Por supuesto, hemos de partir del principio de que á Jesús no le entendieron sus contemporáneos.

R.=¡Ah! sí; porque tomaron en veras, y como quien dice, al pié de la letra, lo sobrenatural.

C.=Justamente: ni tampoco le han entendido diez y ocho generaciones que han venido creyendo lo mismo.

R.=Así es la verdad.

C.=No señor, no es la verdad; es un desatino; y si no, dos desatinos.

R.=Podía V. emplear palabras más cultas.

C.=Pero no más exactas. Con que á Jesús no le entendieron sus contemporáneos..... ni los amigos..... ni los enemigos.....

R.=Insisto en ello.

C.=Sin embargo, los primeros le adoraron y los segundos le crucificaron..... por la misma causa.

R.=Cómo por la misma causa?

C.=Porque se hacía Hijo de Dios.

R.=Lo cual prueba que ni unos ni otros le entendieron.

C.=Yo diría que prueba todo lo contrario, pero veamos: Jesús debió de hacer ó decir ciertas cosas que suministrasen á los primeros motivos para adorarle, y á los segundos ocasión de perseguirle y asesinarle, porque nada se hace sin razón suficiente.

R.=Ni motivo á los unos ni ocasión á los otros.

C.=No lo comprendo.

R.=El fanatismo ignorante de los discípulos y el odio y la envidia de sus perseguidores lo explican todo.

C.=Todo? Pues desde cuándo acostumbran los hombres á entusiasmarse sin motivo, ó á envidiar y aborrecer *porque sí?*

R.=Es el patrimonio del *genio* que vuela demasiado alto para que los ojos del vulgo puedan seguirle en sus ascensiones divinas: Sócrates, Colón, Galileo...

C.= Sí, sí, el primero bebió la cicuta; el segundo murió en la pobreza; y el tercero fué encerrado en una *confortable* prisión. Pero..... se sabía por qué, y acerca de sus doctrinas y propósitos nadie dudaba.

R.=De ciertas frases oscuras pronunciadas por Jesús, de ciertos lugares que citaba de los libros sagrados de los judíos, de ciertos símbolos y figuras de que se valía para acomodarse á la rudeza del auditorio, de algunas preocupaciones vulgares que estimo conveniente no desvanecer sirviéndose de ellas para sus nobles intentos; de estas y de otras circunstancias semejantes nació el entusiasmo fanático de los unos, la ruin envidia de los otros, y el error y engaño de todos.

C.=De modo que, según las explicaciones de V., Jesús hablaba para que nadie le entendiese, ni amigos, ni enemigos.....

R.=No tenía él la culpa de la rudeza de sus oyentes, ni de lo desgraciado de los tiempos.

C.=Y quiso hacer de su doctrina un logogrifo que sólo fuera descifrable al cabo de 18 centurias, y eso por algunas inteligencias privilegiadas.

R.=Lo cierto es que así ha sucedido.

C.= ¡Triste suerte la de Jesús y su doctrina! Sócrates fundó una escuela y tuvo discípulos tan eminentes como Platón y Aristóteles; Mahoma se llevaba tras sí las Tribus y subyugaba las naciones; Napoleón lanzaba al campo miriadas de valientes que morían victoreándole: todos los genios han sido comprendidos por sus secuaces y admiradores. Pero á Jesús sólo le han seguido..... los tontos.

R.= Poco á poco, amigo mío: no me atribuya V. aserciones absurdas que están muy lejos de mi ánimo, y que mis labios no han proferido jamás. A Jesús le han seguido todos los sabios, todos los literatos, todos los artistas, todos los políticos, todos los legisladores, todos los guerreros, todos los hombres eminentes en todos los ramos, que ha producido el mundo, desde que él apareció en un rinconcillo de Judea. Esto he dicho antes y esto repito ahora; pero Vds. los *neos* unas veces exageran y otras calumnian á sus adversarios. ¡Excelente táctica!

C.= Los tontos, repito yó, también, los tontos, desde Agustín de Hipona hasta Balmes y Donoso Cortés.

R.= ¡Qué pléyade de tontos más ilustre!

C.= Y sin embargo lo son: Porque una de dos; ó Jesús hablaba y obraba de tal suerte que ni las más perspicaces inteligencias pudieran entender sus palabras ni comprender sus obras, ó...

R.=O qué va V. á decir?

C.=O esa pléyade ilustre de tontos..... de tontos es.

R.=¡Vive Dios!.....

C.=Desde el Hijo del Zebedeo llamado el Águila del cristianismo, hasta nuestros mismos dias, ningún cristiano ha tenido ojos de ver, ni oídos de oír, ni entendimiento de entender. ¡Torpes!!! Llamábanse cristianos, trabajaban y morían por su fé, y..... no habían conocido la doctrina de Cristo. Semejantes al asno de la fábula (perdónenme la comparación) iban cargados de luz, y ellos se quedaban á oscuras; han contribuido más que nadie al progreso humano, y se han quedado veinte siglos atrás.....

R.=En cuanto á eso, V. dispense: el cristianismo ha *realizado* el *progreso* por virtud de las grandes verdades que encierra del orden natural bajo su corteza mítica y simbólica. La unidad de Dios, su providencia, la inmortalidad del alma, la caridad universal, y la comunidad de naturaleza, origen y destino de todos los hombres... eso es lo que ha civilizado al mundo: el verdadero y puro cristianismo.

C.=Sin embargo, los cristianos no luchaban y morían por el Dios innominado de Sócrates, ni explicaban la providencia como Hegel, ni entendían la caridad como Fichte ó Krausse, ni proclamaban la igualdad y libertad revolucionarias. No; los

cristianos no conocieron ni enarbolaron jamás otra bandera que la de la Cruz, que es la encarnación, la verdadera síntesis de lo que V. llama *miticismo* y *simbolismo* cristiano. ¡Los cristianos no han sabido nunca lo que es el cristianismo!!! ¿Puede V. rehusar la conclusión?

R.=Cáspita! y con qué calor habla V.!

C.=Jesús creyó que sus discípulos le habían entendido perfectamente; y depositando en ellos toda su confianza, les mandó que propagasen su doctrina por toda la haz de la tierra, que intimasen á todas las gentes la obligación de recibirla, acatarla y ponerla en práctica bajo la pena de eterna condenación. *Euntes docete omnes gentes... qui non crediderit condemnabitur*. E hizo saber al universo mundo que «el que oye á sus enviados le oye á Él; y el que los desprecia, le desprecia á Él y á Aquel que le envió.» ¡Mal pecado! Por no conocer á sus discípulos, Jesús se hizo responsable de una doctrina que no era la suya. Así, todo es ignorancia y torpeza y tinieblas y engaño y decepción incomprensible en la existencia, en la historia y en el origen del cristianismo. La Iglesia no entiende á los Apóstoles, los Apóstoles, no entienden á Jesús, y Jesús se lleva fuerte chasco con los Apóstoles. De donde se infiere que el cristianismo que V. *respet*a y á que llama *verdadero y puro cristianismo*, no es el cristianismo

tradicional é histórico, el cristianismo de los Apóstoles y de Cristo, el cristianismo de siempre, sino un cristianismo de nueva invención que V. se ha fabricado para su gobierno particular, y en cuya tranquila y pacífica posesión no tengo porqué inquietarle.

R.=Sea como V. quiera; pero yo insisto en que á ese cristianismo de mi *particular invención*, á esas grandes verdades del orden natural se deben el progreso y la civilización de Europa; y esto es lo sustancial.

C.=Sí, á esas grandes verdades, escritas con la sangre de Jesucristo en el asta de la Cruz. Esta es la historia, este es el *hecho*, que no podrán destruir ni menoscabar apriorísticas cavilaciones. ¿Cuándo ha estado el género humano en posesión pacífica de esas verdades fundamentales, sinó cuando las ha visto garantizadas por el Cristianismo? Entréguense á la filosofía racionalista, y acabará por destruirlas ó adulterarlas, ú oscurecerlas, cuando menos.

V.

R.=Esa aseveración de V., amigo mio, es también *apriorística*; y si la palabra no le parece á V. dura, me atreveré á calificarla de temeraria y aún de calumniosa. Esas grandes verdades son el patrimonio *de la razón*.

C.=Lo reconozco de buen grado. Pero el racionalismo es el hijo pródigo de la razón y disipará su patrimonio en la crápula y el vicio.

R.=En qué funda V. una suposición tan injuriosa?

C.=En que le ha disipado ya.

R.=No es cierto. Precisamente el racionalismo consiste en mantenerse dentro de los límites de la Religión natural; por lo menos, el moderno racionalismo, cuyo padre y jefe es el ilustre filósofo Kant.

C.=El racionalismo no consiste en eso, ni en ninguno de los principios que ha proclamado V. en esta discusión: ya veremos en qué consiste el racionalismo. Pero, insisto en que el racionalismo ha disipado ya lo que V. llama, y es en efecto, el patrimonio de la razón; habiendo sido el filósofo de Kœnisberg quien arrojó los primeros bienes por la ventana.

R.=¡Kant, el restaurador de la filosofía, el impugnador acérrimo del materialismo del siglo pasado, el autor de la crítica más sutil y del psicologismo espiritualista!!! ¡Kant acusado poco menos que de ateo!!! ¿Hasta tal punto pueden llegar la intolerancia y el fanatismo?

C.=La intolerancia y el fanatismo (palabras gordas del vocabulario progresista) no me impiden reconocer la sagacidad analítica y el talento filosófico de Kant, ni el mérito que le corresponde por ha-

berse opuesto al torrente avasallador de la Filosofía materialista derivada de Locke y Condillac; pero.....

R.=Pero no le faltarán á V. unas gotas de tinta para dejarlas caer sobre la frente del Genio.

C.=Pero en su «Crítica de la Razón pura» dió e golpe de gracia á las primeras verdades de la religión natural.

R.=Se servirá V. decirme de qué manera?

C.=Considerando como *paralogismos* todas las pruebas de la existencia de Dios, de la personalidad humana é inmortalidad del alma; llamándolas *antilogias* de las razones opuestas tan verdaderas ó tan falsas como ellas.

R.=Pero, las declara *postulados* de la «Razón práctica;» y nadie como él ha demostrado su imprescindible necesidad para la sociedad y para el individuo.

C.=La verdadera razón es y será siempre, porque debe serlo, la *razón pura*, especulativa ó teórica; la razón que asienta principios, los aplica y deduce conclusiones; la razón que demuestra y discurre; en una palabra, la razón que piensa. Los *hechos* suministrados por la *razón práctica* serán perpetuamente estériles si no son fecundados por algún principio de la razón especulativa.

R.=Y qué se infiere de todo eso?

C.=Que el filósofo de Kœnisberg, al expulsar de

los dominios de la razón pura las grandes verdades religiosas del orden natural, les ha robado.....

R.=Qué...?

C.=El carácter de verdades racionales.

R.=Pues hay alguna verdad que no sea racional?

C.=O simplemente el de verdades.

R.=No le comprendo á V.

C.=¿Por dónde se sabe que es verdad lo que de ninguna manera puede demostrarse?

R.=La razón práctica las exige: sin esas verdades, el destino del hombre, el orden moral, la sociedad..... se vienen á tierra.

C.=Pues, que se vengan, contestarán friamente los ateos, si no se quiere buscarles apoyo en otra parte. El destino del hombre y de la sociedad, el derecho y el deber, la virtud y el vicio son ideas que pertenecen al dominio de la *Razón pura*; y si esta nada puede demostrar, la *Razón práctica* nada puede exigir.

R.=Y por qué afirma V. que pertenecen al dominio de la *Razón pura*?

C.=Porque se fundan en principios metafísicos.

R.=Tendrá la amabilidad de demostrarlo?

C.=No hace falta: El mismo Kant ha escrito un libro que se intitula «*Metafísica de las costumbres.*»

R.=El título por sí solo.....

C.=El título por sí solo..... pudiera ser una mentira: Pero, el Jefe del moderno racionalismo encuentra

el origen de la moral, ó sea, el *imperativo categórico*, en la esencia misma de la libertad humana.

R.=Y tiene muchísima razón. El hombre es un sér moral, porque goza de libertad.

C.=La cual es indemostrable, según la «*Crítica de la Razón pura.*»

R.=Luego pretende V. que Kant se contradice?

C.=Su «*Crítica de la Razón práctica*» es una noble protesta contra las consecuencias que se deducen de la «*Crítica de la Razón pura.*»

R.=Y cuáles son esas consecuencias?

C.=Las consecuencias de la «*Crítica de la Razón pura*» son el ateísmo, como acabamos de ver, el materialismo, el panteísmo y el escepticismo objetivo universal.

R.=¡Ira del cielo!! ¿No tiene V. más que decir?

C.=Entre las diferentes formas del ateísmo contemporáneo, me parece la más brutal la de la *escuela positivista*: No blasfema al estilo de Proudhón; ni reduce la existencia de Dios á un problema que puede resolverse afirmativa ó negativamente, como Pí y Margall; ni busca atenuaciones y subterfugios como la mayor parte de los materialistas y panteístas, quienes procuran salvar, al ménos, el nombre. No; esta escuela, según confesión de los de casa, no es teísta, ni ateísta, es *ateológica*: no afirma ni niega á Dios; no le discute, ni siquiera le nombra.

- R.=Seguramente: ese es el más refinado ateísmo.
- C.=Augusto Comte coloca la idea de Dios *fuera* de los confines de la *ciencia*.
- R.=Sí, lo comprendo: por eso no le discute.
- C.=Y Kan la coloca *fuera* de los confines de la *Razón pura* ó especulativa. ¿Le parece á V. que la diferencia es grande?
- R.=Grandísima. En la «Crítica de la Razón pura» se examinan las pruebas de la existencia de Dios y los argumentos en contrario.
- C.=Con el intento de probar que no puede demostrarse, ó sea, que se halla *fuera* de los dominios de la *ciencia*.
- R.=Pero ¿cómo puede haber incurrido en el materialismo el más enérgico impugnador de la filosofía sensualista? Esto no se comprende.
- C.=Afirmando que no puede probarse que el alma humana sea otra cosa que *una série de fenómenos*, es decir, que no puede demostrarse que sea una *sustancia* distinta de la materia. Ya ve V. que Büchner y Moleschott le pueden dar las gracias
- R.=Pero, estos enseñan que los fenómenos psíquicos son efecto de la materia organizada ó de la fuerza que es inherente á ella.
- C.=Y el filósofo de Kœnisberg ignora cuál sea la causa de esos fenómenos, y aun no se atreve á asegurar que tengan alguna.
- R.=¡Cómo! ¿Reconoce Kant la existencia del efecto

y duda de la de una causa que le haya producido?

C.=Es extraño, ciertamente; porque no puede haber *cosa hecha sin acción*, ni acción sin sujeto *agente*.

R.=¡Ah! sí, sí; quería V. arrimar el ascua á su sardina... Vamos... la primera de activa otra vez...

C.=Como siempre que se combata á los ateos.

R.=Luego insiste V. en acusar de ateismo al ilustre filósofo alemán?

C.=A él, nó. Yo no combato á las personas, impugno las doctrinas. He dicho que la suya abre la puerta al ateismo y al materialismo, y creo haberlo demostrado. Demostraré igualmente que las abre al escepticismo y...

R.=Y á qué más? ¿Acaso la «Crítica de la Razón pura» es la Caja de Pandora, ó... la llave del infierno?

C.=No, señor; es sencillamente la fuente del moderno racionalismo cuyos últimos arroyos...

R.=¿Son?...

C.=El panteismo subjetivista de Fichte y el nihilismo de Schopenhauer y Hartman.

VI.—VII

R.=Comience V. por eso del escepticismo.

C.=Con mucho gusto. ¿Qué sabe V. acerca de lo que llamamos *mundo corpóreo*? ¿De qué manera le definirá V.?

R.=Le defino y sé que es «un conjunto de seres *extensos*, comensurables y divisibles, unidos entre sí por relaciones constantes ó *leyes*, las cuales presiden á sus cambios y *sucesivos* estados, conservando la integridad del todo.»

C.=Excelente definición. Pero es el caso que su ídolo de V. la rechaza punto por punto y sílaba por sílaba, y de todo eso que V. dice que sabe, él asegura que no puede saberse nada.

R.=Veamos.....

C.=*In ictu óculi*, para que V. no esté impaciente, sin perjuicio de otras explicaciones.

R.=Ya lo estoy.

C.=Enseña el filósofo de Kœnisberg que en nuestros juicios acerca de lo que vulgarmente se llama *mundo corpóreo* debemos distinguir dos elementos, á saber, lo que *aparece* á nuestra sensibilidad (fenómeno) y lo que *es* en la realidad, ó sea, la *cosa en sí* (noúmeno).

R.=Muy bien distinguido. La distinción entre lo que es subjetivo y lo que es objetivo, entre la apariencia y la realidad, es condición necesaria de todo conocimiento Filosófico, y el *desideratum* de toda crítica racional; de suerte que por este lado no veo el escepticismo de Kant ni aun *despistojándome*, cuanto menos *in ictu óculi*.

C.=Respecto del *fenómeno* ó *apariencia* nuestros juicios son legítimos y verdaderos, porque se

contienen dentro de los límites de nuestra conciencia. Pero, respecto del *noúmeno* ó de la *cosa en sí*.....

R.=¿Qué?...

C.=Nada podemos afirmar, porque nada podemos saber.

R.=Luego, según Kant, no podemos saber si los objetos exteriores son ó no *extensos*: si las *leyes de la naturaleza* son tales leyes: ni si los seres que la constituyen experimentan cambios *sucesivos*: ó si tienen razón de *partes* respecto del *todo*?

C.=Exactamente.

R.=¡Imposible, imposible!

C.=Ahora vienen las ulteriores explicaciones que á V. le prometí.

R.=Vengan, pues.

C.=En la doctrina de Kant, la extensión no es otra cosa que una condición de la sensibilidad externa.....

R.=Perfectamente: sólo los objetos extensos pueden afectar nuestros sentidos.

C.=No es eso: La extensión es una *forma* meramente subjetiva con que nuestra sensibilidad reviste á los objetos de la sensación. Así, pues, estos *aparecen* y no pueden ménos de aparecernos como extensos; pero, haríamos muy mal en afirmar que lo son *en sí*.

R.=Por qué motivo?

C.=Porque sería atribuir al objeto lo que es propio del sujeto, y esto no puede permitirlo el autor de la «Estética Trascendental.»

R.=Es decir, que todos los juicios que formamos acerca del tamaño, figura, peso y distancia de los cuerpos, con los demás que á la cantidad se refieren, envuelven necesariamente un sofisma de *tránsito*?

C.=Así es; y la Geometría viene á ser una ciencia de pura imaginación.

R.=Y la Astronomía y la Física y la Química y todas las ciencias naturales, según la manera de discurrir que V. gasta; porque todas ellas versan acerca de la extensión y de sus cambios y relaciones.

C.=Ciertamente, y además por otra razón.

R.=¿Cuál es?

C.=Que lo que vulgarmente llamamos leyes de la naturaleza no son tales leyes de la naturaleza...

R.=¡Oh! y lo que es en eso pienso yo lo mismo que Kant: observamos los *hechos* que se verifican constantemente, los expresamos con más ó ménos exactitud en fórmulas generales, y á estas fórmulas les damos pomposamente el nombre de *leyes de la naturaleza*.

C.=Adelante, adelante.

R.=Sabemos, porque la experiencia nos lo enseña ó lo demuestra el cálculo, que la atracción se

ejerce en razón directa de las masas, é inversa del cuadrado de las distancias; que polos eléctricos ó magnéticos de nombre contrario se atraen, y los de un mismo nombre se repelen; que la luz se propaga en línea recta y el sonido en círculos concéntricos; que la sal marina cristaliza en cubos y el topacio en prismas; que los átomos se combinan en proporciones determinadas y siempre fijas para constituir un cuerpo... y exclamamos llenos de gozo y rebosando entusiasmo científico: ¡Esa es la *ley*!

C.= ¿Y qué?

R.=Esa no es la ley; ese es el *hecho*. La ley es algo más; la *ley* es el principio en virtud del cual sucede todo eso; la *ley* es la relación del *hecho* con la causa que le produce; la *ley* es la razón, el porqué y el cómo de los mismos *hechos*; y estas cosas casi siempre quedan ocultas por el velo del misterio más impenetrable.

C.=Muy bien hablado, amigo mío, si se ha propuesto V. humillar un poquito el orgullo de la *ciencia*; pero muy fuera del caso en lo que á la doctrina Kantiana se refiere.

R.=¿Por qué lo dice V?

C.=V. cree que el conocimiento de las leyes de la naturaleza, ó de las fórmulas, como V. atinadamente las llama, que expresan hechos constantes, es *á posteriori*, fruto y resultado de la experien-

cia y de la observación; que el entendimiento las *ve*, las *toma* de la naturaleza y se las apropia, digámoslo así, convirtiéndolas en juicios?

R.=Seguramente que así lo creo.

C.=Pues no, señor. El entendimiento las ve en sí mismo, las toma de sí mismo y se las impone á la naturaleza.

R.=V. se chancea.

C.=Y mucho. «El entendimiento, dice Kant, es una facultad legisladora de la naturaleza.»

R.=Esas palabras deben de ser una metáfora ú otra figura artística que entrañe alguna oculta significación. Bien sabe V. que la claridad del lenguaje no es el pecado capital de la filosofía neo germánica.

C.=Precisamente y por excepción singularísima, el filósofo prusiano habla acerca de este punto como si se hubiera educado en el centro de Castilla: «Si un sello de hierro, dice, tuviera conciencia, creería recibir de la cera la figura que él mismo la imprime.» El sello de hierro es el entendimiento, la cera es la naturaleza. ¿Es esto claro?

R.=¡Ja, ja, ja! Algún sello de hierro debe de háberselo dicho á Kant.

C.=Y sus discípulos más moderados, los de la escuela meramente crítica, han deducido la siguiente consecuencia: «El entendimiento dá á las cosas el modo de ser.»

R.= ¡Cáspita! Pues, que les dé también el sér, y cátales hecho y declarado solemnemente criador y ordenador del Universo.

C.= Lo de ordenador ya le queda adjudicado en las palabras «facultad legisladora de la naturaleza.» Lo de criador, ó creador, se lo regalará Fichte, rebasando la línea que separa el criticismo kantiano del panteísmo subjetivista.

R.= Me parece que ya está rebasada.

C.= Psch! como V. quiera.

R.= Mas yo no puedo creer que la crítica del ilustre filósofo sea tan demoledora como V. asegura.

C.= Y más todavía. ¿Puede V. decirme qué entiende por la palabra *tiempo*?

R.= No, señor: El tiempo, dice S. Agustín, es una cosa tan clara que sé muy bien lo que es, cuando nadie me lo pregunta; y tan oscura á la vez, que, si me lo pregunta alguno, no sé qué responderle.

C.= Pero, algo sabrá V. que pueda corresponder á esta palabra *tiempo*.

R.— Sí; sé que uno tras otro, y en série no interrumpida, cuyo principio no alcanzo, cuyo fin no puedo imaginar, y que me envuelve y envuelve todas las cosas, como un océano sin riberas, se suceden y pasan los siglos y las generaciones, los años y los días, las horas y los instantes, los movimientos de los átomos y las revoluciones de las estrellas, la vida de las plantas y de los animales;

y más que todo, los pensamientos del hombre, los cuales, no pudiendo detener al tiempo, parece como que quieren seguirle en su vertiginosa carrera hacia un término que se oculta en las sombras misteriosas de lo infinito. Sé que el tiempo es la historia de la humanidad con sus imperios y sus repúblicas, con sus glorias y sus desgracias, con sus grandes hombres y sus grandes crímenes, con sus enseñanzas y sus escarmientos, con su incesante variar y su marcha firme y nunca interrumpida por las sendas del progreso á sus providenciales destinos. Sé que es la historia de la tierra, ardiendo como una centella en el espacio vacío; envuelta en nubes de vapor, como un niño en las mantillas de su infancia, (Job.) levantando á las nubes las crestas de los montes y tragándose otros en sus abismos, haciendo cambiar de sitio los mares, torciendo el curso de los rios y de los torrentes, y recibiendo por último en su fecundo y tranquilo seno los gérmenes de la vida para desarrollarlos y perpetuarlos en infinita variedad y encantadora belleza. Sé que es la historia del cielo con sus movimientos y su armonía sublime, con sus nebulosas, sus soles, sus planetas, satélites y asteroides sembrados como chispas de diamantes por el azulado firmamento, encendiéndose unos, apagándose otros, precipitándose otros como lluvia de luz en sus respectivos centros, y

gastándose y envejeciéndose todos como un vestido (David); hasta que víctimas de una conflagración universal, vuelvan á su primitivo estado de fría pavesa, para dar lugar a una nueva creación en la que impere la justicia y reine la felicidad (S. Pedro). Sé que el tiempo és la historia de mí mismo: el recuerdo de lo pasado, la esperanza de lo porvenir, sin los cuales es nada ese imperceptible momento que se llama el *presente*, que espira al tiempo de nacer, que se desliza de entre las manos, y del cual nunca puedo decir *ahora*, porque, cuando voy á decirlo, ya pasó!! Sé, por último, que el tiempo es la existencia de todo lo que existe, la vida de todo lo que vive, la acción de todo lo que obra, el pensamiento de todo lo que piensa, la voz de todo lo que habla; salvo de Aquel que, sentado en el trono augusto de la indivisible Eternidad, no sufre el pasado, ni el futuro, y ve girar á sus piés todo lo que es, todo lo que ha sido, y todo lo que será; y el Único que verdaderamente Es.

C.=Magnífico, soberbio, elocuentísimo sobre toda ponderación. Pero siento tener que despertar á V. de su poético y delicioso sueño para mostrarle la desnuda y triste verdad.

R.=La verdad?.....

C.=El Filósofo de Kœnisberg ha despojado de sus blandas y tiernas carnes y de sus delicados ner-

vios, con el escalpelo de la crítica, á la hermosa figura del *tiempo* que V. acaba de pintarnos, y la ha reducido á un miserable esqueleto, frío como la muerte de la cual es imagen.

R.=Qué quiere V. decirme?

C.=Que renuncie V. para siempre á la historia del cielo y de la tierra y de cuanto en ellos se contiene, y á la de la humanidad y á la de sí mismo: y que no hable V. de perfectibilidad y de progreso, de recuerdos y de esperanzas, de movimiento y de vida.....

R.=Pero, por qué?

C.=Porque todo ello es engaño, ilusión, mentira, cuadros de simple fantasmagoría.

R.=¿Cómo?

C.=Porque el tiempo no es más que la sucesión de nuestros propios fenómenos que atribuimos malamente á las cosas mismas, como el que se hace á la vela atribuye su propio movimiento á los objetos de la costa.

R.=Pero las cosas ¿no se suceden en realidad?

C.=Por lo ménos es imposible saberlo, según la crítica de Kant.

R.=Conservaremos en el mundo la razón de *partes* y de *todo*?

C.=De ninguna manera: Las que llamamos relaciones de los cuerpos no son otra cosa que relaciones de los fenómenos: y por otro lado, las nociones

de *todo* y de *partes* corresponden á la *categoría* de *cantidad* que, como las demás categorías, no tiene otro valor que el puramente lógico.

R.=Según eso ¿qué viene á ser lo que llamamos mundo corpóreo en la doctrina de Kant!

C.=En *sí mismo*, no lo sabemos, ni aún si es causa de nuestras sensaciones. *Para nosotros*, es un conjunto de fenómenos revestidos con las formas subjetivas de espacio y tiempo, y enlazados entre sí por las leyes del entendimiento puro.

R.=Claro: venimos á caer en el escepticismo con respecto al orden sensible.

C.=Recuerde V. ahora que el Filósofo de Koenisbert enseña que no puede demostrarse la existencia de Dios como sér personal y trascendente, por los principios de la razón especulativa.

R.=Recordado. Prosiga V.

C.=Ni que el alma sea otra cosa que una série de fenómenos; esos mismos fenómenos de que venimos hablando, en cuanto son hechos de conciencia.....

R.=También lo recuerdo. Adelante.

C.=Y ponga V. como *substractum* ó fondo común de ese mundo de fenómenos alguna cosa, siquiera sea desconocida, vaga é indeterminada, *algo*, nada más que *algo*.

R.=Está puesto.

C.=Permítame V. ahora dos preguntas.

R.=Permitidas.

C.=Primera ¿Qué podemos saber respecto de los objetos ultra sensibles, según el autor de la Filosofía crítica?

R.=Nada.

C.=Luego incurrimos en el escepticismo absoluto.

R.=Así parece.

C.=Así es; y de esto daré al instante más amplias explicaciones.

R.=Venga la segunda pregunta.

C.=Enseña Fichte que Dios, el mundo y el mismo *yo empírico*, esto es, particular y determinado, el *yo de la conciencia ó fenoménico*, son *puestos* por el *yo indeterminado*, universal y absoluto como otras tantas determinaciones, limitaciones ó negaciones de sí mismo, como otros tantos *no yo*.

R.=Repito que venga la pregunta.

C.=El Filósofo de Kœnisberg no admite más que *fenómenos* y la *cosa en sí*, ó sea, lo desconocido. El profesor de Berlín, los fenómenos y lo indeterminado. Ahora bien, ¿hay mucha distancia del uno al otro? La «Crítica de la razón pura» ¿no podría llamar hija suya á la «Doctrina de la Ciencia, ó, Ciencia del conocimiento.» El subjetivismo absoluto del primero, según el cual el mismo sujeto no pasa de fenómeno ¿no es la base necesaria y el principio generador del *yoismo* panteista del segundo?

R.=Supongo que el mismo Kant no se avergonzaría de reconocer á Fichte como hijo suyo y continuador de su obra.

C.=Ni á Hegel, ni á Krausse, ni á ninguno de los modernos panteistas alemanes y franceses, con sus humildes caudatarios los neo-germanistas españoles que infestan nuestras Universidades y otros establecimientos de enseñanza.

R.=Muy numerosa prole y mucha gloria va V. concediendo al filósofo prusiano.

C.=Toda la que le corresponde. El Tormento de la Filosofía crítica ha sido, es y será siempre la manera como se verifica el tránsito de lo subjetivo á lo objetivo, del orden ideal al real, del *yo* al *no yo*, de la conciencia al mundo.

R.=Sí, lo comprendo; pero ha dicho V. *de la Filosofía crítica*, y yo entiendo que lo es de toda Filosofía, de toda investigación psicológica que merezca el nombre de racional.

C.=Y por qué?

R.=Porque como ha dicho el eminente filósofo de quien vamos hablando, «Toda filosofía es esencialmente crítica, porque no sólo debe discutir las opiniones que se la presenten, sino inquirir y examinar los fundamentos mismos de todo conocimiento.»

C.=Y sin embargo, la frase del eminente filósofo es eminentemente absurda.

R.=Cómo? Si no estamos ciertos de la legitimidad de nuestras facultades, de la eficacia objetiva de nuestros medios de conocer, ¿podremos tener verdadera certeza acerca de alguna cosa?

C.=No, señor; de ninguna.

R.=Luego esta legitimidad, esta eficacia objetiva es lo primero que debemos examinar, inquirir ó criticar.

C.=Y sin embargo, esta frase «toda filosofía es esencialmente crítica» continúa siendo absurda.

R.=Explíquese V.

C.=Porque de ella se desprende lógica y necesariamente su contradictoria; á saber, que toda filosofía es esencialmente dogmática.

R.=Esto sí que no lo entiendo.

C.=Pues se deja entender fácilmente.

R.=Veamos.

C.=Toda crítica supone un primer *criterio*.

R.=Seguramente.

C.=El cual no es *criticable*.

R.=Por qué no ha de serlo?

C.=Porque sería llevar nuestra crítica hasta lo infinito, sin hallar jamás un punto de apoyo; semejantes á la paloma enviada del arca por Noé, la cual, no hallando en la tierra un sitio donde posarse, tuvo que volver al mismo de que había partido.

R.=La comparación es bellísima.

C.=Pero, exacta. ¿Podemos, acaso, criticar nuestros juicios sinó juzgando, ni nuestros racionios sinó discurrendo, ni nuestra razón sinó razonando? Para criticar nuestras facultades y medios de conocer, ¿tenemos, por ventura otros medios y otras facultades?

R.=Luego pretende V. que admitamos á la carga y sin *discernimiento*, «more brutorum» cuanto nos presentan nuestras facultades...

C.=No por cierto. Las facultades inferiores (sensibilidad) pueden y deben ser juzgadas ó criticadas por las superiores; y áun la misma razón puede criticar sus propios actos y juicios hasta llegar...

R.=A dónde?

C.=A los primeros principios, á las verdades *per se notas*, como dicen los escolásticos; ó hasta el principio cartesiano: «Lo que vemos en la idea clara y distinta de una cosa, puede afirmarse de la cosa misma»: ó, «Lo que vemos con mucha claridad es verdadero.» Y así el padre, ó abuelo, del criticismo contemporáneo se convirtió de repente en un dogmático de primera fuerza, haciendo el tránsito de lo subjetivo á lo objetivo de la única manera que puede hacerse...

R.=Conviene á saber...?

C.=De golpe y porrazo, como se dice vulgarmente, admitiendo la eficacia y valor objetivo de las ideas muy claras, porque...

R.=A ver por qué...?

C.=Porque sí.

R.=¡Vaya una razón!

C.=Pues, no hay otra. Y el que busque la razón de esta *sinrazón*, ó incurrirá en el escepticismo ó en el panteísmo, ó dará con su cuerpo en un manicomio: tres cosas que vienen á ser una misma cosa, con perdón sea dicho de nuestros krausistas y salmeronianos.

R.=En el escepticismo?

C.=Porque para levantar el edificio del conocimiento le faltará siempre lo que á Arquímedes para volcar la tierra: un punto de apoyo. El que pretende hallar la razón de todo, es claro, no encuentra la razón de nada.

R.=Y en el panteísmo?

C.=Porque, no hallando el puente por donde pasar del orden subjetivo al objetivo, se pone á dos dedos de confundirlos: ó considerando al objeto como forma del sujeto (Fichte), ó á este como determinación de aquel (Schelling), ó á entrambos como identificados en algo superior (Hegel).

R.=Luego el terrible problema permanecerá eternamente sin solución.

C.=Al contrario; está resuelto desde hace mucho tiempo.

R.=Desde cuándo?

C.=Desde la creación del hombre.

R.=A ver cómo?

C.=El hombre es un ser dotado de razón, es decir, de diferentes facultades de conocer: Luego la relación de armonía entre el sujeto del conocimiento y el objeto conocido es un *hecho* primitivo y esencial de nuestra naturaleza, sin el cual el hombre no sería hombre.

R.=No lo dudo.

C.=El que pone en tela de juicio la legitimidad de las facultades superiores, el que pretende discutirla ó *criticarla*, es tan loco como él...

R.=Qué va V. á decir?

C.=Como el que intentara ponerse los ojos en la mano para *ver* si están bien contruidos.

R.=Pero ¿ha criticado Kant los elementos constitutivos y esenciales de la razón, los ojos del entendimiento, como V. dice, ha buscado la razón de lo que V. llama *sinrazón*, ha querido encontrar algo anterior á lo primero ó posterior á lo último?

C.=La doctrina de Kant es esencialmente escéptica, como he demostrado, tanto en el orden de lo sensible, como respecto de las cosas suprasensibles, de manera que, con el escalpelo de su crítica, nos ha saltado los ojos del entendimiento: y debe de haber inquirido mucho acerca de la razón de la *sinrazón* cuando á esta última la considera como *antirracional*.

R.=Discute Kant los primeros principios?

C.=Ciertamente.

R.=Pero será para fijarlos, esclarecerlos, determinar su verdadero sentido y sus legítimas aplicaciones.

C.=No señor: el resultado de su crítica es negarles todo valor objetivo y real, afirmando que son sencillamente leyes del entendimiento aplicables á los fenómenos, pero, de ningún modo, leyes de la existencia y condiciones de la posibilidad de las cosas.

R.=Luego, según Kant, puede haber efecto sin causa; cosas iguales á una tercera pueden ser desiguales entre sí; el cuadrado de la hipotenusa puede ser mayor ó menor que la suma de los cuadrados de los catetos; y aun pudiera suceder que una cosa fuese y no fuese al mismo tiempo.

C.=Quizá: porque estos principios son leyes del pensamiento solamente, y al aplicarlos á la *cosa en sí* se comete un sofisma *de tránsito*.

R.=De modo que no resulta verdadero el consabido principio de Descartes «Lo que vemos en la idea clara y distinta de una cosa puede afirmarse de la misma cosa?»

C.=Exactamente, esa es la fórmula del gran sofisma de tránsito, del tránsito de lo subjetivo á lo objetivo, del sofisma que constituye.....

R.=Todo el *subtractum* de la filosofía kantiana.

C.=No, señor: que constituye la esencia del hombre como ente racional.

R.=De modo que el autor de la «Crítica de la Razón pura» ha hecho con la razón humana lo que el avaro de la fábula con la gallina de los huevos de oro...?

C.=Justamente; abrirla en canal.

VIII

R.=Mas, esta doctrina del filósofo alemán procede, sin duda, de algún principio anterior relativo á los medios de conocer.

C.=Sin duda: óigale V.

Así como la *extensión* es la forma de la sensibilidad externa, y el *tiempo* de la interna, los conceptos puros, que Kant llama *categorías*, como *sér*, *no sér*, sustancia y accidente, causa y efecto, necesario y contingente, cantidad, cualidad, relación, etc., etc., lo son del entendimiento; y como aquellas, sólo tienen valor lógico, fenomenal y subjetivo. Luego los juicios que de ellos se forman, v. g. los de contradicción, causalidad y necesidad no pueden tener valor alguno real ni objetivo: serán leyes del entendimiento, mas no de las cosas: aplicarlos á ellas será cometer el ya manoseado sofisma de *tránsito*. Ahora comprenderá V. cómo es que, según la doctrina del filósofo

alemán, no puede demostrarse la existencia de Dios por los principios de la razón pura: sería preciso para esto aplicar al mundo, á la *cosa en sí*, no á los fenómenos, la categoría de efecto, afirmando que ha comenzado á ser, ó inferir de aquí que hay en la realidad una causa que le ha comunicado la existencia. Lo mismo digo respecto de la sustancialidad, personalidad y libertad del alma humana; porque sería forzoso predicar del alma, como de algo distinto de los fenómenos, las *categorías* de sustancia y de causa, trasladando á la *cosa en sí* las condiciones subjetivas del conocimiento. A todo esto debe añadirse que las *ideas*, objeto del entendimiento considerado como razón (Dialéctica Trascendental), no son otra cosa que la aplicación de varias *categorías* á un fenómeno ó conjunto de fenómenos, y resultará que Dios, el alma y el mundo son meras *creaciones*, combinaciones ó juegos de la inteligencia, como el mónstruo que canta Horacio al comienzo del «Arte poética.»

R.=Ahora comprendo perfectamente cómo Fichte pudo afirmar que Dios, el mundo y el alma son *puestos* por el *yo* indeterminado como otras tantas formas de sí mismo.

C.=El mismo Kant nos dice que, tal vez, el alma no es otra cosa que eso que llamamos mundo corpóreo, y consideramos indebidamente como causa de nuestras sensaciones.

R.=Y también se me alcanza que, siendo el principio de contradicción una ley puramente subjetiva, pudo enseñar Hegel que el sér y el no-sér se identifican realmente en el *venir á sér*, unidad absoluta en la cual se resuelven todas las antítesis ó contradicciones relativas y que constituye el sér, la sustancia de Todo lo que es. Mas un punto le queda á V. todavía por esclarecer.

C.=¿Cuál es ese punto?

R.=El que se refiere al nihilismo pesimista de Schopenhauer y Hartmán.

C.=¡Cómo! ¿Es posible que no haya V. columbrado los abismos de la nada, cuando está ya pisando sus confines?

R.=No lo veo.

C.=Pues lo verá V. inmediatamente: Si la vida de la sensibilidad es pura ilusión, la del entendimiento un juego, y la de la razón una quimera, la vida de la voluntad.....

R.=Será una decepción amarguísima.

C.=Luego, Hartmán tiene razón cuando dice: «Extingamos esa vida en las sombras del no sér.»

R.=No cabe duda: Si el hombre no puede conocer la verdad, el bien es inasequible, y la aspiración á la felicidad será..... el tormento de nuestra vida.

C.=Y que sólo puede calmarse.....

R.=Ya lo entiendo; con la extinción total y absoluta de la vida ó del sér.

C.=En lo cual consiste la verdadera *liberación*, y la única aspiración racional del individuo y de la humanidad y el término de todo progreso.

R.=¡Ja, ja, ja! Pues para ese viaje.....

C.=No necesitábamos haber salido del amoroso regazo del *Inconsciente* donde dormíamos el dulce sueño del no-sér, quiero decir, de la felicidad, hasta que nuestra mala ventura nos despertó para hacernos rabiar con el *ensueño* de otra felicidad imposible.

R.=Quédame aún alguna dificultad para admitir como legítimas las conclusiones que V. ha deducido de los principios asentados por el autor de la «Crítica de la Razón pura,» y quisiera que lograra V. desvanecerla.

C.=Exponga V. su dificultad con entera franqueza, y procuraré contestar de la mejor manera posible.

R.=Kant admite la posibilidad de los juicios analíticos y sintéticos *á priori*, y por consiguiente los primeros principios ó axiomas que son las fórmulas de esos mismos juicios.

C.=Pero habrá V. observado por las explicaciones anteriores, que ni á unos ni á otros les concede más valor que el simplemente fenoménico ó subjetivo: afirma también que los primeros no producen la *ciencia*, porque, hallándose el predicado contenido en la esencia misma del sujeto, no se afirma sino lo que ya se sabe, v. gr. cuando deci-

mos «el hombre es racional» ó «el círculo tiene sus radios iguales.»

R.=Y me parece que en esto último tiene razón.

C.=Espero que cambiará V. pronto de parecer. ¿Ha meditado V. sériamente sobre las consecuencias de ese apotegma?

R.=Nunca, ciertamente.

C.=Pues, considere V. que la Aritmética, el Álgebra y la Geometría descansan en juicios *á priori* y casi no los contienen de otra clase. ¿Serán todos ellos juicios sintéticos?

R.=No por cierto: Los hay sintéticos y analíticos; ¡pues no ha de haberlos! Como que las Matemáticas se ocupan en la composición y descomposición de los números ó de la cantidad. Por medio de la composición ó síntesis, planteamos el problema, construimos la figura y suministramos los datos y condiciones: y por la descomposición, comparación y análisis le resolvemos y demostramos. Así pues, en las Matemáticas se hace uso indistintamente, y con frecuencia á la vez, del análisis y de la síntesis. Todas las operaciones de adición, expresadas por los signos $+$ y \times son sintéticas; y todas las de sustracción, indicadas por los de $-$ y $:$, son por necesidad analíticas. Cuando digo, siete más cinco son doce, formo un juicio sintético indudablemente; y cuando digo, doce menos cinco son siete, el juicio es analítico, sin disputa.

C.—Ese es precisamente el ejemplo que presenta Kant.

R.—Y en eso pienso que no yerra.

C.—Lo mismo pienso yo; pero no falta quien afirma que ambos juicios son analíticos.

R.—¡Qué disparate! Un juicio analítico el que expresa el resultado de una operación de sumar! Pues, dígame á V. que de esta hecha me quedo sin saber lo que es síntesis y lo que es análisis. Cabalmente, la base de las Matemáticas es una gran síntesis que ha de preceder necesariamente á toda operación y á todo juicio analítico.

C.—Reconociendo, como me complazco en reconocer, la superioridad de V. en esta clase de conocimientos...

R.—Muchas gracias por el favor.

C.—Le suplico me diga cuál es esa primera base de las Matemáticas.

R.—Muy sencilla es: la saben los niños de esta escuela: la numeración, ya hablada, ya escrita. Ahora quiero yo también valerme de estas criaturitas para defender en este punto la doctrina de Kant.

C.—Ven acá, Timoteo, responde á lo que te pregunte este caballero.

R.—Dime, niño, ¿qué entiendes por número?—Una sola cosa, ó la reunión de varias iguales ó semejantes.

—Pase lo de *una*, puesto que en la unidad, considerada como tal simplemente, no cabe la síntesis ni el análisis; pero dime, ¿qué entiendes por decena?—La reunión de diez unidades.

—¿Y por centena?—La reunión de diez decenas.

—¿Y por millar?—La reunión de diez centenas.

—¿Y por millón?—La reunión de diez centenas de millar.

—¡Guapo muchacho! ¿Querrás responder á otras preguntas?

—A cuantas V. me mande y yo sepa.

—Conocías tú el valor de mil antes de saber el de ciento?

—No, señor.

—Y el de ciento antes de saber el de diez?—
Tampoco.

—Y el de diez antes de saber el de uno?—De ninguna manera, todo eso es imposible.

—Luego, es claro, como la luz del día, que la idea del número se forma por síntesis, partiendo de la unidad hasta llegar al ∞ ; y sería absurdo, amén de ridículo, afirmar que es posible partir de este último para venir á parar en la unidad por medio del análisis ó descomposición.

C.—Así me parece á mí también, aunque poco versado en estas materias. Pero, acaso en la Geometría suceda todo lo contrario.

R.—Por qué lo sospecha V.?

C.=Porque la idea fundamental de la Geometría, que es la extensión, no se forma por síntesis, partiendo del punto hasta llegar al sólido, sino al revés, por análisis, partiendo del sólido para venir á parar al punto.

R.=Así es efectivamente; pero eso debe de consistir en que la extensión es una cosa que nos entra por los sentidos, es la misma cantidad de los cuerpos con sus respectivos límites y mútuas relaciones, y la percibimos tal cual en ellos existe: yo creo que, si tuviéramos solamente la idea del punto, nunca llegaríamos á *componer* una línea.

C.=Por qué?

R.=Muy sencillo: porque nos faltaría el espacio en que colocar una série de puntos, ó hacer que uno solo se moviese.

C.=Luego, cuando dicen Vdes. que la línea es engendrada por el movimiento de un punto, suponen ustedes ya lo mismo que van á buscar; la línea.

R.=Seguramente; y lo mismo sucede cuando tratamos de buscar el origen de una superficie por el movimiento de una línea, ó el de un sólido por el de una superficie, á saber, andamos buscando lo que ya realmente poseemos. Pero, este procedimiento científico por síntesis, que no destruye el natural analítico, antes bien le confirma, es de grande utilidad para formar idea exacta de los cuerpos geométricos y para las demostraciones.

C.=De modo que, pensándolo bien, la idea de la extensión no se *forma* ni por síntesis ni por análisis, sino que se nos da *hecha*; por lo cual necesitamos deshacerla ó descomponerla en sus elementos constitutivos para estudiarla filosóficamente.....

R.=Esa es la verdad; y por esa razón la Geometría empieza analizando ó descomponiendo.

C.=«Empieza» ha dicho V.....

R.=Y continúa después empleando el análisis ó la síntesis, según las circunstancias y los casos, lo mismo que la Aritmética. Por medio de la síntesis, como ya he dicho, construyo las figuras, pongo las condiciones, suministro los datos; y por medio del análisis, mi entendimiento encuentra allí.....

C.=Qué es lo que encuentra?

R.=Precisamente lo que él *ha puesto*, ni ménos ni más.

C.=No lo entiendo.

R.=Cuando construyo una figura, v. gr. un triángulo rectángulo, pongo una línea de cierta longitud, opuesta al ángulo recto, á la cual llamo hipotenusa.

C.=Adelante.

R.=Y otras dos menores, llamadas catetos, que tienen con la primera una relación determinada.

C.=Cierto.

R.=Luego cuando expreso esta relación en un teorema ó en una fórmula, no hago otra cosa que sacar á luz lo que allí estaba oculto.

C.=Así parece; pero se me ocurre una dificultad. La Geometría queda reducida á un juego en que el entendimiento se divierte edificando y destruyendo sus obras, ó haciendo pajaritas de papel, como los niños, para tener el gusto de desbaratarlas y volverlas á construir. Exactamente lo que dice Kant acerca de la aplicación de los conceptos á los fenómenos, ó de la formación de las ideas: simples creaciones lógicas, ficciones del entendimiento ó de la imaginación. ¿Pretende V. dejar reducidas las Matemáticas á límites tan estrechos?

R.=Observe V., amigo mío, una coincidencia rarísima, que casi me atrevo á llamar singular, con la cual queda destruida la objeción que V. ha presentado.

C.=Y es?

R.=Casi nada: Que mientras mi entendimiento juega y se divierte en la cámara oscura de mi cerebro haciendo combinaciones de puntos y líneas, y superficies y sólidos, y ángulos y triángulos, y círculos y elipses, y cubos y prismas, y demás títeres geométricos en sus propios talleres fabricados, y los descompone, y determina sus mútuas relaciones, y el valor relativo de cada una de sus

partes, expresándole con fórmulas más ó menos bárbaras, como A^2 ó B^3

C.=¿Pero hombre! ¿Quiere V. decirme lo que he de observar?

R.=Casi nada, repito, á saber: que de la misma manera, con iguales condiciones, con sujeción á las mismas leyes, de conformidad con esas fórmulas, sin apartarse de ellas ni un punto, como si fueran palabras mágicas ó sacramentales.....

C.=Acabará V. de explicarse?

R.=..... juegan y se divierten, y se mueven y se agitan.....

C.=Prosiga V.

R.=..... los mundos en los espacios infinitos y los átomos en los espacios imperceptibles; y la naturaleza entera se somete á ellas sin murmurar; y todas las ciencias y todas las artes y todas las industrias y todos los movimientos del hombre y del insecto, les tributan religioso acatamiento y les rinden pleito homenaje; como si esa ciencia que V. llama juego del entendimiento ó de la imaginación, fuera la reina de todas las ciencias y la ley universal de toda la creación. ¿Vé V. ahora la coincidencia?

C.=Sí, la veo.

Pero cómo explicarla? ¿Acaso porque el entendimiento impone á la naturaleza sus propias leyes, como dice Kant?

R.=No, señor; permítame Kant que califique su doctrina de simple tontería.

C.=O tal vez porque la Geometría haya tomado de la naturaleza por medio de la experiencia ó de la observación, sus axiomas, teoremas, corolarios, y en general sus grandes principios y consecuencias?

R.=Eso sería un desatino mayor: las verdades geométricas se aplican ciertamente á los hechos suministrados por la experiencia; pero son absolutamente independientes, anteriores y superiores á la experiencia misma; y aunque los hechos no existieran, ellas seguirían siendo verdades, y lo opuesto á ellas absurdo, repugnante y contradictorio. Así, aunque todos los seres extensos se hundieran en los abismos de la nada, no por eso sería posible que los tres ángulos de un triángulo valiesen más ó menos que dos rectos, ó que la línea recta no fuese la más corta entre dos puntos. Y si de nuevo saliera la extensión de la sima del no-ser, de nuevo la veríamos acomodarse y fundirse en esos cubiletes con que entretiene sus ocios el hueso entendimiento. No; las verdades de la Geometría, como universales y necesarias que son, no pueden depender de la experiencia, esencialmente particular y contingente.

C.=Luego, cree V. que la Geometría se encuentra realizada en la Naturaleza con rigurosa exactitud...

R.=Con la misma exactitud que en mi entendimiento.

C.=¿Cómo? El entendimiento trata del punto, de la línea, de la superficie, como de cosas no solamente distintas, sino separadas entre sí; y yo no veo nada de esto en la Naturaleza: la aguja más sutil no podría señalar un punto, ni el más delicado pincel trazar una línea, ni es posible hallar una superficie pura, esto es, sin que le vaya unida la profundidad. Así, cuando yo leo, v. gr. que ángulo es la abertura formada por dos *líneas* que se tocan en un *punto*, entiendo que eso de las líneas y del punto es cosa de la imaginación; pues ni tales líneas son simplemente líneas, ni el tal punto es verdadero punto en ningún objeto de la Naturaleza ó del arte.

R.=Qué es lo que vé V. en cualquier objeto de la Naturaleza ó del arte?

C.=El sólido y nada más que el sólido, la extensión compuesta de longitud, latitud y profundidad en el más pequeño de los cuerpos y en la más pequeña de sus partes, y en la última de esas partes á que pueda alcanzar la imaginación.

R.=Así es efectivamente: y V. mismo acaba de confirmar mi opinión con sus observaciones. Si la extensión es *algo* compuesto, constará de partes realmente distintas las unas de las otras y unidas entre sí para formar un todo.

C.=Justamente.

R.=Y no me dirá V. que el sólido se compone de sólidos, la superficie de superficies y la línea de líneas.

C.=Por qué?

R.=Porque sería tomar el rábano por las hojas y no decir nada ó decir una tontería: el compuesto se compone..... allá vá una pero-grullada..... de las partes componentes, las cuales aunque unidas y quizá inseparables, existen en él realmente.

C.=Y qué quiere V. decir con eso?

R.=Que en el sólido existe realmente la superficie, en la superficie la línea y en la línea el punto con tanta exactitud como en mi entendimiento, y con más exactitud que en mi imaginación, la cual sólo puede representar la extensión, ó sea el compuesto, pero no los elementos componentes en su geométrica pureza. Mucho me extraña que un hombre de la profesión que V. ejerce y de los estudios á que se ha dedicado, haya podido dudar ni por un instante de que las Matemáticas son la ley constante, absoluta y necesaria de la Naturaleza.

C.=Y de dónde procede esa extrañeza?

R.=De que, á mi parecer, debe V. saberse de memoria la fórmula general que expresa de una manera sublime cómo las Matemáticas son la norma del Universo-Mundo.

C.=A ver?....

R. = «*Omnia in número* (cantidad aritmética) et *mensurâ* (cantidad geométrica) et *pondere* (cantidad mecánica) disposuisti.» Creo yo que en esto consiste el orden y equilibrio de la hermosa fábrica del Mundo: de manera que, si llegase á faltar en lo más mínimo la exactitud y rigurosa proporción de estos tres elementos, el Universo perecería instantáneamente con espantable fracaso; se disolverían todos los cuerpos; y quedaría sólo la primitiva materia caótica, hermana de la nada, la materia sin forma, sin propiedades, sin nombre, el *vacío* y *horror* que precedió á la creación de la luz, según la narración de Moisés. Por esta razón, no puedo ménos de admirar la profunda filosofía de la Biblia Vulgata cuando para designar el espacio ó extensión de los cielos, emplea la palabra «*firmamento*»: porque fundado el edificio del Universo sobre la base incommovible de la exactitud matemática del número, la cantidad y la fuerza, disfruta de mayor firmeza y solidez que si estuviera sobre rocas de purísimo diamante.

C. = Muy bien: en varios otros pasajes de los Sagrados Libros se indica ó se da por supuesta la misma verdad, aunque expresamente no se formula como en el que V. ha citado: v. gr. cuando se dice que la Sabiduría «aseguraba los cielos en lo alto» (*æthera firmabat sursum*); «rodeaba de linderos al Mar» (*circumdabat mari terminum suum*); «ponía

la ley á las aguas para que no se desbordasen» (ne transirent fines suos). La ley de la nivelación echaba á plomo los cimientos de la tierra (appendebat fundamenta terræ); y pesaba en su balanza las fuentes (librabat fontes aquarum); y otros muchos que se leen, principalmente en el libro de Job, en los Salmos y en los Sapienciales, con los que podría escribirse un buen tratado de Cosmología Bíblica confirmada por la ciencia moderna. Por eso no puede menos de sorprenderme que en un libro, que corre hoy muy en boga por todos los ámbitos de España, se intente convertir esta idea de la Geometría del Universo en ariete contra la Religión católica.

R.—¿Habla V. de la obra de Drapper intitulada «Conflictos entre la ciencia y la religión»?

IX.

C.—Precisamente.

R.—No le haga V. caso: En España siempre vestimos á la última moda con..... los desechos científicos de las naciones extranjeras. He leído el libro del médico yankee, y no he visto en él más que vulgaridades, mil veces dichas y mil veces contestadas. Pero, en suma ¿qué consecuencia deduce

Drapper de nuestra doctrina acerca de la Geometría del Universo?

C.=Que es imposible la introducción de una fuerza extra-cósmica en el mundo.

R.=Bien, y qué?

C.=Que se destruiría instantáneamente el equilibrio del Universo.

R.=Ciertamente.

C.=Y qué es imposible la creación de un alma y su infusión en el cuerpo de un hombre ó de un animal.

R.=¡Ja, ja, ja!! No estoy de humor para entretenerme en averiguar si todas las almas existen desde el principio del mundo, como pensó Leibnitz; ó si el alma del jefe de una familia pasa al cuerpo de la vaca que rumia en el establo, como se cree en la India; ó bien, se sube desde la vaca al gañán, como sospechan los modernos espiritistas; ó si el hombre y los animales no son otra cosa que materia organizada, como pretende el materialismo.....

C.=Esa es la consecuencia del escritor americano.

R.=Sea la que fuere, voy á mi cuento. ¿Cree Drapper que la fábrica del mundo es un castillo de naipes el cual puede ser derribado de un soplo? ¿Se figura que las leyes de la Geometría no pueden producir más que el equilibrio *inestable*? ¿Ignora que el mundo se halla construido para el

desenvolvimiento de la vida, cuyos actos y manifestaciones son tan múltiples y tan variadas, cuyas fuerzas permanecen latentes en ciertos casos y se ejercen en otros con más ó ménos intensidad? ¿No comprende que el movimiento y la vida de todos los séres cósmicos es una série constante y perpetua de adiciones y sustracciones, de alteraciones y cambios en que pierden y ganan? ¿No se le ocurre que dentro de la armonía ó del equilibrio universal, caben todos los desequilibrios parciales necesarios para que cada uno de los séres realice sus particulares destinos? ¿No se le alcanza que si *todas* las fuerzas del Universo se desarrollasen *con toda la intensidad* posible en un momento dado, en aquel momento mismo cesaría la vida, y el mundo se quedaría petrificado? No se le ha pasado por mientes que su teoría entraña la necesidad absoluta de todo lo que es, la imposibilidad metafísica de todo lo que no es, el fatalismo universal, la inacción, la muerte, la nada? No. El mundo es un palacio sólidamente construido, y puede recibir muchos y muy ilustres huéspedes, y estos pueden moverse en todas direcciones, según su voluntad ó su capricho, sin temer que se hundan los cimientos, ó las techumbres se vengán abajo.

C.—Hasta que llegue el día en que «el Sol se apale Luna nos niegue su luz, las estrellas caigan

hechas pedazos, se estremezcan las columnas del Firmamento,» y los cielos se disuelvan como la cera bajo la acción del fuego; porque sólo Aquel que construyó el reloj del Universo sabe el tiempo que le durará la cuerda.

R.=Luego, piensa V. que este mundo está destinado á perecer?

C.=Sin duda ninguna.

R.=Y morirá de muerte natural, por lo visto.....

C.=Tal vez.....

R.=Eso no lo comprendo: lo que comprendo muy bien es, que si una mano infinitamente poderosa asentó sus cimientos sobre el terreno incommovible de la Geometría, esa misma mano pudiera descuajarlos.

C.=Si tuviera V. fé en los Sagrados Libros...

R.=Sé que contienen importantes verdades de todos los ramos de la ciencia, y que solamente los necios pueden despreciarlos.

C.=El Profeta David (Salmo 101) cantando la grandeza y la eterna inmutabilidad de Dios, exclama refiriéndose á los cielos y la tierra: «Ipsi peribunt, tu autem permanes.»

R.=Sí, que perecerán, eso sí; pero ¿por consunción?

C.=Así parece; pues dice que envejecerán, como envejece un vestido, y Dios los cambiará, como se cambia un manto. «Et omnes sicut vestimen-

tum *veterascent*. Et velut opertorium mutabis eos et *mutabuntur*.» El Sagrado Poeta canta la eternidad de Dios y su inmutabilidad absoluta, afirmando, ó indicando por lo menos, que todas las demás cosas llevan en sí mismas el germen de su propia muerte.

R.=Quizá porque todo lo que es compuesto se disuelve y todo lo limitado se acaba.

C.=Pues.

R.=Sin embargo, la idea de que el mundo haya de perecer, sea de muerte natural, sea de muerte violenta, me parece poco científica. La doctrina del juicio final puede ser el coronamiento de un sistema religioso, pero no puede ser la meta de ninguna filosofía.

C.=V. mismo acaba de afirmar lo contrario.

R.=No lo veo.

C.=Si el mundo es un edificio, nada tiene de extraño que algún día se derrumbe; y si es una máquina, que se gaste; y si vive..... que muera. ¿Se atreve V. á sostener que el orden actual del Universo sea necesario, eterno é inmutable, y su vida infinita, de suerte que no sea posible que deje de ser, ni que sea de otra manera?

R.=Cierto que no: un principio de la antigua Escolástica dice que la materia es capaz de recibir diferentes formas, tanto accidentales como sustanciales; y la Química moderna, aunque esen-

cialmente atomística, lo demuestra práctica y experimentalmente.

C.=De qué manera?

R.=Haciendo ver que *una misma materia* puede tener propiedades muy diferentes, por virtud de los diferentes *estados* en que se encuentra.

C.=Así es, efectivamente: lo cual sucede, no solamente en los cuerpos compuestos, como resultado de mezclas y combinaciones distintas, sino en los mismos cuerpos simples. ¿Quién se hubiera figurado en otros tiempos que el carbón de nuestros hogares, y el diamante que brilla en la frente de los reyes, fuesen *una misma materia*? ¿Y quién sabe si es también *una misma* la materia de todos los cuerpos simples, los cuales en este caso sólo se diferenciarían por sus respectivos estados ó condiciones, ya que no se quiera decir por sus respectivas *formas sustanciales*?

R.=Esa hipótesis nada tiene que repugne á la *ciencia*; ésta propende hoy á la unidad lo mismo de la materia que de la fuerza.

C.=Y de este modo vienen á conciliarse, ó por lo menos se hacen compatibles la teoría escolástica de la materia y la forma, y la atomística, que viene privando desde la época del Renacimiento, acerca del constitutivo esencial de los cuerpos.

R.=Y cómo pondrá V. en paz á tan encarnizados combatientes?

C.=Los Escolásticos no negarán que la materia es compuesta.

R.=Lo supongo.

C.=Luego se verán obligados á reconocer que consta de partes ó *átomos*.

R.=Perfectamente.

C.=Y los atomistas confiesan que hay átomos de *diferente naturaleza*.

R.=Por lo menos los de los cuerpos simples.

C.=Luego tendrán diferente *forma sustancial*.

R.=De suerte que lo que V. hace es adjudicar por mitad á cada uno de los contendientes la *materia litis*: Los cuerpos simples para los Escolásticos: los compuestos para los atomistas.

C.=Y yo me quedo con el todo: pues me parece que estas opiniones son dos mitades que se completan. Por la reunión de los átomos el cuerpo es cuerpo, es extenso, conmensurable, divisible, impenetrable, pesado, etc., etc.: y por la forma sustancial es cuerpo de esta ó la otra clase, oro, cobre, hierro, planta ó animal, etc. De suerte que para definir un cuerpo, cualquiera que sea, la Atomística me dá el *género*, y la Escolástica me dá la *diferencia*, que son las partes esenciales de una buena definición.

R.=No pudiera explicarse la distinción específica de los cuerpos por la diferente combinación de los átomos?

C.=Pero es preciso suponer que los átomos que se combinan son de distinta naturaleza, ó se hallan en diferentes estados que les comunican diferentes propiedades; y así volvemos á la doctrina de la materia como género, y de la forma sustancial como diferencia.

R.=Muy bien explicado en mi concepto; pero me queda un escrúpulo, y no quiero remordimientos de conciencia.

C.=Puede V. manifestarle con entera libertad.

R.=Paréceme que la diferencia específica de los cuerpos pudiera explicarse por la diferente *figura* de los átomos, ó su yuxta-posición diferente: así entre el carbón de nuestros hogares y el diamante de los reyes no hay otra diferencia que la *cristalización*, un cambio de *figura* ó de *agrupación* en las moléculas del carbono puro. Y de otra manera la Geometría sería verdaderamente la ley universal del mundo, como antes hemos convenido.

C.=Y por mi parte, adelante con el pacto. Pero considere V. que la figura ó la agrupación, que pertenecen á la categoría de cantidad, podrán explicar las propiedades físicas de los cuerpos; mas la Química necesita un elemento distinto y superior á la cantidad y á sus formas, conviene á saber, *la fuerza*, ó si se quiere, *la cualidad*. Concretándome al ejemplo que V. ha presentado, le diré que, para que la cristalización exista, se ne-

cesita una *fuerza* que la produzca y la conserve: si esta fuerza sólo cambia alguna de las propiedades físicas del cuerpo cristalizado, será una *forma accidental*; si cambia sus propiedades químicas, será una *forma sustancial*; pero siempre será una *forma*.

R.=Y, en ese caso ¿cómo será la Geometría la ley universal del mundo?

C.=Muy sencillo: porque la Mecánica es la Geometría de la *fuerza*.

R.=Efectivamente; y sus principios son necesarios, absolutos é inmutables, como los de la Geometría misma.

C.=Así es en lo que tienen de geométricas ideales; aunque sus resultados son contingentes y variables, en sus diferentes aplicaciones á diferentes objetos.

R.=Eso es evidente: siempre será verdad que fuerzas iguales y opuestas, obrando sobre un mismo punto, se destruyen; y que, si una es mayor que la otra, la resultante será igual á la diferencia entre las dos. Pero, esas mismas fuerzas, empleadas como se supone, pueden emplearse de otro modo y daran otros resultados.

C.=De conformidad con otros principios también necesarios é inmutables.

R.=Cierto: En Mecánica solo el *hecho* es contingente y mudable, á saber, la combinación de fuerzas, y la materia á la cual se aplican.

C.=Conformes, conformes. Pero ¿por qué concede V. tanta importancia á la Geometría? Acaso la considera V. superior á la Aritmética?

R.=De ninguna manera. La Aritmética es la base y condición necesaria de la Geometría; y esta no es otra cosa que la aplicación á un hecho particular y contingente, que llamamos la extensión, de los principios abstractos y universales de aquella: por eso la Aritmética posee una medida absoluta, la *unidad*, cuya repetición constituye el *número*, mientras la Geometría sólo posee medidas relativas, arbitrarias ó convencionales: La Geometría sólo *mide* la materia; y la Aritmética cuenta todo lo numerable, lo mismo las arenillas del mar que las estrellas del Cielo, que los pensamientos del hombre ó de las más elevadas inteligencias: La Geometría, pues, corresponde á un orden limitado de séres: La Aritmética se extiende al orden universal de las existencias, así reales como posibles. Sin embargo, abrigo una sospecha que voy á confiar á V. aquí, donde nadie nos oye, con el respeto debido á la ciencia, por supuesto, y á sus hombres eminentes; á saber, que, tal vez la Geometría no sea más que Aritmética pura: no para nosotros, sinó para espíritus de un orden superior que puedan *ver* la esencia íntima de la extensión, que se oculta á las miradas de nuestra pobre inteligencia.

C.=Con su medida absoluta?

R.=Sí, señor: el *punto*.

C.=En ese caso hay que suponerle simple é inextenso, porque, siendo extenso, él mismo sería mensurable, y no podría servir de *medida* absoluta.

R.=Precisamente.

X.

C.=Luego, no es V. partidario de la divisibilidad infinita de la materia.....?

R.=No, señor. ¿Cómo he de admitir yo que una lenteja, por ejemplo, consta de un número infinito de partes?

C.=Lo mismo que una estrella.

R.=Tiene V. razón, ni la una ni la otra: esas serán extensas ó inextensas: en este último caso, queda la misma dificultad para explicar el origen de la extensión que en el sistema contrario; en el primero, resultaría que una lenteja ocuparía el espacio infinito, pues así lo exige un número infinito de partes extensas.

C.=Eso me parece un poco oscuro; en resumen, V. no admite la posibilidad del número infinito actual ó simultáneo.....?

R.=Ni la del sucesivo tampoco: para mí todo número es un número, una cantidad que puede *contarse* y, por consiguiente, limitada.

C.=Adelante.

R.=Supuesto el número infinito, yo podría restar de él una unidad.

C.=Es indudable.

R.=Y, ¿querrá V. decirme qué es el infinito, menos uno?

C.=El absurdo, la contradicción.

R.=El número infinito habría de contener infinitas unidades, infinitas decenas, infinitas centenas, millares, millones, etc. etc. Y cada uno de estos infinitos estaría contenido diez veces en el inmediato superior, es decir, sería un infinito diez veces limitado, una décima de otro infinito: ahora repito la pregunta ¿querrá V. decirme lo que es un infinito limitado, una décima de un infinito?

C.=Yo repito la respuesta; es el absurdo, la contradicción.

R.=Estas reflexiones son también aplicables al número infinito sucesivo.

C.=Es evidente.

R.=Luego, tan imposible es el uno como el otro. Además, el infinito sucesivo estaría representado por una serie infinita de adiciones y sustracciones, esto es, de limitaciones: la unidad, a , por ejemplo, sería *más* respecto de la que antecede, y *menos* respecto de la que la sigue, y lo mismo podría decirse de todas y cada una de las unidades de la serie. En fin, como no concibo el *dos* sin el *uno*,

tampoco puedo concebir el *segundo* sin el *primero*: Las denominaciones de cardinales y ordinales no cambian la naturaleza de los números (1).

C.=Y entonces ¿para qué sirve el signo ∞ de que tantas veces usa la ciencia?

R.= ∞ para designar una serie cuyo límite no se encuentra, ó para expresar un infinito negativo, ó una cosa que nunca sucederá: bien porque el infinito se establezca como una hipótesis, ó como un simple postulado, para deducir de él ciertas consecuencias, á veces, de altísima importancia científica: la hipótesis es en ciertas ocasiones un medio necesario para llegar á las tésis más trascendentales.

C.=Aunque por medio de la teoría del punto simple é inextenso, como elemento primitivo de la extensión, la cantidad geométrica quede reducida, en sí, á simple cantidad aritmética con su unidad esencial y medida absoluta, siempre habrá una dificultad gravísima para que la *sospecha* que V. abriga, y ha manifestado, pueda considerarse bastante fundada.....

(1) El infinito sucesivo, llamado infinito en potencia y sinca-tegoremático, es aquel á que siempre se puede añadir algo, el cual por lo mismo nunca puede ser actual ó pasado.

En este sentido de actual ó pasado le llama imposible el autor, pareciendo incontestable el argumento que formula contra la posibilidad de la existencia del mundo ab æterno.

R.=Pues, porque existe una dificultad para mí insuperable, he usado de la palabra *sospecha*. Y esa dificultad consiste, á mi parecer, en la *figura*: porque cómo una misma cantidad de materia, ó sea, un número determinado de puntos inextensos, puede afectar, por ejemplo, la forma cúbica ó la esférica, es evidente que esta especial disposición de partes no puede ser representada por simples guarismos; y así sucederá que la Geometría tendrá algo propio que la distinguirá siempre de la Aritmética pura, aún respecto de las más altas inteligencias; pues este *algo* es en sí mismo una verdad y no puede menos de serlo para cualquier sér dotado de conocimiento.

C.=Qué medio hay pues, para resolver la dificultad?

R.=No veo ninguno.

C.=Y ¿qué piensa V. qué será la *figura*, elemento esencialmente geométrico, para las inteligencias puras?

R.=Lo mismo que para la nuestra; el serafín más encumbrado daría la misma definición del círculo que yó, y demostraría igualmente sus propiedades.

C.=Veo que coloca V. muy alto á la Geometría y á toda la ciencia Matemática.

R.=Si para mí fuera un dogma la existencia de Dios, consideraría la Matemática como elemento esencial de la inteligencia Divina, como su verbo,

como el tipo y la condición de todo lo que hubiera de ser creado. Si yo fuera panteísta, la Matemática sería para mí la ley suprema del desenvolvimiento y realización de la Idea ó de lo Absoluto en el espacio, en el tiempo y en la conciencia. Si fuera materialista, el número, peso y medida, la Matemática, sería para mí, lo único necesario, inmutable y eterno, la ciencia divinidad. Si fuera escéptico, ella sería lo único de que no podría dudar. Siendo, como soy, simplemente racionalista ó libre-pensador, la considero como el elemento esencial de la razón y del pensamiento; lo verdaderamente común á todos los hombres, lo verdaderamente universal y lo único indiscutible donde quiera que existan seres inteligentes.

C.= Y si á las verdades matemáticas hubiese V. unido los principios necesarios de la Metafísica y los absolutos de la moral, el análisis, no de la inteligencia divina, sinó de la razón humana, como facultad de lo ideal, hubiera sido completo.

R.=No desprecio los principios de la Metafísica, ni los de la Moral; porque, cabalmente la aspiración suprema del racionalismo es fundar la ciencia universal sobre las bases de la pura razón humana, sin ingerencia de extraños elementos; pero como ahora no nos ocupábamos en Moral ni en Metafísica.....

C.=Así es; y yo le he oído á V. con mucho gusto

disertar de Física, Química, Mecánica, y, sobre todo, de Matemáticas.

R.=Y llevaría V. á mal que yo dijese que todas estas cosas son más útiles que las abstracciones de Teología y los juegos de Gramática con que V. estaba entreteniendo á los niños?

C.=Puede V. decir lo que guste sin temor de ofenderme y sin riesgo de que me enoje. Pero, permítame V. decirle á mi vez que, durante nuestra larga y agradabilísima excursión por el campo de las ciencias físico-matemáticas, no hemos hecho otra cosa que girar alrededor de un punto.

R.=Y ¿cuál es ese punto que yo no he visto, apesar de haberle tenido siempre delante de los ojos?

C.=La existencia de Dios: mi oración *primera de activa*.

R.=V. acabará por desesperarme ó por volverme loco. ¿Pretende V. divertir á estos niños con las altas verdades de la *ciencia*, lo mismo que con las triquiñuelas de la Gramática?

C.=Lo mismo.

R.=Pues, es lo que me quedaba por ver!! ¡Cáspita con el ergotismo de estos escolásticos!!

XI.

C.=Hemos convenido en que el número actual infinito, es imposible.

R.=Seguramente.

C.=Luego la materia que constituye el universo es limitada, susceptible de adicción y de sustracción, de ser más ó de ser menos; luego es preciso buscar en un ser supramundano la *razón* de que sea lo que es y no menos ni más; cualquiera de estos niños lo explicará con toda claridad. Timoteo ¿cuántos garbanzos hay en este montoncito? Cuéntalos.

N.=Uno, dos, tres..... veinticinco.

C.=Pudiera haber solo veinticuatro?

N.=Si, señor, quitando uno.

C.=Y ventiseis?

N.=También, añadiéndole.

C.=Luego la *razón* de que haya veinticinco es.....

N.=Que V. no ha querido poner ni uno más ni uno menos.

C.=Pues bien; amables niños. Ese montoncito de garbanzos representa el Universo mundo. El número de hombres, de animales, de plantas, el número de seres que le constituyen es limitado, y puede expresarse por medio de un guarismo al

que podremos llamar *a*. Por qué existe *á*, y no *a* más uno, ó *a* menos uno? Porque la causa, porque el autor de *á*, que es Dios, no quiso poner ni uno más, ni uno ménos. Sigamos adelante, caballero. Lo que es susceptible de sustracción, puede ser reducido á cero, porque allí donde puede suprimirse una unidad pueden suprimirse todas. Luego la materia, que constituye el Universo, pudiera no existir; luego es preciso buscar fuera de ella, no solo la razón de que *sea lo que es*, ni más ni ménos, sino también la razón de que *sea algo*, ó simplemente de que *sea*. Luego es, porque alguien la dió la existencia. También hemos convenido en que el número infinito sucesivo es tan imposible como el simultáneo.

R.=También.

C.=Luego el movimiento y la vida han tenido principio en la naturaleza, puesto que solo se conciben como una serie ó número de actos sucesivos.

R.=Es evidente.

C.=Luego le han venido de fuera.

R.=No veo la consecuencia; porque el movimiento y la vida pueden ser esenciales á la materia.

C.=En ese caso, la materia misma ha tenido principio, no ha existido siempre, y necesita de *alguien* que le haya comunicado la existencia. Elija V. el extremo que más le agrade.

R.=¡Oh! es V. muy hábil y ha logrado prenderme en la red de su argumentación: porque si digo que el movimiento y la vida son esenciales á la materia, no pudiendo estos ser eternos, tampoco puede serlo aquella; y si digo que no le son esenciales, siempre podrá V. preguntarme de dónde le han venido. Qué más me da reconocer un sér autor de la materia que un autor del movimiento y la vida en la Naturaleza?

C.=Lo mismo.

R.=Sin embargo, pudiera suponerse que la materia es eterna y la *fuerza* esencial á ella y coeterna; pero que empezó á ejercerse en un momento dado, y entonces tuvieron principio el movimiento y la vida, es decir, el número ó la série.

C.=Qué obstáculo impidió á esa fuerza eterna desarrollarse desde la eternidad? O qué condición le faltaba para que produjere su efecto? Y cuando el movimiento tuvo lugar, ¿quién removi6 el obstáculo? O de dónde vino la condición que le faltaba?

R.=Conozco que la cuestión queda en el mismo estado, y el argumento en toda su robustez. Si admito la materia eterna en reposo desde la eternidad, el movimiento se hace imposible por toda la eternidad. Luego no puedo considerarla eterna, ni en reposo, ni en movimiento.

C.=Esta hipótesis (si el absurdo merece el nombre

de hipótesis) constituye la base de todas las cosmogonías ateísticas. Un autor francés, de cuyo nombre no quiero acordarme, precisamente, porque aspiraba á la inmortalidad, por los mismos medios que el célebre pastor de Efeso; y cuyo pedantesco orgullo sólo es comparable con su falta de sentido común, nos ha regalado la más *ingeniosa* de estas invenciones. Existió siempre el fluido eléctrico infinitamente distendido en los espacios infinitos, representando la necesidad, la eternidad, la inmutabilidad, lo incondicional y lo absoluto. En un momento dado y en *virtud de una acción cuyo autor sería absurdo buscar*, el fluido eléctrico quedó dividido en dos porciones iguales en masa pero desiguales en volumen, y por tanto de diferente densidad, de diferente tensión ó fuerza expansiva y elástica; las cuales, mezclándose en diferentes proporciones, formaron el Cielo, la Tierra y cuanto en ellos se contiene, sin excluir la vida y el pensamiento.

R.=La explicación no es muy satisfactoria, que digamos, pero es bastante original.

C.=Sin embargo tan satisfecho de ella quedó su autor que á renglón seguido escribe estas palabras: «Ya no puede haber filósofos deistas ni ateistas, providencialistas ni fatalistas, espiritualistas ni materialistas, idealistas ni sensualistas; la humanidad ha perdido el derecho de crear *hipóte-*

siz, porque ha sido hallada la *tesis*» esto es la verdad absoluta.

R.=Y no le nombraron miembro de honor de todas las academias del mundo?

C.=Otros lo habrán sido con iguales merecimientos.

R.=Ni le encerraron en un manicomio?

C.=Otros habrá en Leganés por menos pecados.

R.=Luego la humanidad ha sido injusta con ese afortunado mortal y nuestro común bienhechor, que nos ha librado del trabajo de crear *hipótesis* para explicar el origen de las cosas.

C.=Injusta, sí señor, injusta; ha dicho V. en broma una gran verdad; precisamente todas las cosmogonías ateísticas estriban en el principio fundamental de que la formación del Universo se debe á «una acción cuyo autor es absurdo buscar», y esto es lo esencial del sistema ó lo que fuere, de que nos estamos burlando; lo demás es accidental; y no obstante, algunas de esas cosmogonías han sido aplaudidas, ensalzadas, admitidas como un dogma de la ciencia, y puestos sus autores en..... los cuernos de la luna.

R.=Alude V. al ilustre Laplace?

C.=Entre otros.

R.=Muy bien; en ocasión más oportuna discutiremos el sistema cosmogónico de ese ilustre grande hombre, sistema aceptado hoy por todos los hombres de ciencia. Por ahora vuélvase V. á sus disquisiciones sobre las verdades matemáticas.

XII.

C.=Las cuales son leyes de la naturaleza y leyes del entendimiento. Y ni la naturaleza se las suministra al entendimiento, ni el entendimiento se las impone á la naturaleza; son anteriores al uno y á la otra. No es este otro de los puntos convenidos?

R.=Exactamente.

C.=Pues la consecuencia es obvia; el uno y la otra los han recibido de un principio superior; son dos copias iguales de un mismo original; dos destellos de una suprema inteligencia. Además, estas verdades son necesarias, eternas, inmutables y absolutas; de suerte que aunque el entendimiento nunca hubiera existido y la naturaleza dejara de sér, ellas no dejarían de ser verdades.

R.=Así lo dejamos consignado.

C.=Y como *en sí mismas* no tienen existencia concreta substancial ó personal, preciso es buscar su fundamento en un *Sér* necesario, eterno, inmutable y absoluto.....

R.=Qué es lo que vá V. diciendo?

C.=O en la nada, la cual á nada puede servir de fundamento.

R.=Y no intenta V. sacar algún provecho de los principios de la Mecánica en favor de su tesis?

C.=Ya está.

R.=Cómo?

C.=Porque he demostrado que la *fuerza*, el movimiento y la vida, no pueden ser eternos en la materia; y por consiguiente, es necesario que le hayan venido de fuera, ó que la materia misma haya comenzado á sér. Porque hemos sentado también que la Mecánica no es más que la Geometría de la fuerza, y lo que hemos dicho de las verdades de esta, puede y debe aplicarse á las de aquella.

R.=Y ¿por qué la Mecánica es la Geometría y no la simple Aritmética de la fuerza?

C.=Es lo uno y lo otro; pero no me atrevo á decir que sea Aritmética pura, porque envuelve el concepto de *dirección*, el cual no puede ser expresado por medio de simples guarismos.

R.=Pues ya sólo falta que traiga V. á su servicio las verdades de la Física y de la Química, y así nuestro viaje científico será un círculo perfecto alrededor del punto capital, de su *primera de activa*.

C.=Efectivamente. Todas las hipótesis que hemos formulado acerca de la naturaleza de los cuerpos conspiran al mismo fin.

R.=Todas, ¿precisamente todas? Será cosa de ver.

C.=Pues, va V. á verlo á la primera ojeada. Si admitimos que la materia es por sí *indiferente* para recibir diferentes formas, dando origen á

cuerpos de diferentes clases, siempre podremos preguntar *por qué* una porción determinada de materia tiene la forma que tiene, pudiendo tener cualquiera otra de las que no tiene

R.=Cierto; pero, esa es una Teoría escolástica averiada de puro vieja, y la ciencia moderna no cuenta con ella para nada.

C.=Ya queda probado que eso no es verdad. Mas, prosigamos. Si suponemos la unidad de la materia, constituyendo la variedad de los cuerpos por virtud de la variedad de estados en que se encuentra cada porción.....

R.=Ya lo creo: sucederá lo mismo: siempre podrá V. preguntarme *por qué* una porción cualquiera se halla en el estado en que se halla, pudiendo hallarse en otro distinto.

C.=Es indudable.

R.=Pero, yo proclamo, con la ciencia moderna, la existencia de muchos cuerpos simples, distintos por naturaleza, cuyas mezclas y combinaciones producen todos los demás cuerpos.

C.=Y ¿de esa manera se figura V. haber roto nuestro círculo ó haberse escapado por la tangente?

R.=Sin duda.

C.=Pues yo digo que nos encontramos en el mismo caso; porque pudiendo estos primeros elementos combinarse entre sí, ó mezclarse de diferentes maneras, en diferente número, y en diferentes pro-

porciones, constituyendo diferentes cuerpos; siempre podremos preguntar por qué una porción cualquiera de materia afecta la combinación que afecta, y no otra cualquiera de las que pudiera afectar.

R.= Ah! pero yo encuentro la razón de todo esto en las leyes constantes y universales de la naturaleza.

C.= Con lo cual se figurará V. haber dicho algo?

R.= Todo lo que se puede decir.

C.= Efectivamente, todo lo que se puede decir no diciendo nada.

R.= A ver?

C.= Porque dentro de esas mismas leyes, cabe muy bien que cualquiera porción de materia tenga una forma, un estado, ó una combinación diferente de las que tiene; y será preciso buscar *un poquito más arriba* la razón de que se halle como se halla, ó de que sea como es.

R.= Y en dónde la encontrará V? Las leyes de la naturaleza son fuerzas propias de la materia, que se desenvuelven ó funcionan con arreglo á los principios inmutables de la Mecánica, los cuales, como V. mismo ha reconocido, no son otra cosa que la Aritmética y la Geometría de la fuerza, y por tanto, necesarios y absolutos.

C.= Pues yo encuentro la razón que se busca en *una mano* que haya dirigido esas fuerzas y aplicado

esos principios de la manera más conveniente para producir los efectos que producen, y no otros que pudieran producir.

R.=Luego V. cree que las leyes de la Mecánica no bastan para explicar el orden actual del Universo?

C.=Le parece á V. que bastarán para explicar la formación de mi reloj, de una maquinilla Sínger, ó de un cañón Krupp?

R.=Ciertamente, aplicándolas á la materia de la manera conveniente á la formación de cada uno de estos instrumentos.

C.=¡Ajaja! Diga V. lo mismo respecto de la materia universal, y habrá encontrado *la mano* que dirige las fuerzas y aplica las leyes de la manera conveniente para formar esta maquinilla que se llama mundo. Además, ya hemos convenido en que esas fuerzas le han sido *comunicadas* á la materia é *impuestas* esas leyes..... por *alguien*, sin duda.

R.=Cuándo hemos convenido en semejante cosa?

C.=Cuando hemos dicho que la fuerza, el movimiento y la vida no pueden ser esenciales á la materia; salvo que estas cosas sean eternas, ó la materia misma haya comenzado á sér.

R.=Sí, sí, me obliga V. de nuevo á confesar la existencia de un creador de la materia ó de un ordenador del universo. Repito que lo mismo me dá. Pero ese empeño de buscar la razón de todas

las cosas, ¿no pudiera llevarle á V. demasiado lejos? Mire V. que esa es la manía de los racionalistas.

C.=Yo no busco la razón de todas las cosas, sinó solamente de las que la necesitan. La ciencia demuestra que la materia universal pudiera ser más, y pudiera ser menos; y yo pregunto, por qué es lo que es, y por qué es *algo*. Demuestra también que puede ser de diferentes maneras; y yo pregunto, por qué es como es, y por qué es de alguna manera. Demuestra que el movimiento y la vida, ni le son esenciales, ni pueden ser eternos; y yo pregunto, de dónde le han venido, y cuándo han empezado. ¿No le parece á V. que mi curiosidad es muy natural y mi empeño bastante lógico?

R.=Oh, sí; ha hecho V. un excelente epílogo de sus argumentos en favor..... de su *primera de activa*.

C.=Y no le parece á V. que encierran algún valor?

R.=No me parecen despreciables. Yo no soy un ateo sistemático. Cuando se trata de imponerme la existencia de Dios como un dogma, rechazo en absoluto la imposición. Cuando se trata de persuadírmela por medio de argumentos racionales, la admito á libre plática, y la discuto como cualquiera otra teoría, sin miedo á que mi razón vote en pró ó en contra; «pues si Dios existe no llevará á mal que yo me guíe por mi razón, que Él me habrá dado para que en todo siga su dictamen.»

C.=Como no soy Juez de vivos y muertos, no me toca absolver ni condenar á nadie; pero desde luego le aseguro á V. sin temor de equivocarme, que Dios no puede llevar en bien que emplee V. para negarle, esa misma razón que Él le habrá dado para conocerle y alabarle. Pues qué ¿no hay más que cerrar los ojos, y exclamar luego: No existe el Sol? No admite V. que hay errores culpables?

R.=El entendimiento no reconoce otras leyes que las de la lógica; solamente la voluntad puede recibir leyes morales, y por consiguiente, cometer pecados.

C.=Ya examinaremos esa doctrina. Pero si no admite V. errores culpables, no podrá V. negar que hay errores tontos.....

R.=Sí, eso bien puede ser.

C.=Y lo son los del Sr. Pí y Margall, cuyas son las palabras con que V. pretende defender la *inocencia* del ateísmo.

R.=Si yo conociera los argumentos del Sr. Pí y Margall, quizá me atrevería á calificarlos de tontos ó de discretos. Pero, como los ignoro, y por otra parte no me parece razonable pronunciar el fallo sin conocimiento de la causa, me abstengo de toda calificación.

C.=El Sr. Pí y Margall subió á la cumbre de una montaña, en una noche serena y apacible, armado

de telescopio; examinó el movimiento de los planetas y de los satélites, y de las estrellas, y de las nebulosas; sondeó las profundidades del espacio, buscó á Dios, y no encontrándole, volvióse hacia la tierra preguntando muy tranquilo: ¿Dónde está Jehová con sus legiones de Angeles y sus cohortes de predestinados?»

R.=Es decir que no le había visto con la ayuda de su catalejo.....

C.=Y le negó, ó puso en duda su existencia.

R.=¡Magnífico! Yo también le hubiera negado.....

C.=¡Cómo!....

R.=Si le hubiera visto.

C.=En cambio el Sr. Pí y Margall, con el auxilio de sus lentes, vió cosas no menos admirables que si hubiera visto lo invisible; vió primero la infinidad de la materia, y luego, su eternidad. «Después de haber visto en la materia lo infinito, dice, me acostumbré á ver en ella lo eterno.»

R.=Y ¿no aduce otras razones para dejar reducida á *un problema* la existencia de Dios?

C.=Ninguna.

XIII.

R.=Ya que ha preguntado V. con toda libertad el por qué de la vida, el por qué del movimiento, el por qué del más y del menos de todo lo que

constituye el Universo, deduciendo de aquí la existencia de *algo* extramundano ¿no permitirá V. que yo le pregunte?.....

C.=El por qué de alguna cosa?

R.=Precisamente: El por qué de ese *algo* superior á todo; porque su existencia también debe tener alguna razón; solamente la nada no necesita ninguna razón.

C.=Así es.

R.=Si es así, yo pregunto: Por qué existe ese algo, por qué existe Dios? Apuradillo ha de verse V. para responder.

C.=Al contrario, amigo mío; la respuesta es tan fácil y sencilla como categórica y terminante: Dios existe porque es Dios.

R.=Como si dijéramos, Dios existe porque existe: Dios existe porque sí.

C.=Justamente.

R.=¡Vaya una razón socorrida! Cáspita! De esa manera puede V. dar la razón de cuanto se le antoje, aunque sea lo más irracional.

C.=Es la respuesta que dán á ciertas preguntas todas las personas de juicio.

R.=Es decir que yo.....

C.=Va V. á darlas ahora mismo.

R.=Veamos.

C.=¿Cree V. posible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo; que cosas iguales á una tercera

no lo sean entre sí; el círculo no tenga sus radios iguales; que el cuadrado de la hipotenusa sea mayor ó menor que la suma del cuadrado de los catetos..... etc., etc.?

R.=Ciertamente, todo eso es imposible.

C.=Y tendría V. la amabilidad de decirme por qué es imposible todo eso?

R.=¡Ya lo creo! Todo eso es imposible porque es contradictorio.

C.=A saber, porque es imposible ó porque *sí*. En estas proposiciones el predicado está contenido en la esencia del sujeto, y es absurdo negarlo; excluido de ella, y es absurdo afirmarle; porque el *sí* y el *no* son absolutamente incompatibles, y son incompatibles porque el *sí* es *sí* y el *no* es *no*, porque son lo que son, ó porque *sí*.

R.=Y ¿en qué quiere V. que venga á parar todo eso?

C.=En que confiese V. que hay ciertas cosas que son lo que son, porque..... lo son, ni más ni menos.

R.=Confesado: pero, si no me engaño, aquí se trata de las primeras verdades en el orden del conocimiento, y singularmente del principio de contradicción, que siendo la primera de todas, sería absurdo que tuviera su razón en otra, porque dejaría de ser la primera y el fundamento de las demás.

C.=Y siendo Dios la primera verdad en el orden de la existencia, fundamento y causa de todas las

existencias, es absurdo y contradictorio buscar en otro la razón de la suya, porque...

R.=Ya entiendo: dejaría de ser Dios.

C.=Perfectamente: luego Dios existe por una necesidad de su naturaleza; porque el atributo de *existencia* se halla contenido en su esencia; porque es contradictorio que no exista; porque *Es el que Es*, porque es Dios. Y esto significa el axioma teológico, que dice: En Dios se identifican la esencia y la existencia.

R.=Reconozco que no es posible concebir á Dios de otra manera; pero, aun de esa continúa inconcebible para mí, y no se qué nubecillas ofuscan los ojos de mi entendimiento cuando me pongo á pensar en un sér, que no ha sido producido por nadie, que existe por sí mismo ó que existe porque sí; parece como que me falta un punto de apoyo para levantar el edificio de la verdad, ó que el término de mis investigaciones viene á ser el vacío, la nada, la *sin razón*, el escepticismo.

C.=Pero V. sabe que es absurdo buscar la razón de la última razón y la causa de la primera causa.

R.=Ya, ya, pero.....

C.=Ese *pero*, esa oscuridad, esas vacilaciones, ese no se qué, que V. experimenta, es una confirmación *instintiva* de las pruebas aducidas hasta aquí en pró de la existencia de Dios.

R.=No lo comprendo, por vida mía.

C.=Eso demuestra que el principio de causalidad, en que todas ellas se fundan y al cual vienen á reducirse, se halla de tal suerte connaturalizado con nosotros, que hasta nos cuesta trabajo no señalar una causa de lo que no puede tenerla. Y por esta razón, aunque el entendimiento quede convencido, el ánimo parece como que no se aquieta.

R.=Ahora lo comprendo perfectamente: mas permítame V. unas observaciones.

C.=Como V. quiera.

R.=Digo, pues, que no obstante el largo camino que hemos recorrido, y el mucho ingenio que V. ha derrochado, paréceme que hemos adelantado muy poco, y quizá no hemos asentado el pie en el terreno de la Teología cristiana.

C.=Tenga V. la bondad de explicarse.

R.=Se ha demostrado con bastante solidez que existe *algo* extramundano, que no ha sido producido por otro: pero este *algo* pudiera ser la idea de Hegel, el absoluto de Schelling, el Yo universal de Fichte, y aun el Inconsciente de Harman: en una palabra, este *algo*, por lo mismo que no es más que *algo*, pudiera ser cualquier cosa. Ya ve V. que no hemos pisado todavía los umbrales del Santuario.

C.=Un pasito más, mi querido amigo, y se encontrará V. en medio del Sancta-Sanctorum. Quiero decir que en ese *algo* que, según V., puede ser

cualquier cosa y que, por lo mismo, está muy cerca de no ser nada, se halla contenida la definición de Dios tan clara y tan determinada como en el catecismo del P. Astete, que estos niños se saben de memoria.

R.=Será curioso.

C.=No, sino muy sencillo. Este *algo* no ha sido producido por otro; luego existe por sí, *á se*, que decimos los teólogos. Tiene en su esencia la razón de su existencia, y es tan contradictorio que no exista como que el círculo nó tenga sus radios iguales; luego es *necesario*: lo necesario existe siempre, porque lo contradictorio no se realiza nunca; luego es *eterno*. Todo lo limitado puede ser concebido como más, como menos y como no existiendo, luego este algo es infinito. Nada puede adquirir ni perder, porque se limitaría; luego es inmutable. Es único; porque contiene la razón de *todo*: es *simple*; porque en la idea de parte va envuelta la de límite. Es la *Perfección absoluta*; porque también es un límite cualquier *defecto*. Por consiguiente, es la suma inteligencia, la suma voluntad, el sumo poder, la suma bondad, la suma esencia, la suma existencia.

R.=Basta, basta. «Una cosa la más excelente y admirable, que se puede decir ni pensar» con lo demás, que estos niños repiten á todas horas.

C.=Ciertamente.

R.=Tan cierto como que, con esta última lucubración me parece que ha destruido V. su propia obra, acercándose por lo menos, á Renan y á su *Escuela crítica*.

C.=¡ Ave María Purísima!!!

R.=Menos exclamaciones y más filosofía, digo yo ahora. Vamos con calma: un hábil jardinero reúne diferentes flores en torno de una varita y forma un precioso ramillete, las flores son un producto de la naturaleza; pero el ramillete es una *creación* del artista.

C.=Todo eso es muy bello.

R.=Y muy exacto: Alrededor de una varita, del concepto vago é indeterminado de *algo no producido*, ha ido V. entretejiendo habilísimamente los conceptos de aseidad, necesidad, eternidad, infinidad, inmutabilidad, unicidad, simplicidad, inteligencia, libertad y otras preciosas flores, que el entendimiento produce de su seno feracísimo; ha hecho V..... lo que el jardinero: un ramillete, una *idea*, la cual no es una creación del arte, pero sí de la razón, regalándonos un Dios ideal, subjetivo, fabricado por el entendimiento como razón ó como facultad de crear ideas. Ahora recuerde V. que la escuela de Renan define á Dios, diciendo que es la « categoría de lo ideal » y..... deje á un lado las exclamaciones.

C.=No, amigo mío, no; yo no he tomado una varita

alrededor de la cual haya ido entretejiendo flores, arrancadas acá y acullá en el jardín del entendimiento, para formar un ramillete de capricho. No: lo que yo he hecho es *hallar* una raíz de la cual esas flores brotan espontáneamente; y así, lo que V. llama precioso ramillete no es una *creación* del arte, ni de la razón ni del capricho. Yo he hallado *algo*, es decir, una cosa, una realidad, que no ha sido producida por nadie; y de este concepto, que es el de *aseidad*, he ido deduciendo los demás, que he mencionado y V. ha repetido, no á capricho, sino en virtud de las leyes inflexibles de la lógica. Para decirnos que el Dios, que yo he procurado dar á conocer, es una *creación* del entendimiento, puramente ideal ó subjetivo, necesita V. afirmar antes lo siguiente: 1.º Que los argumentos aducidos para demostrar que existe *algo* extramundano, que no ha sido producido por nadie, son otros tantos paralogismos. 2.º Que lo que vemos con evidencia en la idea de una *cosa* no puede afirmarse de la cosa misma. 3.º Que las leyes de la lógica, ó del pensamiento, no tienen valor ontológico de ninguna especie. 4.º Que nuestros raciocinios más exactos carecen de toda importancia objetiva. 5.º Que entre nuestro entendimiento y la realidad media un abismo infranqueable. En una palabra: es forzoso que se arroje V. en la sima del escepticismo absoluto. Por lo demás,

cúmpleme manifestar que la patente de invención de esta doctrina, ó lo que sea, no corresponde á la Escuela Crítica de Renan y consortes, sino al filósofo de Kœnisberg, según el cual, las ideas no son otra cosa que la aplicación de varias *categorías* (conceptos) á un hecho particular (fenómeno) de la experiencia interna ó externa; y como estas carecen de todo valor objetivo, también aquellas; y así nada podemos saber acerca de Dios, del alma, del mundo, de la realidad, considerado todo esto como algo superior al fenómeno, como noumeno ó *cosa en sí*.

R.—Ha utilizado V. perfectamente mi ocurrencia del ramillete, en mal hora.....

C.—Por qué no había de utilizarla, siendo tan hermosa? Yo hubiera usado, para responder á la objeción de V., de otra menos bella, pero más exacta. La verdad es que al deducir del concepto de *aseidad* los demás conceptos, que á Dios se refieren, he empleado el método de la Geometría. El geómetra, partiendo de la definición de una figura, por ejemplo, del círculo, definición tan clara y tan sencilla, que la comprende un niño, va *deduciendo* todas sus propiedades hasta las últimas y más recónditas, *deduciéndolas*, entiende V?

R.—Pues no he de entenderlo? Las va *deduciendo*, si, señor, ó *sacándolas*; porque todas ellas están contenidas en la definición, aunque ocultas á los ojos de los profanos en la ciencia.

C.=Pues, de igual modo y por igual método, es decir, por un método apriorístico, voy yo *sacando* del concepto de *aseidad* todos los demás conceptos que se refieren á Dios, porque todos están contenidos en Él. Por eso dice Sto. Tomás que la *aseidad* es el constitutivo metafísico de la Esencia Divina.

R.=Es á saber ¿el atributo fundamental, primitivo, del cual proceden todos los demás atributos y perfecciones de Dios?

C.=Según nuestra manera de concebir. Porque siendo Dios necesariamente, es necesariamente todo lo que es: y así, nada hay en Él anterior ni posterior, integral ni accidental, sino que todos los atributos que en Él concebimos son igualmente su esencia.»

R.=De donde se infiere que ese proceso lógico en virtud del cual ha deducido V. del concepto de *aseidad* todos los demás conceptos que se aplican á Dios, en proceso lógico se queda y de tal no pasa, pues no hay en Dios ese proceso ni puede haberle: y así resulta que ha estado V. hablando de Dios según su propio pensamiento y no según la realidad, según V. le concibe y no como Él es en sí.

C.=Esa es la verdad. Tiene V. alguna cosa que oponer?

R.=¿Oponer? Líbreme el cielo! No tengo sino con-

firmar todo lo que V. acaba de decir: de ello resulta que el consabido ramillete no es más que ramillete, obra del arte; y la idea de Dios no es más que idea creada por el entendimiento sin aplicación a la realidad. *Tuo te gladio jugulasti.*

C.=No tanto, amigo mío; que magüer tonto, no suelo coger la espada por los filos. No tome V. mis concesiones tan en absoluto. Todo lo que he dicho respecto de Dios es verdad: es verdad que Dios es *a se*, necesario, eterno, infinito, inmutable, inmenso, simple, único, inteligente y libre: es la suma esencia, la suma existencia, la suma bondad, el sumo poder, la suma misericordia, la suma justicia: Todas estas cosas existen en Dios; pero, no como distintas, á la manera que en mi entendimiento, sinó identificándose todas en la unidad infinita de su esencia. Esta unidad infinita, por lo mismo que es infinita, equivale y supera infinitamente á la variedad de perfecciones de todas las criaturas así reales como posibles: por lo cual decimos los teólogos que Dios contiene en sí de una manera eminente las perfecciones de todos los séres; y, siendo esencialmente uno, equivale á la totalidad de ellos, *et ultra*. Por lo mismo, la distinción entre los atributos divinos es puramente *mental*, es decir, que solo existe en nuestro entendimiento; pero, *cum fundamento in re*, el cual constituye la razón objetiva de esta

distinción. Hay además otra razón que podemos llamar subjetiva, á saber: Cuando yo pienso y hablo de Dios como de algo múltiple, que contiene atributos distintos, sé muy bien que es infinitamente *Uno*. ¿Por qué mi pensamiento no representa y mi palabra no expresa esta *Unidad* infinita que conozco que es Dios? La razón es muy sencilla: Porque no puedo: Pienso y hablo como hombre, y es forzoso, por la limitación de mi entendimiento, en cuyos estrechos límites no cabe la *infinita unidad*, que me la represente y la exprese *pro modulo paucitatis meæ*. No puede ser de otra manera. Para representar exactamente la *infinita unidad* de Dios es necesario un entendimiento tan infinito y tan simple como ella misma: y este pensamiento sólo puede existir en Dios, el cual pensamiento es su palabra interna, su Verbo engendrado, consustancial á él, en los días de la eternidad. Para todas las Criaturas Dios será siempre *incomprensible é inefable*.

R.= ¡Magnífico! Veo que puede V. andar con pie seguro por los más encumbrados caminos de la Teología Católica. Pero, si, como V. afirma, Dios es *incomprensible é inefable*, si no podemos pensar ni hablar de Él, sin presuponer allá en nuestra conciencia, que nos engañamos; si ha de ser eternamente para sus criaturas el «*Deus absconditus*».....

C.=A dónde va V. á parar?

R.=A decir que la escuela positivista no está fuera de toda razón cuando no quiere discutir lo indiscutible, ni hablar de lo inefable, ni pensar en lo ininteligible, ni buscar afanosamente lo que, por su misma esencia, ha de permanecer siempre oculto.» Y oculto ha permanecido hasta ahora: Millares, acaso miriadas de años hace que la humanidad viene pronunciando la palabra *Dios*, sin que jamas se haya podido saber lo que significa. El Fetichismo de los antiguos pueblos y de las tribus salvajes, la pintoresca mitología de Griegos y Romanos, el panteismo indio, el dualismo persa, los misterios egipcios, el judaismo con su terrible Jehová, que en las páginas del evangelio se convierte en el Dios del Calvario, la moderna filosofía que reduce la noción de Dios á la categoría de insustanciales abstracciones ¿no son otras tantas respuestas dadas por la humanidad á la pregunta «Qué significa la palabra Dios?» Y no lleva en pos de sí cada una de ellas su dogmatismo y su ritual que pretenden ser la expresión de la verdadera Teología y del legítimo culto? El problema, que hasta el presente no ha podido resolverse, no se resolverá jamas. Si la humanidad necesita *algo* que adorar, sea en buen hora: pero que escriba en el frontispicio del templo «Ignoto Deo» y cierre las puertas.

C.=Y en qué le parece á V. que debe ocuparse la humanidad sobre la tierra?

R.=En lo *positivo*, en lo que nos ofrece resultados prácticos, en lo que está al alcance de nuestras facultades. Estudiar los fenómenos de la naturaleza, indicar sus causas inmediatas, consignar las leyes porque se rigen y..... no pasar mas allá. Esto es lo *positivo*. Las Matemáticas con sus verdades claras, evidentes y palpables, constituyendo la ley universal del mundo; la Astronomía que estudia la gran fábrica del Universo; la Física y la Química que estudian los cuerpos particulares y sus particulares relaciones; la Antropología que estudia al hombre como parte de ese mismo Universo y objeto de la Historia natural; la Sociología como parte de la Antropología; la Moral y el Derecho como ramas de la Sociología; y como fin de todo, la felicidad del hombre en este humilde planeta que habita y del cual no puede salir, sin tratar de subir á los espacios imaginarios de la Metafísica ni á las regiones celestiales de la Teología: esta es la ciencia positiva. En una palabra: Utilizar lo conocido y lo que tenemos á nuestro alcance, sin suspirar por lo desconocido é inasequible, como es para nuestra flaca naturaleza todo lo que se honra con el título de sobrenatural.

C.=Ha expuesto V. maravillosamente la doctrina

positivista, y repito que es V. un discípulo aprovechado de Augusto Comte ó, por lo menos, lo parece.

R.=Pues, ni lo soy ni quiero parecerlo: yo también lo repito: no soy discípulo sinó de mi propia razón, que no someto á la razón de nadie.

C.=¡Bravo!

R.=Ni soy *fiel* de ninguna iglesia, ni discípulo de ninguna escuela. Pero, he notado cierta analogía entre la doctrina católica del Dios incomprensible é inefable, y el procedimiento positivista que no intenta comprenderle ni hablar de Él, y..... la expongo lealmente, por si quiere V. reconocer el parentesco.

C.=¡El parentesco, cielo santo! Y el parentesco con el ateísmo porque he afirmado que sólo Dios puede comprenderse á sí mismo; que sólo Él puede expresar de una manera adecuada su infinita unidad por medio de su palabra interna, de su Verbo, palabra que no cabe ni puede caber en el lenguaje de ninguna criatura; porque he dicho que Dios es naturalmente *el misterio* para el hombre, lo mismo que para el Serafín más encumbrado!!!... Oh! Si hubiera dicho lo contrario, con razón habría V. podido acusarme de ateísmo. Sí, Dios es necesariamente incomprensible, esencialmente inefable; es esencialmente el misterio para mí: porque, siendo esencialmente

infinito, y mi inteligencia esencialmente limitada, no puede caber dentro de ella, como el mar no cabe en una de nuestras copas, como el espacio inmenso no puede encerrarse en la estrechez de mi puño. Un Dios que cupiera dentro de mi entendimiento, sería más pequeño que yó, y no tendría derecho á exigirme que en presencia suya doblase la rodilla ó inclinase la frente. El sér que haya de recibir el tributo de mis adoraciones, ha de arrancármelo con la fuerza de su grandeza; y para mí todo lo limitado es pequeño; sólo es grande lo infinito. El positivismo desprecia á Dios porque es misterio: yo también le despreciaría si no lo fuese.

R.=Y por eso, el símbolo cristiano es un abismo de misterios, y la religión cristiana es la religión del misterio ¿Eh?

C.=Seguramente.

R.=Yo preferiría que fuese la religión de la luz: me gusta más rendir culto á la verdad cuando se manifiesta su faz riente con esplendorosos rayos, que no cuando se envuelve en nubes de augustas sombras; sin duda para que no se la vea.

C.=De modo que podríamos esperar de V. que volviese al cristianismo, si este no tuviera misterios?

R.=Con toda mi alma. ¡Oh! Tendría un placer indecible en ser enterrado en la sepultura de mis padres, á la sombra de la misma cruz y con la bendición de un anciano sacerdote!

XIV.

C.=Veo con íntima alegría que si la fé se ha extinguido en la inteligencia de V., en su corazón no ha muerto del todo el sentimiento cristiano; quién sabe.....

R.=Así es: á pesar de mi racionalismo, rezo la oración del Padre Nuestro, me santiguo al entrar en la cama, veo con satisfacción que mi esposa vaya á Misa y se ejercite en obras de piedad, derramé lágrimas de ternura el día que mi hija recibió por primera vez la Sagrada Comunión, y no entregaré su mano al que me la pida civilmente; nunca me he atrevido á comer carne en Jueves Santo, oigo con placer la campana de Pascua, y con religiosa veneración la que tañe por los difuntos: sobre todo miro con envidia, si señor, con envidia á esas gentes sencillas y humildes que, en los trabajos y calamidades de este mundo, van al templo á desahogar su corazón, y vierten lágrimas al pie de los altares; paréceme á mí que deben de ser muy dulces esas lágrimas, y que esas personas deben de sacar de alguna misteriosa fuente raudales de consuelo, tesoros de fortaleza y de resignación. ¡Se las vé tan serenas en la adversidad! tan modestas en la próspera fortuna! tan iguales en la

incesante alternativa y continúa variedad de los acontecimientos humanos! Parece como si su corazón viviera y respirase en alguna atmósfera siempre tranquila y apacible, colocado muy por cima de los vientos y tempestades que revuelven el mar de la vida; como si viviesen ya en el cielo! Crea V. que muchas veces me he visto obligado á exclamar allá en lo más hondo de mi alma: ¡Dichosos los que creen!! La ciencia es exacta como el compás que le sirve de instrumento, pero, fría como él: es luz que alumbra con vivísimos resplandores la inteligencia, pero que no calienta el corazón. ¿Será posible que las cenizas venerandas de mis padres, no sean otra cosa, que fosfatos y carbonatos? que el carmín que tiñe las mejillas de mis pequeñuelos no sea más que óxido de hierro? que su inocencia y su belleza y sus dulcísimos encantos, no sean nada más que movimientos mecánicos como los de mi reloj? La ciencia no vé mas. Pero mi corazón necesita ver en estas y otras muchas cosas algo más que átomos y materia, algo más que tierra, fibrina, albúmina y caseína, algo más que geometría y mecánica: necesita ver algo espiritual, algo celestial, algo inmortal y divino. ¿Por qué mi corazón no tiene ojos? Ó por qué no alcanzan más allá los de mi inteligencia? Ó, por qué esta lucha entre mi corazón, que necesita del misterio, y mi inteligencia que le rechaza?

¡Oh Dios! exclamaré con Hegesipo Moreau.

Oh Dios (si es que Dios existe)

Si es tan grande tu poder,

.

Ven á consolar á un triste

Y haz que pueda yo creer.

C.=Bien, amigo mío y hermano en J. C. (pues me atrevo ya á darle este dulce nombre), le felicito á V. cordialmente: pronto, muy pronto, volverá V. á los tabernáculos del Señor, y se arrodillará ante el Ara sacrosanta, y comerá el Pan de los Ángeles, y sentirá á Dios en su alma, y gustará acá en la tierra las delicias inefables del Cielo! Lo espero con toda seguridad.

R.=Y cuándo cree V. que sucederá eso?

C.=Cuando su inteligencia llegue á la altura de su corazón.

R.=Y quién será capaz de elevarla?

C.=La gracia, amigo mío, la gracia de Dios por Jesu-Cristo Nuestro Señor.

R.=¡Otra vez el misterio! No haga V. caso de lo que he dicho: ha sido como una reminiscencia de la educación que me dieron mis cariñosos padres; como si dijéramos, un salto hacia atrás, un fenómeno de atavismo, un arrebató de amor hacia los míos, y de lirismo hacia lo suprasensible é ignorado. No lo tome V. en cuenta para nada. Volvamos al campo de la Filosofía.

C.=Volvamos, puesto que así lo quiere V. Decía V. que sería Cristiano, si el cristianismo no tuviese misterios ¿no es verdad?

R.=Tal vez lo sería.

C.=Pues, yo dejaría inmediatamente de serlo.

R.=¡Cómo! Cree V. que el misterio es una prueba de la verdad del Cristianismo?

C.=Creo que el misterio es una *condición* necesaria de la Religión verdadera.

R.=De suerte, que una Religión sin misterios, no puede ser la verdadera Religión?

C.=No puede.

R.=Por vida mía, que no lo entiendo!

C.=Y casi lo ha confesado V.

R.=¡Yo!!

C.=Si Dios es esencialmente incomprensible é infable; si Dios es esencialmente el Misterio, la verdadera doctrina acerca de Dios ha de ser doctrina de Misterios. Un Dios que cupiera dentro de mi entendimiento, sería más pequeño que yó; y una religión que cupiera dentro de mi cabeza, bien pudiera haber salido de la de mi vecino.

R.=¡El misterio es condición necesaria de toda Religión y aun del puro teísmo naturalista!!! Me obligará V. á renunciar á la esperanza de creer en un Dios.

C.=Renuncie V. también á su propia razón.

R.=Al contrario, me quedaré con ella sola.

C.=Y se llevará V. consigo el misterio.

R.=¿Es también el misterio ley de la razón?

C.=Lo es esencialmente; y aun el racionalismo lo reconoce así, y esa ley va envuelta en una de sus más brillantes teorías.

R.=¿Se servirá V. decirme cuál es esa brillante teoría?

C.=V. mismo va á exponerla con toda claridad. ¿Cree V. que la razón humana puede llegar algún día á comprender *toda la verdad*?

R.=De ningún modo.

C.=Luego existirá siempre para ella el misterio; esto es, alguna ó muchas verdades, un abismo de verdades, de cuya existencia no puede dudar y cuya naturaleza no puede comprender. Así definimos el misterio los cristianos.

R.=Bien: pero, para este caso guardamos los libre-pensadores la ley del *progreso indefinido* y de.....

C.=El cual progreso, por lo mismo que es *indefinido*, supone y supondrá eternamente, algo que no se posee, algo que no se alcanza, algo que no se conoce, algo que nunca podrá poseerse, ni alcanzarse ni conocerse: el misterio por toda la eternidad, si la vida de la humanidad es eterna.

R.=Mal comprende V., amigo mío, la teoría racionalista. El progreso es luz que va poco á poco descifrando los enigmas de la ciencia; pero no acepta nunca el misterio: ó le explica, ó le rechaza.

C.—Y ¿qué importa que el racionalismo acepte ó rechace el misterio, si esta palabra es la fórmula, que expresa la relación esencial y necesaria entre la pequeñez de la inteligencia humana y la grandeza de la verdad objetiva? Qué importa que *quiera* rechazarle, cuando se ve en la necesidad de suponerle? Qué importa que el racionalismo rechace el misterio si el misterio rodea al hombre por todas partes, le envuelve y le anega y le penetra, y él mismo es para sí mismo un misterio? Pues, qué ¿conoce el hombre todos los secretos, todas las fuerzas, todos los resortes, todas las leyes de la naturaleza? Conoce la relación de todos los efectos con todas las causas, el por qué de todas las cosas, la esencia íntima y sustancial de todos los seres en sí mismos y en sus mútuas relaciones? Ha sorprendido ya las primeras palpitaciones de la vida, y ha logrado explicar su desenvolvimiento y su fin? Podrá decirnos cómo y por qué la materia *organizable* pasó á ser materia *organizada*, y de la célula se formó la fibra, y de la fibra el órgano, y del órgano el aparato ó el sistema, y de estos el individuo viviente? Sabe cómo y por qué de un grano de trigo brota una espiga, y dentro de un huevo se forma un polluelo que salta del cascarón á picar la tierra en busca de alimento? Ha seguido paso á paso y medido exactamente el desarrollo de la conciencia en los

diferentes grados de los séres, desde el *no sabemos qué*, en virtud del cual es animal la mónera, hasta el pensamiento que se elabora en el cerebro del sabio, y que se eleva al trono mismo de Dios, dejando atrás mundos infinitos? Sabe el hombre cómo y por qué ven sus ojos, y oyen sus oídos, y articula su lengua, y espiran sus labios y alienta su corazón, y siente su alma, y crea su imaginación, y su memoria recuerda, y piensa su entendimiento, y quiere y se determina su voluntad? Sabe en qué consiste ese lazo estrechísimo y sutil que une su alma y su cuerpo, para constituir la personalidad humana? Sabe cómo estas dos sustancias se influyen mutuamente en la gran variedad de actos que constituyen la vida físico-racional de sér humano? En una palabra: Ha conseguido la ciencia descifrar el enigma del hombre, el enigma del mundo, el enigma de Dios, ó hay esperanza de que llegue á conseguirlo? No son para ella un enigma todos los séres, desde el grano de arena hasta la estrella, desde el insecto hasta el hombre y el *más allá* de todas estas cosas? Muchas veces he dicho, pensando y hablando de esto: No hay sabios. Los que llamamos tales, parecenme como los indios del tiempo de la conquista que recogían arenillas de oro en el cáuce de los rios; cuando uno de ellos lograba llenar el hondón de la mano, mirábanle los otros con envidia, ex-

clamando: Qué rico es ese! ¡¡Rico!! Pues ¿qué valen unos granitos de precioso metal, si se comparan con los inmensos tesoros que oculta la tierra en sus entrañas? Y qué vale todo lo que el hombre puede saber, comparado con lo que no puede menos de ignorar? Por esto los hombres que han descollado sobre los demás en el campo de la ciencia, los que han dado su nombre á una época ó á un siglo, los genios de la humanidad, han sido siempre humildes é inclinados á *creer*; el misterio era para ellos una cosa muy natural, porque la luz misma que los guiaba por el camino del saber, les hacía columbrar en lontananza inexploradas é inexplorables regiones de verdad, cuyos horizontes se ensanchaban más y más ante sus ojos á medida que iban avanzando por el camino de la ciencia; y así, el resultado subjetivo de sus trabajos más fecundos y de sus más felices investigaciones era un sentimiento vivo, una convicción profunda de su propia ignorancia y pequeñez, diciendo, como Sócrates, en su corazón «Solo sé que no sé nada». Por el contrario; los hombres que rechazan el misterio, me parecen semejantes á los niños, quienes se figuran que en la cumbre de la próxima montaña el Cielo se junta con la tierra, y que no hay más mundo que el que ellos ven. ¡Pobrecitos! Su inocencia los excusa. A los enemigos del misterio no podrá excusarlos su

ignorancia. Si niegan lo sobrenatural en la Religión, nunca podrán negar lo sobrenatural en la Naturaleza.

R. = Hermosa plática la que acaba V. de pronunciar para confirmar en la Fé á un neófito; pero ¿qué se ha propuesto V. al obligarme á escucharla? ¿qué infiere V. de todo eso?

C. = La consecuencia es bien sencilla; si el hombre no comprende las cosas de la tierra ¿cómo ha de comprender las del Cielo? Si no vé lo que tiene pegado á sus ojos ¿cómo ha de ver lo que se encuentra á inmensa distancia? Si las más pequeñas criaturas son para él un misterio ¿cómo no ha de serlo el Criador? No rechace V. el Cristianismo porque tenga misterios: no deje V. de volver á los paternos lares lo más pronto posible. Infiérese, además, otra consecuencia que acaso le sorprenda á V.

R. = Me tiene V. tan acostumbrado á sorpresas que lo sorprendente sería que no me sorprendiese: Anda por ahí la *primera* de activa?

C. = La primera de activa precisamente, nó.

R. = Será cosa parecida: dígala V.

C. = Digo que de lo expuesto se infiere que el hombre es muy pequeño ante la verdad, muy pequeño ante la idea de Dios, muy pequeño ante la naturaleza, y aun su inteligencia es más pequeña que él mismo, pues á sí mismo no se comprende.

R.= Todo eso es cierto, muy cierto; ¿y qué?

C.= Que el hombre no es el Sér Sumo.

R.= Pues ¡vaya una novedad!

C.= Pero es el sér más perfecto de la Naturaleza.

R.= Otra novedad igualmente nueva.

C.= Y que por cima del hombre y de la Naturaleza existe.....

R.= Ya lo comprendo: *Lo sumo* ó nada: pues bien, nada; rechazo lo sumo y me quedo con la nada.

C.= Pero, si no existe lo sumo en el orden del sér y en el orden del coñocer, no comprendo cómo existe *algo* en ninguno de los dos.

R.= ¿Por qué?

C.= Porque no comprendo la razón ni del *más* ni del *menos* y, por consiguiente, ni del algo.

R.= Otra vez á la Aritmética.

C.= Que es también la más elevada Metafísica. Cuando yo considero que la Naturaleza no es más que un átomo en la región infinita de la idea, de la posibilidad, del sér; y la inteligencia del hombre una chispa en el océano luminoso de la Razón, no puedo menos de pensar que por cima de entrambas, existe lo sumo en el sér y lo sumo en el coñocer, la plenitud de la existencia y la plenitud de la razón. Para mí, el sér limitado es sér *participado*, la razón limitada es razón *participada*; y por cima de estas partes debe de existir el *todo*, que lo sea á la vez del sér y de la razón. El

todo; no como lo comprenden los panteístas, sino Aquel que dijo: *Ipse est omnia*, sin incurrir en el absurdo del panteísmo.

R.=A su tiempo discutiremos eso del panteísmo, del cual no veo cómo pueda V. librarse, una vez admitida la existencia del infinito. Por ahora ¿tendría V. la amabilidad de probarme que la razón del hombre ó la Razón humana, no es más que una chispa en el océano de la Razón, y la Naturaleza un átomo en el abismo del Sér?

C.=Esas son dos verdades que por sí mismas se prueban; y en lo que llevamos dicho quedan plenamente probadas, ó más bien, demostradas á la luz de su propia evidencia. La Naturaleza y la Razón humana son limitadas, y no se necesita más. Sin embargo, procuraré decir algo acerca de los límites de la ciencia y de los de la Naturaleza.

XV.

R.=¡Límites de la ciencia! Eso es casi una blasfemia en el siglo XIX. V. se olvida de la gran ley del progreso indefinido, que es ley esencial de la humanidad.

C.=No me olvido, amigo mío, ni quiero en esta ocasión declararme en pro ni en contra de esa ley;

no se trata de eso, ni tiene que ver con el asunto que tratamos.

R.=Siendo así, me arrepiento de lo dicho.

C.=La ciencia es resultado natural del ejercicio de ciertas facultades humanas, y siendo estas limitadas, límites ha de tener aquella; pues el efecto no puede ser mayor que su causa, ó una fuerza cualquiera no puede vencer una resistencia que represente fuerza mayor que ella.

R.=Exacto, y aun parece indudable.

C.=Porque lo es. Yo creo que la ciencia tiene un límite *a parte ante* y un límite *a parte post*; un término *a quo* y un término *ad quem*; un punto en el cual empieza y otro del cual no puede pasar, por más que este último no podamos muchas veces señalarle como con el dedo, diciendo «aquí está». La vida de la inteligencia es imposible fuera de esos límites, como lo es la del cuerpo fuera de la atmósfera que nos rodea.

R.=De suerte que Dios ha dicho á la inteligencia lo mismo que al mar «Aquí llegarás y de aquí no pasarás y aquí se estrellarán tus hinchadas ondas.

C.=Exactamente.

R.=Estoy ya deseando que descubra V. ante mis ojos *fontes abyssi magnæ* de donde brota la ciencia, y el muro de leve arena en el cual han de quebrantarse sus ímpetus.

C.=Dos son los elementos del conocimiento humano: uno ideal y otro real: el primero le constituyen los primeros principios ó axiomas; el segundo, los hechos suministrados por la experiencia tanto interna como externa: el primero es la *forma*, el segundo la *materia* del conocimiento: el primero puede llamarse *á priori*: el segundo es *á posteriori*.

R.=Bien, muy bien; no parece sino que se inspira V. en la Crítica de la razón pura.

C.=Así es efectivamente: pero, desde este punto tengo el disgusto de separarme del filósofo de Kœnisberg. Los caracteres del elemento ideal son dos, á saber; necesidad, porque lo opuesto es contradictorio; y universalidad, porque lo contradictorio no se realiza nunca ni en ninguna parte.

R.=De modo que los conceptos ó categorías, como los llama Kant, de que se forman los primeros principios, no son para V. simples formas del entendimiento?

C.=Son las primeras semillas de la ciencia: como si dijéramos, las primeras piedras que sirven de cimiento al edificio de la ciencia. Y los juicios que con ellos se forman son leyes, no solo del pensamiento, sino también de la realidad, condiciones previas de la existencia de todas las cosas.

R. Veo con gusto que dá V. á la ciencia un fundamento bastante sólido.

C.=Inconmovible, amigo mío. El filósofo de Kœnisberg, que intentó destruirle con la piqueta de su *Crítica* dejó la ciencia en el aire.

R.=Y deje V. en paz al filósofo de Kœnisberg, de quien ya queda dicho lo que basta y lo que sobra, y siga con sus explicaciones.

C.=Sigo pues. Los caracteres del segundo elemento son también dos, opuestos á los del primero. La singularidad, porque la experiencia solo puede versar acerca de hechos, y estos son siempre concretos y determinados; *ens in ultima divisione*; y la contingencia, ó, por lo menos, la ausencia de necesidad, porque la experiencia nos manifiesta simplemente lo que es, pero nunca lo que puede, ó no puede ser. Estos dos elementos dan origen á tres clases de ciencias, á saber, ideales, reales y mixtas. Llamo ciencias ideales aquellas que versan acerca de la relación de las ideas, prescindiendo de la existencia ó no existencia real de las cosas. Son diferentes, según que son de diferentes especies los conceptos en que se fundan; á saber, la Metafísica, la más universal de todas, porque se funda en el concepto de sér, y versa acerca de la esencia de las cosas en general. Las Matemáticas, comprendiendo la Mecánica, las cuales se fundan en los conceptos de número y cantidad, y se distinguen por el rigor lógico de sus demostraciones. La Moral, que se

funda en la idea del bien, y dá reglas universales, que son leyes necesarias de toda voluntad creada. Los caracteres de estas ciencias son los mismos que los de las ideas en que se fundan y que las constituyen. Las ciencias reales son también muy diferentes. La experiencia interna da origen á la Psicología empírica, la cual analiza las facultades del alma y sus actos, como el anatómico los del cuerpo. La experiencia externa dá origen á todas las ciencias, que tienen por objeto los hechos que se verifican en el mundo sensible, y las leyes por las cuales se rigen; tales son la Física, la Química, la Historia Natural, la Astronomía y las demás llamadas de observación. Sus caracteres son los mismos de las verdades de que se componen. Llamo ciencias mixtas á las que resultan de la combinación de las verdades ideales con una ó muchas reales; y son tres: Psicología racional, Cosmología y Teodicea, las cuales corresponden á las tres grandes verdades, el hombre, el mundo, Dios. Estas ciencias participan de los caracteres de las dos clases anteriores, en general. Digo *en general* porque las verdades de la Teodicea se refieren á la Máxima y única necesaria Realidad, si bien entran en ella las verdades contingentes como medios de demostración. Aunque he llamado reales á las ciencias de observación ó experimentales, no he querido significar que los

principios ideales sean extraños á ellas. ¿Qué serían la Física, la Química, la Astronomía y la demás ciencias naturales, sin la Mecánica, la Geometría y Aritmética, ciencias que pertenecen al orden ideal y necesario? Aun la Geología y la Historia Natural que son las menos ideales, las más empíricas de todas las ciencias, hasta el punto de parecer simple descripción de las cosas materiales y sensibles ¿cómo podrían existir sin las ideas de relación, de orden, de medio y de fin, de efecto y de causa? Así, los positivistas y materialistas de todas las escuelas, mientras quieren prescindir en absoluto de la Metafísica, se ven envueltos en ella como los peces en el agua en que viven. El *hecho* no es más que *hecho*, y considerado en sí aisladamente, ni dice nada, ni se puede inferir de él cosa ninguna, ni aun es posible nombrarle; es preciso que se le fecunde, digámoslo así, por medio de nociones más ó menos generales para que pueda tener cabida en la ciencia y hasta expresión en el lenguaje humano. Sin estas nociones, la inteligencia permanecería eternamente muda en presencia de un hecho cualquiera. Por eso vemos que los apelativos y adjetivos, que expresan conceptos ó nociones comunes a muchos, son los únicos que nos dan idea de los objetos; mientras que el nombre propio, esencialmente singular, no es más que un *sonido*, que

no suministra ningún conocimiento respecto del objeto á que se aplica. *Scientia est de universalibus*, decían los antiguos Escolásticos, y decían una profundísima verdad. Las ciencias naturales, que estudian la materia y el movimiento, no son otra cosa que Geometría y Mecánica, y éstas Aritmética, y la Aritmética, fundada en la idea de unidad, cuya repetición constituye el número, Metafísica pura. Y así la Metafísica constituye el fondo de todas las ciencias y les dá el sér de ciencias, en su *forma sustancial*. No es físico el que cuenta las oscilaciones del péndulo, ó las vibraciones de una cuerda, ó los rayos de luz en el espectro; ni químico el que nos dice en qué proporción se combinan los átomos; ni astrónomo el que mide el curso de un planeta alrededor de su centro; ni naturalista el que describe y distribuye en grupos los séres de los tres reinos de la naturaleza; ni matemático el que juega hábilmente con los números, como un niño con las bolas de un tablero, ó un prestidigitador con sus cubiletes. Nó, estos no son hombres de *ciencia*. Es hombre de ciencia el que ve lo universal en lo particular, lo absoluto en lo relativo, lo necesario en lo contingente, lo inmutable en lo que se muda, lo infinito en lo limitado, el espíritu en la materia, la Metafísica en la Física; y ve en las verdades metafísicas los tipos eternos y necesarios de todo lo

real y de todo lo posible existente en la misma esencia de Dios: este es hombre de *ciencia*, este es el verdadero sabio. Por eso sin duda los grandes matemáticos y físicos que ha producido la Humanidad, han tenido en singular estima la Metafísica y la Religión, desde Pitágoras y Platón hasta Newtóm y Leibnitz. Por el contrario, la ciencia ateística de nuestro tiempo, que se propone únicamente ahondar más y más cada día en las entrañas de la tierra, con el fin de perder de vista el cielo, se decapita á sí misma, comete el pecado de suicidio; y los que la profanan no son sabios, sino que (repetiré la frase de Veuillot) *bestias politécnicas*.

R.= ¡Horror!!! Bestia todo lo que no sea cristiano, todo el que no piense como V!!! Les perdonará V. el infierno eh?: porque no debe de haberse fabricado para las bestias ¿en qué quedamos?

C.= Reconozco que estoy infiriendo un agravio al libre pensamiento, colocando en el Cielo el origen de la ciencia y levantándola hasta el Cielo; más, espero que la ciencia no se quejará.

R.= Y colocando á los sabios más eminentes al nivel del asno y del camello.....

C.= Los dejo en el lugar que ellos se han escogido. Un hombre que cree no es más que tierra, que de la tierra ha nacido y de la tierra no ha de pasar ¿no se coloca él mismo al nivel del asno y

del camello? Dispense V. amigo mío, y modere un poquito su indignación. Esos sabios que afirman que no tienen otro origen que el de las bestias, ni se diferencian sustancialmente de las bestias ¿no se adjudican ellos mismos el sustantivo bestias? Pues del adjetivo no pueden quejarse.

R.=Ha convertido V. sus disquisiciones filosóficas en un vespertino de cuaresma. ¡Fuerza de la costumbre! Vuelva V. á..... eso de los límites de la ciencia, y déjese de sermones.

C.=Volvamos. Si los principios ideales son el alienato y la vida de las ciencias reales ó de observación, mucho más lo serán de las ciencias mixtas, cuyo objeto inmediato no es el *hecho, esto es*, el fenómeno y la ley, como en aquellas, sino lo suprasensible, trascendental y ontológico; sirviéndose del hecho sólo como medio de probar lo que no cae bajo el dominio de la experiencia. Así la Psicología Racional demuestra la simplicidad esencial del alma, sirviéndose de los *hechos* de conciencia; la Cosmología demuestra la contingencia del mundo, fundándose en las mudanzas y cambios que experimenta; y la Teodicea demuestra la existencia de Dios, por el orden y armonía que reinan en el Universo. Respecto del carácter, ó de los caracteres, de esta última ciencia me permitiré algunas observaciones: 1.º La Teodicea es la más real de todas las ciencias reales

por razón de su objeto, que es la Máxima y Absoluta Realidad, como ya dejo manifestado. 2.º Es una ciencia mixta por razón de su procedimiento *á posteriori*, esto es, del efecto á la causa, por el cual, no sólo demuestra la existencia de Dios, sino también sus principales atributos y perfecciones. «Invisibilia enim ipsius (Dei) á creatura mundi, per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur, sempiterna quoque ejus virtus et divinitas.» 3.º Es una ciencia ideal en cuanto posee también un procedimiento *a priori*.

R.=¿Qué? *á priori*! ¿Hay en el sistema de V. alguna verdad anterior á Dios?

C.=En el orden de la existencia, nó; en el del conocimiento, sí.

R.=Ya lo entiendo: el conocimiento que tenemos de nosotros mismos y del mundo sensible es anterior al que tenemos de Dios; mas, por el conocimiento de estas cosas, subimos al conocimiento de Dios, y este es el procedimiento *á posteriori* de que V. ha hecho mención.

C.=Cierto: pero una vez demostrada por el método *á posteriori* la existencia de un sér no producido por otro, brotan de su concepto primitivo y más general y ménos determinado, todos los conceptos que determinan y concretan, digámoslo así, la idea de Dios, como ya atrás queda dicho y demostrado. Así, pues, la Teodicea posee un pro-

cedimiento *á priori*, fundado en el simple enlace y relación necesaria de los conceptos, en todo lo que se refiere á la esencia y atributos divinos; ni más ni menos que le tienen las Matemáticas en el desenvolvimiento de sus verdades, desde el axioma hasta el último corolario; y en este sentido la Teodicea puede llamarse ciencia ideal. En este punto no pueden menos de convenir todos los que admitan la existencia de Dios. Pero, yo voy más allá: creo que la ciencia teológica puede construirse apriorísticamente desde su primer fundamento, sobre todo, después que el Cristianismo ha derramado sobre ella torrentes de luz divina: creo que la existencia de Dios puede demostrarse con entera independencia de los hechos ó verdades contingentes, por el simple enlace de los conceptos puros y de las verdades ideales.

R.=Luego ¿admite V. la prueba llamada ontológica formulada por S. Anselmo, Descartes, y Leibnitz y combatida por la mayoría de los teólogos y filósofos católicos?

C.=Seguramente, y quizá alguna otra.

R.=Tendría mucho gusto en oír esas pruebas.

C.=Ya ha oído V. alguna.

R.=No recuerdo.

C.=¿Dónde hemos hallado el fundamento real de las verdades ideales, principalmente de las Matemáticas?

R.=Ah! sí!: pretendió V. sacar de ellas una prueba de la existencia de Dios.

C.=Y la saqué: y esa prueba es apriorística, ontológica, trascendental ó ideal: los hechos, si se mientan allí para algo, no se necesitan para nada. Mas como ahora solamente tratamos del carácter de la Teodicea, en cuanto ciencia, dejo esas pruebas para mejor ocasión, y me contento con apuntar aquí ligeramente la razón de mi manera de pensar. Siendo Dios una verdad necesaria, y no la primera en el orden de nuestro conocimiento, parece que debe de hallarse relacionada con las demás verdades necesarias; y no hay otras verdades necesarias fuera de Dios, sino las ideales. Es cierto que estas verdades no se refieren á la existencia de las cosas, sino á su esencia, á su mera posibilidad ó imposibilidad intrínseca... Pero, debo recordar que, según el apotegma teológico, admitido por los adversarios de las pruebas ontológicas, «en Dios se identifican la esencia y la existencia» lo cual quiere decir que en el concepto de Dios está contenido el predicado existente; de manera que su no existencia es contradictoria, porque es contradictorio el negar de una cosa lo que en su esencia está contenido. Por otra parte, es evidente de toda evidencia que la *mera* posibilidad de Dios es un absurdo. Luego, dada su posibilidad intrínseca, su no contradicción, se sigue necesariamente su existencia.

R.=Sí, sí: veo con toda claridad el fundamento de la prueba ontológica, y no me parece flojo: veo la prueba misma, sobre la cual me ocurren así de pronto ciertas dificultades, que reservo también para mejor ocasión.

C.=Conformes. Al conjunto de verdades ideales y necesarias doy yo el nombre de *Razón*, porque ellas son las que hacen que el hombre sea un sér racional, y las únicas, tal vez, que le distinguen esencialmente del bruto; si bien esta palabra puede significar también el entendimiento puro, la inteligencia, ó reunión de todas nuestras facultades cognoscitivas, y muchas veces la realidad objetiva de las cosas. Pues bien; siendo cada una de las criaturas un espejo en que se vé á Dios, sería bien extraño que en la razón no se le viese; máxime si consideramos que la Razón del hombre es una participación, una imagen, una copia, aunque imperfecta, de la Razón eterna de Dios. ¿Cómo es posible que con ella no se revele el Original?

R.=Aplaudo con todo mi alma los esfuerzos de V. para convertir la Teodicea en una ciencia apriorística, y no le faltará en esto mi humilde cooperación. Porque subiendo hasta Dios (cualquiera que sea la idea que de Él nos formemos) por el pensamiento puro, y conteniendo Él en Sí mismo los tipos y leyes de todo lo real y de todo lo posible, secunda V. admirablemente una de las más

nobles aspiraciones de la moderna filosofía, una aspiración verdaderamente titánica, digna del siglo XIX.

C.=Tendrá V. la amabilidad de decirme cuál es esa aspiración titánica de la moderna filosofía, esa aspiración digna del siglo XIX?

R.=En dos palabras: la ciencia trascendental.

C.=Esas dos palabras necesitan alguna explicación: sírvase V. decirme en qué consiste la ciencia trascendental, y por qué medios aspira á conseguirla la filosofía del siglo XIX.

XVI.

R.=La ciencia trascendental es el conocimiento puro, ó más bien, la *intuición* de la verdad una, primitiva y absoluta, la cual conteniendo en sí toda verdad, nos suministre *á priori* el conocimiento de todo lo real y todo lo posible, en su esencia y en la infinita variedad de sus formas, en el orden de la conciencia, del espacio y del tiempo. Este conocimiento ha de comprender lo ideal y lo real, lo subjetivo y lo objetivo, lo necesario y lo contingente, lo infinito y lo finito, la Naturaleza, el Espíritu, la Humanidad, la Historia, el Arte, la Religión y la Filosofía, en una palabra, el *Sér* en todas sus manifestaciones.

C.=Vamos, sí; la Omnisciencia; poca cosa: eritis sicut Dii.

R.=No le parece á V. que la empresa es digna del siglo XIX?

C.=Verdaderamente titánica en el riguroso sentido de la palabra.

R.=Hombres eminentísimos en saber aspiran á constituir la *unidad armónica* de la ciencia, fundada en la unidad absoluta de la verdad, como en su primer principio y origen inmutable y eterno. Sus esfuerzos podrán ser más ó menos fecundos, pero todos son igualmente laudables. La verdad no puede ser contraria á sí misma ni siquiera distinta de sí misma; y sin embargo, asombra la variedad y oposición que á primera vista se observa en el mundo sensible, y que constituyen su nota característica y esencial, como tal mundo sensible; puesto que todo en él ha de ser necesariamente determinado, concreto, individual, limitado, vario y opuesto; como que su forma es el espacio, el cual es *exclusión* de unos puntos respecto de otros y de cada uno respecto de todos: y su ley el tiempo, que no es más que la destrucción de lo que *es*, como condición precisa de la existencia de lo que *será*. Y esta ley fatal del mundo sensible, esta que pudiéramos llamar «lucha por la existencia» rige igualmente respecto de los fenómenos del yo humano, como tales fenómenos; y así, comprende

y abarca bajo su tirana dominación todo el mundo de la experiencia tanto externa como interna, ó sea, de los hechos. Si subimos al orden ideal, observaremos que comienza el trabajo, llamémosle así, de *unificación*. La variedad y oposición de los individuos se unifica en la especie, la de las especies en el género, y la de los géneros en otro concepto más alto y más universal, el de sustancia. Mas no por eso desaparecen la variedad y la oposición, quedándonos como diferentes y opuestos los conceptos de sustancia y accidente, de efecto y de causa, de unidad y de número, de absoluto y de relativo, de necesario y de contingente, de infinito y de finito; y sobre todas estas diferencias y oposiciones y antítesis, la gran diferencia, la gran oposición, la gran antítesis entre el *Sér* y el *no-Sér*; la cual por ser la raiz, el origen y fundamento de todas las demás, recibe el nombre de *principio de contradicción*. Si esta gran antítesis desapareciera, si llegara á resolverse en una síntesis suprema, todas las otras desaparecerían; y la *unidad é identidad de la verdad* se nos presentarían en su inmaculada pureza y serían comprendidas por nuestro entendimiento *in ictu oculi*.

C.=Magnífico, soberbio!!! y además verdadero, según mi pobre juicio. Pero, ¿dónde podremos hallar esa síntesis suprema en la cual se resuelva la antítesis, también suprema, del *Sér* y del *no-Sér*?

- R.=En el simple *venir á ser*, en la mera posibilidad, la cual no siendo ni el *Sér* ni el *no-Sér*, es la *identidad* de entrambos.
- C.=*Idea* es su nombre de pila, y Hegel se llama su padre.
- R.=En sus libros me he inspirado, aunque no le haya comprendido.
- C.=«Solo un hombre me ha comprendido» ha dicho él de sí mismo.
- R.=Entonces no le he comprendido yó. Y en verdad que esto no importa mucho al caso, porque no intento explanar ni defender el pensamiento de esta o de la otra escuela, sino el mío propio, y así, tomo de cada una lo que mejor me parece.
- C.=Y a mí me importa menos: Combato los principios racionalistas, y no tengo ningún interés en saber el nombre de su autor. Mas permítame V. una pregunta; ya hemos hallado la síntesis de todas las antítesis; y ahora... ¿qué hacemos con ella?
- R.=Deducir los siguientes teoremas científicos: *Todo lo ideal es real*; porque la *idea* es la suma realidad, la cual se traduce en hechos obedeciendo en su desenvolvimiento á las leyes inflexibles de la dialéctica. *Todo lo real es ideal*, pues nada puede existir que no esté contenido en la *idea*. Y por último: *Toda antítesis se resuelve en una síntesis que unifica los extremos opuestos*. La *idea* exteriorizándose, se constituye en Naturaleza, la

cual tiene tres momentos: *Mundo sideral*, cuya *tesis* es la fuerza de atracción, *antítesis* la de proyección, *síntesis* el movimiento elíptico alrededor del centro. Mundo químico; tesis, la *acción*; antítesis, la *reacción*; síntesis, la *combinación*: por ejemplo; una base, un ácido, una sal anfígena. Mundo orgánico, ó viviente; el cual se constituye por una serie de acciones, reacciones y combinaciones, en escala ascendente, desde el musgo v. gr. hasta el cuerpo humano. Realizada la *idea*, como Naturaleza, en su forma más perfecta, se realiza como *Espíritu*, así individual ó subjetivo, como universal y objetivo: su carácter es la libertad. Tesis, la libertad propia, *antítesis* la de los demás, *síntesis* el *derecho* que armoniza la libertad individual con la universal é infinita, manteniendo ó reparando el *orden*.

C.=Claro que sí. Y la síntesis de la Naturaleza y el Espíritu es la Humanidad.

R.=Ese pensamiento es de Krause, y cuadra aquí perfectamente; no hay porque rechazarle.

C.=Y la Humanidad es también la síntesis de otras varias antítesis; naciones, familias é individuos.

R.=Seguramente.

C.=Y el Estado tiene igualmente su trilogía; autocracia, democracia y gobierno representativo. Y la tiene la Historia; individualismo, fatalismo y providencialismo. Y la tiene el arte; idealismo,

realismo y naturalismo. Y la tiene la Religión; tesis, el panteísmo indio en que Dios lo es todo; antítesis, el politeísmo greco-romano en que el hombre lo es todo; síntesis, el cristianismo que une la Humanidad con Dios, principalmente por la Encarnación del Verbo. Y la tiene la Filosofía, la más perfecta de las evoluciones de la Idea, en sus tres formas, idealismo, materialismo y espiritualismo; y por último, estas tres formas se confunden en la *Filosofía absoluta*, que es la filosofía de la idea, representada por Hegel.

R.= Veo con gusto que no ha desdeñado V. el estudio de la Filosofía Hegeliana.

C.= Y sé también que la idea en su desenvolvimiento se llama *Deus in fieri*, porque la divinidad *se está haciendo*; y cuando se revela á sí misma en la conciencia humana, se llama *Deus in esse*, porque ya está hecha; y la idea ha tocado el término de su realización, del cual es imposible que pase: *Non plus ultra*. Se reconcentrará, pues, en sí misma, reabsorberá todas sus manifestaciones, y comenzará una nueva serie de desenvolvimientos, sometidos á las mismas leyes.

R.= Y ¿no vé V. en esto un sistema que lo abarca todo, *ab imo ad summum* en su proceso ascendente, y á *summo ad imum* en su proceso descendente, comprendiendo todos los objetos del saber humano?

C.=Yo veo en la doctrina hegeliana, más ó menos modificada ó explicada por sus discípulos, el sistema filosófico mas vasto y universal, más lógico y bien trabado y de más extensas aplicaciones que se ha concebido en nuestro siglo, y tal vez en muchos siglos; lo cual prueba el inmenso talento de su autor. Pero... ¿Dónde está la ciencia trascendental? Porque eso es lo que andamos buscando. Dónde está? Se han resuelto ya todos los problemas de la ciencia? Se ha encontrado el tipo de la belleza para todas las artes? Se han asentado las bases incommovibles de la justicia y del derecho para el individuo y para la sociedad? Se han descifrado en la Historia todos los enigmas de lo pasado y esclarecido los misterios de lo porvenir? Se ha fijado definitivamente la religión de la humanidad? Se ha pronunciado la última palabra en filosofía? Ha desaparecido la variedad de opiniones, han cesado todas las disputas, se han acallado todos los gritos de combate entre los hombres acerca de todas las cosas? ¿Por qué la humanidad sigue ahora, lo mismo que antes, su marcha azarosa entre dudas y vacilaciones, iluminada unas veces por la luz de la verdad, engañada otras por los siniestros fulgores del error, y envuelta con harta frecuencia en las nieblas de la ignorancia? ¿Por qué la idea, en posesión perfecta de sí misma por medio de la conciencia humana, no se com-

prende á sí misma, y todas las cosas que contiene en sí misma *in ictu oculi*? Ya sabemos que toda antítesis se resuelve en una síntesis; pero ¿se nos ha dado algún criterio para hallar la síntesis que se necesita en todos y cada uno de los casos que puedan ocurrirnos? Sabemos que lo ideal es real, y lo real es ideal. Pero ¿hemos de elevarnos á la región de las ideas para ver en ellas los hechos, ó hemos de cavar, digámoslo así, en el campo de la Naturaleza para ver en los hechos las ideas? Ó hemos de sumergirnos en el fondo de nuestra conciencia, donde la idea adquiere el sér Dios, para ver en nosotros mismos las ideas y los hechos en su relación esencial? Ó hemos de emplear todos estos medios á la vez? Supongo que los hegelianos los admitirán todos, pero no como exclusivos, á la manera que los practican respectivamente el ontologismo, el empirismo y subjetivismo; ni tampoco como distintos, aunque armónicos, dando origen cada uno y sirviendo de criterio para verdades de diferente orden en la constitución de la ciencia, á la manera que yó lo he hecho; sino como identificados en el proceso dialéctico de la idea, con lo cual vienen á quedarse en el puro ontologismo.

R.=Sea, si á V. le parece; cabalmente solo así alcanzo yo á comprender el trascendentalismo apriorístico.

C.=Y yo también; pero, de aquí se siguen algunos inconvenientes de no poca monta.

R.=Y son?

C.=No se escandalice V.: el fatalismo, el panteísmo, el ateísmo crudo; y para fin y coronamiento de la obra, el escepticismo universal y absoluto.

R.=Ha olvidado V. que Hegel reconoce y proclama la libertad limitada del espíritu individual y subjetivo, y la libertad infinita del universal y objetivo?

C.=No lo he olvidado, amigo mío, pero ¿de qué sirve reconocer y proclamar la libertad si se la mata en su raíz y principio?

R.=Se atrevería V. á demostrarlo?

C.=En dos palabras: según la doctrina hegeliana, lo que existe, existe porque no puede menos de existir, porque está contenido en la idea, *en el venir á ser*, y es imposible que no sea: y lo que no existe, no existe porque no puede existir, porque no está contenido en el *venir á ser*, y es imposible que sea. Luego, todo lo que es, es de una manera necesaria y fatal, excluyendo la posibilidad absoluta de cualquiera otro extremo, sea contradictorio, contrario ó solamente distinto. ¿No es esto matar la libertad en su raíz?

R.=Pero eso se entiende de las esencias de las cosas, y de ninguna manera de los actos del espíritu.

C.=Eso debe entenderse de las esencias de las

cosas y de todos y cada uno de los actos de todas y cada una de las cosas, si esos actos son *algo*, puesto que *nada* puede existir sino lo que está contenido en el *venir á ser* y como en él está contenido. No creo, amigo mío, que pueda eludirse la consecuencia. Observe V. además, que la idea no se desenvuelve ni puede desenvolverse, en ningún género de manifestaciones, sino en virtud de las leyes de la Dialéctica, y que la Dialéctica no es más que la Mecánica del espíritu, y sus leyes tan inflexibles como las de ésta; de suerte que toda *desviación* ó *receso* es imposible de toda imposibilidad, así de parte del entendimiento como de parte de la voluntad, ó dejaría de ser la Dialéctica la ley del *proceso* de la idea, ó de su desenvolvimiento universal. No hay vicios, ni delitos, ni crímenes; todo lo que existe es bueno tal como existe; y la idea de castigo, como medio de reparar un orden que no puede perturbarse, es la más absurda de todas las ideas. Ni basta decir que el mal es pura negación: no lo es en el sistema hegeliano, porque lo imposible no se niega. No necesito encarecer las terribles consecuencias que de aquí se desprenden, esto es, la subversión, el aniquilamiento de todo orden moral en el individuo, en la familia, en la sociedad, en la Humanidad; la canonización del *hecho*, la sanción de la *fuerza* que le produce. Cousin

ha reconocido la legitimidad de esta consecuencia, afirmando, como ley histórica, que el que triunfa tiene siempre razón por lo mismo que triunfa, y que es delito rebelarse contra el triunfador. Así es muy lógica la pretensión de la escuela hegeliana de escribir la Historia *á priori*, pues en su sistema, es una ciencia tan necesaria como la misma Geometría; y toda la dificultad consiste en comprender los axiomas y conservar el enlace de los teoremas y corolarios. Lo que debe ser será.

R.=De modo que según V. piensa, en las teorías hegelianas no cabe el providencialismo histórico.

C.=Así es: esto exige la acción libre por parte de Dios y por parte del hombre: exige algo, que pudiendo no ser, es; y algo que pudiendo ser, no es; exige algo que esté por encima de las leyes de la Dialéctica, algo que no sea un efecto contenido en la esencia de ninguna causa, ni se siga necesariamente de ningún principio, sino que pueda ser *puesto* ó no serlo. ¿Cabe esto en la idea de Hegel?

R.=Parece que no; pero, no veo qué relación pueda tener todo esto con el ontologismo de que antes hablamos.

C.=Es fácil descubrir esa relación. Desde el momento que se pretende deducir *toda verdad* de una verdad necesaria como principio de conocer, hay que renunciar á la esperanza.....

R.=A la esperanza de qué?

C.=De hallar ninguna verdad contingente, acerca de la cual puedan ejercerse la voluntad humana ó la Divina. Y henos ya en el panteísmo. Si la creación se verifica de una manera necesaria, hay que admitir que la Naturaleza, el Espíritu y la Humanidad, con todos y cada uno de los seres particulares que en sí comprenden, son un *complemento* de la esencia divina, sin el cual Dios no sería perfecto; es decir, no sería Dios: y así, Hegel es consecuente cuando llama á la idea en su proceso *Deus inferi*; y en su término, ó sea en la conciencia humana, *Deus in esse*, porque solo en ella se completa, adquiere toda su perfección y se hace Dios. Inútil es amigo mío, que yo le advierta á V. que esto es la divinización del yó humano, ó como ahora se dice el *autoteísmo*: sobre la inteligencia del hombre no hay otra inteligencia, sobre la voluntad del hombre no hay otra voluntad, y el hombre es el sér supremo, porque es la suprema inteligencia, la suprema voluntad, la suprema perfección. Hé ahí el ateísmo en toda su repugnante desnudez. Pero aun no he dicho la última palabra acerca del panteísmo hegeliano. Si existieran dos cosas numérica y realmente distintas en cuanto á la esencia ó la sustancia, estas dos cosas constituirían una antítesis eterna que no podría resolverse en ninguna síntesis, porque

siempre podría decirse de ellas que «la una no es la otra.» Luego, es una y la misma la esencia y la sustancia de todas las cosas. Todo es uno.

R.=No me parece muy legítima esta última consecuencia; porque siendo una la esencia y la sustancia, uno el sér de todas las cosas, este sér se diversifica, se particulariza por la variedad de formas, determinaciones ó limitaciones que constituyen el principio de individuación; lo cual basta para que las cosas se distingan entre sí, y aun se diferencien y opongan. No olvide V. que los antiguos escolásticos enseñaban y defendían la unidad de la *materia prima*, individualizándola *per quantitatem*, esto es, por la limitación. Los modernos individualizan el sér por la forma: cuestión de nombre.

C.=Dejando en paz á los escolásticos, quienes no admitían ni por asomo, la unidad esencial y sustancial de todas las cosas, replicaré que esta salida es de cal y canto en el sistema del hegelianismo; porque esas formas, determinaciones y limitaciones son ilusiones y mentiras: son nada, menos que nada, son lo imposible; porque, si fueran *nada* ó *algo*, se identificarían en la gran síntesis en que el sér y no sér, la nada y el algo se identifican. No queda pues otra cosa que la *unidad* de la sustancia y de la forma, la unidad pura metafísica y absoluta. Y como esta se realiza *totalmente*

en el *yo* humano, no queda sino el *yo* y lo que *es puesto* ó realizado en el *yo*; y venimos á caer en el subjetivismo absoluto de Fichte, siendo el *yo* la verdad única y total; y además, el sujeto que conoce el objeto conocido y el conocimiento mismo. *La Identidad absoluta* de Schelling.

R.=Lo cual prueba que el sistema de Hegel comprende en su vasta extensión estos dos sistemas.

C.=Y que los tres vienen á coincidir en un punto; á saber, la divinización del *yo*, el autoteísmo ó el ateísmo crudo, como me propuse demostrar respecto del hegelianismo.

R.=Adelante. Pero, si Hegel ha reducido toda realidad, y por consiguiente, toda verdad, á la *Unidad* pura, metafísica y absoluta, sin variedad ni distinción posible; parece que debe de haber hallado, ya que no la verdadera ciencia trascendental, un sistema de ciencia trascendental, en que, á su manera, lo explique todo; pues el conocimiento de esta Unidad, que es á la vez totalidad, debe incluir en sí el conocimiento de todas las cosas.

C.=¡Oh! si Hegel hubiera hallado la verdadera unidad, que es á la vez totalidad en cuanto contiene en sí toda perfección, y por tanto, toda verdad, y nos hubiera conseguido la intuición pura de ella; ¿qué duda tiene que nos hubiera dado la verdadera ciencia trascendental? Y algo más

nos hubiera dado: La eterna bienaventuranza. Pero, en esto precisamente consiste la locura de los aspirantes á la ciencia trascendental.

R.=Luego cree V. posible la ciencia trascendental?

C.=Existe.

R.=¿Y quién es el dichoso mortal que la posee?

C.=Los que disfrutan de la intuición pura de Aquella Verdad una que es toda verdad; los que ven como es en sí la esencia misma de Dios, los bienaventurados en el Cielo.

R.=¡Hermosa doctrina! ver á Dios como es en sí, verle con toda claridad, como vemos el sol que alumbra al Universo; inmergirse en el abismo de su grandeza, contemplar cara á cara su perfección absoluta, ver con una sola mirada su infinita Unidad y en ella la infinita variedad de los séres, los tipos eternos y la razón de todas las cosas, el enlace de todos los efectos con sus causas, las leyes de la Naturaleza, del Espíritu y de la Humanidad, el orden perfecto, la armonía universal; y extender aun la vista del entendimiento por las regiones inacabables de lo posible, sin salir del océano de la suma Realidad..... hermosa doctrina!! ¡Oh! aquí todo es necesario, todo eterno, todo infinito, todo *Uno*; esta es la verdadera síntesis de todas las antítesis, en la cual todo lo distinto, todo lo múltiple, todo lo vario y opuesto se hermana, se confunde y se identifica por ma-

ravillosa manera, siendo todo la simplicísima esencia divina, sin perder por eso cada cosa su sér propio y sustancial en el orden inferior de la existencia contingente. ¡Y qué fugaz y deleznable y perecedero, debe de parecer el curso de los siglos y de las edades, contemplado desde el punto fijo é indivisible de la eternidad; y qué estrechos los espacios inconmensurables, vistos en la inmensidad de Dios; y qué pequeñas las cosas en su propio sér, comparadas con ellas mismas tales como *son* en Dios!!! Ya no me sorprende que se diga que la perfección del Universo no añada nada á la perfección de Dios, que no puede sumarse con ella, que la perfección de Dios y del Universo no es *más* que la de *Aquél solo*: no, no es *más*: porque los séres que constituyen el Universo son *menos* en sí mismos que en Dios. Esta es la verdadera *idea*, este es el verdadero Sér; pero, no es el sér vago, indeterminado y abstracto que es al mismo tiempo *nada*; sino el Sér por esencia, el sér realísimo, el sér personalísimo y por consiguiente libérrimo, el cual, siendo en sí y por sí todas las cosas, realiza fuera de sí mismo las que quiere, comunicándoles sustancia y vida propia, sin confundirse con ellas, sin que su Unidad se divida, sin que se altere su simplicidad, sin que se limite ó aumente su perfección, permaneciendo eternamente El Mismo, El Sér,

El que es. Ahora comprendo también la grandeza y sublimidad de la doctrina católica acerca del Verbo: El pensamiento divino, la idea que Dios tiene de su propia esencia, la imagen viva y perfectísima de su propio Sér, tan perfecta como El mismo: Y esta idea divina, que es á la vez idea de todas las cosas, se realiza *fuera* de sí, no *haciéndose* á sí misma, sino haciendo todo lo que existe: derramando mundos por el espacio y reflejándose como en un espejo en la conciencia, ó más bien, en la razón del hombre, que es su hechura. El Evangelista ha expresado una altísima verdad con estas palabras: *Omnia per ipsum facta sunt. Erat lux vera quæ illuminat omnem hominem.* Y he aquí también el verdadero *devenir* ó *fieri*, en el cual Dios no se hace (¡absurdo!) pero hace todo lo que es hecho. Por esto, me parece natural que los Teólogos enseñen comunmente que los Bienaventurados ven todas las cosas en el Verbo: ¿Dónde han de verlas, sino donde están? Y en Él están, ó más bien, en Él *son*, *in ipso sunt omnia.* ¡Hermosa doctrina, vuelvo á repetir, tan hermosa como sublime!! Eugenio Pelletan, en su Profesión de Fé del siglo XIX, trata con respetuoso desdén á la que llama *escuela mística*, la cual constituye en la contemplación de Dios, la suprema felicidad del hombre. Eugenio Pelletan, no ha comprendido á la *escuela mística*. La contemplación de Dios no

es el éxtasis, el arrobamiento, la inercia del alma, la cuasi extinción de la personalidad, como él supone ó indica. Por el contrario, es vida, actividad y movimiento, á la par que satisfacción de todas las facultades humanas; es la posesión plena y perfecta que el alma tiene de sí misma, de Dios y de todas las cosas. El alma bienaventurada es como el águila que, remontándose á lo más alto de la atmósfera, contempla cara á cara el disco del sol, y ve debajo de sí postrada á la hermosa Naturaleza, mientras ella gira libremente en mar de luz, reina del espacio y dueña de sí misma. No cabe libertad más perfecta. Y sin embargo esta alma que ve á Dios no le comprende, como el águila no encierra en su pupila el sol á quien contempla de hito en hito, y en cuya luz deliciosamente se baña. Dios permanece incomprendible para el alma bienaventurada, porque permanece infinito; mas por esto mismo, la hace infinitamente dichosa é infinitamente libre, pues el mar de verdad y de bien, que es su posesión, su herencia por toda la eternidad, no reconoce límites.

C.—¡Bien, amigo mío, muy bien! Ya solo le falta á V. exclamar con el Profeta: «Señor, ¿qué tengo yo fuera de Vos, ni en el cielo ni en la tierra? El Señor es el Dios de mi corazón, y mi herencia por siempre jamás!!» Y lo dirá V.; su entendimiento está ya á la altura de su corazón: el que piensa como V. y siente como V..... es ya cristiano.

R.=He dicho que la doctrina católica es hermosa, no he dicho que sea verdadera.

C.=Es igual, amigo mío, solo es hermoso lo verdadero: la belleza «es el resplandor divino de la verdad» y esta le ilumina ya con sus dulcísimos rayos.

R.=Después de todo yo no creo haber hecho otra cosa que una digresión. ¿No hablábamos de la teoría hegeliana?

C.=Y V. ha señalado magistralmente la línea que separa el panteísmo hegeliano del sublime teísmo católico, en su principio, en su desenvolvimiento y en su fin: sustituyendo al sér vago é indeterminado la Suma Realidad; al proceso necesario y fatal en que Dios se vá haciendo, hasta hallarse hecho en el hombre, el proceso libérrimo en que Dios hace todas las cosas, concluyendo en el hombre término de la creación; y ha encontrado V. la verdadera ciencia trascendental, la única posible, en la intuición pura de la verdad una, que es toda verdad, reservada al hombre para más allá del sepulcro. Lejos de hacer una digresión, ha desatado V. el *nodus quæstionis*, por lo cual le felicito cordialmente. Por mi parte solo añadiré una palabra para completar el análisis de la teoría hegeliana, á saber: que bien lejos de producir la ciencia trascendental, lo que produce es..... la ignorancia trascendental, la imposibilidad de la ciencia. Si el sér y el no sér se identifican en la

idea, en el sér ó en el venir á sér, esto es, en la unidad de la misma esencia; si las proposiciones contradictorias son igualmente verdaderas; si al mismo tiempo que afirmamos una cosa, podemos negarla, yo pregunto: ¿es posible la ciencia? es posible la demostración? son posibles el raciocinio y el juicio? es posible el pensamiento? Nos queda otra cosa que la mudez absoluta, el nihilismo intelectual?

R.=Ninguna seguramente; pero lo mismo sucede en la doctrina católica. ¿No se identifican en Dios las causas y los efectos, las sustancias y los accidentes, los cuerpos y los espíritus? Las cosas en sí opuestas ¿no son en Él la Unidad simplicísima de su esencia? En Dios por lo tanto se identifican el *sí* y el *nó*, el sér y el no sér, lo mismo que en la Idea hegeliana.

C.=Dios es sér purísimo, absoluto, infinito, es la plenitud del sér: en Él no cabe el no sér, porque no cabe límite ni defecto. Luego no puede decirse, es un absurdo decir, que en Dios se identifican el sér y el no sér. Es verdad que las cosas en sí opuestas y contradictorias son en Él la unidad purísima de su esencia, porque Él contiene el sér de todas, la perfección de todas, pero no contiene los límites, la privación, que *en sí* les son esenciales: y las cosas solo son opuestas y contradictorias en cuanto son, y porque son limitadas, ¿Comprende V. la diferencia?

R.=Lo comprendo perfectamente. Las cosas, como decía no sé qué filósofo, se componen de sér y privación, el sér está en Dios; la privación, no. Estas mismas cosas en tanto son opuestas, en cuanto el sér de unas excluye el sér de otras; un sér que contenga todo sér; no puede ser opuesto á ninguna. ¿No es así?

C.=Exactamente. Y vea V. como entre el Hegeliano y el Catolicismo media un abismo infranqueable.

R.=Sí; pero son tantos y tan eminentes los filósofos que en nuestros días profesan el panteísmo, ó por los menos el panenteísmo, que no es dable pensar sino que estos sistemas se fundan en argumentos bastante poderosos para subyugar á las más elevadas inteligencias. Quisiera que examinásemos esos argumentos, tanto más, cuanto que esto equivaldrá á continuar nuestras investigaciones acerca del origen y carácter de las ciencias; y tal vez llegaríamos á dar con el principio absoluto del sér y del conocer, ó con la verdadera ciencia trascendental aun en este miserable mundo.

C.=El principio absoluto del sér y del conocer ya le hemos encontrado. Dios es el origen de toda realidad y de todo conocimiento, es decir, de toda verdad. Respecto de la ciencia trascendental, le

diré á V. con el poeta: « *Lasciate ogni speranza,* » en este mundo por supuesto.

R.=Es V. ontologista? Créese V. que Dios es la primera verdad en el orden psicológico, como en el de la existencia?

C.=No por cierto; pero ya he dicho á V. que la Teodicea posee un método apriorístico y trascendental; que según mi juicio, por el simple enlace de las ideas puras, por el análisis de la noción de Dios, podemos demostrar su existencia y sus atributos. Luego respecto de Dios poseemos la ciencia trascendental, aunque oscura é imperfecta, por la natural limitación y pequeñez de nuestro entendimiento.

R.=¡Eureka! Eureka!! Si aunque oscura é imperfecta poseemos la ciencia trascendental respecto de Dios, debemos de poseerla acerca de las demás cosas, las cuales existen en Dios con más realidad que en sí mismas, identificándose con su esencia, como ya dejamos consignado.

C.=Así es: Las cosas son en Dios necesarias, inmutables y eternas; y por eso poseemos también la ciencia trascendental respecto de lo que en las cosas es necesario, inmutable y eterno, esto es, de lo que se refiere á su *esencia*. Pero en sí mismas son esencialmente limitadas, contingentes, mudables, opuestas; y por lo mismo no poseemos la ciencia trascendental en lo que se refiere á su

existencia y á las varias y múltiples condiciones posibles de esta misma existencia, ó sea, respecto del *hecho* y de sus circunstancias.

R.=Y ese *hecho* con sus circunstancias especiales y determinadas entre las infinitas posibles ¿no existe en Dios como en su causa?

C.=Ciertamente; pero ese *hecho*, en cuanto *hecho*, existe en Dios como objeto de su libre voluntad, la cual no está sujeta á las leyes de la Dialéctica; y por eso el hecho no puede ser *deducido* de la noción de Dios, por mucho que en ello profunde la endeble razón humana, y no podrá ser conocido trascendentalmente. El conocimiento de una causa envuelve el conocimiento de los efectos que han de ser producidos *necesariamente*, pero no el de aquellos, que, siendo objeto de la libertad, pueden existir ó no existir; pues su existencia ó no existencia no afecta en nada á la esencia y perfección de la causa. En una palabra: Del conocimiento de una verdad necesaria no puede deducirse lógicamente ninguna verdad contingente, ó sea ningún *hecho*, como ya dejo consignado. Los panteistas, pues, son lógicos y consecuentes, cuando, para hallar la ciencia trascendental, niegan á Dios toda libertad; le someten á la ley ineludible de la manifestación, evolución ó desenvolvimiento, proclamando la creación como necesaria en sí misma y necesaria para Dios; el

cual no puede ser Dios, sino haciéndose astro en el cielo, planta y animal en la tierra, hasta encontrar su máxima perfección en la conciencia del hombre.

R.=Según eso, ¿qué deja V. fuera de los ámbitos del conocimiento apriorístico y trascendental?

C.=Dos grandes *hechos*, el hombre y el mundo, á saber: las ciencias antropológicas y cosmológicas. Le parece á V. poco?

R.=No por cierto. Pero V. ha prometido decir algo acerca de los límites de la *ciencia*; y hasta ahora ..

C.=Hasta ahora... hemos estado en el fondo de la cuestión, ocupándonos en los elementos constitutivos y caracteres esenciales de la ciencia, y demostrando la imposibilidad de la llamada trascendental; y ahora... seguiremos con la cuestión, si V. quiere.

R.=Quiero.

XVII.

C.=Continuemos: El término *a quo* de la ciencia en el orden ideal, el punto en donde comienza, son los axiomas ó verdades evidentes con evidencia inmediata, las cuales se llaman, por lo mismo, primeros principios, y constituyen la base y

el fundamento de toda demostración; antes de ellos no hay nada: el que pretenda demostrarlos, pretende lo imposible; el que busca la razón de ellos, busca, como ya he dicho, la razón de la sinrazón; y el que no los admita, se queda puertas afuera del templo de la ciencia, y nada puede saber de lo que pasa dentro, é *ipso facto* queda separado de la comunión de los seres racionales. Estos principios aunque por sí mismos son evidentes y no necesitan demostrarse, se fundan todos en uno que podemos llamar principio de los principios, fundamento de los fundamentos y criterio de los criterios, verdadera piedra de toque de toda proposición ó de todo juicio: El principio de contradicción.

R. = Sí, sí, todo eso queda ya dicho ó indicado; pero la fórmula en que vulgarmente se expresa, me parece demasiado complicada, atendida la sencillez que debiera reclamar el primero de todos los principios; y aun me atrevo á decir que hay en ella cierta especie de tautología intelectual, que semeja así como un círculo vicioso: «Es imposible que una cosa sea y no sea del mismo.» Si el principio de contradicción es el principio de los principios, no deben entrar en él ideas que ya le suponen, como son, en mi humilde juicio, las de imposibilidad y tiempo, es «imposible lo que repugna ó implica contradicción:» el

tiempo es la sucesión de las cosas, las cuales se *suceden* porque la *existencia* de la una exige la no existencia de la anterior. Luego para que podamos tener las ideas de imposibilidad y de tiempo, necesitamos presuponer el principio de contradicción ¿Por qué se le *expresa* de una manera viciosa? y si no es viciosa la manera de expresarle ¿cómo es este el primer principio?

C.=Las observaciones de V. son acertadísimas y profundamente filosóficas; la fórmula vulgar del principio de contradicción dista mucho de la pureza y simplicidad del primero de los principios, si bien es muy apropiado para los usos comunes de la vida y de la ciencia. Ni la idea de imposibilidad ni la idea de sucesión, ni sus opuestas las de necesidad y simultaneidad, deben entrar en la fórmula de este principio, el cual solo afirma la pura y simple exclusión recíproca del ser y del no ser, como un hecho fundamental y primitivo. En efecto, la idea ó concepto de ser es el primero en nuestro espíritu y la base de todos los demás, los cuales se definen ó explican por él, sin que él pueda definirse ni explicarse por ninguno. Decimos fácil y naturalmente que *sustancia* es el ser que existe en sí; accidente el que no puede existir sino en otro; causa el ser que dá, y efecto el ser que recibe la existencia, y así de los otros conceptos generales. Pero del ser, solo podemos

decir que es lo que es ó lo que existe; esto es, que es el sér, sin que podamos dar otras explicaciones ó aclaraciones. Y si esto sucede del sér en cuanto es lo que es, ó como si dijéramos en concreto (ens), lo mismo tiene lugar en cuanto se le considera en abstracto ó en cuanto significa la existencia (esse). Cuando decimos que la existencia es la esencia en acto, ó el complemento de la posibilidad, ó damos otras definiciones semejantes, incurrimos en el vicio de que la definición suponga siempre el conocimiento de lo que se trata de definir. Así, solo podemos decir que, la existencia es..... la existencia, y existir es existir ó sér. La idea de sér (ens) y la de existencia (esse) son la *forma* esencial de nuestro entendimiento, el cual siempre que piensa, piensa en *algo* y como tal lo concibe primeramente; y este *algo* en tanto es algo en cuanto *existe* de alguna manera ó en alguna parte; pues lo que no existe no es *algo*. Estos dos conceptos del sér están expresados en la fórmula que nos ocupa: el primero por la palabra «cosa», y el segundo por la palabra «sea». Esta proposición «el ser es» es una proposición idéntica, y representa, según Hegel, el *primer momento de la idea*. Pero el *sér puro* no es este ni el otro sér, ni ninguno de los séres, y así viene siendo nada; resultando, sino interpretado mal, el segundo momento

de la idea, cuya fórmula es esta: «el sér no es» ó «el sér envuelve el no sér» como opuesto á él; así como el tercer momento representa la identidad del sér y del no sér en el *venir á sér*, en el cual desaparece la oposición. Más no es verdad que la idea del sér puro envuelva el no sér de ninguna manera; pues cuando decimos que el *sér puro* en toda su universalidad, no es este ni el otro sér, ni ninguno de los séres particulares, no negamos de él el sér, sino la particularidad ó sea el límite, como lo indica la misma palabra *particularidad*. Si el sér puro fuera concebido como alguno de los séres particulares, ó la suma ó agregado de todos ellos, no sería el sér, sino un sér ó conjunto de séres; y la idea pura del sér desaparecería de nuestro entendimiento perdiendo este su forma esencial, la forma bajo la cual piensa todos los objetos, haciéndose el pensamiento imposible. Esta doctrina acerca de la idea del sér puro confirma lo que dejamos dicho acerca de Aquel que es verdaderamente el sér en toda su universalidad, el sér sin límites; á saber, que siendo esencialmente personal y no pura abstracción, porque en este caso no sería nada, no es un sér particular, concreto, determinado en el propio sentido de estas palabras, porque sería limitado; ni es tampoco el conjunto de todos los séres, porque sería el conjunto de todos los límites. De lo

dicho se desprenden dos consecuencias. La primera es, que de este modo queda destruido el argumento Aquiles de los panteistas, los cuales quieren que el sér infinito sea la sustancia y la esencia de todas las cosas para que no pueda predicarse de Él ninguna negación; mientras que nosotros queremos que sea sustancial y esencialmente distinto de las demás cosas para que no puedan predicarse de Él todas las negaciones. Es la segunda, que la idea del sér puro es de una extensión ilimitada, de una capacidad, digámoslo así, infinita; y para que no quede infinitamente vacía, es preciso que le corresponda un objeto que la llene toda, una realidad infinita también. De lo contrario el principio de contradicción sería un juicio de *término non supponente*, por serlo su primer elemento, el sér; perdiendo así su valor universal, absoluto y necesario, y quedando reducida su aplicación á los séres particulares conocidos, como simple función ó *forma* del entendimiento; con lo cual se vienen á tierra los demás principios universales y necesarios que en él fundan su necesidad y valor trascendental y absoluto; y todo el orden de las verdades ideales, todo el fundamento de la demostración y de la ciencia desaparece para siempre. Dios ó el nihilismo intelectual.

R.—Luego V. confunde la idea del sér puro con la del infinito!

C.=Casi, casi; tan lejos estoy de pensar que el sér puro envuelva el no sér. Pero, aunque he dicho y sostengo que la idea del sér puro *reclama* una realidad objetiva infinita para no desaparecer como tal idea, anulándose con ella el principio de contradicción, no por eso la confundo con la del infinito; pues para formar esta última se necesita negar de la primera la idea del no sér en virtud de un acto positivo del entendimiento. Si la idea del sér envuelve la del no sér, ó si el sér y el no sér se identifican de alguna manera, el infinito repugna, porque donde quiera que concebamos *algo* hemos de concebir límite. Así el panteísmo hegeliano que no admite la existencia sustancial sino del infinito, comienza por declararle imposible. «Suo se gladio jugalavit.» Pero si el sér no envuelve el no sér, si estas ideas no se identifican, debemos inferir que el infinito no repugna, y por consiguiente, existe realmente.

R.=No veo la consecuencia.

C.=Porque lo que verdaderamente repugna es la mera posibilidad del infinito. Si no es imposible ó contradictorio, existe.

R.=Pero los ateos replicarían seguramente. Pues que sea contradictorio.

C.=Pues se verán obligados á admitir que no podemos concebir ni decir *algo* sin concebir ni decir *límite*; que el sér envuelve el no sér; que estos dos

términos no se excluyen, sino que se identifican; que el principio de contradicción es mentira; que todo es... mentira.

R.=Veo con gusto que está V. conforme con la teoría neogermánica de que la idea del sér puro es por sí infecunda, y que es preciso contraponerla la del no sér para que pueda servir de medio de conocimiento; pues de otra manera, el principio de los principios, el principio de contradicción, la ley suprema del pensamiento no existiría.

C.=*Cun grano salis*. Aunque la idea de sér es la forma esencial del pensamiento, este no juzga, no discurre, no se mueve, sino con sujeción á la ley suprema, como V. la llama muy acertadamente, del principio de contradicción; necesita por lo mismo, de la idea del no sér, como opuesta á la de sér, para moverse y funcionar. La razón es sencilla. Siendo el entendimiento limitado, no pudiendo conocer las cosas, aún el mismo infinito, sino de una manera limitada, ni adquirir y poseer la verdad, sino en partes y por partes, necesita de la idea de límite, ó de no sér; de donde resulta que el principio de contradicción es ley suprema del *pensamiento humano*, y aún me atrevo á decir, de todo pensamiento limitado. Más nó del pensamiento en absoluto. El que conoce todas las cosas reales y posibles en sí mismas y en todas sus relaciones, en virtud de una intuición purísima y simplicísima, no necesita para

nada de la idea del no sér, ni en Él puede hallarse. (1) En Dios no hay más que una idea; la idea de Sí mismo, que es la idea del sér realizado infinitamente; esto es, sin mezcla de no sér. Y esta Idea es Él mismo. «*Noscere et esse illi unum est.*» (San Agustín.) Si Dios es su propia Idea, su propio Conocimiento, es Idea pura, Conocimiento puro, Acto purísimo; pero Idea, Conocimiento y Acto sustanciales y realísimos. ¿No piensa V. que esta Idea en nada se parece á la Idea de Hegel; ni este Conocimiento al Conocimiento de Schelling; ni este Acto purísimo al *yo* puro de Fichte? ¿No vé V. de nuevo y con más claridad el abismo que se interpone entre el panteísmo neo-germánico y el teísmo católico?

(1) Al decir el autor que en Dios no existe la idea del no sér, no quiere decir, claro está, que Dios no conozca la limitación inherente al sér de toda criatura. Tomada la idea en el sentido de forma intelectual representativa del objeto conocido, en Dios no hay más que una idea que es su propia esencia. Si se considera la idea con relación al objeto que representa, y por ella ó en ella se conoce, la única idea divina representa todos los séres reales y posibles en su infinita variedad de grados y perfecciones; y en este sentido podría decirse que las ideas divinas son infinitas, como infinito es el número de séres que Dios conoce como posibles; y también que en el divino entendimiento existe la idea del no sér, pues conoce distintamente lo que es y lo que no es cada una de las criaturas

La esencia divina no es forma de nuestro entendimiento, ni este conoce el sér infinito directamente y en sí mismo. Conocemos los séres finitos por la forma singular y propia de cada uno de ellos, y esta forma es limitada como el entendimiento en que es recibida y como el objeto que representa. Y así en nuestras ideas, consideradas como formas del sujeto, va unido el no-sér al sér, lo que no sucede en la esencia divina.

R. = Todo eso es claro, clarísimo; y ahora comprendo todo el valor de la prueba ontológica acerca de la existencia de Dios; y cómo ha hecho V. de la Teodicea una ciencia completamente apriorística, sin que valga contra dicha prueba la consabida acusación de tránsito del orden lógico al ontológico; pues á más de que lo que es verdadero lógicamente lo es también ontológicamente, (1) so pena de negar todo valor objetivo á las leyes fundamentales de nuestro espíritu, resulta evidente, cómo de la simple no contradicción del infinito,

El principio de contradicción es ley del entendimiento humano: 1.º porque en nuestras ideas vá siempre unido el no-sér al sér, por lo mismo que son limitadas; 2.º porque siempre que nuestro entendimiento procede por vía de raciocinio, se sirve de ese principio para comprobar la verdad de sus juicios; y á la luz que él proyecta descubre la verdad que no es evidente por sí misma.

Ya se entiende en qué sentido dice el autor que ese principio no es ley del entendimiento divino. De manera ninguna ha de entenderse que Dios no perciba la repugnancia entre el sér y el no-sér; sino 1.º que en la única idea del entendimiento divino no entra la limitación ó el no-sér; y 2.º que conociendo Dios todas las cosas en la intuición purísima de su esencia, no pasa de lo conocido á lo desconocido, no necesita de ese principio para la comprobación de ninguna verdad. La idea, como forma del sujeto, en la que entra el límite, es imperfecta; el entendimiento que necesita del auxilio del principio de contradicción, es limitado.

(1) Todo lo que es verdadero lógicamente lo es también ontológicamente: es un modo de expresar la conformidad entre el orden ideal y el real. Si las ideas universalísimas y los primeros principios, patrimonio común de la razón humana, son una participada semejanza de las razones eternas, y estas á su vez son la norma eterna de la realidad, no puede menos de haber conformidad entre lo ideal (verdad lógica, según el autor) y lo real (verdad ontológica).

cual no solamente no exige la presencia de ningún objeto particular á los ojos del entendimiento, sino que positivamente la excluye; y que este modo de conocer no es invención mía, sino que le admiten todas las escuelas, aun los sensualistas más rabiosos, contra los cuales puede V. formular, ya que no la misma acusación, el mismo argumento. He dicho que la razón humana es una participación, un trasunto, una copia de la razón divina. Pero es una copia limitada, imperfecta, una copia *borrosa*, si se permite la palabra, en la cual los colores se distinguen clarísimamente, pero no aparecen las figuras. No hay nada más indeterminado que las ideas de sér y de no-sér, de causa y de efecto; y no hay nada que el entendimiento *vea* con más claridad y precisión, que el enlace de estas ideas, esto es la exclusión del sér y del no-sér, y la dependencia, que necesariamente implica todo efecto respecto de una causa. *Ve* pues el entendimiento la relación de las ideas, y llevado por un impulso irresistible, (1) afirma la de las co-

(1) Afirma aquí el autor que el tránsito de lo subjetivo á lo objetivo lo hacemos por un impulso irresistible, por una necesidad natural. Si esta necesidad la impone la evidencia, lo cual no niega el autor, la expresión podrá ser poco exacta, mas la doctrina nada tiene que ver con el escepticismo, (se hace esta inculpación al señor Balmes, á quien en esto sigue el autor.)

En efecto; si el conocimiento es un acto inmanente, aunque con relación trascendental, el objeto ha de estar representado por una forma ó idea recibida en el sujeto. Ahora bien, en todo juicio afir-

sas que no estan presentes á él; quiero decir: que intuitiva y necesariamente se considera á sí mismo, como *tipo* de verdad, y lo es, por ser imagen de la Divinidad, y sus ideas copia, aunque imperfecta, de las ideas divinas. Imperfecta, he dicho, por lo mismo que estas ideas son simples conceptos. En Dios no hay conceptos; (1) no existen en Él los universales, como universales; existen los tipos de todos y cada uno de los séres, así reales, como posibles en su determinación última y nu-

mamos, implícitamente al menos, que el objeto está fielmente representado en el sujeto y que es en sí mismo tal como se nos representa; esta afirmación, postulado necesario de todo juicio trascendental, expresa, ó envuelve, el tránsito de lo subjetivo á lo objetivo, de lo ideal á lo real, tránsito que hacemos por impulso irresistible de la naturaleza, sin raciocinio y sin discurso, por más que, analizado luego, se demuestre que es muy racional.

Las ideas universalísimas, según el autor, nos dan un conocimiento vago y confuso, no representan al entendimiento objeto alguno particular y determinado.

Véase á este propósito al Angélico *Sum. Theol.* part. 1.^ª, quæst. 89, art. 1.^º *Considerandum est igitur.....* y art. 3.^º *Respondeo dicendum.*

Trata el Santo en estos lugares del conocimiento del alma separada del cuerpo, y dice que en ese estado conoce al modo de los ángeles, por las especies que recibe de la influencia de la luz divina; mas tales especies solo dan á nuestras almas un conocimiento vago, en común, é indistinto, siendo necesaria su unión al cuerpo para que el conocimiento venga á ser determinado, claro y distinto. Léase todo el art. 1.^º de la quest. citada y resaltará más la analogía del lenguaje del autor con el del Santo.

(1) La palabra concepto la toma el autor en el sentido de un universal que no representa ni dá á conocer clara y distintamente objeto alguno particular. En este sentido en Dios no hay conceptos; pero conoce el concepto en cuanto forma de nuestro entendimiento.

mérica identidad. Y aquí me cumple exponer una altísima doctrina de *Santo Tomás*. Según el Doctor Angélico, cuanto más elevada es una inteligencia entiende por menor número de ideas; las cuales no por esto son más universales subjetivamente consideradas, sino todo lo contrario; porque conteniendo en sí misma mayor perfección, conoce en sí y debajo de sí mayor número de seres y mayor número de perfecciones de estos seres, y su conocimiento es menos conceptual y por consiguiente más claro, acercándose más á la pura intuición. Por eso Dios, que es la Suma Perfección y la Suma Inteligencia, ve todas las cosas en la intuición purísima de Sí Mismo.

R.=Consideradas las ideas universalísimas y universales de la manera que V. las expone, no puede negárseles valor ontológico trascendentalísimo. Pero confiese V. que en el sistema tomista, ni son, ni pueden ser otra cosa que *simples formas artificiales* del entendimiento, las cuales no tienen otro valor, sino el que él mismo les dá creándolas. Estos dos sistemas en nada se parecen.

C.=Estos dos sistemas se parecen, como dos gotas de agua; y es tan pequeña la diferencia del uno al otro, que yo no haré nunca del mío una cuestión de gabinete.

R.=Será curioso ver cómo estrecha V. la mano de los tomistas al través del abismo que de ellos le separa.

C.=Según mi doctrina, los tipos de toda realidad existentes en el entendimiento divino se comunican inmediatamente al entendimiento humano. Según los tomistas, esos tipos encarnan en las cosas y de ellas pasan al entendimiento.

R.=¿De qué manera?

C.=Porque Dios ha dado al entendimiento humano la virtud de ver lo necesario en lo contingente, lo universal en lo particular, lo eterno en lo temporal, lo inmutable en lo que se muda, lo que pertenece á la esencia en los hechos ó cosas existentes. ¿Le parece á V. grande la diferencia?

R.=No por cierto.

C.=Por eso los tomistas han defendido siempre la doctrina de los universales *in re*; pues si bien los universales considerados en sí mismos, ó mejor, en Dios, son anteriores á las cosas, solo en ellas los percibe el entendimiento.

R.=Muy bien; ¿mas qué dice V. de las ideas morales?

C.=Los tomistas en este punto dicen lo mismo que yo. La Ley Natural es la misma Ley Eterna, no conocida por abstracción ó generalización, sino participada al hombre en la creación, y ellos son los que han hecho axiomática esta doctrina entre los filósofos y teólogos católicos.

R.=De modo, que pelillos á la mar, y todos unos. Ya suponía yo que no se pegarían Vdes. muy recio estando nosotros enfrente.

C.=Necios seríamos. Como los católicos estamos y no podemos menos de estar conformes en los grandes principios filosóficos y en las consecuencias verdaderamente importantes, que de ellos se desprenden, lo regular es, que solo discrepemos en cuestiones de poca monta; y así sucede muchas veces, que cuando parece que nos separa un abismo, nos hallamos á dos dedos de distancia; y fácilmente puede haber entre nosotros, ya que no anuencia ó transacción, lo cual no cabe en materia de doctrina, por lo menos paz y buena armonía, y común acuerdo para dejar á un lado las cosas pequeñas en interés de las grandes.

R.=Sí, para defender la casa.

C.=Como es nuestro deber. Si los católicos usáramos siempre este espíritu de moderación y templanza en las cuestiones, que entre nosotros se debaten, no se gastarían inútilmente tantos esfuerzos, que estarían muy bien empleados

R.=En defender la casa.

C.=Justamente; contra el enemigo común: un ejército dispuesto á marchar al combate no gasta la pólvora en salvas.

R.=¿Y no tiene V. á mano alguna bala cónica, que meter en el cuerpo á los no que piensan como V. y sus hermanos los tomistas respecto del origen de las ideas?

C.=Sí tengo; una para V. y otra para Kant.

R.=Venga la mía.

C.=De lo expuesto resulta: que las ideas universales y universalísimas, aunque formadas por el entendimiento con presencia de los hechos particulares en virtud de la abstracción y de la generalización, son formas esenciales de las cosas, á la vez que del entendimiento, y su valor objetivo, ontológico y trascendental es el mismo en el sistema de los tomistas, que en el mío.

R.=¿Y qué?

C.=Que la prueba ontológica de la existencia de Dios y mis observaciones contra el Hegelianismo tienen la misma fuerza en el uno que en el otro.

R.=Y que por todas partes se vá á Roma.

C.=Por todas, y derechito.

XVIII.

R.=Dispare V. contra Kant, y veré de cubrirle con mi cuerpo.

C.=Será en valde; porque los pasaré á los dos. Cuando el filósofo de Kœnisberg afirma, que las categorías son formas á *priori* del entendimiento, esto es, formas naturales, añadiendo que carecen de valor objetivo, viene á decirnos en suma, que el entendimiento humano no está hecho para la verdad, que es una nota discordante en la armonía universal, una aberración de la Naturaleza; que el

entendimiento no es entendimiento, ni el hombre es racional. De donde se infiere, como ya he indicado que la «Crítica de la razón pura» es la autopsia en vivo de la Razón. Prosigamos. Si la ciencia consiste en aplicar las ideas universales y universalísimas á los hechos singulares presentados por la experiencia interna ó externa, ó en percibir lo universal en lo particular en virtud de la abstracción ó generalización, síguese que el conocimiento humano es naturalmente *conceptual*, en lo que se refiere á las cosas existentes ó a la realidad. Digo en lo que se refiere á las cosas existentes ó á la realidad, porque en el orden ideal puro el conocimiento es intuitivo; quiero decir, que el entendimiento conoce intuitivamente ó *ve* la identidad ó exclusion de las ideas en el orden metafísico, matemático y moral, ya se trate de los primeros principios, ya de las consecuencias, que de ellos lógicamente se derivan. Algunos filósofos, entre ellos nuestro esclarecido Balmes, afirman que poseemos también la intuición respecto de los actos de nuestra alma. Si por intuición se entiende la presencia de estos actos en nuestro espíritu, el sentimiento íntimo de ellos, lo que se llama conciencia, no disputaremos por la palabra. Pero es lo cierto, que estos actos nada son, nada significan, de nada sirven en el orden del conocimiento racional y científico, si no son idealizados, si no

son fecundados por un principio universal ó general. Descartes hubiera estado diciendo eternamente «yo pienso» sin deducir la consecuencia «existo,» á no haber consignado el principio; «Todo lo que piensa existe.» Es más; el mismo juicio «yo pienso» es imposible sin las ideas universales; pues en él el yo es *puesto* como sér ó algo, como sujeto del predicado «pienso», ó como sustancia y como causa, por lo menos parcial, del pensamiento y total del juicio. Apoyado en estos hechos y en otro principio más alto, me atrevo á pensar, que el concepto es forma necesaria de toda inteligencia limitada, sin que esto impida el conocimiento intuitivo de ciertas cosas, más ó menos en número, y con mayor ó menor perfección, según la diferente perfección de las inteligencias. Este principio es el siguiente: La ciencia contiene un elemento de carácter necesario, el cual es por lo mismo universal, extendiéndose á todo lo que existe y á todo lo que puede existir; si este elemento fuese la intuición pura de la esencia de las cosas á que se refiere, produciría la *omnisciencia*, la que repugna en toda criatura. Luego ha de ser un conocimiento imperfecto, que envuelva en sí vaguedad é indeterminación, conceptualismo. De aquí deduzco yo dos consecuencias importantísimas, una teológica y otra filosófica.

R. — ¿También en esto trabaja V. en beneficio de la

comunidad? ¡En todas, en todas partes la Teología!

C.=Como en todas partes está Dios. Mas expondré primero la filosófica, que es la siguiente: La esencia numérica de las cosas nos es desconocida; porque siendo necesariamente individual, singular, concreta y determinada, necesariamente una, no puede ser representada por ningún concepto ó idea, más ó menos general, y aplicable á muchos; y solo puede ser conocida por intuición, de la cual carecemos, como ya queda indicado. Así, yo defino perfectamente al hombre, diciendo que es un animal racional, porque el género y la especie se representan por conceptos. Pero si se me pregunta, por qué Sócrates es Sócrates y Platón es Platón, y por qué el uno no es el otro, no tengo que contestar sino que cada uno es el que es, y que repugna que el uno sea el otro. Ni vale decir que el género y la especie se *individualizan* en cada uno de los seres por sus cualidades propias, como si dijéramos, personales; pues pudiera suceder (con permiso de Leibnitz) que hubiera dos ó más seres con semejantes é iguales propiedades, y sin embargo, ni el uno sería el otro, ni las cualidades de *este* serían las de *aquél*. Además, estas propiedades, ó son accidentales (alto, bajo, sabio, ignorante), y entonces no constituyen la esencia numérica del sujeto; ó le son esenciales, como tal individuo,

y en este caso no podemos saber en qué consisten.

R.=¿Luego no admite V. con Sto. Tomás y su escuela, que la materia se individualiza por la cantidad?

C.=No señor. Aparte de las razones generales, hay otras, que me impiden asentir á esta teoría. Dos cubos, que coincidan por cualquiera de sus caras, tendrían igual cantidad geométrica; si son iguales en peso, tendrían igual cantidad mecánica; si concebimos que tienen igual número de puntos simples (nada de esto repugna), tendrían igual cantidad aritmética; y sin embargo serán dos cubos. Ni la extensión del uno será la extensión del otro, ni el peso del uno será el peso del otro, ni cada uno de los puntos simples del uno será ninguno de los puntos del otro; todas estas cosas serán semejantes é iguales, pero no serán las *mismas*.

R.=Pues esa razón particular sí que es la *misma*, que ha expuesto V. para todas las cosas en general.

C.=La mismísima, perdone V. el pleonasma y el tiempo perdido.

R.=Tampoco admitirá V. que las almas humanas se *individualizan* por su ordenación á informar un cuerpo determinado?

C.=Pienso, que el que un alma informe este ó el

otro cuerpo depende de la libre voluntad de Dios. Pero la identidad numérica de un alma, como de cualquiera otro sér, es tan necesaria, como el tipo eterno, que le corresponde en la esencia divina. Cuando *veamos* esos tipos, sabremos por qué cada cosa es la que es, y en qué consiste el principio de individuación.

R.=Mientras tanto.....

C.=La esencia numérica de las cosas, será para el hombre un *misterio*, y todos los esfuerzos de la ciencia se estrellarán contra la roca incommovible...

R.=De un granito de arena.

C.=Así es; y la cuestión del principio de individuación será irresoluble por hallarse fuera del círculo en que vive la inteligencia humana.

R.=¡Ah! lo comprendo; quiere V. demostrar la existencia del misterio en todas partes, y esta es la consecuencia teológica, de que V. hablaba.

C.=Y además otra acerca de un dogma particular y determinado, á saber: Que si bien es de fé que los Bienaventurados en el Cielo ven intuitivamente la esencia divina «sicuti est,» no la ven, ni pueden verla por la condición y fuerzas de su propia naturaleza, sino elevándose sobre la una y las otras por virtud de un auxilio, de una luz sobrenatural y divina, que les comunica una manera de conocer especialísima, haciéndoles «divinæ consortes naturæ» «semejantes á Él», y que los teólo-

gos llaman *lumen gloriæ*. De donde resulta que los dogmas cristianos suelen tener estrecho enlace con las verdades del orden natural y filosófico, aunque no siempre podamos descubrirle.

R.=¿Y qué opina V. acerca de la célebre cuestión entre tomistas y escotistas sobre la distinción real entre la esencia y la existencia?

C.=Pues..... no opino nada.

R.=¡Y que le cojan á V. por la palabra! ¿Pero no le parece á V. que la esencia se concibe primero que la existencia?

C.=No señor; se conciben á la vez. Todo lo que se concibe, se concibe como *algo*, es decir, como existiendo; pues lo que no existe, no es nada.

R.=Sí; eso ya queda dicho y parece verdad. Mas la esencia es necesaria, eterna, inmutable; y la existencia, temporal, contingente y mudable. Esto no podrá V. negarlo?

C.=Lo niego y no lo niego.

R.=Hegeliano se nos ha vuelto V?

C.=Si consideramos las cosas en Dios, tan necesaria, eterna é inmutable es la existencia, como la esencia; si las consideramos en sí mismas, ó como hechos, tan contingente, temporal y mudable es la esencia, como la existencia. (1)

(1) El argumento que aquí forma el autor es el siguiente: Todo lo que el entendimiento concibe es algún sér; en la idea de sér entra la de existencia, luego todo lo que concebimos existe de algún modo, *Balmes, Fil. Fund.* libr. 5.º cap.ºs 1.º y 4.º

2.º En Dios existen todas las cosas: 1.º en su Esencia como apta para ser imitada ó participada ad extra de diversas maneras; 2.º en su entendimiento, que conoce y comprende su Esencia en cuanto imitable ó participable ad extra por las criaturas; 3.º en su omnipotencia, que puede comunicar el sér real y propio, ó la

R.=Es V. terrible; pero voy á ponerle á V. en la precisión de decidirse.

C.=Veamos.

existencia actual, á todo lo que el entendimiento concibe como posible. Las cosas ó seres finitos no existen formalmente ó con existencia propia en Dios; son allí la misma Esencia divina, *Balmes*, lugar citado cap.^{os} 8.^o y 12.

«Las esencias de las cosas se hallan contenidas en la Esencia divina por una manera eminential y sin sus limitaciones propias, como se halla contenido el acto imperfecto en el perfecto, la animalidad en la humanidad, el número ternario en el senario, que son comparaciones de Sto. Tomás. Y en cuanto están en Dios no son sino la misma Esencia divina en cuanto participable ad extra de tal ó cual modo determinado.» *Mendive Ont.* cap.^o 1.^o, art.^o 2.^o, n.^o 23.

Si las esencias de las cosas finitas estan contenidas del modo dicho en la Esencia divina, tienen las criaturas en esta algún modo de existencia; y de esta manera consideradas en Dios, su esencia y su existencia son necesarias, eternas é inmutables, como la misma Esencia divina con quien se identifican. *Balmes, Fil. Fund.* libr. 5.^o cap.^o 8.^o Ahora, las criaturas fuera de Dios, en su sér propio y formal, son contingentes, temporales y mudables en cuanto á la existencia, y lo mismo en cuanto á la esencia, si esta no se distingue de aquella. *Balmes* libro citado cap.^o 12, *Mendive, Ontol.* cap. 1.^o, art.^o 2.^o, n.^o 30.

Esta existencia de las cosas en Dios no ha de entenderse, como queda dicho, de una existencia formal y propia, sino eminential, en cuanto son imitaciones de la Esencia divina; ideal, en cuanto tienen representación en el entendimiento divino; y virtual, en cuanto pueden ser producidas por la omnipotencia. El P. Mendive escribe: «El sér eminential, el sér ideal y el sér virtual que tienen los posibles en Dios, se halla estrechamente ligado con el sér propio y formal de los posibles; porque estos son el término extrínseco á que en cierta manera se refiere cada uno de aquellos. Esta especie de referencia de los seres mencionados con respecto al sér propio y formal de los posibles, no es relación propiamente dicha, porque Dios no depende de nadie, y así no dice relación á cosa alguna distinta de él; pero es una cosa que equivale á la relación, porque la Esencia divina con su perfección eminentísima é infinita suple facilmente las veces de cualquiera perfección limitada.» Lugar citado art.^o 3.^o, n.^o 66.

R. = Si no admite V. la distinción real entre la esencia y la existencia, tiene V. que renunciar á su prueba ontológica de la existencia de Dios.

C. = La cosa es grave.

R. = O aceptar el panteísmo.

C. = ¡Atiza!

R. = Si todo lo que se concibe, se concibe como existiendo y no puede concebirse de otra manera, todo lo que se concibe existe necesariamente. ¿Es esto panteísmo, sí ó nó?

C. = *Distinguo consequens*. Todo lo que se concibe, existe necesariamente en sí mismo ó en su causa, concedo *consequentiam*. Todo lo que se concibe, existe necesariamente en sí, *nego consequentiam*. Dios existe necesariamente ó en sí, ó en su causa, porque se concibe, porque no es contradictorio. Pero no puede existir en una causa, porque esto sí que es contradictorio; luego existe necesariamente en sí. ¿No le parece á V. que voy renunciando á mi prueba ontológica?

R. = ¡Ya, ya!

C. = Las demás cosas no existen necesariamente en sí, pero existen necesariamente en su causa, identificándose con la esencia divina según que están en la misma, y distinguiéndose entre sí por su relación *ad obiectum*; así el tipo de Sócrates es la esencia divina; el de Platón es la esencia divina; y el tipo de Sócrates no es el de Platón, porque el

tipo de Sócrates dice relación á *uno*, y el de Platón á *otro*, y es absurdo que el uno sea el otro.

R.=Le comprendo á V.; le comprendo perfectamente, y admiro su habilidad y la sutileza de su ingenio. Estoy viendo la comparación: El Padre es la esencia divina; el Hijo es la esencia divina, y el Padre no es el Hijo; se distinguen relativamente el uno del otro. ¿No iba V. á parar ahí?

C.=¡Bueno!! El principio de identidad, como todas las verdades necesarias, es aplicable á todo lo real y á todo lo posible. Pero cuando los objetos á que se trata de aplicarle están muy por cima de los alcances de la inteligencia humana.

R.=¿Qué?

C.=El principio continúa siendo verdadero, mas la aplicación tiene sus dificultades y las consecuencias suelen flojear.

R.=De modo ¿que no manifiesta V. su opinión de la distinción de la esencia y la existencia en los seres finitos?

C.=Si no la tengo. Sé que la idea de sér (ens) y la de existir (esse) son inseparables y simultáneas en mi espíritu. Sé que la una y la otra constituyen el principio de contradicción. Sé que este principio, considerado en toda su pureza, expresa la intuición de la exclusión del sér y del no sér en ambos sentidos, sin mezcla de extraños elementos; acto purísimo del entendimiento, que no puede formularse

con palabras. Sé que el sér (ens) y el existir (esse) son por lo mismo igualmente indefinibles. Sé que el principio de contradicción es el principio de los principios, y las ideas, que le forman, el *substractum* y fundamento de todas las ideas, y que aquí comienza la ciencia, aquí está su término *a quo*, y que antes de esto no hay nada. Esto es lo que sé y lo que necesito saber; nada más.

R.=¿El principio en el orden ideal?

C.=Por supuesto.

R.=Luego la idea de sér es la *fuentes* de todas las ideas, y el principio de contradicción la de todos los principios, y así es única la fuente y origen en el orden ideal puro?

C.=La fuente ó el origen no señor; el fundamento, la base, el *substractum*, son las palabras de que me he valido, si mal no recuerdo.

R.=¿Pues hay alguna diferencia?

C.=Grandísima y de importancia.

R.=No la veo.

C.=Las otras ideas, que he llamado universalísimas, no proceden de la idea de sér por deducción, sinó que se forman *con* ella ó *sobre* ella por adición; así la idea de sustancia añade á la idea pura de sér, la subsistencia en sí; y la de causa, añade la de acción. Por lo cual todas las ideas universalísimas son igualmente primitivas en lo que de propio tiene cada una de ellas.

R.=Efectivamente; mas su importancia.....

C.=Consiste en que mata en su raiz el *processus* de la Idea Hegeliana ó el *fieri*.

R.=;; Cómo!!

C.=Porque en el sistema hegeliano, es necesario que todas las ideas, sean las que fueren, estén contenidas en la de sér puro y de ella broten, como el agua de la fuente, como la luz del foco; que de ella se formen por simple deducción ó desenvolvimiento.

R.=Así es la verdad.

C.=De donde se infiere también, que la ciencia trascendental, como el hegelianismo la concibe, es imposible aun en el orden ideal puro; pues no existe una idea de la cual puedan *deducirse* todas las demás.

R.=La consecuencia es lógica. Mas, ¿por qué ese afán en combatir la posibilidad de la ciencia trascendental?

C.=Muy sencillo. Para inferir de aquí que el hombre no posee, ni puede poseer, la clave de la *omnisciencia*; para probar que el hombre es menos que el *sér*; y como *todo sér* es necesariamente *verdad*, y no puede serlo sino en una inteligencia, deducir que existe una inteligencia, que expresa la ecuación perfecta entre el *sér* y la *verdad*, una inteligencia infinitamente superior á la del hombre, y á la cual debe éste someterse.

R.= ¡Ah!! ; *La primera de activa!* Después de tantos rodeos!

C.= Si señor; la primera de activa, que es la impugnación más enérgica de la soberanía de la Razón humana, proclamada por el racionalismo contemporáneo en todas las esferas de la vida.

R.= Que para V. es el absurdo.

C.= O el ateísmo, que es igual.

XIX.

R.= Señalado el principio de la ciencia en el orden ideal ¿podrá V. señalar igualmente su término?

C.= Igualmente no; las verdades ideales consideradas objetivamente, ó sea en sus aplicaciones, no tienen límite. Los principios metafísicos son aplicables á la esencia de todas las cosas reales y posibles; los de la Moral a todas las acciones de todas las criaturas racionales, en todos los estados y circunstancias posibles; y los de la Mecánica á todas las combinaciones posibles del número ó de la cantidad.

R.= ¡Hola, hola! Parece que se vá V. amansando. Esto quiere decir que la ciencia del hombre es en cierto modo infinita, pues se extiende á *todo* y de todo sabemos algo.

C.= Si sí, de todo sabemos algo; casi nada. Lo cual

prueba por una parte la infinidad de la verdad, y por otra la limitación, y por tanto, la pequeñez de la ciencia humana. De suerte que si no presenta V. otras pruebas en pró de la soberanía de la Razon humana, puede esta señora buscar mejor abogado.

R.=Gracias.

C.=El término *ad quem* de la ciencia en el orden ideal puro es la última consecuencia, que la inteligencia humana puede legítimamente deducir de los primeros principios. Lo que en ellos no esté contenido no existe para nosotros. Las verdades ideales, más bien que *materia* del conocimiento, son medios de conocer, *criterio* para juzgar acerca de las cosas ó verdades reales; por lo cual puede decirse que toda la ciencia de esta clase consiste en los principios. Si consideramos los principios metafísicos en su absoluta pureza, tendremos que el *sér* excluye el *no-sér*; que lo que comienza á sér recibe de otro la existencia; que lo contingente tiene su razón en otro; que lo finito está necesariamente contenido en lo infinito; que cosas iguales á una tercera son iguales entre sí; que todo sér es uno; que ningún sér es otro, etc. Pero ¿qué podemos inferir de aquí? Nada. Tenemos siempre la proposición mayor, pero nos falta la menor y no sale ninguna consecuencia.

R.=Luego el análisis de las ideas universalísimas y

la combinación de los principios, que con ellas se forman, son en sí estériles é infecundos?

C.—En mí humilde juicio, algo producen y de altísima importancia. Prueban la existencia de Dios y demuestran sus principales atributos, como ya dejo asentado, dando origen á la Teodicea como ciencia trascendental. Además, estas ideas universalísimas, consideradas en sí mismas, constituyen la base y el fondo de la Ontología; y convertidas en universales, toda la ciencia ontológica, fundamento de todas las ciencias. No son, pues, estériles, ni aún en el orden ideal puro. Mas la extensión de estas dos ciencias, Teodicea trascendental y Ontología, es para nosotros tan pequeña, que su término está muy cerca del principio, aunque no podamos decir con exactitud: «De aquí no pasa.» En el orden moral la idea fundamentalísima es la de *bién*; el bien es el sér en cuanto objeto de la voluntad. De aquí procede nuestro *imperativo categórico*: «Ama el bien.» Como se vé, esta fórmula es esencialmente objetiva, en lo cual se diferencia de las fórmulas inventadas por las varias escuelas del racionalismo moderno, á saber: «Obra de manera que tu acción sirva de norma á los demás.» «Obra conforme á tu naturaleza» ó «realiza tu esencia.» Todas ellas son esencialmente subjetivas, como que tienden á crear lo que ha dado en llamarse *moral independiente*, prescindiendo de la

idea de Dios y fundándola *exclusivamente* en las condiciones esenciales de la naturaleza humana.

R.—¿Y no obra siempre bien el que obra conforme á las condiciones esenciales de su naturaleza; el que obrando realiza ó desenvuelve su esencia; el que de tal manera obra que su acción pueda servir de norma á los demás?

C.—Ciertamente; porque la naturaleza humana *ha sido hecha* para el bien.

R.—Pues en ese caso ¿por qué rechazar esas fórmulas?

C.—Por las razones, que dejo apuntadas; porque el bien es objetivo, como la verdad; como el sér es bien en sí, es bien porque es, y no porque se *acomode* á las condiciones de la naturaleza humana, sean las que fueren. Así, que no es la naturaleza humana la norma típica del bien, como pretende el racionalismo; sino el bien, tipo, y por consiguiente, norma de la naturaleza humana. El origen del bien es el mismo de la realidad ó del sér.

R.—Pero V. ha dicho que las ideas morales son á *priori* en el entendimiento humano; que existe en nosotros, y formando parte de nuestra naturaleza, un *tipo* de bondad, sin el cual nos sería imposible proferir ningún juicio acerca de la bondad ó malicia de las cosas. Luego la teoría de V. es tan subjetiva, como cualquiera de las fórmulas del racionalismo.

C.—Sí; pero he dicho también, que ese *tipo* es una

copia, aunque imperfecta y borrosa de los tipos de toda verdad y de toda bondad existentes en la esencia divina, de donde procede la verdad de todo lo verdadero y la bondad de todo lo bueno. Si admiten esto los racionalistas..... se acabó el pleito. Pero no lo admitirán de seguro, porque se vendría abajo su moral independiente.

R.=Así es.

C.=Y aquí me cumple deshacer una equivocación, ó más bien una inexactitud de lenguaje, bastante común entre los teólogos moralistas; suelen decir que hay ciertas cosas, que Dios quiere, porque son buenas; y otras, que son buenas, porque Dios las quiere, llamando intrínseca á la bondad de las primeras, y extrínseca á la de las segundas; el amor del prójimo por ejemplo, le quiere Dios, porque es bueno; el ayuno de Cuaresma es bueno, porque Dios le quiere. Esto no es exacto. Todas las cosas son buenas porque Dios las quiere. ¿De dónde sinó, les vendría la bondad? La voluntad humana *supone* el bien; la voluntad de Dios le *hace*. Sino que hay cosas, que Dios quiere necesariamente, como el amor del prójimo, porque llevan una relación necesaria con su bondad y van incluidas en el amor con que Dios se ama á Sí mismo; y otras cosas, que Dios quiere libremente, como el ayuno de Cuaresma, porque no llevan semejante relación.

R.=Sea como V. quiera; que en las cuestiones domésticas, que entre teólogos se debaten, no me toca intervenir. Pero no veo qué mal pueda seguirse de fundar la moral exclusivamente en las condiciones esenciales de la naturaleza humana; porque siendo estas constantes, inmutables y comunes á todos los hombres, tendríamos necesariamente una moral fija, independiente de las vicisitudes de los tiempos y de los caprichos humanos; una moral en la que cabrían los hombres de todas las religiones, sin excluir á los que no profesan ninguna, ni aun á los mismos ateos; en una palabra: tendríamos la moral eterna y universal. Por el contrario, si se busca en Dios el fundamento de la moral, sucederá que esta será tan varia, como varia es la idea, que de Dios se forman los hombres, y cada religión tendrá su moral propia y diferente de la de las demás, como vemos que está sucediendo. Creo pues que la teoría racionalista es un verdadero progreso en el orden moral, como lo es toda doctrina, que imprime á la ciencia los grandes caracteres de unidad, inmutabilidad y universalidad.

C.=¡Já já! Mas, para que la teoría racionalista produzca esos efectos maravillosos, se necesita una pequeña condición, que V. ha dejado en el tintero.....

R.=Cuál es esa condición?

C.=Poca cosa. Que todos los hombres de todos los paises, de todos los tiempos, de todas las escuelas y de todas las religiones, sin excluir á los que no profesan ninguna religión, ni pertenecen á ninguna escuela, y aun los mismos ateos, se formen el mismo concepto de la naturaleza humana, deduzcan las mismas consecuencias y hagan las mismas aplicaciones; porque de lo contrario, la moral sería tan varia y diferente, como vario y diferente sea el concepto, que cada cual se forme de la naturaleza humana, y varias y diferentes las consecuencias que deduzca y las aplicaciones que haga, como vemos que sucede entre los filósofos; pues los materialistas no tienen otra moral que la Mecánica; los panteistas la Lógica; y entre los espiritualistas, cada cual tiene la suya, desde el rigorismo estóico hasta el laxismo cirenáico; desde el optimismo sansimoniano hasta el pesimismo de Harmant, pues á todas estas cosas manifiestan más ó ménos afición ciertos filósofos espiritualistas. ¿No le parece á V. que la teoría racionalista es un buen elemento para crear la unidad, perpetuidad y universalidad de la ciencia en el orden moral?

R.=No puedo negar que la teoría racionalista tiene los inconvenientes, que V. ha expuesto con tanta claridad; pero..... se queda en el mismo caso que su contraria.

C.=Tiene un inconveniente más; que arruina por sus cimientos el edificio de la moral. En efecto: para constituir la moral, no basta la idea de bien, como objeto propio de la voluntad; pues la armonía entre la facultad y el objeto es un hecho del orden puramente físico, sin trascendencia moral de ningún género. Es necesario que el bien se imponga de alguna manera á la voluntad; no basta que esta pueda amarle y aun en ciertos casos no pueda menos de amarle; es necesario que deba; ó lo que es igual, se necesita la idea de obligación.

R.=Es indudable; porque si la voluntad no está obligada á amar el bien, la falta de armonía entre esta facultad y su objeto propio, constituirá un desorden físico, pero no un desorden moral. La voluntad usaría, digámoslo así, de su derecho, dejando de amar el bien.

C.=Y la obligación supone una ley.

R.=Evidente.

C.=Y la ley un Legislador, una autoridad; Dios. Suprímase la idea de Dios, la idea de Legislador y la ley, la obligación, la moral quedan reducidas á.....

R.=¿A qué?

C.=A una simple contradicción.

R.=Y tenemos otra prueba ontológica de la existencia de Dios ¿no es verdad?

C.=Y concluyente, y perfectamente ontológica; pues las ideas de bien, obligación y ley pertenecen al orden ideal puro, y de ellas se deduce por necesidad lógica, la existencia real de un Legislador.

R.=Ya veo que es V. hombre aprovechado, y muy aprovechable la primera de activa.

C.=Mucho, sí señor.

R.=Mas con las ideas que V. acaba de exponer se viene á tierra su *imperativo categórico* «ama el bien»; porque ó yo no lo entiendo, ó este apotegma expresa solamente la armonía entre la voluntad y su objeto propio; lo cual no basta para constituir la moral.

C.=Recuerde V. que he dicho *imperativo*, lo cual quiere decir que *alguien* me manda «amar el bien».

R.=Sí; su propia naturaleza.

C.=No; mi propia naturaleza no puede mandarme á mí; *yo* la mando á ella; yo uso de ella; yo me sirvo de ella, porque soy superior á ella, porque tengo el dominio de ella, porque soy *persona*. No; ni mi naturaleza, ni toda la naturaleza puede mandarme; solo puede mandarme uno, que sea superior á mí y á la naturaleza; solo el que sea mi Autor tiene *autoridad* sobre mí. No reconozco otra, no la reconoceré jamás; el que me dió la libertad es el Único que puede darme leyes que limiten su ejercicio. Si no existe Dios, no hay para

mí otro Dios que yo mismo, ni otra autoridad, ni otra ley que mi voluntad; lo que quiero, eso es bueno para mí; lo que no quiero, malo ó indiferente.

R.=Profesa V. un radicalismo desesperante.

C.=Como la Lógica. La idea de obligación lleva consigo la de *responsabilidad*, la cual por fuerza tiene que ser ante otro; ante alguno, que la exija. Si nuestra conciencia nos acusa y condena por el mal que hacemos, es porque repercute la voz de lo Alto, que nos dice con terrible severidad: «*¿Quare hoc fecisti?*» Que enmudezca esa voz y la conciencia no nos dira nada. A la idea de responsabilidad sigue necesariamente la de premio y la de castigo, sin las cuales la *responsabilidad* sería ilusoria y la ley injusta, y por consiguiente, la existencia de un Juez, que pueda decretarlos y ponerlos en ejecución.

R.=De modo que sin Dios.....

C.=No hay obligación, ni ley, ni responsabilidad, ni premio, ni castigo; no se concibe la Moral.

R.=Y la moral es para V. una serie de pruebas ontológicas de la existencia de Dios.

C.=Como que en todo lo que he dicho no me he desviado *nec latum unguem* del orden ideal puro. Pero no es una serie de pruebas, sino una sola de inmenso valor.

XX.

R. = Ahora veo, y con gusto por cierto, que si es V. enemigo irreconciliable del Autor de la «Crítica de la Razón pura», se acerca V. mucho al autor de la «Crítica de la Razón práctica.»

C. = Nunca me he hallado más distante. Kant funda la existencia de Dios sobre las necesidades individuales y comunes de la naturaleza humana; yo la fundo en el simple enlace de las ideas puras. Obligación, ley, *Legislador*; responsabilidad, premio, castigo, *Juez*. Los filósofos y teólogos cristianos, que niegan la posibilidad de probar ontológicamente la existencia de Dios, no han reparado que la que acabo de aducir y aducen todos ellos, pertenece al orden ideal puro.

R. = Pero ¿no ha examinado V. las condiciones de la naturaleza humana que son un hecho?

C. = Medite V. un poco y verá que no me he servido de ese *hecho* como *medio* de prueba para afirmar la existencia de Dios.

R. = De todas maneras su *imperativo categórico* «ama el bien» me parece bastante poco fecundo, mientras no sepamos lo que es el bien... y esto hemos de saberlo ó por la práctica ó por revelación de Dios.

- C.—Yo lo sé trascendentalmente ó *á priori*. ¿Pues no he demostrado de una manera trascendental y apriorística la existencia de Dios, esto es, del Sér Sumo ó del Sumo Bien? Luego mi *imperativo categórico* se traduce en el primer precepto del Decálogo: «Amarás á Dios, porque es bien; le amarás sobre todas las cosas, porque es el Sumo Bien; le amarás en todas las cosas, porque de Él procede toda bondad.» *Diliges Dominum tuum*.
- R.—*Et proximum tuum sicut te ipsum*, porque participa como tu, de la bondad de Dios.
- C.—Y vea V. una vez más, cómo la más alta filosofía viene á rendir humilde tributo á la Religión.
- R.—Entre las formas del racionalismo hay una, que V. ha omitido, sin duda porque la ignora; pues no creo que la omisión sea intencionada, por ser esa fórmula tan perfecta, como la de V., ó acaso más.
- C.—¿Tendrá V. la amabilidad de dármela á conocer?
- R.—Es la siguiente: «ama el bien, porque es bien»; fórmula, que la escuela Krausista ha traducido en el primer mandamiento de la humanidad: «ama á Dios, y á todas las cosas en Dios.»
- C.—No tengo inconveniente en admitir esas fórmulas *prout sonant*, es decir, en su sentido obvio y literal; pero no veo que sea más perfecta que las mías. Mi proposición «ama el bien» es una proposición idéntica, es decir, que lleva en sí misma su propia razón, sin que sea posible buscarla en otra

parte; el bien debe ser amado, porque es bien; luego en la idea misma de bien va incluida la *exigencia* de ser amado por la voluntad; negar al bien esta *exigencia*, ó este derecho, es incurrir en contradicción; es afirmar que el bien no es bien. Por eso mi imperativo es un imperativo categórico; se impone por sí mismo.

R.=Y tenemos una moral fundada en la idea pura y abstracta de bien, sin necesidad de recurrir á Dios. Y todo aquello de la obligación, y de la ley y del Legislador y de la responsabilidad y del premio y del castigo y del Juez, se disipó *sicut nebula surgente sole*.

C.=¡Corriente, corriente!! Y de V. es la victoria. Pero si quiere V. que le deje gozar tranquilamente del triunfo, es necesario que partamos el laurel.

R.=Arránquemele V. de entre las manos.

C.=El bien, porque es bien, se impone á la voluntad, como un *deber*. Luego no lleva consigo las ideas de responsabilidad, de premio ó de castigo, ni reclama la existencia de un Juez, que exija aquella y decrete y ponga en ejecución estos. ¡Bonita consecuencia! yo hubiera deducido la contradictoria. ¿Qué le parece á V.?

R.=Me parece que imponiéndose el bien á mi voluntad por su propia naturaleza, no necesito que *nadie* me le imponga, y menos en virtud de una ley. ¿Qué más ley que él mismo?

C.=Eso digo yo. El bien es la ley; y el Bien Sumo, causa eficiente de toda bondad, es el Legislador. Si Él no existiera, no existiría el bien, ni habría por consiguiente ley para la voluntad. ¿Me entiende V. ahora?

R.=Demasiado; más no concibo por que no existiría ningún bien, sinó existiese el Bien Sumo.

C.=Vamos, quiere V. que repita bajo otra forma mi prueba ontológica de la existencia de Dios. Pues lo haré. Así, como así, constituye también el fondo de las pruebas mixtas, del orden metafísico. Si el Bien Sumo no existiese, no existiría ningún bien, porque lo finito presupone necesariamente lo infinito, y no se concibe sino como virtualmente contenido en este. Pudiendo lo finito *ser concebido*, como más, como menos, ó como nada, lleva en su propio concepto la necesidad de lo infinito, como razón de que sea lo que es y de que sea simplemente. Si lo infinito no existiese, lo finito sería contradictorio, como lo es un efecto sin causa; *algo* sin razón suficiente.

R.=Eso es suponer la existencia de algo finito.

C.=No señor; me basta la idea, ó la mera posibilidad.

R.=De modo que V. forma el siguiente entimema:

«Algo finito es posible; luego lo infinito existe.»

C.=Cierto, cierto; es posible alguna inteligencia, luego existe la inteligencia infinita; es posible al-

gún poder, luego existe el poder infinito; es posible algún bien, luego existe el Bien Sumo.

R.= *Et si non, non.* ¡Cosa más rara!!

C.= Ni más exacta. Examinaremos ahora, si V. quiere, la máxima racionalista «Ama el bien, porque es bien,» ó como ellos dicen: «el bien por el bien». He dicho y repito que no tengo inconveniente en admitir esa fórmula, *prout sonat*, en su sentido obvio y literal; pero la declaro absurda en el sentido, que suele darle el racionalismo panteísta. El sér, como objeto del entendimiento es verdad; considerado con relación á la voluntad, se llama bien. Pero el sér es *verdad*, porque *es* y *como es*; porque el entendimiento busca en el objeto lo que hay y nada más. Otra cosa sucede respecto de la voluntad, la cual busca en su objeto, no solamente lo que hay, sinó lo que *debe haber*, lo que ella necesita. Luego el sér es bien, porque es; mas no siempre es bien *como es*, sino solamente, cuando es, *como debe ser*. Tratándose de la esencia de las cosas y de lo que sucede en virtud de las leyes de la naturaleza, lo que es, es siempre lo que debe ser y como debe ser. Mas cuando se trata de las acciones humanas, esto es, del orden moral é histórico, es absurdo aplicar el mismo principio. Y sin embargo, el racionalismo panteísta lo aplica rigurosamente. La Idea, el absoluto, el *yo*, en una palabra, el Sér Único, se desarrolla

en virtud de leyes lógicas, ontológicas ó mecánicas; por consiguiente, lo que es, es lo que debe ser, y como es, así debe ser; pues ni puede no ser; ni tampoco ser de otra manera. Luego todo lo que es, es bueno, tal como es; y todo lo que llamamos pecados, vicios, delitos ó crímenes, es tan bueno, como lo que llamamos virtudes. Ahí tiene V. lo que significa la fórmula: «Ama el bien por el bien» en el sentido panteísta. El primer mandamiento de la Humanidad significa exactamente lo mismo que: «Ama á Dios y á todas las cosas en Dios, porque todo es Dios.» Esto no se parece en nada al primer precepto del Decálogo.

R.=No todos los racionalistas ó libre-pensadores profesamos el panteísmo; por consiguiente no rezan con nosotros las observaciones de V. Yo sostengo mi imperativo categórico en el sentido, que V. ha llamado obvio y literal, y afirmo que es más perfecto que el de V.; pues amar el bien porque es bien, amarle por su intrínseca bondad, con exclusión de toda mira interesada, es la manera más perfecta de amarle. Y en este punto creo estar de acuerdo con los teólogos católicos, quienes enseñan que la manera más perfecta de amar á Dios, es amarle por ser quien es, sin que influyan en este amor ni la esperanza del premio ni el temor de los castigos.

C.=Circulan hoy por el campo de la Filosofía cier-

tas ideas, ciertas frases, ciertos apotegmas, los cuales aunque parecen sanos, inocentes y aun católicos, son indudablemente frutos desprendidos del árbol del panteísmo, que encierran en sí y propagan por doquiera su savia venenosa. Es tal la influencia de este grande error en nuestros días en la ciencia, en el arte, en la historia, en la sociología, en las religiones, en todas las formas y manifestaciones de la vida pública moderna, que en todas partes se ven impresas las señales de su poderosa garra. Hasta el materialismo, que en el campo racionalista, es la forma antitética del panteísmo, siente brotar en sí cierta tendencia unitaria, cierto movimiento de aproximación á este gran centro de todos los errores y de todas las formas del error; y así se le vé consignar entre sus dogmas la unidad de la materia, la unidad de la fuerza, la unidad de la vida, casi la unidad de la sustancia; y á veces trasformarse en panteísmo puro, como sucede entre los positivistas, comenzando por su jefe Augusto Comte. Este fenómeno tiene su explicación racional en la naturaleza de las cosas y en las circunstancias especiales del actual *momento histórico*, (frase panteísta, el *fieri*). Fundándose el panteísmo en las más altas nociones de la Ontología, sér, sustancia, causa, absoluto, necesario, infinito; sirviéndose, como de instrumento, de las leyes de

la Lógica, de la Moral y de la Mecánica; abarcando las grandes cuestiones psicológicas, cosmológicas y teológicas, el sujeto y el objeto, el espíritu y la naturaleza, el hombre y Dios; haciendo aplicaciones á la ciencia, al arte, á la Religión, á la sociedad, á la historia, á la vida universal; puede formar, manejado por un hombre de talento, un conjunto grandioso, un panorama deslumbrador, un verdadero *panlogismo*, capaz de alucinar, seducir y atraer á sí á las inteligencias, que no estén sólidamente adheridas á aquel, que dijo: «Yo soy la luz del mundo». «Yo soy la verdad y la vida». El panteísmo es naturalmente seductor, porque es naturalmente grande.

R.= Todo eso se comprende perfectamente. De lo que no puedo persuadirme es, que el siglo de la locomotora y del telégrafo, del industrialismo y de la banca, del oro y de los placeres, no sea un siglo esencialmente materialista y aún el más materialista de los siglos.

C.= Así es; y á pesar de ello hoy no sufrimos la filosofía de Cabanis, ni la moral del hombre-planta. El hombre del siglo XVIII para gozar de la materia sin freno y sin escrúpulos, se convirtió en bestia. El hombre del siglo XIX, quiere vivir la vida de las bestias, pero conservando los honores de la Divinidad. Por eso el materialismo, que le

corroe, no le impide entregarse á las más altas especulaciones de la Filosofía. Quiere comer de la fruta vedada, porque *es hermosa á la vista y agradable al paladar*, pero sin renunciar á ser, como Dios, *sabedor de lo bueno y de lo malo*. El castigo de su sacrílega temeridad sería *volver al polvo de la tierra*, esto es, al materialismo, en el cual vienen á parar casi todos los sistemas panteístas, en virtud de las leyes inflexibles de la Lógica y de la Historia, como atestigua la experiencia.

R.=Con lo cual se demuestra clara y terminantemente, que mi imperativo categórico «ama el bien por el bien» es menos perfecto que el de V., y además fruto venenoso del árbol del panteísmo. ¿Quedamos en eso?

C.=Quedaremos, es igual. Si debo amar el bien porque es bien, debo amarme á mí mismo, porque yo también soy bien; y si no me amo á mí mismo destruyo la universalidad y necesidad del principio, lo cual equivale á negarlo. De donde se infiere, que eso, que V. llama *mira interesada* vá de tal manera incluida en el principio «amar el bien por el bien», que excluirla, es destruirle, como V. ha hecho, por querer preferirle al mío. Es verdad que los teólogos católicos enseñan que el amor de *benevolencia*, que consiste en amar á Dios, como bueno en Sí, es más perfecto que el

llamado de *concupiscencia*, que consiste en amarle, como bueno para nosotros, como objeto de nuestra felicidad; pero este vá siempre incluido en aquel, y aquel no puede existir sin este. Por lo cual la Iglesia ha condenado á ciertos herejes *quietistas*, quienes enseñaban que el hombre debe someter su voluntad á la de Dios, hasta el punto de serle indiferente su propia salvación ó condena- ción eterna. Dios, considerado como *principio*, es el fundamento absoluto de la Moral. ¿Por qué debo yo á Dios todo lo que soy y todo lo que tengo? Porque de Él lo he recibido. Ese es el fun- damento de mis obligaciones, no solamente para con Dios, sinó también para conmigo mismo, y para con los demás; puesto que debo amarle á Él, y amar todo lo que Él quiere que ame. Dios, como *fin*, es el complemento necesario de la Mo- ral, puesto que á Él *deben* ordenarse todas las acciones libres; siendo buenas, cuando se orde- nan; y malas, cuando no se ordenan, precisamente, porque *deben* ordenarse. Pero Dios es mi fin de dos maneras: 1.^a En cuanto que yo soy para Él, como la estatua es para el escultor, la obra para el artífice. 2.^a En cuanto Él es para mí; porque si debo amarme á mí mismo, por ser bien, partici- pación de la bondad Divina, debo querer para mí el Sumo Bien, en el cual solamente puedo hallar la felicidad. De suerte que el apotegma raciona-

lista «ama el bien por el bien», sin mira alguna *interesada*, esto es, sin la esperanza del premio, ni el temor del castigo, viene á significar poco más ó menos: «ama el bien» sin acordarte de Dios para nada, sin pensar que todo se lo debes, porque es tu principio, y de Él necesitas, porque es tu fin; en una palabra, es una fórmula de la Moral independiente, ó.....

R. = ¿Panteista?

C. = Atea, si á V. le parece. Por otra parte, esta máxima racionalista se enlaza estrechamente con otra teoría del racionalismo; la de la *perfectibilidad*.

XXI.

R. = Luego ¿V. no cree en ese gran principio de la perfectibilidad humana?

C. = ¿Pues no he de creer? Si señor, creo. La Religión, que nos manda ser santos, nos excita á ser perfectos, proponiéndonos, como modelo que imitar, nada ménos que al mismo Dios. ¡Si seré yo partidario de la perfectibilidad humana!! Lo cual no quiere decir que sea partidario de la perfectibilidad racionalista, ni que comprenda la perfección humana de la manera *imperfectísima*, como el racionalismo la comprende y la expone.

R.—¡ Oh! Eso ya se supone. Dará V. una explicación mística de la perfectibilidad y buscará el modelo de la perfección humana en el silencio del claustro ó en los desiertos de la Tebaida. Sí, eso lo espero; lo tengo por seguro. Los Hilarios y Pacomios serán los tipos de perfección varonil; las Brígidas y Teresas de perfección femenina. Y no es que yo desprecie, antes bien respeto y admiro esos ejemplares de entusiasmo místico y de celestial nostalgia, esas poderosas y sublimes manifestaciones del espiritualismo cristiano, esa aspiración constante, ese volar perpetuo hacia lo infinito, esos arrebatos de amor á lo invisible, esos éxtasis en que el alma se engolfa y se pierde en el Océano de la Idea divina, como si el mundo y la materia no existiesen para ella, como si no existiera el peso de la carne, como si estuviera divinizada. ¿A quién no inspira respeto y admiración la noble figura de esos hombres, vestidos de hoja de palmera, mojando su pan en el agua de cristalina fuente, haciendo resonar en el silencio de la noche los ecos, ya dulcísimos, ya terribles, del arpa de David, y levantando los ojos al cielo estrellado, como si en su mirada quisieran enviarle una lágrima de penitencia, una sonrisa de esperanza ó un suspiro de amor? ¿Quién no respeta y admira á Benito de Nursia en Monte Casino, á Francisco de Asís en Monte Alverni, á Domingo

de Guzmán en Tolosa, á Ignacio de Loyola en Manresa, á Pedro de Alcántara en su tugurio de Arenas, al angélico marquesito Gonzaga bajo la humilde sotana de jesuita? ¿Quién no siente movido el corazón oyendo gemir á la virgen Teresa, como á la paloma escondida en los agujeros de la piedra, ó como á la Esposa desolada:

«Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero»

ó á Magdalena de Pazzis, diciendo con tiernísimas ansias:

«Ven muerte, tan escondida
Que no te sienta venir
Porque el placer de morir
No me vuelva á dar la vida».

ó á Juan de la Cruz requiriendo al amado con tristes quejidos en la «*Noche oscura del alma*»? Ciertamente; el que con estas cosas no se conmueve, no ha nacido para sentir lo grande, lo sublime, lo celestial, lo divino. Y el respeto, y la admiración y el entusiasmo suben de punto, cuando se vé á esos séres extraordinarios bajar de las alturas de la contemplación, donde aspiran auras celestiales, al polvo humilde de la vida real. ¿Para qué? Para desempeñar los más humildes quehaceres domésticos, para alargar un pedazo de pan al mendigo, para curar las llagas del leproso, para

restañar la sangre del herido en los campos de batalla, para consolar al triste, para buscar al salvaje desnudo en sus guaridas, ó tal vez para sufrir el potro y las parrillas, cantando á Cristo himnos de gloria, como el joven Lorenzo y la niña Eulalia. Y de nuevo se los ve subir al Cielo, y de nuevo bajar á la tierra, como si á su disposicion estuviera la escala, que vió Jacob en su misterioso sueño. Si Dios existe y se ha comunicado á la humanidad, indudablemente en tales criaturas se manifiesta la vida divina. Y debo confesar en justo tributo á las creencias de V., que estos prodigios, estas maravillas solo existen en la Iglesia Católica. Los protestantes pueden tener y tienen efectivamente hombres honrados, hombres buenos, excelentes filántropos, ni más ni ménos como nosotros los racionalistas; pero no tienen *Santos*; no se encontrará entre ellos un Francisco de Asís, un Pedro de Alcántara ó una Teresa de Jesús; ni su doctrina puede producirlos, ni poseen instituciones en que puedan vivir y desarrollarse. Y á fé, que á una Religión, que se dice sobrenatural y divina, le sería muy del caso presentar algunos ejemplares de vida divina y sobrenatural, porque si no los presenta..... quizás haya quien crea que no justifica sus títulos, discurriendo de la siguiente manera: Una Religión, que reprueba el ayuno y la mortificación, que condena la virginidad y el

celibato, la vida monástica y religiosa, podrá ser una Religión muy natural, muy humana, muy racional, si se quiere; pero lo que es de sobrenatural y divina no da señales. Y ni discurriría del todo mal, quien así discurriese. Otro principio fecundísimo observo yo en la Iglesia Católica; el principio de la solidaridad, así como un ensayo de humanitarismo. El creyente católico se llama hermano de todos los creyentes del tiempo actual, é hijo legítimo de todos los creyentes de los siglos pasados hasta llegar al pié de la Cruz y quizás hasta el mismo Paraiso. Mientras el protestante con su individualismo absoluto, es decir con su espíritu privado, con su libre examen, no me parece hermano de nadie, ni hijo de nadie en el orden espiritual y religioso, sinó verdaderamente *authótos*, ó engendrado de sí mismo; y así cuando le veo apropiarse, ó más bien arrogarse el nombre de cristiano y defenderle *viribus et armis*, para que no se le arrebaten, me hace la misma gracia, que un loco, que pretendiera entroncar con un personaje ilustre, desconociendo á sus hermanos y renegando de sus abuelos.

C.=Ha demostrado V. concluyentemente el artículo del Símbolo: «*Credo unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam*» vindicando estas propiedades y notas á la Iglesia Romana, y excluyendo de la comunión cristiana á las sectas pro-

testantes; y lo ha hecho V. con tanta lógica y con tal elegancia y donosura, que si tuviera V. aunque no fuese más que las órdenes menores, podríamos confiarle el panegírico del Sto. Patrono del Lugar.

R.=Gracias. No tengo vocación, ni me considero digno de honor tan elevado. Mi propósito ha sido amonestar á V., y si es necesario, intimarle, que nosotros hablamos de una perfección humana, no divina, de la que procede de los elementos de la naturaleza, no de la que se obtiene con los auxilios de la Gracia.

C.=Enterado: y creo que he de darle á V gusto. Llamo perfectibilidad á esa fuerza interna y esencial, que el hombre posee para perfeccionar sus facultades sensibles intelectuales y morales, cada una en relación con su objeto propio, armonizadas entre sí debidamente y ordenadas á los fines parciales y al fin total del hombre mismo. ¿Le agrada á V. la definición?

R.=Mucho.

C.=Pues en ese caso veamos lo que es la perfección. La palabra *perfectum* es participio pasivo del verbo *perficere* y significa literalmente cosa acabada, completa, como si dijéramos, *hecha totalmente*. Fundados en la etimología, podemos decir, que ser perfecto es el que tiene todo lo que debe tener, ó es todo lo que debe ser, pues al sér, que no es *todo*

lo que debe ser, *algo* le falta, ó adolece de algún defecto ó imperfección. Es perfecto un palacio, cuando tiene todo lo que conduce á satisfacer las necesidades y á la comodidad de sus moradores; es perfecto un vestido, cuando reúne las condiciones de abrigo y elegancia, que convienen al que le lleva; es perfecto un instrumento, cuando sirve para aquello á que se le destina; es perfecta una inteligencia en armonía con la verdad, una voluntad con el bien, una sensibilidad que funciona como conviene á la vida. La perfección pues, es la *aptitud* para alguna cosa; y será mayor ó menor, según que sea más ó menos eficaz, más próxima ó más remota. De donde se infiere que la perfección no puede confundirse con la bondad; este es el sér, en cuanto es lo que debe ser con relación á la voluntad; aquella es el sér, en cuanto es lo que debe ser en orden á un *fin* externo y objetivo. Pero como el fin ha de ser intentado por alguién, porque de lo contrario no es fin, sinó un simple *nexus* ó relación de dos cosas, síguese que la idea de perfección envuelve también la conformidad con un tipo. Así el palacio es perfecto con relación al modelo existente en la cabeza del arquitecto, y el modelo lo es con relación al fin, que el mismo se propuso. Con los ejemplos anteriores queda explicado en qué consiste la perfección de cada una de las facultades humanas en particular. Mas

siendo estas múltiples y de diferente orden, es preciso que las inferiores se subordinen á las superiores, y todas se ordenen al fin total del hombre. La sensibilidad, pues, debe subordinarse á la inteligencia y esta á la voluntad; porque el hombre vive y siente para conocer, conoce para amar y ama para *ser feliz*; en lo cual consiste su fin total y absoluto.

R. — Yo hubiera corregido el último pensamiento, de conformidad con la doctrina de V. diciendo: «Ama porque debe de amar y ama para ser feliz.»

C. — Es oportunísima la corrección, y la acepto con gratitud. Me recuerda V. que Dios es el fin del hombre, en cuanto que el hombre es para Dios y en cuanto Dios es para el hombre. El Catecismo de la *Doctrina Cristiana* expresa estas ideas de una manera tan sencilla como sublime, diciendo, que el hombre ha sido criado «para servir á Dios en esta vida y después gozarle en la eterna.»

R. — Y hé aquí otra vez á la pobre filosofía rindiendo parias á la Religión. Mas permítame V. un ligero reparo. Si la idea de perfección envuelve en sí la relación con un fin externo y objetivo, no puede aplicarse á Dios; y si no la envuelve, no es necesario buscar ese fin externo y objetivo para explicar la perfección del hombre, la cual en esta hipótesis consistiría en el desarrollo armónico de todas sus facultades en relación con su objeto;

siendo el hombre tanto más perfecto y tanto más *feliz* por consiguiente, cuanto más perfectas fuesen esta armonía y relación. Así el hombre *tendría* orden en sí mismo, estaría en orden con la totalidad de las cosas, y gozaría de perpetua tranquilidad, como todo sér, que ocupa su puesto y cumple su destino. Y aquí podríamos hallar un nuevo *imperativo categórico*, una explicación de la Moral: «Es bueno todo lo que perfecciona al hombre, contribuyendo así al orden universal; y malo, todo lo que á esto se opone».

C.= ¡Un nuevo imperativo!! ¡Una nueva explicación de la Moral!! No señor; esa fórmula equivale á cualquiera de las que ha sacado V. á la arena de la discusión. «Obra conforme á tu naturaleza». «Realiza tu esencia». «Obra de manera que tu acción pueda servir de regla general». «Ama el bien por el bien». Será pues, si V. quiere, una nueva fórmula de la *Moral atea*; y yo he dicho y repito, que si Dios no existe, no hay para mí más Dios que yó, ni más autoridad que la mía, ni más ley que mi voluntad; á lo cual añadiré, que á nadie tengo que dar cuenta del uso que haga de mis facultades, ni de si las perfecciono ó dejo de perfeccionarlas.

R.= ¡Las mismas exageraciones!

C.= Si señor; perpetuamente las mismas.

R.= Volvamos á la idea de perfección.

C.=Ha dicho V. que si la idea de perfección envuelve la de un fin externo y objetivo, es preciso negar la de Dios. Al contrario; Dios es por lo mismo la Perfección absoluta; tiene en Sí y por Sí cuanto debe tener, Él es por consiguiente su propio fin; en la posesión plena y perfecta de *Sí Mismo* está su felicidad esencial é infinita. Él es la perfección por esencia, la Perfección infinita. ¿Cree V. que el hombre tiene ó puede tener en sí todo lo que necesita? ¿Que el conocimiento y la posesión de sí mismo le bastan para ser feliz? ¿Qué no debe aspirar á nada fuera de sí mismo? Absurdo. ¿Cree V. además que el hombre por mucho que trabaje y por mucho que adelante en la obra de su perfeccionamiento, podrá conseguir que su entendimiento esté libre de todo error, su voluntad exenta de debilidades, su corazón de pasiones, sus facultades físicas de molestias, de enfermedades y de la muerte?

R.=¡Oh! yo no creo tal cosa; antes pienso que el hombre entregado á sí mismo, á solas, en la cárcel de su conciencia sería un verdadero *Heauthontimorumenos*. Por eso le doy para volar los espacios infinitos.

C.=¿Y alas?

R.=Las de su entendimiento.

C.=Sí, las de Ícaro. ¿Y le dá V. también la inmortalidad?

R.=Ese es un problema, que aun no está resuelto.

C.=Pues urge que V. le resuelva.

R.=¿Yo?

C.=O el racionalismo, que V. defiende. Porque si no hay para el hombre otra carrera, que la que media entre la cuna y el sepulcro, no veo por qué haya de rodear, volar por los espacios infinitos, ó por los espacios imaginarios; le bastará ir derechito á su *glorioso término*, recorriendo el camino lo más despacio y cómodamente posible, según el poeta venusino «bene curata pelle.»

R.=Negará V. que el hombre es Rey de la Naturaleza y ha nacido para dominarla?

C.=Sí, pero es un Rey caído, que solo conserva de la realeza una orgullosa mendiguez. Yo bien sé que el hombre fué constituido y proclamado solemnemente rey de la Naturaleza, y en sus manos pusieron el cetro; pero el imbécil se le dejó caer, y desde entonces es un esclavo.

R.=¡¡Un esclavo!!

C.=Contémplele V. abriendo penosamente las entrañas de la tierra para recoger unos mendrugos de pan, que no bastan á saciar su hambre; defendiéndose como puede de las inclemencias del Cielo; luchando en terrible angustia contra las tempestades del mar y del viento; armándose contra las fieras, que le disputan el dominio de los bosques. Contemple V. con orgullo, si quiere, las

maravillas de la industria humana; pero sume enseguida las cantidades de trabajo, de sudor, de miseria, de lágrimas y de sangre, que cuestan á la pobre humanidad, y dígame V. si le salen bien caras sus conquistas. No, la Naturaleza no es una sierva humilde, que pague al hombre de buena voluntad el tributo de sus dones, sino una deidad altiva y caprichosa, que en cambio del más pequeño beneficio exige hecatombes de víctimas humanas. La tierra no es un paraiso de flores y de frutos, donde habita risueña la felicidad, sino un *valle de lágrimas*, en que solo puede consolarnos la *Esperanza* de una vida mejor. Suprima V. este único consuelo, y contemple finalmente al hombre, después de su lucha con la Naturaleza, cayendo desfallecido en la arena del combate y exhalando con el último suspiro la fórmula del terrible problema «¿Para qué he vivido?»

R.=Para trabajar en beneficio de las futuras generaciones.

C.=¡Triste consuelo del que no puede gozar en la oquedad de la tumba! De modo que todas las generaciones vienen sacrificándose las unas en beneficio de las otras, sin que ninguna logre la felicidad; y si la humanidad entera ha de desaparecer algún día de sobre la haz de la tierra, podría también preguntarse á sí misma en el momento de espirar «¿Para que he vivido?» Y entonces la pre-

gunta solo tendría esta desoladora respuesta:
«Para nada.»

R.=No todas las escuelas racionalistas niegan la existencia de la vida futura y es injusto.....

C.=Lo sé; los Sansimonianos no desconfían de que el hombre llegue á ser eterno sobre la tierra.

R.=Y cuando no quepamos en ella nos iremos á colonizar otros planetas, si encontramos vehículo para trasladarnos; y una vez allí conseguiremos *adaptarnos al medio*.

C.=De suerte que por el camino por donde vinimos, podremos volver, y puesto que allí nacimos y nos criamos, también podremos vivir.

R.=Después de haber hablado tan seriamente de cosas tan serias, mal me parece que use V. de chanzas ó bromas casi grotescas para ridiculizar á unos pobres diablos, quienes, después de todo, ningún daño hicieron al mundo.

C.=No es mi ánimo ridiculizar á esos, que V. llama pobres diablos y efectivamente lo fueron, reunión en su mayor parte de judíos sibaritas y otras personas acaudaladas, cuya suprema regla era la *la bonhomie* y el *bon parser*; sinó á ciertos padres graves del racionalismo, cuya gravedad cómica bien merece los honores del ridículo, sin que de esto tenga yo culpa ninguna. El Sr. Sanz del Rio, el jefe reconocido y acatado del krausismo en España, el que primero introdujo en

ella este género de contrabando, aunque con la marca oficial de un Gobierno doctrinario, dice, con mucha formalidad, por supuesto, en su «Notas y comentarios al Ideal de la Humanidad de Krause». «Cuando nuestra humanidad vino desde el mundo á la tierra, la encontró cubierta de malezas, etc., etc».

R.= ¡Pero hombre! Esas palabras serán una metáfora, una alegoría, ó cualquier otra figura retórica; porque eso de hablar de *nuestra humanidad*, y decir que vino desde el *mundo* á la *tierra*, como quien dice, de España á Madrid, no cabe ni en la Gramática, ni en el sentido común.

C.= Pero sí en un magín krausista.

R.= ¿Y no nos cuenta de dónde vino, por qué emigró de su país natal, qué camino trajo, con qué recursos contaba y qué medios empleó para trasladar aquí su equipaje? ¿Sabe, si cayó como aereolito ó lluvia de estrellas, si se coló por acá envuelta en un rayo de luz, ó si aportó á estas playas en forma de mariposa ó de microbio? Porque sería curiosidad muy plausible la que nos condujese á averiguar todas estas cosillas, para venir en conocimiento de nuestra verdadera patria, que tal vez sea el octavo Cielo, y ver si encontramos con algunos héroes, que hayan asombrado con sus hazañas al Sol y las estrellas fijas.

- C.= ¡Oh! Nuestra pátria está más allá del octavo Cielo y del décimo y de todos los que imaginó Aristóteles; y más allá de los espacios infinitos, que concibió Descartes; y más allá y muy por cima de toda realidad..... en el mundo de las abstracciones.
- R.= Y el autor de tales descubrimientos debe de hallarse á estas horas, haciendo castillos de naipes en el limbo de los tontos, que tan bellamente nos describe Miltón. Mas insisto en que esas palabras no pueden entenderse en sentido literal.
- C.= Y yo en que no pueden tener otro; léalas V. en las últimas páginas de la obra citada, donde el autor se propone explicar á su manera la doctrina de la caída y de la redención de la humanidad.
- R.= Entonces me veré obligado á confesar que los sabios no lo son en todas las ocasiones.
- C.= Y menos si son krausistas poseedores de la ciencia trascendental.,... y del idioma de los pájaros. Mas dejando á un lado estas, que V. llama ridiculeces, y que en efecto son ridiculeces racionalistas ¿puede saberse en suma, qué es lo que piensa el racionalismo de destino final del hombre?
- R.= Son varios los pareceres.
- C.= ¡Y tan varios! Para el materialismo es el polvo del sepulcro, más allá del cual no hay nada; para el panteísmo es la reabsorción del hombre, como

sér consciente, en el Sér Uno, la extinción de la personalidad ó individualidad humana; el espiritualismo teísta, si no quiere que el fin del alma sea la unión con Dios, tendrá que dejarla plantada en el camino, ó hacerla girar eternamente al rededor de su centro; el espiritualismo semi-teísta, semi-escéptico, no tiene otro recurso que la metempsícosis, enviando al alma humana después de la disolución del cuerpo á vivificar el de un asno, ó el de una coliflor, ó á vivir en los astros, sin que sepamos cómo, ni para qué. Repito pues, mi pregunta: ¿Qué piensa el racionalismo acerca del destino final del hombre?

R.=Y yo repito mi respuesta; á saber: que el problema no está resuelto.

C.=La cual equivale á esta otra: *Nada*. Y mientras el racionalismo no sepa más acerca de este punto, no sabrá en qué consiste ese complemento necesario del hombre, que llamamos su perfección, y no podrá fundar sobre esta idea ningún sistema de Moral. La idea de la Moral sin el conocimiento del principio y del fin es tan absurda, como la del progreso, cuando no se sabe de donde se viene, ni adonde se ha de ir.

R.=En cambio para V. debe ser muy sencilla la idea de progreso.

C.=Sencillísima; la dejo ya explicada. La perfección no es otra cosa, que la aptitud para el pro-

greso. Así, pues, el progreso relativo y parcial no es más que la *tendencia constante* de cada una de las facultades humanas á su fin particular; y el progreso total y absoluto, la *tendencia constante* del hombre á su fin absoluto y total, que es la posesión de Dios.

R.=¡Magnífico, soberbio, piramidal, lógico según los principios de V. y por añadidura absurdo!!

C.=¡Cáspita!.... con otras tres!!!! Pero ¿es absurda la existencia de Dios? Porque si Dios existe, no veo otra explicación racional que la mía.

R.=Y para exponer las ideas de perfección, de progreso y moralidad, como V. las expone, hay que proclamar la extirpación del género humano de sobre la haz de la tierra, la muerte de la humanidad.

C.=¡Cielo santo!!!! Esto bien merecía un centenar de interjecciones.

R.=El cielo acaba de arrasar la tierra; la idea de Dios de aniquilar al hombre.

C.=Hablemos claro; ¿vá la cosa en serio, ó le ha acometido á V. una basca de buen humor?

R.=V. lo dirá cuando grite por el dolor, que envíen á su cerebro los cinco dedos, que tiene V. cogidos entre dos puertas.

C.=Veamos.

R.=Si la unión con Dios en esta vida y en la otra es complemento necesario del hombre, el tipo de la

perfección humana serán los Pacomios y las Tere-
sas. Si el progreso es la tendencia constante hacia
Dios, objeto de la felicidad suprema, todos debe-
mos dirigirnos á Él por el camino más derecho,
que será necesariamente el más corto. Salgamos,
pues, de nuestras casas, rompamos los vínculos
de la carne y de la sangre, abandonemos los ne-
gocios temporales, desprendámonos de los cuida-
dos del mundo, y volemos á buscar á Dios en la
lobreguez del claustro, ó en una covacha del de-
sierto, si no preferimos subir con el Estilita á una
columna de no sé cuantos codos, con lo cual ha-
bríamos andado una buena pieza en dirección á la
Patria Celestial. Dígame V. ahora si la idea del
progreso cristiano no mata todo progreso humano,
y la idea de perfección cristiana no es el procedi-
miento más seguro y eficaz para conseguir la ex-
tirpación de la humanidad de sobre la haz de la
tierra.

C.= ¡Ya lo creo! como que en pocos años volaría to-
dita al cielo. Pero ¿es ese el dardo con el cual
pretendía V. atravesarme?

R.= El mismo.

C.= Pues *nedum umbone pependit*; y no es que sea
endeble la mano, que le dispara, sino que él care-
ce de punta. Es verdad que todos debemos diri-
girnos á Dios, como á nuestro último fin y objeto
de la suprema felicidad, pero no, como V. dice,

por el camino más corto, sino por el que Dios haya señalado á cada uno, desempeñando cada cual su misión en la tierra y contribuyendo por este medio á la realización del orden y de la armonía universales decretados por el mismo Dios. El que la emprende por otra parte..... no llega al término. El labrador debe ganar el Cielo cultivando la tierra; el artesano en su taller, el comerciante en su mostrador, el industrial en sus fábricas, el soldado en el campamento, el sabio investigando la naturaleza, y la humilde madre de familia, en la estrechez del hogar; en una palabra: cada cual puede y debe llegar á Dios cumpliendo los deberes propios de su estado, como suele decirse. ¿Es esto matar el progreso humano? es proclamar la extirpación de la Humanidad de sobre la haz de la tierra? no es más bien fomentar toda clase de progreso y unir en estrecho lazo el bienestar de este mundo con la felicidad suprema del otro? Y cuenta que nada de esto se opone á que cualquiera de nosotros pueda realizar en sí el tipo ideal de la más elevada perfección cristiana, si á tanta gracia fuere llamado. La Iglesia enumera en el catálogo de sus héroes, en el áureo libro de su nobleza más escogida, Papas y Cardenales, Reyes, príncipes y magnates, hombres y mujeres de todas clases, estados y condiciones de la sociedad. De suerte que no hace falta salirse del mundo

para conseguir la perfección cristiana en sus grados más sublimes; esta lo mismo puede abrigarse bajo el saco del anacoreta, que bajo la púrpura de un monarca, ó el burdo paño del labriego. Los pocos, que son llamados á seguir á Cristo, renunciando á todas las cosas, representan en el mundo y en orden al progreso meramente humano, el mismo papel, que las montañas en nuestro globo; recogen en sus cimas las nieves del Cielo, y la envían en cristalinos raudales al valle y á la llanura para que con su riego vivificante se cubran las tierras de plantas, se vistan de flores y produzcan abundantes y sazonados frutos.

R.=No tengo empacho en reconocerlo respecto de los que se dedican á las faenas de la vida activa; pero no veo, cómo puedan contribuir al progreso humano los que se entregan á las dulzuras celestiales de la contemplativa. Yo pienso que los Benitos, los Franciscos, los Domingos, los Ignacios, los José de Calasanz y los Vicentes de Paul han dispensado á la Humanidad más y más positivos beneficios, que todos los filósofos del mundo; y desde luego, muchos más y mucho más positivos, que todos los guerreros y conquistadores, que han escrito en los anales del mundo páginas de gloria con puntas de hierro tintas de sangre. Para mí vale más el fraile, que el soldado; porque el primero representa la idea, y el soldado

la fuerza; y no ignoro que la civilización de Europa se debe en gran parte á los frailes y á los monjes, los cuales aun hacen mucha falta en los países salvajes y bárbaros, y no están de sobra en los civilizados y cultos, para levantar el espíritu moral tan descuidado en nuestros tiempos.

C.=Es extraño que siendo V. racionalista haga tanto aprecio de un saco de lana, atado con una cuerda de cáñamo.

R.=Con ese saco de lana atado con una cuerda de cáñamo se cubre un hombre dotado de una inteligencia como la mía y de un corazón más dispuesto al sacrificio que el mío; eso de mirar al fraile con horror, considerándole como el tipo de la ignorancia y de la degradación moral, ha pasado ya de moda, quedando como patrimonio exclusivo de los entendimientos *cursis*.

C.=Que no son pocos por desgracia.

R.=Reconocida la influencia de las instituciones religiosas de vida activa en el progreso meramente humano ¿se servirá V. decirme, cómo y de qué manera contribuyen á él esos conventos de hombres y especialmente de mujeres, en cuyos altos y pesados muros se estrellan todos los ruidos mundanales, y de cuyo sagrado recinto no puede salir ni un rayo de luz, ni una palabra de consuelo, que ilumine y aliente á los que zozobramos entre los tormentos de la vida social?

C.=Padece V. un error de hecho en lo que acaba de decir; contra esos altos y pesados muros se estrellan, es verdad, los ruidos mundanales, pero penetran por ellos los ayes de angustia y los gritos de dolor, y se filtran las lágrimas de los que lloran; allí acuden muchos desgraciados con el alma lacerada, ya por el remordimiento, ya por los infortunios de la vida, y oyen de lábios purísimos palabras de consuelo y de fortaleza y reciben bálsamo celestial, que calma los dolores y cura las heridas del corazón. Los hijos de Bruno y los hijos é hijas de Teresa de Jesús podrían contarle á V. historias muy tiernas y muy maravillosas. Por otra parte, existen, han existido y existirán siempre ciertas almas, que no han nacido para la tierra, ni para los negocios y placeres de la tierra, sino exclusivamente para el Cielo, y necesitan un sitio escogido, una atmósfera separada de la del mundo, en que puedan aspirar, como V. ha dicho muy bien, auras celestiales para poder vivir. Semejantes á las plantas más tiernas de nuestros jardines, que no pudiendo resistir á las escarchas y vendabales del invierno, necesitan que la mano piadosa del jardinero las traslade á lugar seguro y abrigado para no perecer víctimas de la intemperie. Hay también muchos hombres, que cansados de las luchas de la vida, desdeñados de la fortuna, atormentados por los pesares, destrozados por los

remordimientos experimentan esa desolación de espíritu, en que muere la esperanza y es el camino del suicidio. ¿Llevará V. á mal que la Iglesia les abra las puertas de un convento?

R.=Todo eso es muy poético, y en cosas tan bellas no puede menos de hallarse algo de verdad. Más, ¿qué tiene que ver todo lo que venimos diciendo, con el principio y el término de la ciencia moral en el orden ideal puro?

C.=Muchísimo. De la idea pura del bien he deducido las de obligación, ley y Legislador, responsabilidad, premio, castigo y Juez; he convertido el imperativo categórico abstracto en el primer precepto del Decálogo; he considerado á Dios, como principio y como fin, y he constituido el progreso, como el camino que á Él conduce, echando de esta manera los cimientos del derecho y de la justicia; he impugnado á la vez las fórmulas del racionalismo acerca del origen y naturaleza de la Moral. ¿Cree V. que nos hemos salido de la cuestión?

XXII.

R.=No por cierto; ¿mas cómo salen de la idea de progreso las de derecho y justicia?

C.=Como el arroyo de la fuente. El hombre tiene derecho absoluto á su último fin; luego le tiene al ejercicio de sus facultades físicas, intelectuales

y morales, sin las cuales no puede dirigirse á él; he aquí el fundamento de todos los derechos personales. Pero las facultades humanas han de ejercerse sobre algún objeto, y aquí tenemos la base de los derechos reales. Siendo estos derechos esenciales á mi naturaleza, comprendo que lo son igualmente de todos los seres racionales, que existen ó pueden existir; luego yo tendré obligación de respetarlos en los demás; hé aquí el origen de la justicia.

R.= ¡Oh! finalista se nos ha vuelto V.; yo le había entendido que el origen de la Moral es Dios, considerado como principio, é infería que había de serlo igualmente del derecho.

C.= Como V. quiera; el hombre es bueno, porque procede de Dios y por lo mismo se ordena á Él, como á su fin. Dios, como principio, es el fundamento de todo.

R.= La filosofía alemana desde Kant hasta nuestros días se ha consagrado de una manera especial al estudio de la noción del derecho.

C.= ¿Y ha conseguido fijar, esclarecer y desarrollar la verdadera noción del derecho?

R.= Por lo menos ha conseguido crear lo que se llama el derecho moderno, aceptado hoy por todas las naciones cultas de Europa y América, lo cual es prueba evidente de que sus trabajos no han sido infecundos.

C.=No por cierto; dícese que el primer Napoleón se burlaba de los *ideólogos*, y sin embargo los *ideólogos* gobernarán siempre á los hombres en todas las sociedades adultas. La Metafísica se convierte en Moral, la Moral en Política, y de esta manera la Metafísica viene siendo la regla suprema é ínfima de la sociedad, el fundamento y la cúpula. Por eso una mala Filosofía es para cualquiera sociedad la mayor de todas las calamidades, como que seca ó encenaga y envenena las fuentes mismas de la vida, produciendo en el organismo social los trastornos más espantosos, y haciendo necesarios ciertos remedios tan terribles como ineficaces. En pos de los sofistas vienen siempre los verdugos.

R.=Así lo dijo el C. de Maistre; el mismo que quiso fundar la sociedad sobre el cadalso.

C.=Quizá nó; de todas maneras, paz á los muertos.

R.=Y paz también á los vivos; esto es cabalmente el fin del derecho, el derecho mismo; la paz entre todos los hombres, la reconciliación del individuo con la Humanidad.

C.=¡Hermosas palabras! Pero ¿qué cosa es la paz?

R.=*Tranquilitas ordinis*, diré con Sto. Tomás de Aquino para que V. no sea osado á rechazar la definición.

C.=Ni aunque fuera de un cualquiera la rechazaría.

C.=Y ¿qué entiende V. por la palabra «orden», cuando se trata de la sociedad ó de la Humanidad?

R.=El imperio de la justicia.

C.=Muy bien; ¿y por justicia?

R.=El dar á cada uno lo que es *suyo*.

C.=Perfectamente. Mas eso de dar á cada uno lo que es *suyo* supone ya el derecho; ¿qué es pues el derecho?

R.=El dar á cada uno lo que es *suyo* supone ya el derecho y es á la vez el fundamento del derecho y el derecho mismo. El que no tiene algo *suyo*, sin que ninguna autoridad se lo otorgue, sin que ninguna ley se lo conceda; el que no tiene algo *suyo* por sí mismo, por virtud de su naturaleza, esencialmente *suyo*, ese no puede tener derecho á nada.

C.=¿Y qué es ese *algo*, que el hombre puede llamar *suyo* con anterioridad á toda ley, *suyo* por virtud de su naturaleza, esencialmente *suyo*?

R.=Ese algo es *él* mismo, el conjunto de sus facultades físicas, intelectuales y morales, su propia personalidad, cuyo libre ejercicio nadie puede estorbarle, como no puede privarse al dueño legítimo de los frutos de su propiedad. Hé aquí el fundamento del derecho.

C.=En el individuo; veámosle en la Humanidad.

R.=Es el mismo, absolutamente el mismo; porque la Humanidad no es otra cosa, sino el conjunto

de séres libres con pleno derecho al libre ejercicio de sus naturales facultades.

C.=De suerte que la fórmula del derecho, según las ideas, que V. acaba de exponer, será la siguiente: «Cada uno haga lo que quiera, ú obre como le dé la gana», puesto que nadie puede estorbar á otro el libre ejercicio de *sus* facultades, como no se puede impedir al dueño legítimo que recoja los frutos de su propiedad.

R.=¡A tales extremos conducen ó arrastran la preocupación y el fanatismo! y perdone V. la dureza de la frase. Cabalmente, por lo mismo que todos *tenemos* derecho al libre ejercicio de nuestras facultades, ninguno tiene el de hacer lo que quiera ú obrar como le dé la gana. Y así estas ideas, que según la extraña manera de discurrir de V. producen el caos, son la expresión más adecuada del orden y la justicia.

C.=Le comprendo á V. y comprendo á la escuela neo-germánica. El fundamento del derecho de cada uno es su propia personalidad, y el límite es el derecho de los demás.

R.=Ciertamente. Por eso la escuela kantiana define el derecho poco más ó menos de la siguiente manera: «El principio ó la fórmula que hace *coexistir* la libertad de cada uno con la de todos los demás»; ó como dice Hegel: «la armonía de la libertad limitada del espíritu particular

y subjetivo, con la ilimitada del espíritu objetivo y universal.»

C.=La primera es más clara y no parece resabiada de panteísmo; por consiguiente.....

R.=¡¡Milagro!!!

C.=A ella nos atendremos.

R.=Atenidos.

C.=Luego la fórmula kantiana puede convertirse *simpliciter* en esta: «Cada uno tiene derecho á todo lo que no menoscaba la libertad de otro, ó sea, á todo lo que no envuelva perjuicio de tercero.»

R.=Muy bien, perfectamente, así se consagran por una parte la inviolabilidad personal de cada uno, y por otra la armonía entre todos, el orden y la justicia en la Humanidad, que constituyen el derecho, según hemos convenido.

C.=Mecanismo puro, nada más que mecanismo. El individuo es una pieza en la gran máquina de la Humanidad. Ruede como quiera y por donde quiera con tal de no chocar con otra.

R.=Bien, ¿y qué?

C.=Nada; que la fórmula neo-germánica se cae de puro vieja, y es lo más vulgar que se conoce; es la que usamos los españoles en los espectáculos y diversiones públicas: «Señores, no estorbar.»

R.=Sí señor, «no estorbar»; la fórmula de los espectáculos y diversiones públicas es la ley de la Humanidad.

C.=De suerte ¿que yo debo respetar en mis semejantes toda acción que no perjudique ó que no menoscabe mi libertad?

R.=Seguramente.

C.=Y si esa acción fuera ilícita, mala, criminal?

R.=A eso le contestaré con una frase vulgarísima también, pero muy enérgica: y á V. ¿qué le importa? ¿Qué le vá ni le viene en tal asunto? ¿Quién le ha hecho á V. juez de sus hermanos? Si la acción es ilícita, mala, criminal, allá se las haya el autor con su conciencia.

C.=Ya..... pero.....

R.=Pero..... ¿qué?

C.=Que el sustantivo *mal* y los adjetivos respetable, sagrado, inviolable..... vamos, me parece á mí, que no forman concordancia.

R.=Lo que V. respeta no es el mal, sino el derecho ajeno.

C.=Sí, sí; pero *mal* y *derecho*..... tampoco concuerdan; *el que face mal, face tuerto*.

R.=El error, ó más bien la equivocación de la escuela, á que V. pertenece, consiste en barajar y confundir de una manera lastimosa la moral con el derecho.

C.= ¡Lastimosa! Pues el derecho ¿no se funda en la moral? ¿no es una parte de la moral? ó puede ser algo distinto y separado de ella? Yo lo comprendo de otro modo y muy claro y muy sencillo:

«amar á Dios sobre todas las cosas», hé aquí la moral. «Y al prójimo, como á sí mismo», hé aquí el derecho.

R.=A los niños de la escuela con esa explicación. La moral y el derecho son distintos, separables, y deben separarse necesariamente, si no se quiere destruir la noción del derecho. La moral es el conjunto de ideas ó principios, que cada cual profesa acerca del bien, aplicados por medio de la conciencia á sus propios actos, así internos, como externos. Es por lo tanto esencialmente personal, es esencialmente individual y subjetiva. La moral de uno no puede imponerse á otro, so pena de aniquilar la autonomía de la razón y de la conciencia. El derecho, por lo contrario, siendo el conjunto de relaciones, que establecen la armonía entre el individuo y la Humanidad, es por su naturaleza objetivo y colectivo, ó más bien universal, y por lo mismo se impone á todos.

C.=¿Y cómo se compadece esa imposición con la autonomía de la conciencia individual?

R.=Fundándola en un principio, que sea aceptado por todos.

C.=Vebi gratia: la existencia de Dios.....?

R.=Si todos los hombres la aceptasen como una verdad, como un dogma, no habría inconveniente; pero mientras los ateos formen parte de la Humanidad.....

C.=¿Qué?

R.=No pueden ser excluidos del derecho.

C.=Luego el derecho del libre-pensamiento, el derecho de la escuela neo-germánica es esencialmente ateístico; ateo el Estado, atea la Humanidad, considerados como entidades morales.

R.=El derecho del libre-pensamiento y de la escuela neo-germánica es ateológico; no niega á Dios ni le afirma, sino que prescinde de Él.

C.=Es lo mismo.

R.=La moral puede ser teista ó ateista, según la conciencia de cada uno, pero el derecho nunca podrá fundarse en la idea de Dios, porque sería preciso *imponer* esa opinión á los que no la profesan; y aún en los mismos que la profesan, sería necesario considerarla, no como una convicción formulada por la conciencia, sino como una condición *exigida* por la Humanidad, ó *impuesta ab extrínseco*; lo que destruiría la autonomía de la conciencia y la inviolabilidad de la personalidad humana, arruinando el derecho por sus fundamentos ó bases esenciales.

C.=Supongo que al hablar del derecho, ha estado usted hablando del derecho natural.

R.=Ciertamente; él es la base de todo derecho positivo, el cual, en tanto es derecho, en cuanto en él se funda y con él se conforma, y no de otra manera. El derecho natural, fuente y origen de

todo derecho, derecho *único*, virtualmente considerado. Esta es la teoría del Racionalismo.

C.= ¡Lástima que la teoría racionalista envuelva la negación del derecho natural, y por consiguiente la de todo derecho!

R.= ¡Cómo!

C.= No se escandalice V.; voy á demostrarlo como tres y dos son cinco, aunque ya atrás queda *virtualmente* demostrado.

R.= ¿De veras?

C.= El derecho en uno supone obligación en otro.

R.= En todos. La obligación de respetarle.

C.= Y la obligación una ley, y la ley un Legislador. ¿Prescinde V. del Legislador de la naturaleza? Pues ha prescindido V. de la Ley natural, de toda obligación natural, de todo derecho natural, de todo derecho absolutamente. El derecho es imposible, absurdo, contradictorio.

R.= ¡Sutilezas de la Teología!

C.= Demostraciones de la Metafísica; verdades de sentido común. Sin la moral no puede haber derecho, y sin Dios no puede haber moral.

R.= ¡Magnífico! «amar á Dios sobre todas las cosas»; hé aquí la moral. «Y al prógimo como á sí mismo» hé aquí el derecho.

C.= No hay otro.

R.= Y como los ateos quedan fuera de todo derecho, no habrá inconveniente en que nos los va-

yamos comiendo uno á uno ó todos juntos, estrellados ó en tortilla, según las exigencias del paladar ó del estómago. Clarito, clarito; como á los pavos y á los besugos de Navidad. ¡Y vaya V. á extrañarse de que estas gentes hayan encendido las hogueras de la Inquisición!

C.=En efecto; no habría ningún inconveniente en lo que V. dice, si Dios no lo prohibiera, mandándonos amar á todos los hombres, aunque sean ateos. Nosotros tenemos derecho aun para los ateos. Los racionalistas no le tienen para nadie, y así no deben sentir escrúpulo maldito en engullirse al género humano, trufado ó en pepitoria, como pavo de Navidad. *Ubi non est lex, nec prevaricatio.*

R.=Pero esto es atroz.

C.=Como lo es el ateismo; como lo es el derecho ateológico del libre-pensamiento, y determinada-mente de la escuela neo-germánica.

R.=Ahora caigo en la cuenta de que se me ha subido la sangre á la cabeza y me he exaltado más de lo regular. Las fórmulas «no estorbar», «no menoscabar la personalidad de otro», «no poner obstáculos al libre ejercicio de sus facultades», «no causar daño á tercero»; en una palabra: «no hacer á los demás lo que no quisiéramos que nos hiciesen á nosotros», equivalen á la de V. «amar al prógimo como á sí mismo». Nos hemos estado destrozando por una nadería.

C.=Por una nadería..... En mi sistema el amor al prógimo es una obligación indispensable para que en mi hermano exista el derecho. En el de V. no puede ser tal obligación, y el derecho no puede existir. El amor al prógimo fundado en la semejanza de Naturaleza, queda reducido á un fenómeno puramente psicológico parecido á la simpatía, que sienten entre sí los animales de una misma especie, sin valor moral de ningún género. ¿Le parece á V. pequeña la diferencia?

R.=¡Tiene V. una manera de discurrir!

C.=Ha dicho V. que la moral es separable y debe separarse del derecho.....

R.=Justamente.

C.=De donde se deduce la siguiente consecuencia, que destruye por su base la noción del derecho, á saber: El derecho no es una facultad moral, es un simple *poder*, una fuerza y nada más.

R.=Sutilezas, repito, sutilezas. El derecho es, digámoslo así, la moral pública de la Humanidad, cuyo principio, único en su esencia y universal en sus aplicaciones es: «no causar daño á tercero».

C.=¿Daño simplemente, ó daño injusto? En el primer caso lo mismo peca contra el derecho el soldado que blande su espada en defensa de la patria, que el asesino que hunde el puñal en el corazón de su víctima. Los dos dañan igualmente. En el segundo, para saber lo que es derecho, se

necesita saber primero lo que es justicia, y la fórmula «no dañar» resulta vacía de sentido.

R.=La justicia pública de la Humanidad.....

C.=¿A la cual estoy obligado á someterme? ¿Si, ó no? Sí? Pues ¿qué se hizo de la autonomía de la conciencia? qué de la flamante definición, que dió V. de la moral, diciendo que es: «el conjunto de ideas y principios que cada cual profesa acerca del bien, aplicados á sus propios actos así internos como externos por medio de la conciencia?», qué del *luminoso* apotegma, consecuencia legítima de esta definición, de que «la moral de uno no puede imponerse á otro»? qué del principio general, que el racionalismo proclama y no entiende de que las «ideas no se imponen?» Si estoy obligado á someterme á un principio, que mi conciencia no ha formulado ni sancionado, que tal vez rechaza, y esto en todos los actos de mi vida social y humana ¿por qué se preconiza la integridad é inviolabilidad de mi personalidad, como principio y fundamento de mi derecho? Y si no estoy obligado á someterme á ese principio y á sus múltiples, variadas y cuasi infinitas aplicaciones, sino cuando y como mi conciencia lo dicte ¿de qué sirve á la Humanidad su decantado derecho? ¿Cómo se verifica la *reconciliación* del individuo con la Humanidad? ¿quién puede establecer la armonía, el orden, la *paz* entre tantos millones

de conciencias autónomas é independientes entre sí? Desengáñese V., amigo mío, es preciso renunciar á la autonomía de la conciencia individual y á la moral subjetiva, ó proscribir el derecho objetivo y universal. La noción del derecho que nos *propina* la escuela neo-germánica, es contradictoria *in terminis*, aunque clara, sencilla y hasta seductora en la apariencia. Por eso ha producido en nuestras sociedades una confusión espantosa, un verdadero caos de ideas y de hechos, una serie no interrumpida de revoluciones y trastornos, una perpetua lucha entre los varios y encontrados elementos, que desgarran sus entrañas. Los cuales elementos, como metales diferentes sometidos á la acción de una pila eléctrica, van acumulándose por virtud de su propia naturaleza en los dos polos opuestos. El socialismo, en que la colectividad lo es todo y el individuo nada; y el anarquismo, en que la colectividad no es nada, y el individuo lo es todo. Y ni el talento de Hegel, será capaz de hallar una síntesis que armonice los extremos de esta terrible antítesis.

R.=V. si que es terrible para destruir. ¿Será V. tan afortunado para edificar? ¿Con qué sustituye V. la noción del derecho, una vez rechazada la que nos *propina* la escuela neo-germánica?

C.=Con la que expresa la misma palabra *derecho*.

R.=¿Otra lecioncita de Gramática tenemos aquí?
¿Ó es de Geometría elemental?

C.= ¡Qué quiere V.! Las palabras dicen mucho.

R.= Sí, sí; las palabras lo dicen todo.

C.= Por eso soy yo tan aficionado al análisis de las palabras. Derecho (adjetivo) decimos en castellano lo que vá desde un punto á otro, ó sea, desde el principio al fin, sin declinar á un lado ni á otro (rectum en latín); y *tuerto*, decimos lo que se desvía ó sale del camino que conduce al fin.

R.= Bien, muy bien; y como dos puntos determinan la posición de una recta, ó sea, su dirección, dígame V. cuales son en nuestro caso el principio y el fin, y estará explicada la alegoría.

C.= No hay tal alegoría. El principio es Dios, como autor del hombre; el fin es Dios, como bueno en sí, y como bueno para el hombre. El hombre y sus facultades son esencialmente buenos, porque proceden de Dios; nadie puede menoscabarlos: hé aquí la inviolabilidad personal. Las acciones del hombre, procedentes del libre ejercicio de sus naturales facultades, van *derechas*, cuando se dirigen y ordenan á Dios, y nadie puede impedir las ó estorbarlas sin pecar, es decir, sin violar el derecho: hé aquí el origen de todos los demás derechos. La fórmula general es ésta: «El hombre tiene derecho á todo lo que, procediendo de sus naturales facultades, se ordena á su último fin.

R.= ¿Y qué me dice V. si esas acciones causan daño á tercero?

C.=Nunca podrá ser daño injusto, porque la injusticia no conduce á Dios.

R.=¿Considera V. este derecho como absoluto?

C.=Sí.

R.=Pues ¿por qué nos hablan los teólogos de colisión de derechos?

C.=No hay tal colisión de derechos. Los radios del círculo solo se encuentran en el centro y allí no se chocan, se confunden. *Non est jus contra jus*. Lo que hay es, que cuando el ejercicio de un derecho cualquiera es incompatible con otro derecho preferente, aquel deja de ser derecho, pues en ese caso *desvía* del fin. La madre de familia no tiene derecho á oír misa el día que la necesiten sus hijos. Esta idea del fin y los medios ha inspirado al Doctor Angélico la más exacta y la más hermosa definición, que se ha dado nunca de la libertad, y la de más vastas aplicaciones; es la siguiente: *Vis electiva mediorum servato ordine finis*. El fin se impone siempre; no es objeto de la libertad en los diferentes órdenes en que esta puede considerarse; el objeto de la libertad son los medios. Considerada la libertad como simple facultad física, el fin es el bien en abstracto, la felicidad en general; el sér racional no puede querer el mal bajo la razón de mal, ni como malo en sí mismo, ni como malo para él. Pero el hombre puede elevar sus facultades al cielo, ó sepultarlas en el cieno, porque

en el uno y en el otro encuentra alguna razón de bien, y ambos pueden contribuir de algún modo á su felicidad. Como el fin que se impone á la libertad, de esta manera considerada, es abstracto é indeterminado, claro es que no se le impone ningún medio, como no se impone ningún camino, cuando no existe la *necesidad* de llegar á ningún punto fijo y determinado; el imperio de la libertad acerca de estos medios, es pues absoluto, sin otros límites que los de la misma libertad ó de sus caprichos. Aunque la libertad, como facultad física, es condición *sine qua non* de la moral y del derecho, no puede ser fundamento y origen de este ni de aquella, ni basta para explicarlos, como pretende la escuela kantiana. En el ejercicio de la libertad, de esta manera considerada, no hay otra relación, conformidad ó armonía, otro orden ó nexus, que el de una facultad ó fuerza con su objeto; y por más que se *despistojen* los racionalistas, nunca podrán deducir otro principio moral que el siguiente: «Es bueno todo lo que quiero», ó lo que es lo mismo: «la voluntad carece de ley»; y sustituyendo cantidades iguales, la moral es imposible. Pero si en cada cual y para cada cual es bueno todo lo que quiere, nadie está obligado á respetar el querer de otro, y también resulta imposible el derecho. La escuela neo-germánica edifica sobre el vacío, ó mejor dicho, pretendien-

do asentar *aliud fundamentum præter quod positum est* (Dios) no edifica, sino destruye. El fin de la libertad, como facultad moral, no es ya el bien en general y abstracto, ó sea cualquier bien, sino Dios, como Sumo bien en Sí y como Sumo Bien para el hombre; se impone, pues, moralmente. Imponiéndose el fin, se imponen los medios *necesarios*, los cuales no pueden ser objeto de la libertad moral, ni tampoco pueden llamarse *absolutamente* materia del derecho; y digo *absolutamente*, porque respecto del individuo, ó considerados subjetivamente, tienen el carácter de absoluta obligación, porque es absoluta la obligación que el hombre tiene de amar á Dios, como Sumo bien en Sí, y de amarse á sí mismo aspirando á Dios como objeto único de su felicidad. Pero considerados objetivamente, ó con relación á los demás, resultan los más sagrados de todos los derechos; pues nadie puede ponerles obstáculos, sin cometer el mayor de los delitos contra su prójimo.

XXIII.

R.—Según los principios teistas, que V, profesa, esa teoría de la libertad y del derecho parece sencilla, y aún pudiera añadirse que es rigurosamente lógica. Pero ¿puede aplicarse á la sociedad, quiero decir, á la libertad y al derecho sociales?

C. = ¿Y lo duda V? La sociedad, sea la que fuere, es un conjunto orgánico de individuos humanos, ó de seres físico-rationales; y por consiguiente, el fin último y absoluto de toda sociedad, es el mismo que el de cada uno de los individuos ó personalidades que la constituyen. La sociedad, pues, tiene los mismos derechos y los mismos deberes respecto de este fin, que el individuo, y el individuo los mismos deberes y derechos, considerado en la sociedad que fuera de ella; y el mismo derecho de gentes, que liga entre sí á las sociedades perfectas, constituyendo lo que pudiéramos llamar «derecho humanitario», no puede fundarse en otro principio, ni tener otra explicación. La forma anteriormente consignada: El derecho es la ordenación de las acciones libres al fin último», no sufre excepción de ningún género. Aun respecto de los fines propios y exclusivos de cada sociedad en particular rige la misma ley; así en la sociedad doméstica la crianza y educación de la familia, que es el fin, y los medios necesarios, tanto morales, como materiales, se *imponen*, como deber, á todos sus individuos; lo demás es objeto de la libertad y materia del derecho. De la misma manera en la sociedad civil se *impone* el bien común, material, intelectual y moral de los asociados y los medios necesarios para realizarle. Imponer algo más es tiranía.

R.=No puede negarse que es brillantísima y profundamente filosófica la teoría, que V. acaba de exponer acerca del derecho y de la libertad, considerados en su origen y fundamentos. Pero ¿qué deduce V. de ella?

C.=Una consecuencia muy sencilla, á saber: que sin Dios no hay derecho, ni libertad, ni sociedad de entes racionales; y que el libre pensamiento, que convierte la doctrina acerca de la existencia de Dios en un problema, que cada cual pueda resolver á su gusto, es muy bueno.....

R.=¿Para qué?

C.=V. dispense; para... los que no son racionales.

R.=Muchas gracias. Pero he advertido que la doctrina, que V. defiende, no es la de todos los de su escuela. Paréceme haber leído en libros católicos, que á la sociedad civil, ó al estado incumbe, la tutela, protección y fomento de los intereses materiales y aún de los intelectuales, que pudiéramos llamar meramente científicos; mas la educación moral de los individuos y de la sociedad, todo lo que se refiere al último fin, es de la exclusiva competencia de la Iglesia; y ahora veo que también al Estado corresponde lo que dice relación al último fin, ó sea, á las cosas de la otra vida, ¿En qué quedamos? ¿quién tiene razón?

C.=En efecto algunos escritores católicos han hablado acerca de este punto con poca exactitud,

pareciendo como que limitaban las funciones de la autoridad civil á lo meramente material y terreno, sin relaciones de ninguna especie con lo espiritual y extramundano; lo cual han hecho, según mi parecer, para ver de señalar con toda claridad los linderos, que separan las respectivas jurisdicciones de la autoridad civil y de la eclesiástica. Esta doctrina es falsa y peligrosa; falsa, porque el fin último y absoluto de toda sociedad es el mismo fin del individuo, al cual fin es preciso subordinar todos los fines secundarios inmediatos, sin que jamás sea lícito prescindir de él; peligrosa, porque viene á ser ocasión, ya que no fundamento, de la teoría, que establece la separación de la Iglesia y el Estado.

R.=¿Luego V. no admite la independencia recíproca de la Iglesia y del Estado, cada uno en la esfera de sus atribuciones?

C.=¡La independencia recíproca! No señor, no la admito; no puedo admitirla, porque no puedo admitir la independencia recíproca de la tierra y el Cielo, del hombre y Dios, del cuerpo y del alma. No puedo admitirla, porque no puedo expulsar á Dios de la sociedad, negándole la soberanía, que esencialmente le corresponde sobre todos juntos, lo mismo que sobre cada uno en particular. No puedo admitirla, porque no puedo *partir* al hombre en dos mitades, confiando el

alma á la Iglesia y entregando el cuerpo al brazo secular del Estado. No puedo admitirla, porque esa teoría es atentatoria al supremo derecho de Dios y á la dignidad de la personalidad humana. No puedo admitirla, porque no puedo proclamar la colisión, la verdadera colisión de derechos, la perpetua contradicción, como ley de la vida de la humanidad. No puedo, no puedo, no puedo.

R.=¡Soberbio! Mas también he oido de lábios católicos que «la política nada tiene que ver con la Religión», y he conocido hombres, que han pasado desde los partidos más retrógrados á los más avanzados, sin renunciar al catolicismo.

C.=Esa frase significa que Dios nada tiene que ver con las leyes, con las instituciones, con la pública administración, con el Estado, con la sociedad; que á estas cosas no alcanza su soberanía, que la política no tiene nada que ver con la moral, ó que la moral es independiente de la Religión y aun de la idea de Dios. En una palabra: esa frase es una blasfemia heretical.

R.=Durillo está V. en la materia.

C.=Cuanto á los hombres, que han pasado desde los partidos más retrógrados á los más avanzados, sin dejar de llamarse católicos, paréceme que ha de venirles un poco estrecha la puerta del Reino de los Cielos.

R.=Sí; acerca de ese punto no estoy muy lejos de

pensar como V.; no comprendo, cómo pueda una persona seria ser católico en su casa y en la Iglesia, y racionalista en la calle: como quien dice, en el ministerio, en la oficina ó en el parlamento; digo, á no ser que como ministros, senadores, diputados, electores y empleados públicos, estén exentos de dar cuenta de sus acciones en el día del juicio final.

C.=Le aseguro á V. que no lo están.

R.=Pues..... saldrán alcanzados.

C.=Así lo creo.

R.=Si V. no admite la independendencia recíproca de la Iglesia y del Estado, fuerza es que defienda la subordinación de una de estas instituciones á la otra. Ahora bien; ¿subordina V. el báculo á la espada, ó la espada al báculo? Tengo por saberlo viva curiosidad.

C.=Y yo la tengo por saber lo que haría V. en mi caso.

R.=¿Yo? ¿Y qué tengo que ver con lo que no me importa? ¿Quién me dá á mí vela en este entierro? ¡Y V. pretende que cargue con el muerto á cuestras!

C.=Quiero que tenga V. la amabilidad de complacerme.

R.=Si apela V. á ese recurso, no puedo negarme. Diré, pues, con franqueza, que jamás sometería el báculo á la espada, la Iglesia al Estado. Si la

Religión es verdadera, si es obra de Dios, si es cosa enviada del Cielo, no puedo someterla á ningún poder de la tierra. Si es obra puramente humana, siempre será una inspiración de la conciencia, una forma con que el espíritu humano se dirige á lo infinito, y tampoco puedo someterla á la voluntad de un parlamento, ni ponerla á los piés de un César. La subordinación de la Iglesia al Estado, me ha parecido siempre el más absurdo de todos los sistemas, la más completa subversión del orden.

C.=Evidente.

R.=Ahora, sírvase V. decirme, cómo se las arregla para descifrar el enigma de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, sobre todo después de haber asentado que ambos se ordenan á la consecución del último fin del individuo humano, que es también el fin de toda sociedad compuesta de hombres.

C.=Pues me las arreglo muy bien; el enigma dejará pronto de serlo con una sencilla exposición. Considerada la sociedad en el estado de naturaleza pura, ó sea, careciendo de toda revelación sobrenatural, al Estado incumbe ordenar y dirigir las acciones de los ciudadanos al último fin, que es Dios, como autor de la Naturaleza: no porque le corresponda imponer ninguna religión, ni prescribir un culto determinado; sino porque está obligado á procurar que no haya en la sociedad

ni religión, ni culto, ni cosa alguna, que sea contraria á la ley natural, de la que es órgano legítimo, aunque no sea, ni pueda ser infalible, por lo cual puede incurrir en error y aun hacerse reo de tiranía. ¿Le gusta á V. la explicación señor Racionalista?

R.=Parece que por una parte, salva los derechos y deberes esenciales del Estado, porque ¿qué es un Estado, que no reconoce por norma suprema la ley natural, garantizando su cumplimiento por medio de la sanción coercitiva? Y por otra parte salva también los fueros de la conciencia, no permitiendo que el Estado imponga una religión determinada. Según esta teoría, el Estado impone el fin esencial de la Sociedad, impone los medios propios y necesarios y respeta la libertad en todo lo demás. Muy bien.

C.=Pero si Dios se ha dignado hablar al hombre por medio de la revelación sobrenatural, claro es que su palabra ha de ser ley suprema del individuo y de la sociedad, por ser expresión de la verdad y del bien absolutos, sin mezcla alguna de mal. Y si ha establecido una autoridad *infalible*, que la propague, enseñe y juzgue conforme á ella, á esta autoridad corresponde la ordenación de todas las acciones humanas al último fin, que en este caso será sobrenatural por razón de sí, ó por razón del modo.

R.—Y entonces ¿cuál es el oficio del Estado?

C.—El mismo que antes, sin perder nada, sino ganando mucho. La tutela, protección y fomento de los intereses materiales, intelectuales y morales de los asociados con subordinación á las normas infalibles de verdad y bien absolutos suministradas por la Iglesia.

R.—¿Y qué nos dice V. cuando el Estado no es católico?

C.—Pues para este caso digo varias cosas muy conformes con la razón.

R.—¿Varias? Estoy deseando oírlas de los lábios de V.

C.—Y yo deseando satisfacer su deseo; y empiezo: 1.^a Como la Religión Católica evidentemente no contiene cosa alguna contraria al derecho natural, sino que le sublima y perfecciona, condenando todos los vicios hasta su raíz y prescribiendo ó aconsejando las más altas virtudes, todo Estado tiene obligación de respetarla y protegerla, respetando y protegiendo la nativa libertad de los ciudadanos según los principios que dejamos establecidos. 2.^a Si el Estado no es católico por error invencible del príncipe y demás personas que constituyen la personalidad del Estado, ó de los individuos que forman la sociedad, estos están exentos de toda responsabilidad, obrando con arreglo á los principios, que *de buena fé* pro-

fesan; porque el error invencible excusa de pecado. 3.° Si los hombres, que constituyen una sociedad, profesan diferentes religiones, y no es posible *por medios justos* que los principios católicos sean la norma de la sociedad, los gobernantes deben atenerse al derecho natural, ó á los principios comunes á las diferentes religiones que estén conformes con él; porque la *necesidad* también excusa de pecado. Pero nunca es lícito á un católico quebrantar los preceptos negativos del catolicismo, ni aun en cumplimiento de sus funciones oficiales, por ser cosa intrínsecamente mala.

R.=¿Es posible profesar de buena fé una religión falsa, ó no profesar ninguna?

C.=Donde el Catolicismo está suficientemente propagado, no; donde no lo está, sí; con tal que la falsa religión no sea contraria á los principios del derecho natural.

R.=Pero el hombre, que representa á la sociedad, debe obrar conforme á las ideas de la misma sociedad, no con arreglo á sus ideas personales.

C.=Falso de toda falsedad y en todos los casos. El hombre que posee la verdad, no puede nunca hacerle traición, aunque el mundo entero se le ponga delante. El que yerra, sea vencible ó invenciblemente, peca obrando contra su conciencia, nunca puede hacer lo que esta le dicta que es malo.

R.=Poco conformes se hallan estas doctrinas con el moderno liberalismo.

C.=Nada. Y como mi propósito es impugnar el racionalismo bajo todas sus formas, trataremos también esa materia.

R.=¿Y qué tiene que ver todo lo que venimos charlando hace tiempo con el fundamento y límites de la ciencia en el orden moral?

XXIV.

C.=Mucho, todo; helo aquí.....

R.=Pues hablemos del origen y límites de la ciencia en el orden matemático.

C.=Ya hemos hablado no poco; pero añadiremos algunas cosas y recopilaremos la doctrina que ya dejamos sentada. La ciencia matemática se funda inmediatamente en la idea pura de sér; pero esta no es suficiente por sí sola, sino que necesita relacionarse con la de no sér. Los caracteres intrínsecos ó absolutos del sér son la unidad y la identidad, bases primitivas de la ciencia matemática; mas esta no puede engendrarse sin la idea de distinción, la cual envuelve necesariamente la de no sér, como igualmente las de más, menos é igual, fórmulas esenciales y únicas de todas las operaciones matemáticas. El principio fundamen-

tal y primero en el orden matemático es el siguiente: «una cosa es igual á ella misma», del cual se derivan inmediatamente los axiomas y teoremas, que constituyen los rudimentos de la ciencia; verbi gratia: «el todo es igual al conjunto de sus partes», ó «la suma al conjunto de los sumandos»; «el sustraendo y la diferencia dan el minuendo»; «el producto de una multiplicación dividido por cualquiera de los otros factores produce el otro factor»; «el cociente multiplicado por el divisor, añadiendo el residuo, da el dividendo». De suerte, que las operaciones fundamentales de la Aritmética no son más que aplicaciones sencillísimas del principio: «una cosa es igual á sí misma». Mas este principio, que pertenece ya al orden matemático por la palabra *igual*, que denota cierta especie de medida, se apoya en otro puramente metafísico del que sólo se diferencia en una palabra, á saber: «Una cosa es *idéntica* consigo misma», y este principio expresa las ideas de sér, unidad, identidad, y la de distinción ó no sér; pues la *cosa una* se duplica en nuestro concepto, siendo puesta primero como sujeto y después como predicado del juicio. Pero «si una cosa, sea la que fuere, no fuese idéntica consigo misma», esa cosa sería y no sería ella misma; y así vemos cómo la ciencia matemática tiene su fundamento en el principio de contradicción, ó sea,

en la exclusión pura y recíproca del sér y del no sér; del sér, como base de la identidad y de la unidad; del no sér, como causa de la distinción y de la pluralidad. Los dos principios, que acabamos de enunciar se traducen en este otro, que es el usual en matemáticas y la fórmula universal del raciocinio: «Cosas idénticas ó iguales á una tercera son idénticas ó iguales entre sí», premisa de toda conclusión afirmativa; y las que no son idénticas ni iguales á una tercera, se distinguen ó son desiguales entre sí, premisa general de toda conclusión negativa.

R.=Luego según V. las Matemáticas son una rama de la Metafísica?

C.=Lo mismo que la moral: aquellas se fundan en los caracteres absolutos de sér, identidad y unidad con sus correlativos distinción y pluralidad; esta en el de bondad; y así vienen siendo dos hermanas gemelas, hijas del sér-verdad, objeto de la Metafísica pura. Tal es según mi concepto la base y origen de toda la ciencia en el orden ideal.

R.=Muy bien recopilado. ¿Admite V. los juicios sintéticos *á priori*, ó en el orden ideal puro y determinadamente en el matemático?

C.=Si por juicios sintéticos se entienden aquellos en que se afirma de la esencia de una cosa lo que en ella no está contenido, tales juicios son absurdos; en este sentido los negaba Kant y tenía

razón. Si por juicios sintéticos se entienden los que se forman por la comparación de dos conceptos, de los cuales el uno no está contenido en el otro, ahí tiene V. el principio de contradicción, formado por los puros conceptos de sér y de no-sér. Respecto del orden matemático atrás dejamos consignado lo siguiente: 1.º La ciencia matemática comienza por una gran síntesis, que es la numeración, y en su desenvolvimiento procede ya por juicios sintéticos, que son los que llevan el signo $+$ y representa todas las operaciones de adición, ya por juicios analíticos expresados por el signo $-$, que representa las de sustracción; y la resolución de todo problema expresado por el signo $=$ es una síntesis procedente de ambos métodos y de las dos clases de juicios. 2.º Las verdades matemáticas pertenecen al orden ideal y son independientes de los *hechos* y superiores á la experiencia. 3.º Son leyes del pensamiento y á la par de la naturaleza; y ni el entendimiento se las impone á la naturaleza, ni aquel las recibe de esta: proceden por lo tanto de un principio común y superior al uno y á la otra. 4.º Son necesarias, eternas, inmutables y universales, y es preciso que tengan su fundamento en un Sér necesario, eterno inmutable é infinito, sin el cual no serían nada. 5.º El número infinito simultáneo es imposible; por consiguiente todo lo que es

número ó cantidad puede ser considerado como más, como ménos, como nada; es contingente y ha recibido de *otro* la existencia. Es también contradictorio el número infinito sucesivo; y todo lo que está sometido á la ley del tiempo, todo lo que se muda ha comenzado á sér y ha comenzado en virtud de una acción creadora. 6.º La cantidad es de tres clases, á saber: aritmética (numerus), mecánica (pondus), y geométrica (mensura) las cuales son la ley, la base, el principio generador de la armonía, y como los cimientos del universo mundo (firmamentum). 7.º La Aritmética es superior á la Mecánica y á la Geometría; es su norma suprema y la forma sustancial que les comunica el *ser ciencias*.

R.=Corriente, corriente; y toda la ciencia matemática dirigida á probar..... pues lo de siempre, la existencia de Dios, y subordinada á la Teología.

C.=Todo medio, que no se ordena á su fin, produce una perturbación en la armonía del universo y es un mal en el orden general y absoluto,

R.=Nos ha dicho V. que la Matemática es una ciencia apriorística; lo cual será muy verdadero, tratándose de la Aritmética; pero no lo veo así respecto de la Geometría y de la Mecánica. La primera versa acerca de la extensión, cuya idea nos entra por los sentidos; y la segunda entraña, por lo menos, la *dirección*, que ha de ser por necesidad

una línea, y regularmente supone uno ó varios planos, que forman la idea geométrica de sólido. Luego estas ciencias no pueden ser enteramente apriorísticas.

C.=Acabo de decir, con el asentimiento de V., que la Aritmética es forma sustancial, que comunica á la Mecánica y á la Geometría el *ser* de ciencia, las cuales solo tienen de ciencia lo que tienen de Aritmética, con lo cual queda resuelta la dificultad. La Geometría no estudia la esencia de la extensión, que nos es enteramente desconocida, ni sus propiedades físicas ó químicas, las cuales son objeto de otras ciencias, sino solamente sus relaciones esenciales en cuanto se expresan por números. Por eso, aunque la extensión es un simple *hecho*, y como tal contingente, las verdades geométricas son necesarias y absolutas. De donde se infiere que la extensión, como *hecho* ó verdad empírica, no es condición de la ciencia geométrica, sino un simple postulado: á la ciencia geométrica le basta la mera posibilidad de la extensión para establecer y demostrar todas sus verdades.

R.=Vamos, sí; no es la materia *ex qua*, sino la materia *circa quam* de la ciencia tanto geométrica como mecánica. ¿No es verdad?

C.=Como V. guste.

R. Si la Aritmética es, como V. afirma, una rama de la Metafísica, fuerza le será confesar que la hija

vale más que la madre, y que las aguas corren más puras, frescas y cristalinas en el arroyo, que no brotan en la fuente.

C.=No entiendo esas metáforas.

R.=Pues se dejan entender muy bien. Mientras que en la Metafísica y en la Moral cabe gran variedad de opiniones, teorías y sistemas que se modifican, se chocan y se destruyen mutuamente, la Aritmética, ó sea, la Matemática propiamente dicha, ha merecido el nombre de *ciencia exacta*, comunicando este precioso atributo á la Geometría y á la Mecánica racional. Las primeras dividen á los hombres en multitud de escuelas y partidos; mientras respecto de las segundas existe *unanimidad* absoluta entre todos los hombres de todos los tiempos y de todos los paises. En la Matemática no cabe sostener el sí y el nó, el *ita* y el *aliter*, el más ó el ménos, acerca de un mismo punto. Lo que es no puede ménos de sér, y lo que no es, no puede sér, y todas las inteligencias lo ven de igual manera. ¿Podrá V. explicar esta diferencia ó este caracter de exactitud, patrimonio exclusivo de la ciencia Matemática?

C.=Si, señor; de la manera más sencilla del mundo. Esto consiste en que la Aritmética es la más pura Metafísica, es la Metafísica, que apenas dá un paso más allá de su origen; consiste en que se funda en las ideas puras de sér y de no-

sér, no se aparta *nec latum unguen* de sus caracteres intrínsecos y absolutos; consiste en que es la más abstracta, la más universal de todas las ciencias, la que añade menos, la que concreta menos las ideas puras de sér y de no sér, y por tanto, la que más inmediatamente se funda en el principio de contradicción, formulado en su nativa pureza. Ocúpase la Metafísica en tratar del sér y del no-sér, de la esencia y de la existencia, de la sustancia y del accidente, de la causa y del efecto, de lo absoluto y de lo relativo, de lo necesario y de lo contingente, de lo infinito y de lo finito, del género, de la especie, del orden, de la familia, del grupo y aun del principio de individuación, supuesto y personalidad; esto es, del sér y del no sér en sus múltiples determinaciones, formas y relaciones *a summo ad imum*, si me es permitido hablar así; y á semejanza de la luz, que pierde en intensidad á medida que se va alejando del foco, pierde la Metafísica en claridad y exactitud para nosotros, según se va alejando de las ideas puras de sér y de no sér. Lo mismo sucede respecto de la Moral. Considerando al sér con relación á la voluntad, ó sea, como bien, produce las ideas de Ley, obligación, derecho, imputabilidad, responsabilidad, premio, castigo, etc., etc., á través de los cuales, apenas si se columbra en lontananza la idea de sér; siendo preciso andar

largo camino y emplear no poco trabajo para llegar á ella, esto es, á mirarla en toda su pureza y abstracción. Nada de esto sucede con la Aritmética; porque fijándose en las ideas puras de sér y de no-sér, prescinde de todo lo demás. *Tres más tres igual seis*; sean sustancias ó accidentes, causas ó efectos, especies ó individuos, hombres ó piedras, no le importa nada; basta que sean séres, basta que sean algo, basta que sean *cosas*. Cada cual será *una* en sí misma, idéntica consigo misma, *distinta* de los demás, y sumada con otra serán dos; las que sumadas con otra serán tres, y si á estas se agregan otras tres, serán seis, y si se sustrae una, quedarán cinco. Hé aquí el secreto de la claridad y exactitud, que para nosotros posee la ciencia matemática. «*Abstrahit a materia sensibili*» ha dicho Sto. Tomás; lo cual ha de entenderse; prescinde de todas las determinaciones del sér. Es la Metafísica en su misma fuente. (1)

(1) Conocida es la división de las ciencias que hacen algunos escolásticos, siguiendo á Sto. Tomás.

Según dicha división las ciencias se clasifican en tres grandes géneros. Al ínfimo pertenecen las que en su objeto prescinden solo de las notas individuales, no de la materia sensible (Ciencias Físicas); en el segundo se incluyen aquellas cuyo objeto, aunque material, prescinde de las notas individuales y de las cualidades sensibles (Matemáticas); y forman en el tercero (primero en orden de

R.=Ya que ha explicado V. con tanta claridad el origen y naturaleza de la ciencia matemática ¿podrá V. señalar igualmente sus límites?

C.=No los tiene.

R.=¡No los tiene! Mucho me sorprende esa frase en los labios de V., cuyos propósitos parecen no ser otros que decir á la razón humana: «De aquí no pasarás», viendo en todas partes límites y cortapisas, señalando dificultades y tropiezos, y procurando encerrar la ciencia en círculos inextricables, ya que no atarla al lecho de Procusto. ¡La ciencia matemática no tiene límites! ¿Y á qué debe tan honrosa excepción por parte de V?

C.=A que la merece. He dicho que la Metáfísica y la Moral en el orden ideal puro, prescindiendo de todo elemento empírico, apenas tienen extensión, y que el principio y el fin casi se tocan. Mas en la Aritmética el principio y origen se señalan con el

excelencia) aquellas cuyo objeto prescinde de toda materia (Metafísica y Teodicea).

Segun el autor, la Aritmética debe incluirse con la Metafísica en este último grupo ó género; pues como esta considera el sér en toda su universalidad, separado de la materia con separación puramente ideal, así aquella estudia su objeto con igual separación, puesto que para constituir número, no es necesario que entre para nada la materia.

Las razones en que se funda el autor expuestas van en el texto con bastante claridad. De su valor juzgue el que lea.

dedo y el fin no se encuentra..... ni puede encontrarse, porque no existe.

R.=Conformes, conformes de toda conformidad. La Aritmética con su valor absoluto é incondicional y con su extensión sin límites, engendrando la Geometría y la Mecánica, y éstas constituyendo todas las ciencias cosmológicas y siendo ley universal del mundo..... Gracias en nombre de Augusto Comte; la escuela positivista le nombra á V. de seguro socio de honor.

C.=Honor, que me honraría, y que de seguro también no tendrá motivo para dispensármelo. Como el número infinito, según he demostrado, es irrealizable en el tiempo, en el espacio, en el espíritu, en la humanidad y aún en la imaginación del hombre, es evidente que nuestra inteligencia podría estar combinando números por los siglos de los siglos, sin agotar la materia y sin hallar término á su labor. La plenitud de la ciencia matemática solo la posee Aquel, que cuenta una por una las estrellas del Cielo, uno por uno los puntos del espacio, y ve en su simplicísima unidad todos y cada uno de los seres reales y posibles, en todas y cada una de sus formas y relaciones. De donde se infiere.....

R.=¿Qué vá V. á inferir?

C.=Que el mundo es un guarismo; que la humanidad es un guarismo.....

R.=¿Y qué?

C.=Contenidos en el infinito..... Y que la razón humana es una chispa en el océano de la razón, y el universo un átomo en el abismo del sér.

R.=¿Quod erat demonstrandum?

C.=Así es.

R.=Hablemos de la ciencia en el orden real, si á V. le parece.

C.=Hablemos. Las ciencias que hemos llamado reales versan acerca de los hechos. Mas como el hecho considerado simplemente como tal, no envuelve necesidad de ningún género, sino la pura existencia, síguese que no puede ser conocido en virtud de ningún principio necesario, absoluto y universal, en el cual no se halla, ni puede hallarse contenido: y así solo puede *constarnos* por la experiencia.

R.=*Constarnos*, dice V. y acentuando la pronunciación. ¿Por qué no ha usado V. del vocablo *conocer*?

C.=Deje V. la palabreja en su lugar; porque además de ser exactísima etimológicamente considerada para expresar el efecto de la experiencia, puede servirnos para traer á la memoria algo de lo que ya hemos dicho, y para esclarecer algunas cosas que tendremos que decir. La experiencia, pues, la simple y *muda* experiencia (perdone V. el latinismo) es el fundamento y condición indispensable de la ciencia en el orden real.

R.=La cual también es un hecho.

C.=El hecho primitivo: Sin él, ó antes de él, no hay nada para nosotros: El es el *termino á quo*.

R.=Perfectamente. Pero observo que no emplea V. las palabras *origen y principio*; y como me tiene V. tan escamado en eso de la Gramática..... sospecho que tendrá V. sus razones.

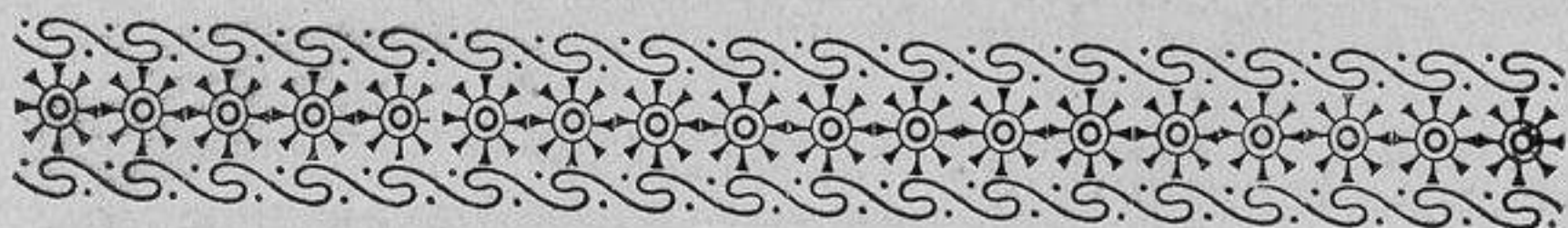
C.=Tratándose de la ciencia en el orden de los hechos, paréceme que debemos hablar todo lo empíricamente que nos sea posible.

R.=Sí; también á mí me parece, y aún presumo entrever cuáles son esas razones. Adelante.

C.=Nuestras facultades experimentales, las que nos dan *noticia* de los hechos, son, principalmente, dos: La *conciencia*, que nos la da de los hechos internos, materia de la Psicología empírica; y los *sentidos*, que nos ponen en comunicación con los del mundo exterior, materia de las ciencias que hemos llamado cosmológicas. He dicho *principalmente* porque hay otras facultades que vienen en auxilio de las anteriormente expresadas, y sin las cuales sería difícilísima, y á veces imposible, la vida y el ejercicio de las primeras: La imaginación, que reproduce las impresiones de los sentidos, en ausencia de los objetos, y las combina entre sí de diferentes maneras, y la memoria que las recuerda; esta última *sirve* igualmente á las facultades superiores. Tenemos, pues, el funda-

mento, la materia y los *instrumentos* de la ciencia en el orden real ó empírico. Pero, la ciencia propiamente dicha, no empieza hasta que empieza el juicio acerca de los hechos, es decir, hasta que interviene el entendimiento con sus categorías, conceptos ó nociones más ó ménos generales. Hé aquí la razón principal de haber empleado las palabras «constar» «noticia» y las otras que á V. le han causado su poquito de extrañeza, y cuyo sentido comprenderá V. mejor, si es de su agrado que hablemos del Positivismo.





SEGUNDA PARTE

EL POSITIVISMO.

I.

R.=Al exponer las pruebas de la existencia de Dios ha demostrado V., al parecer, con alguna eficacia, que la materia es limitada, que ha recibido la existencia de otro, que el movimiento y la vida no pueden ser eternos en la naturaleza, que las fuerzas físicas y químicas y las leyes de la Mecánica no bastan para explicar la forma general del Universo, ni la particular de cada uno de los seres: con lo cual no parece sinó que se ha propuesto V. arrancar de cuajo los cimientos de la escuela positivista tan en boga en nuestros días, y cuyos propósitos se reducen á explicar el mundo por el mundo, sin la intervención de causas extrañas ó sobrenaturales.

C.=Como quien dice, el reloj por el reloj sin la intervención del relojero.

R.=Sea. Pero ¿tendrá V. la dignación de abandonar por unos momentos las alturas de la Metafísica para discutir esas materias en el terreno humilde de la experiencia?

C.=¡Las alturas de la Metafísica! Pues ¿he subido nunca á ellas? No, amigo mío: mis demostraciones de la existencia de Dios están basadas en las nociones más elementales de la Aritmética, de la Física, de la Química y de la Mecánica. Si he hablado de Metafísica ha sido para decir cosas tan sencillas como estas: «Lo que no ha sido siempre, ha recibido de otro la existencia.» «Lo que puede ser de diferentes maneras, tiene fuera de su esencia la razón de que sea como es.» «Nadie dá lo que no tiene, ó el efecto no puede ser mayor que su causa.» Esto es Metafísica, seguramente, pero no *alta* Metafísica, sinó Metafísica de sentido común: es sencillamente el principio de causalidad, del que los positivistas no pueden prescindir, y no prescinden. Ellos y nosotros convenimos en que el orden y los fenómenos del Universo proceden de una causa, ¿cuál es esta causa? Según los positivistas, la fuerza esencial é inconsciente de la materia: según nosotros, esta causa es inteligente y supramundana. Esta es la cuestión y no otra. Con que ya ve V. que no tengo

necesidad de bajar de las alturas de la Metafísica: me encuentro al nivel de mis adversarios.

R.=No ignora V., ciertamente, la ley histórica acerca de las tres etapas, que ha recorrido el espíritu humano en la explicación del origen del mundo y de los fenómenos de la Naturaleza, ley descubierta por Augusto Comte y aceptada hoy por todos los sabios.

C.=Como no soy sabio..... Pero, V. me pondrá al cabo de ese maravilloso descubrimiento, que no debe de haber hecho tanto ruido como..... el de la pólvora.

R.=Los pueblos infantiles, tienden á explicar el origen y los fenómenos del Universo por intervención de causas sobrenaturales y extramundanas. Los pueblos bárbaros y los que van dando los primeros pasos por el camino del progreso, los explican por medio de hipótesis más ó menos ingeniosas y apriorísticas, ó de abstracciones metafísicas. Y los pueblos adultos y civilizados, por la observación y la experiencia. Los dos primeros períodos han pasado ya, y nos hallamos afortunadamente en el de la *ciencia positiva*, en el de la verdadera y única ciencia.

C.=Pues demos gracias á nuestra buena fortuna, que nos ha hecho nacer en tiempos tan afortunados. Digo, yo no tengo por qué darle gracias á la fortuna, pues para mi espíritu no ha llegado toda-

vía esa venturosa etapa de la *verdadera y única ciencia*: como que mantengo en toda su integridad y pureza la hipótesis teológica de los pueblos infantiles, y conservo cierta afición á las abstracciones metafísicas propias de los pueblos semicivilizados: con lo cual quedo separado de la comunión..... de los sabios. Pero ¿de veras es una ley histórica del espíritu humano?

R.=Escrita con gruesos caracteres en los fastos de la humanidad. Según la doctrina de los Hindous, Brahama, «la gran araña», saca de su propio seno la tela de la Naturaleza: Él lo es todo, lo hace todo y está en todas partes. El que quiera conocer las leyes de la Naturaleza abísmese en la contemplación del Gran Sér, despojándose de toda otra idea y hasta de la conciencia de sí mismo. Los Persas atribuyen todos los fenómenos del mundo y todos los acontecimientos de la vida á la acción inmediata de los génios buenos y malos, presididos aquellos por Ormuz, y estos por Arihman. La fecunda imaginación de los Griegos pobló de divinidades toda la tierra: Eolo suelta los vientos, Neptuno aplaca los mares, Atlante sostiene sobre sus robustos hombros el eje del mundo, y Júpiter Optimo Máximo hace desquiciarse la fábrica celeste con un movimiento de sus cejas; «El viejo pastor judío», Moisés, nos representa á Dios sacando al mundo de la nada, «sin más razón que

un capricho de su Omnipotencia», y ordenando y disponiendo á su gusto todas las cosas, sin sujeción á leyes ni condiciones de ningún género. Aun no es extraño que todas las aguas de Egipto se conviertan en sangre; que se abran las del Mar Rojo para dejar paso al pueblo escogido, y manjar llovido del cielo le alimente en su larga peregrinación á la tierra prometida. En este sistema (como en todos los teológicos) lo sobrenatural es lo verdaderamente natural, y la voluntad de Jehová la razón suprema de todas las cosas. «Ipsé dixit, et facta sunt»..... Después de esto ¿cree V. posible negar que la hipótesis teológica es la ley de los pueblos en su infancia?

C. = Y á lo que yo entiendo, también en su vejez. La hipótesis teológica de un Dios Creador y Ordenador del Universo, de la Providencia y la vida de ultra-tumba, es profesada y sostenida hoy por todos los católicos, por todos los cristianos de las sectas disidentes, por todos los filósofos espiritualistas, y por las masas populares de Europa y América. Algo parecido sucede respecto de las abstracciones de la Metafísica: pues, aparte de que la hipótesis teológica supone y lleva en sí necesariamente un buen número de estas abstracciones, todos los filósofos de la escuela neo-germánica fundada por Kant, tales como Fichte, Schelling, Krause, Hegel, Schopen-

hauer, Harmant, y otros muchos, explican la existencia, desenvolvimiento y término final del universo por medio de la Metafísica. Y, por cierto, que los nombres que acabamos de citar representan una influencia poderosísima en las Universidades, Institutos, Ateneos, Academias y demás centros literarios de todas las naciones, y cuentan con prodigioso número de discípulos pertenecientes á todas las clases de la sociedad. De suerte que si la Teología y la Metafísica son leyes de los pueblos infantiles y bárbaros respectivamente, la una y la otra son á la par..... achaques ó manías de la vejez. Y los pueblos adultos y civilizados de la época moderna quedan reducidos á tres docenas de expertos naturalistas; un centenar de autores de libros de texto y manuales científicos, que copian buenamente lo que hallaron en los primeros, y la *turba multa* ó *servum pecus* de voceadores, que acompaña á toda novedad, y repite el grito de alarma de las aves del Capitolio contra los Galos de la Metafísica y de la Teología, regularmente, sin conocer la una, ni la otra.

R. = Sí; bien puede haber algo de eso, que V. acaba de decir. En esta época del libre pensamiento, quizá no son tantos como parece, los que piensan por su propia cuenta: la mayor parte de las personas ilustradas es víctima del pensamiento

ageno. Pregunte V. á esos jóvenes que acaban de terminar, acaso con lucimiento, una carrera científica ó literaria, por qué uno de ellos es pan-teísta, otro materialista, otro escéptico ó indife-rente, y siempre hallará V. la misma causa: así los *han hecho* el profesor ó el libro. Sucede con la libertad de pensar, lo que con la de imprenta, de reunión, de sufragio, y las otras que llamamos políticas; aprovechan á unos pocos para encara-marse y explotar á los demás. En política, en ciencia, en religión, en todas las manifestaciones de la vida, nos proclamamos libres, porque disfrutamos de cierta holgura..... para cambiar de amo.

C.=Es ley de la naturaleza: (cuando la autoridad se derrumba, se entroniza la tiranía). Así como en el orden físico los fuertes se imponen á los débiles, en la esfera del pensamiento, los listos se imponen á los torpes, el talento privilegiado á las inteligencias vulgares.

R.=Pues, si es ley de la naturaleza.....

C.=Se infiere que la autonomía ó independencia de la razón individual será siempre un mito. Por eso la Iglesia Católica, que conoce esta ley, ó defecto, de nuestra naturaleza, tiene siempre encendido el rayo contra el abuso del talento, que es la más funesta de todas las tiranías.

R.=¿El abuso del talento?

C.=Que V. acaba de reconocer en esos jóvenes, víctimas de la libertad de enseñanza; y todos vemos por vista de ojos en esas masas de braceros, que buscan la felicidad en el socialismo y la anarquía, y sólo encuentran la desesperación. Sus jefes y aduladores son sencillamente sus verdugos. Por eso, repito, la Iglesia Católica permite á los hombres de talento que bajen á las entrañas de la tierra, suban á las alturas del cielo, midan la inmensidad de los espacios, escudriñen la naturaleza y le arranquen sus más profundos secretos: no sólo se lo permite sino que los aplaude, alienta y remunera. Pero, si alguno de ellos se atreve á tocar el arca santa de las grandes verdades, que Dios ha querido sean patrimonio del género humano, para su bienestar en este mundo y su felicidad en el otro: si alguno pretende arrastrar á las masas lejos de Dios y de su Cristo, haciéndolas víctimas de..... su pensamiento, ó de su capricho, la Iglesia fulmina el rayo del anatema contra la tiranía del talento, en defensa de la libertad, de la dignidad y de la felicidad de los pueblos.

R.=Tutora y curadora de las masas populares.

C.=Lo ha sido siempre: desde que comenzó á limar las cadenas del esclavo romano, hasta los esfuerzos que está haciendo actualmente en favor de los infelices negros.

R.=Es evidente que la Iglesia ha ejercido su tutela sobre todas las naciones de Europa hasta la aparición del Protestantismo, con gran provecho de la civilización y del progreso humano. Pero, también lo es que las masas populares se van emancipando, ó se han emancipado ya, de esa tutela, aun en las naciones católicas.

C.=Las masas fabriles de los grandes centros, sí; las masas populares, nó: estas dos cosas son muy diferentes, y no es lícito confundirlas. Mas, después de todo ¿esas masas han encontrado alguna otra tutela, que las ampare contra la tiranía de las bayonetas y contra la tiranía de los seductores?

R.=No necesitan ninguna: confían varonilmente en sí mismas.

C.=¡Ah, sí! Son masas adultas, que han alcanzado la meta de la civilización y del progreso. Desechando toda hipótesis teológica y toda abstracción metafísica, solo quieren explotar la naturaleza y gozar de sus beneficios, en lo cual consiste la única felicidad posible: *lo positivo, lo positivo*. Y para conseguir este fin, intentan acabar con la religión, con el estado, con la familia, con la propiedad, con la sociedad, con todo elemento de civilización, sirviéndose del petróleo, de la dinamita, de la chispa eléctrica, de todos los adelantos de la Química y de la Mecánica modernas, y arrastrándonos al estado salvaje.

R.=¿Y lo conseguirán?

C.=Si las masas populares siguen emancipándose de la tutela de la Iglesia y renunciando á toda hipótesis teológica y á toda abstracción metafísica, es cosa segura.

R.=En Francia, las masas verdaderamente populares se han desembarazado ya de toda preocupación religiosa, y, sin embargo, su civilización es la más sólida y floreciente del mundo.

C.=Francia será el primer pueblo de antropófagos entre los salvajes, que poblarán la Europa, si llega al caso que nos ocupa.

R.=¡Francia! ¿Y por qué?

C.=Es mi secreto: pero se le diré á V. al oído, aun con riesgo de escandalizarle. Porque es el más positivista.

R.=¡Por eso!

C.=O el más sensual.

R.=Lo comprendo. Pero, yo creo que nuestra civilización es inmortal.

C.=Como lo fueron la de Asiria, la de Egipto, la de África, la de Grecia, la de Roma. Como lo han sido todas las civilizaciones, que yacen enterradas bajo los escombros de sus maravillas, ó bajo las arenas del desierto.

R.=Hoy no vemos de dónde puedan venir los bárbaros que destruyan nuestra civilización.

C.=Los tenemos dentro de casa: esas hordas de

salvajes, ó esas masas *adultas*, armadas de todos los elementos de la civilización contra la civilización misma.

R.=Su triunfo sería efímero, como la tempestad: no podría *causar estado*.

C.=Estado social, nó: Porque, ¿cómo puede haber sociedad sin Dios, sin gobierno, sin familia, sin propiedad, sin una moral superior á los caprichos de la razón individual, á las veleidades de las mayorías y al despotismo del Estado, sin una moral inviolable, y por lo tanto divina?

R.=¿Precisamente divina?

C.=¿Cómo, sinó, ha de ser superior á todos y para todos inviolable?

R.=A pesar de todo eso, yo abrigo más halagüeñas esperanzas acerca de la suerte futura de nuestra hermosa civilización: renacería, como el Fénix, de sus cenizas.

C.=Pero sería volviendo á la hipótesis teológica y á las abstracciones de la Metafísica, á las añejas *preocupaciones* de la moral cristiana, de la caridad y de la resignación: y sobre todo poniendo mucho cuidado en no decir, ni á los ricos, ni á los pobres, que no son otra cosa que un mono perfeccionado, y que su único fin es gozar de los placeres de la tierra, fuera de la cual no hay nada para el hombre. Si así no se hace, la desalmada codicia y el sensualismo irritante de los ricos en-

cenderán en el corazón de los pobres la llama del odio y la sed de placeres, y en sus manos, la tea devoradora.

R.=Y después de haber destruido lo necesario para el logro de sus aspiraciones, ellos mismos reconstruirán lo derribado.

C.=¿Dios, el estado, la familia, la propiedad, la moral cristiana?

R.=Los obreros reconocerán por la experiencia que sus utopías son irrealizables, que ellos son las primeras víctimas del cataclismo social, y se resignarán á cumplir la ley del trabajo.

C.=No lo espere V. Si se desacreditan unas utopías, se crearán otras nuevas; si una generación se desengaña, vendrán luego generaciones de engañados: Si el hombre no es más que materia, y su único fin el placer, la lucha *brutal*, entre los que gozan y los que sufren será la ley suprema de la sociedad; y esto bastará para destruirla, á la corta ó á la larga, por unos medios ó por otros. V. cree que nuestra civilización renacerá como el Fénix, de sus cenizas. Sea. Pero con ella renacerá el mónstruo, que ha de devorarla; como que le lleva en sus entrañas.

R.=Luego V. cree que el problema será eterno, ó durará cuanto dure la sociedad.

C.=Yo no tengo mi resolución.

R.=La ha expuesto V. con toda claridad y preci-

sión. Matar la soberanía de la razón individual en la esfera del pensamiento, y la de la razón común, ó del Estado, en la de las leyes.

C.=Y someter la una y la otra á una razón superior respecto á los grandes principios en que se funda la vida del individuo, de la sociedad y de la humanidad.

R.=No marcha nuestra civilización por esos derroteros.

C.=Pues..... dejémosla ir.

R.=Y volvamos nosotros á la teoría de Augusto Comte.

C.=Si no hemos salido de ella. De lo dicho resulta evidentemente demostrado que la hipótesis teológica y las abstracciones metafísicas se hallan hoy tan vivas y pujantes, como pudieran estarlo entre los pueblos primitivos ó bárbaros; que la soberanía de la razón individual, el pensamiento libre, ó la virilidad de la razón, no serán nunca patrimonio del género humano; que las llamadas masas adultas no son más que hordas de salvajes, que ponen en riesgo la existencia misma de la sociedad. De suerte, que si la ley de Augusto Comte es el fundamento del positivismo materialista.....

R.=No es más que el prólogo.

C.=Pues rasgue V. la hoja, que ya iremos haciendo lo mismo con todas las del libro, una por una.

R.=Falta la segunda parte: Por lo menos no po-

drá V. negar á la escuela positivista y á su ilustre jefe la gloria de haber proclamado el método experimental en la investigación de la naturaleza, único medio de llegar á conocerla.

C.—El método experimental es tan antiguo como el mundo. El hombre observó los fenómenos de la naturaleza desde el instante en que se halló en presencia de ellos, buscó sus causas inmediatas y formuló lo que llamamos sus leyes. El origen de las ciencias naturales, ó físico-matemáticas se pierde en la oscuridad de los tiempos, y éstas han venido desarrollándose y enriqueciéndose cada día con nuevos descubrimientos hasta la fecha en que nos encontramos. Los restos de la civilización de Asiria y de Egipto, de Grecia y de Roma, los geroglíficos, la escritura cuneiforme, los documentos que de remotas edades han llegado hasta nosotros, prueban este hecho histórico con tal claridad y abundancia de datos, que citarlos particularmente sería inferir agravio á cualquiera persona medianamente ilustrada. ¿No observaron los fenómenos de la naturaleza, no buscaron sus causas inmediatas, ni formularon las leyes porque aquellas se rijen, los primeros que cultivaron la Astronomía y la Cronología, los que predijeron los eclipses del sol y de la luna, los que inventaron los relojes solares, los que supieron medir las vastas llanuras del oriente; los que cons-

truyeron las pirámides y levantaron las esfinges y cavaron el lago de Moeris? ¿No siguieron el mismo método los que crearon la medicina y la cirugía, cuyas verdades fundamentales no han sufrido alteración alguna hasta nuestros tiempos? ¿No significan nada en el campo de la observación de la naturaleza los nombres de Aristóteles, que se aprovecha de las homéricas expediciones de su discípulo Alejandro el Grande para proporcionarse minerales raros, animales y plantas de todo género; ni el de Plinio el viejo, naturalista y cosmógrafo á la vez; ni el de Varrón en el cultivo de los campos; ni el del dulcísimo Virgilio en sus dulcísimas Geórgicas? ¿No han merecido nada de las ciencias los que descubrieron el péndulo de escape, la brújula, la pólvora, las notas musicales, la imprenta y el nuevo mundo? ¿Han adelantado mucho las matemáticas después de Descartes, Newton y Leibnitz? Los fundadores de la Física moderna ¿no se llaman Galileo, Torricelli y Pascal? La misma Química, que no cuenta todavía un siglo de vida como ciencia organizada ¿no debe algunos descubrimientos y muchos ejemplos de pacientísima observación á los alquimistas de la edad media y del Renacimiento? Somos ricos, muy ricos en ciencias naturales; pero no debemos olvidar que somos también los herederos de cien generaciones, y nos hemos aprovechado del fruto

de sus trabajos y de sus fatigas. Las ciencias, las artes, la agricultura, la industria, el comercio, todos los elementos de vida social, los hemos recibido ya formados, desarrollados y aplicados á las principales necesidades de nuestra actual existencia: se nos ha entregado la hermosa fábrica de la moderna civilización levantada hasta una altura respetable, y nosotros hemos seguido levantando la obra, dejando al cuidado de las futuras generaciones que coloquen la cúpula, si alguna vez ha de cerrarse el edificio. Los que llamándose á sí mismos *sabios* califican de bárbaros ó de infantes á los que nos han precedido, me hacen la misma gracia, que me haría un estúpido mayorazgo que renegase de sus abuelos, mientras disfrutara de los tesoros y títulos de gloria por ellos acumulados. No se contentan con menos los positivistas. Después de otorgarse recíprocamente la ejecutoria de sabios con ridícula prodigalidad, declaran «fuera de la ciencia» (*hors de la science*) á todos los que no pertenecen á su escuela, ó no piensan como ellos. No hay más ciencia que la CIENCIA, y el positivismo materialista es su profeta, la inspirada Pithonisa, que repite fielmente sus oráculos: cuando la CIENCIA habla, calle el mundo. Las demás ciencias merecerán bien de la CIENCIA, y aun participarán, hasta cierto punto, de los honores de la CIENCIA,

siempre que se presten á servirla dócilmente, y si nó, nó. La Historia podrá ser llamada ciencia, si atribuye al género humano la edad que *reclaman* las hachas de piedra tosca, los cráneos dolycocéfalos y los fósiles de la época terciaria: y si nó, nó. La Anthropología será ciencia, si declara que el hombre es hijo del mono; y si nó, nó. Lo será la Psicología, si se acomoda á trasformarse en pura fisiología, reconociendo que el pensamiento «es una secreción, como la bilis», ó, «un *producto*, como el azúcar ó el vitriolo»: y si nó, nó. Lo serán la Moral y el Derecho, si prescindiendo de las ideas abstractas de justicia, deber, virtud, vicio y otras del mismo género, se limitan á dirigir las fuerzas y las acciones del hombre en relación con su desenvolvimiento físico y su bienestar material: y si nó, nó. ¡Qué más! Aun la Teología, sí señor, la Teología (¡¡ !!) puede participar de los honores de la ciencia! No se la exige gran cosa: que renuncie á toda idea de existencias espirituales y supramundanas, y rinda culto á la naturaleza, ó más bien, á la humanidad, que es el Dios de lo porvenir. Vinculando de este modo toda ciencia en el positivismo materialista, ó subordinándola á él como ciencia suprema, es lógico que se declaren á sí mismos los únicos sabios, es á saber, los únicos que han alcanzado la madurez y virilidad de la

razón, los únicos para quienes ha llegado la edad adulta del espíritu humano, el período de la verdadera ciencia.

R.=«*Quoniam Alexander Deus esse vult, esto Deus*», que dijeron los Espartanos. Si quieren ser *sabios*, que lo sean, que por mí no ha de quedar. Pero, á lo que yo entiendo, no es eso de lo que se trata, sino de saber si el método de observación, aplicado al conocimiento de la naturaleza, es característico de los pueblos adultos, ó le viene empleando el género humano desde los primeros albores de su infancia.

C.=Ya vé V. lo que resulta de la historia. Desde que el hombre tuvo ojos..... se puso á mirar.

R.=¡Cáspita qué milagro!

C.=Algo han puesto de suyo los positivistas: la exclusión de toda abstracción metafísica y de toda hipótesis teológica. ¿Consistirá en eso, precisamente, la virilidad de la razón?

R.=Sí; el sensualismo y el ateísmo: pero los dos me parecen un poco viejos.

C.=Luego, ni siquiera puede aplicarse al método positivista lo que dijo aquel célebre maestro de música á cierto compositor novel, que le presentaba muy ufano el primer aborto de su ingenio: «En esta obra hay algo de bueno y algo de nuevo..... pero lo bueno no es nuevo..... y lo nuevo no es bueno». En la obra del positivismo no hay

nada de nuevo. ¿Habrá algo de bueno? Iremos viendo.

II.

R.=Entremos en el fondo de la cuestión.

C.=Estamos en él. Infiérese de lo dicho que el método, el *criterium* á la vez y principio fundamental del positivismo materialista, puede condensarse en el siguiente apotegma: Única fuente del conocimiento, la experiencia; única verdad, el hecho; única ciencia, determinar los hechos, señalar sus causas inmediatas, formular sus leyes. Toda afirmación anterior á la experiencia, ó apriorística, carece de fundamento, es arbitraria; toda deducción ó inducción que, aun fundada en los hechos, pretende elevarse por cima de sus causas inmediatas y sus leyes, es ilegítima, se convierte en abstracción ó hipótesis. Lo que se vé, lo que se palpa, lo que se cuenta, lo que se mide, se pesa ó se calcula, eso es el objeto de la ciencia: lo demás, ó no existe en sí, ó no existe para nosotros: se halla «fuera de la ciencia», (*hors de la science*).

R.=Y todo eso lo probarán concluyentemente los positivistas.

C.=Hombre..... le diré á V., hasta cierto punto..... Si no admitimos que la experiencia es la única

fuentes del conocimiento, y el hecho la única verdad, nos ponemos á dos deditos de venir á caer en la hipótesis teológica ó en la abstracción metafísica.

R.=¿Y por dónde se sabe que la hipótesis teológica no sea una tésis, y que á la abstracción metafísica no corresponda alguna realidad?

C.=Como estas cosas no pueden ser comprobadas (constatées) por la experiencia.....

R.=Luego es preciso admitir que la experiencia es la única fuente del conocimiento, y el hecho la única verdad, porque si no..... no lo serían. ¿Hase visto manera más graciosa de discurrir?

C.=Tenga V. presente que el primer criterio no puede ser criticable, y el primer principio de la ciencia no puede ser científicamente demostrado.

R.=Ya lo tengo: pero en este caso ese criterio y ese principio se presuponen: son una afirmación apriorística, arbitraria, sin fundamento, según la doctrina positivista.

C.=¿Y V. duda que la experiencia sea fuente del conocimiento y el hecho sea verdad?

R.=¡¡Qué he de dudar!! Pero ¿cómo se prueba que la experiencia es fuente *única* del conocimiento, y el hecho por ella atestiguado la única verdad? ¿Cómo se prueba que el mundo de la realidad no es más ámplio que el de la experiencia, ó que el hombre no posee medios para penetrar en esa

región superior? ¿Cómo se prueba que la Naturaleza no nos ha dado otros medios de conocer que los ojos, las manos, los oídos, el olfato, el paladar, ó sea, las sensaciones que en nosotros se producen por medio de los sentidos, y que en nuestro interior se combinan, ó se trasforman?

C.=Mucho cuidado con eso de combinaciones y trasformaciones, amigo mío, porque de ellas pudiera resultar aquello de «*Humano capiti cervicem pictor equinam, etc.*», lo cual no es menos quimérico que las hipótesis teológicas, ó las abstracciones metafísicas.

R.=Vamos, sí; en todas partes hay peligros. Mas insisto en que los positivistas se hallan en la obligación de probar todas esas cosas. ¿Las prueban?

C.=No señor; no las prueban, pero..... las afirman: son axiomáticas para ellos.

R.=Enterados; y un saludo de despedida á los principios de la lógica.

C.=El género humano ha estado siempre en posesión de ciertos principios considerados como necesarios, eternos, inmutables y universalísimos, y por lo mismo anteriores, independientes y superiores á la experiencia, que solo puede ejercerse acerca de lo particular, concreto, determinado y mudable; ó mejor dicho, solo dá testimonio de los cambios, mudanzas ó alteraciones de una sustancia ó esencia, que se halla fuera de sus alcances,

ó más allá de los confines de su jurisdicción. De estos principios, unos pertenecen al orden metafísico, como el de contradicción, el de causalidad, el de sustancialidad, el de identidad y otros que se fundan en las ideas puras del sér y del no-sér. Otros pertenecen al orden matemático por fundarse inmediatamente en las ideas de número y cantidad, y son las verdades primordiales de la Aritmética, la Geometría y la Mecánica. Otros pertenecen al orden moral por tener su origen próximo en la idea del bien, ó del sér como objeto de la voluntad. De todos hemos tratado largamente, dejando probado que sin ellos es imposible la demostración, el raciocinio, el pensamiento y la ciencia: sin ellos el hombre no es racional; es decir, no es hombre. ¿Cómo podrán valerse los positivistas para construir el edificio de la ciencia sin presuponer estos principios para aplicarlos luego á los hechos suministrados por la experiencia?

R.—Pienso que de ninguna manera, y creo que los mismos positivistas se sirven de esos principios en todas sus lucubraciones y procedimientos científicos, al igual que los demás hombres.

C.—Así es: El uso y aplicación de estos principios es en el hombre instintivo, necesario, fatal, como que forman parte de la naturaleza humana, de la que nadie puede desprenderse.

R.—Y entonces ¿por qué llamar desdeñosamente

apriorísticas, es decir, arbitrarias y destituidas de fundamento toda afirmación anterior á la experiencia y toda deducción, que, aun fundada en ella, trascienda más allá de sus límites? ¿Por qué ese horror á la Metafísica y á la Teología, que en este caso se imponen de manera inevitable? ¿Por qué declarar á la experiencia fuente única del conocimiento, y su testimonio el único valedero en el tribunal de la ciencia? ¿Será porque así lo necesite el positivismo materialista?

C.=El positivismo materialista, en cuanto materialista, no se funda en el testimonio de la experiencia, sino en su *silencio*.

R.=¡¡En su silencio!!

C.=Sí, señor: Cuando la diosa enmudece, habla por ella el sacerdote.

R.=Y de seguro filipiza (1).

C.=Naturalmente. La experiencia nos dice que esa cosa, que llamamos materia, y cuya esencia desconocemos, sufre cambios, mudanzas ó transformaciones, que coinciden ó se suceden de una manera regular y constante: no dice más. Pero el sacerdote añade: Luego no existe nada fuera ó por encima de la materia. La experiencia dice que poseemos un cuerpo organizado y viviente:

(1) Alusión á la célebre frase de Demóstenes: «Pythia philipizat.»

y el sacerdote añade por cuenta propia: Luego no tenemos alma, ni hay en nosotros otra vida que la vida de la organización.

R.=Muchos positivistas no se abrazan resueltamente con el ateísmo y el materialismo; se detienen ante los grandes problemas de la existencia de Dios y de la espiritualidad é inmortalidad del alma humana, por considerarlos irresolubles.

C.=Porque se ha querido que lo sean.

R.=¡Cómo!

C.=Planteándolos en un terreno en que efectivamente lo son: en el de la experiencia como único criterio de verdad.

R.=Cierto que ese terreno no es el suyo. Mas, una vez sentado el principio, era lógico aceptar la consecuencia.

C.=Quizá se acepte la consecuencia antes de sentar el principio: quizá se proclamó ese principio al *intento* de desembarazarse de alguna hipótesis teológica, que inspiraba repugnancia.

R.=Ese *quizá* revela una sospecha temeraria, ó por lo ménos, atrevida y poco favorable á los interesados: las intenciones deben respetarse.

C.=No es temeraria ni atrevida, amigo mío, sino muy fundada. Uno de los más egregios representantes del positivismo, Huxley, declara paladinamente que la teoría evolucionista de la vida dista mucho de hallarse comprobada por los hechos,

pero que es preciso mantenerla, esperando que la comprueben en lo porvenir, ó que de ella misma nazca otra de más satisfactorios resultados; y esto *por la repugnancia que hoy sentimos á admitir la intervención de causas sobrenaturales en la constitución del universo.* Ya vé V. que la exclusión de la hipótesis teológica no es una cosa exigida por la ciencia, sino una cosa, que se le pide *con mucha necesidad*, aguardando pacientemente que la conceda en los tiempos venideros, si en el presente no se dignase otorgarla. Esta repugnancia preconcebida a la intervención de causas sobrenaturales, hace que todo el cuerpo de la doctrina positivista se halle plagado de afirmaciones gratuitas, arbitrarias y destituidas de todo fundamento sólido, de observaciones inexactas, inducciones incompletas, deducciones demasiado atrevidas ó enteramente ilógicas; y que sus patronos y defensores den con mucha frecuencia el salto mortal de la mera posibilidad á la realidad: ó, por lo ménos, de la simple verosimilitud á la verdad de los hechos.

R.= ¡Ellos!! que alardean de no admitir sino lo rigurosamente demostrado, no demostrar apenas nada!! ¡¡Ellos, que tanto aborrecen lo hipotético, no poder salir del terreno de la hipótesis!!

C.= Y por añadidura, venir á caer de bruces en el de las abstracciones metafísicas, y precisamente en lo

que toca á los principios fundamentales del sistema. Lo iremos viendo.

R.=Pues entonces, *per quæ quis peccavit per hæc et punietur.*

C.=Un escritor francés compara graciosamente á los positivistas con una mosca perdida en una habitación, que se empeña en salir por los cristales de la ventana: cuantas veces lo intenta, otras tantas choca y cae y se lastima, hasta que, desfallecida, sucumbe: y no vé la muy tonta que las puertas están de par en par, y pudiera salir por ellas conservando la vida y recobrando la libertad.

R.=¿Y cuál es esa puerta?

C.=La idea de una causa inteligente, creadora y legisladora de la naturaleza.

R.=Hay otros positivistas, y muchos que no lo son, que profesan sencillamente la indiferencia en materias religiosas.

C.=No hay ninguno: la indiferencia religiosa, es imposible: el que no cree.....

R.=Claro... niega é impugna.

C.=No señor; odia.

R.=¿Siempre?

C.=Y se convierte en perseguidor; está declarado: «el que no está conmigo está contra mí», ha dicho el mismo Jesucristo. Y si sus palabras necesitasen confirmación, serían muy buenos testigos los liberales de España, los republicanos de Francia,

los revolucionarios de Italia y los conservadores de Alemania, todos ellos perseguidores de la Religión, en nombre, por supuesto, de la libertad ó de la indiferencia respecto de todas las religiones.

R.=El hecho es cierto, pero el objeto de todas las persecuciones, el blanco de todos los tiros es solo la Iglesia Católica: á las sectas disidentes no se las molesta jamás.

C.=¿Y no le llama á V. la atención ese hecho?

R.=Sí, será la única que estorbe.

C.=¿Y por qué será la única que estorbe?

R.=Sin duda por el espíritu de intolerancia que la informa: es la única que no transige con nada, que sea opuesto á sus creencias y aspiraciones en ninguna de las esferas de la vida. Cuando no puede otra cosa, grita.

C.=Y nunca han podido hacerla callar, ni la cárcel, ni los tormentos, ni la muerte: siempre grita: «*Non possumus... non loqui*», que dijeron los Apóstoles al Senado de Jerusalén. ¿Si será la única que tenga la conciencia, ó la persuasión firme de ser la verdad.....?

R.=Y en este sentido bien puede decirse que, si no es la única verdadera, es la única respetable. El que lo tolera todo, á poco riesgo se expone.

C.=Y ménos si aborrece á la Iglesia Católica «blanco de todos los tiros y objeto de todas las perse-

cuciones» por parte de todos los incrédulos y de todos los disidentes.

R.=Yo no creo: y me parece que no aborrezco á nadie.

C.=V. busca la verdad: y eso no es la indiferencia religiosa; no tiene V. la necesidad de aborrecer, más bien la tiene de amar.

R.=Sin embargo de cuanto V. ha dicho, y que parece fundado, es preciso reconocer que existen hombres en nuestros días, que ante los grandes problemas de la existencia de Dios, la espiritualidad é inmortalidad del alma, las recompensas y castigos de la vida futura, se encogen de hombros y contestan desdeñosamente: «¿Y á mí qué?» ¿En qué categoría los coloca V? ¿Entre los positivistas, panteistas, ó los escépticos?

C.=Un poquito por bajo de las bestias.

R.=Fuertecillo habla V.

C.=Un hombre á quien no le importa ser eternamente feliz, ó eternamente desgraciado, no es hombre. Ese «¿á mí qué?» que yo también he oido de labios de algunos, sin atreverme á creer que saliera del corazón, no es un error, ni un delirio, ni una blasfemia, ni siquiera una estupidez: es algo incalificable, porque en el lenguaje humano no tiene nombre. Otros hay que sin profesar los errores del positivismo materialista y ateo, antes bien profesando la existencia de Dios, y decla-

rándolo así, no se atreven á pronunciar este augusto nombre, como si temieran que les manchase los labios. La causa primera, el poder creador, el sér supremo y aun la providencia, son palabras de que suelen servirse con un poquito de libertad y otro poquito de miedo; rebosan de entusiasmo, y entonan cantos líricos ante las maravillas de la naturaleza, pero no tienen una palabra de gloria y de alabanza para su autor. De estos conozco muchos, aun entre los católicos. ¿Qué piensa V. de ellos?

R.=Pienso que cuando yo crea en Dios, he de llamarle Dios, y no he de regatearle el debido homenaje de alabanza y de gloria. Y si llego á creer en Jesucristo, me descubriré respetuosamente ante las cruces de los caminos.

C.=¿Y no piensa V. más?

R.=Sí; pienso que el que se avergüenza de sus creencias, se avergüenza de sí mismo, se desprecia á sí mismo y tiene perfecto derecho..... á que todo el mundo le desprecie.

C.=Jesucristo ha prometido despreciarlos en el último día.

R.=Naturalmente.

C.=Conozco también escritores católicos, que otorgan generosamente á la *ciencia*, no ciertamente todo lo que pide, que esto es imposible, pero sí mucho más de lo que la corresponde. ¿Se trata

de la edad que cuenta el género humano sobre la tierra? Pues, ellos firman en blanco para que la ciencia escriba luego la fecha que más le acomode. ¿Se trata del diluvio? Pues, no tienen empacho en confesar que solo comprendió á la raza de Seth. ¿Se trata de la evolución de la vida? Unos la reconocen en todas las especies, exceptuando al hombre, en lo cual, si no hay nada contra la fé, tampoco hay nada de verdad; y otros la reconocen aun respecto del hombre como sér organizado, reservando únicamente á Dios el «*spiraculum vitæ*», es decir, el alma racional. Estos buenos señores ¡¡TEMEN á la ciencia!! Temen á la Paleontología y á la Prehistoria, que, á pesar del ingenio, sagacidad y perseverante estudio de sus fundadores y primeros cultivadores, se hallan todavía en la infancia, y apenas pueden dar un paso seguro. Temen al darvinismo evolucionista, que, no obstante sus observaciones geológicas, su anatomía comparada, su filosofía del pensamiento y de las pasiones, y de todo su aparato científico, no ha podido comprobar otra transformación en la Naturaleza, que la del renacuajo en rana, y la de la oruga en escarabajo. ¡Valientes!

R.=¿Quiere V. que se niegue á la ciencia lo que es suyo?

C.=Dios me libre de retener los bienes ajenos. Mas, para probar que es suyo lo que pide, razón

es que exhiba la ciencia títulos legítimos y fehacientes, y entonces la entregaremos de buen grado lo que reclama, sin abrigar temores de que la fé padezca menoscabo.

R.=Es acaso herejía lo que afirman esos señores?

C.=No digo tanto. Pero además de las proposiciones heréticas, contrarias á los dogmas de la Iglesia, hay otras que los teólogos califican de falsas, temerarias, escandalosas, favorables ó próximas á la herejía ó al error, perniciosas, blasfemas.....

R.=Pues los vá V. poniendo buenos.

C.=Es que tampoco de eso los acuso. Hay otras que solamente se oponen á la común interpretación de las Sagradas Escrituras, al sentido de los fieles, á las creencias generalmente recibidas durante mucho tiempo; y estas tampoco pueden abandonarse, sino por causas relativamente graves y en virtud de razones convincentes. Las verdades dogmáticas constituyen el alcázar de la fé; las que están íntimamente enlazadas con ellas, son las fortificaciones exteriores: las últimas de que he hablado, son el campo adyacente. Los católicos, á que me refiero, no entregan al enemigo ni el alcázar, ni sus defensas: pero le abandonan el campo para guarecerse tras los parapetos: no son traidores, tienen miedo.

R.=Es V. inexorable aún para los suyos: en todos encuentra V. mácula.

C.=Aun quedan «*siete mil varones*» que no han doblado la rodilla ante Baal.

R.=Y será V. uno de ellos.....

C.=Pido á Dios que no me deje caer..... de bruces ante el ídolo de la ciencia.

R.=¿La desprecia V?

C.=Eso sería despreciar la razón y despreciar á Dios, autor de la razón.

R.=Y anularía V. la suya propia.

C.=Ciertamente. Pero yo que no quiero anular mi razón despreciando la de los demás, tampoco quiero anularla sometiéndola incondicionalmente á otra razón que á la de Dios.

R.=Ahí teníamos que venir á parar.

C.=Ahí.

R.=Hemos recorrido un camino muy largo y.....

C.=Y conviene echar una ojeada retrospectiva, resumiendo, y, hasta cierto punto, repitiendo lo que llevamos dicho. Hemos combatido la ley de Augusto Comte, demostrando que la hipótesis teológica y la abstracción metafísica son tan propias de los pueblos adultos, como la observación y la experimentación, de los primitivos y bárbaros: que el libre pensamiento, la independencia ó virilidad de la razón no pueden ser patrimonio del género humano; que las masas adultas emancipadas de toda tutela religiosa y moral, son precursoras del salvajismo. Hemos probado que el

principio de la experiencia, como fuente única del conocimiento, es ateísmo y materialismo puros, destruye la razón y hace imposible la ciencia. Hemos establecido que los grandes problemas de la existencia de Dios, de la espiritualidad é inmortalidad del alma humana, han sido mal planteados por el positivismo materialista; que los que se dicen ó muestran indiferentes ante ellos, merecen ser expulsados de la comunión de los séres racionales; que los que se avergüenzan de confesar públicamente la verdad le son traidores; y los católicos, que temen á la ciencia, son cobardes. En una palabra; hemos socabado los cimientos del positivismo materialista, y el edificio amenaza ruina por todas partes.

R.=Pues no entremos en él no sea que nos aplasten los escombros.

C.=No tenga V. miedo, que toda la fábrica es de papeles rizados.

R.=Pues en ese caso vamos dentro.

C.=Y por la puerta principal.....

III.

..... Existen dos órdenes de fenómenos distintos; los físico-materiales, y los intelectuales y morales. Pero no pueden existir

dos sustancias ó causas de distinto orden, el espíritu y la materia.

R.=Pues mire V., parece que debía ser todo lo contrario, según el conocido apotegma de la Escuela: «*Unumquodque secundum naturam suam operatur*».

C.=Ese principio se cae de puro viejo, y huele á metafísica que trasciende.

R.=Y es también muy nuevo y muy práctico, y está sancionado por la experiencia.

C.=¿Qué me cuenta V?

R.=Que las sustancias solo pueden conocerse y distinguirse las unas de las otras por los distintos caracteres que ofrecen, por los fenómenos que presentan y los efectos que producen. Suprima V. el principio de que la distinción de estos supone la de aquellas, y arréglese con la ciencia como su buen ingenio le dé á entender.

C.=La ciencia resulta imposible. Pero, ello es que no puede haber dos sustancias ó causas distintas: Hay que *referir* los fenómenos materiales al espíritu, ó los intelectuales y morales á la materia. Lo primero es imposible, porque el mundo sería una ilusión y la ciencia una mentira: luego es preciso optar por lo segundo. No existe sinó *una* sustancia, causa única y total de los unos y de los otros: la materia, la cual tiene en su favor la magestad del hecho. (La majesté du fait).

R.=¿Y se puede saber por qué razón no puede haber dos sustancias ó causas realmente distintas, el espíritu y la materia?

C.=Sí, señor: Porque serían ambas increadas, necesarias, eternas, independientes é infinitas; y repugna que haya dos sustancias de este género, como repugna que haya dos nada (deux neants). No hay, pues, más que una, *monos*; y por eso los positivistas llaman á su sistema *Monismo*.

R.=En griego para que no lo entienda la gente. Mas, ¿por qué no pudieran ser ambas creadas, dependientes y finitas?

C.=Porque sería preciso admitir un principio sobrenatural y extramundano, autor de la una y de la otra, creador y ordenador del universo.

R.:Luego se le excluye *á priori*.

C.=No señor: La experiencia no nos muestra ningún ejemplo de creación (Broussais).

R.=¿Y nos manifiesta la experiencia que la materia sea increada, necesaria, eterna, independiente é infinita? A mí me parece que estas cosas están muy por encima de los alcances de la experiencia, *único criterio de verdad*. Si fuera de lo contrario, quizá podría decirnos alguna cosa.

C.=La experiencia nos dice que la materia es INDESTRUCTIBLE.

R.=Pues si es indestructible, es también necesaria y posee los demás atributos, que yo pensé le re-

galaban los positivistas. Mas, ¿cómo se prueba su *in des truc ti bi li dad?*

C.=Por el hecho. Cuando se descompone una sustancia por la combustión, la putrefacción ó cualquier procedimiento químico, no perece ni una sola molécula: todas vuelven al depósito común para formar parte de nuevos séres.

R.=¡ Ah!!!! La materia no se destruye por sí misma: no puede ser destruida por el hombre: luego no existe un poder superior capaz de destruirla. ¿No es esto excluir *á priori* la existencia de un principio creador de la materia? ¿No es un perfecto círculo vicioso el argumento positivista? Al inferir del *simple hecho* la imposibilidad de lo contrario ¿no se dá un salto mortal del campo de la experiencia á las regiones de la Metafísica? Lo único que aquí resulta destruido, aniquilado por sus mismos autores, es el principio fundamental, el método y el criterio del positivismo materialista.

C.=No parece del todo infundado el argumento positivista: la nada es contradictoria, repugnante, imposible: luego todo cuanto existe, existe necesariamente: luego la materia es necesaria, increada, independiente é infinita.

R.=No, señor; la nada no es contradictoria, ni repugnante, ni imposible, palabras que expresan la misma idea. Lo que es verdaderamente contradic-

torio es el antecedente del entimema positivista, de lo cual se infiere que este carece de sentido. La contradicción es una idea relativa que expresa la incompatibilidad del sí y del nó, del sér y del no-sér: la palabra *nada* excluye esta relación, excluyendo uno de los términos, el sér. Lo único que pudiera significar la frase del positivismo es lo siguiente: Es contradictoria la no existencia (la nada) de lo que existe: luego todo cuanto existe, existe necesariamente; mas en este caso, la conclusión se confunde con la premisa, y aquella se pone como prueba de sí misma. El mismo sofisma que en el argumento anterior. También pudiera significar esto otro: «Existe algo cuya no existencia es contradictoria»: Luego la nada absoluta es contradictoria, en cuanto supone la no existencia de lo necesario. Pero ¿qué ganará la causa materialista mientras no demuestre, que ese *algo* es la materia?

C.=De la nada, nada se hace: «*A nihilo nihil*». Luego solo puede existir lo que existe; y lo que existe, siempre ha existido.

R.=¡Claro! La nada no es causa del sér, ni eficiente, ni material, ni formal, ni de otra clase: la nada no produce el sér. Pero ¿se les ha ocurrido negar esto á los defensores de la creación? Nunca: Quien produce el sér es el sér..... por esencia, el sér infinito. Luego el eterno argumento, el argu-

mento único de los positivistas contra el dogma de la creación es.....

C.=¿Una simpleza?

R.=Por lo menos, es una *ignoratio elenchi*.

C.=Y pocas veces lo he visto demostrado con tanta claridad. Pero lo cierto es que la Naturaleza solo produce *formas*.

R.=Lo cual no prueba que sea imposible la producción de sustancias; antes bien lo hace verosímil. Además: esto de que la Naturaleza solo produce *formas*, ó que la experiencia solo dá testimonio de la producción de *formas*, envuelve otro círculo vicioso, como los anteriores.

C.=¿Otro círculo vicioso! ¿Por qué?

R.=Porque la experiencia nos manifiesta á todas horas la *aparición* en el mundo de nuevos seres pensantes: y es preciso *suponer* que el pensamiento es una forma de la materia, ó lo que es igual, es preciso suponer la verdad del materialismo acerca de este punto.

C.=He oido á ciertos filósofos aficionados á la Metafísica y á las Matemáticas que puede demostrarse por una simple operación aritmética, que la creación no repugna por parte de la sustancia creada, ó sea, *ex parte objecti*, según el lenguaje de la Escuela.

R.=¿Y podré saber cuál es esa operación ó esa fórmula?

C.=Sin ningún inconveniente: $a : o = \infty$.

R.=Así se dice.

C.=Y como el divisor multiplicado por el cociente (añadiendo el residuo, si le hay) dá de producto el dividendo, resulta: $ox \infty = a$, que representa una cantidad positiva.

R.=Valga por lo que valiere, es ingeniosa la ocurrencia.

C.=Como el positivismo no hace sino afirmar lo que es indudable, á saber, la existencia de la materia ó del mundo, á sus adversarios les toca probar que existe algo espiritual ó supramundano.

R.=No, amigo mío, no se limita á eso el positivismo materialista: afirma que no existe nada distinto ó superior á la materia; que lo pruebe: *Qui prior est tempore potior est jure*: y el género humano se halla en pacífica posesión de los dogmas de la existencia de Dios y de la espiritualidad del alma desde hace algunos años....., todos los que cuenta la Historia; luego al positivismo materialista le corresponde demostrar que esos dogmas son falsos, esas creencias erróneas. Ellos quieren conducir á la humanidad por nuevos rumbos á nuevos fines; pues que demuestren que vá extraviada..... ó la dejen seguir tranquilamente su camino.

C.=Pues no la dejan.

R.=Abrigarán la convicción sincera y profunda de

la verdad de sus teorías y de la firmeza de sus conclusiones.

C.=No abrigan tal convicción: Confiesan de plano los jefes y maestros del positivismo que la *ciencia* no se halla todavía constituida; que en los puntos de más importancia no suele pasar de la probabilidad, y á veces de la verosimilitud ó de la hipótesis; que existen deficiencias y lagunas que, tal vez, el tiempo se encargue de llenar; que acaso surja una teoría más perfecta, con la cual se explique lo que hasta ahora no se ha logrado explicar satisfactoriamente. Y sin embargo, estas dudas, vacilaciones y desconfianzas respecto de lo que llaman la *ciencia*, no han sido parte á impedir que entregasen á los cuatro vientos sus conclusiones prácticas, morales, políticas, sociales ó económicas, consiguiendo infiltrarlas en el corazón de las masas obreras, en las cuales han querido *ensayar* su sistema *sicut in anima vili*.

R.=Son reos de imprudencia temeraria.

C.=Son reos de lesa humanidad; y de ello se convencerá V. plenísimamente cuando yo le refiera las *atrocidades*, que acerca de la condición del género humano, han dicho algunos positivistas de los de primera categoría.

R.=¿Atrocidades?

C.=Encontrará V. floja la palabra?

R.=He conocido algunos positivistas que no duda-

ban de la verdad de sus doctrinas, ni de la bondad de sus aplicaciones.

C.=¿De los jefes y maestros?

R.=No he tenido la honra de tratarlos.

C.=Pues esos que V. conoce no tienen la ciencia suficiente para dudar.

R.=¡Hola!

C.=O saben más que sus doctores. Aunque la razón y sana filosofía no están obligadas á repetir los argumentos de una verdad, de la que se hallan en larga y pacífica posesión, cuantas veces se le antoje á cualquier ma.....terialista, no me parece fuera de propósito recopilar aquí las pruebas que hemos dado de la existencia de un Sér creador de la materia.

R.=¿Teme V. que las haya olvidado?

C.=No temo: mas como cuentan que las paredes oyen, y que la fama, fisgona y entrometida, tiene cien ojos para ver, cien oídos para escuchar y cien bocas para entregar á la voracidad pública lo que ve, lo que oye, lo que barrunta y lo que inventa de suyo, pudiera darse el caso de que esta parte de nuestra conversación llegase á oídos que no han escuchado la primera; y se figurase alguno que nuestro sistema está tan lleno de lagunas, charcas y pantanos, como el positivista: lo que no me haría maldita la gracia.

R.=¿Sospecha V. que haya aquí algún indiscreto?

C.=Quizá yo mismo.

R.=Pues hágase esa recopilación.

C.=He demostrado que el número infinito actual ó simultáneo es imposible: 1.º porque podríamos sustraer una unidad, y por consiguiente, reducirle á cero: 2.º porque sería forzoso admitir infinitos mayores y menores, contenidos estos en aquellos cierto número de veces, y otras tantas veces limitados: 3.º porque si el número supuesto es susceptible de aumento, disminución ó división en partes, no es infinito; y si no lo es, no es objeto de la Aritmética ó de la Matemática, y no es número, aunque tal se le llame. De donde he inferido que el número de séres, ó si se quiere, el número de átomos que constituyen la totalidad de la materia existente es limitado: pudiera ser *más*, pudiera ser *ménos*, pudiera ser *nada* y pudiera no ser. Luego hay que buscar fuera de él mismo la *razón* de que sea lo que es, ni más ni ménos, y aun de que sea algo. Con las mismas razones, y algunas otras de añadidura, creo haber demostrado concluyentemente que también es imposible el número infinito sucesivo. Estas razones especiales son dos, á saber: Que ese número ó série, que se supone infinita, sería en cada uno de sus momentos limitada, pues cualquiera de esos momentos sería *más* respecto del anterior, y *ménos*, respecto del siguiente. Además; si la existencia del momento actual, como la de

cualquiera otro, ha de ser precedida necesariamente de la existencia y destrucción de un número infinito de momentos, ese momento no llegará nunca, porque el número, ó la série infinita nunca concluye. De lo cual deduje que el movimiento y la vida no pueden ser eternos: y por tanto, que ó la materia ha comenzado á existir, ó el movimiento y la vida le han venido de *fuera*: una fuerza eterna y necesaria, ó se desarrolla eternamente, ó no se desarrolla jamás.

R.—Perfectamente: ¿no recopila V. las otras pruebas en favor de la existencia de Dios?

C.—Tal vez, cuando expliquemos el sistema positivista acerca del principio y del modo de la ordenación del universo.

R.—Pues ya que aplaza V. esa cuestión para cuando llegue el caso, tendría V. la amabilidad de oírme dos palabras respecto de una idea, que á mí me viene muy al caso, aunque no venga al caso presente?

C.—Con mucho gusto.

R.—¿Tenemos idea de lo que es contradictorio?

C.—Nó. (1)

(1) Entiende por idea la forma intelectual representativa del objeto conocido, y en este sentido no hay idea de lo contradictorio, que es la nada. No quiere decir con esto que nuestro entendimiento no perciba la repugnancia entre el sér y el no-sér. El autor no toma como sinónimos el conocer una cosa y tener idea de ella, como se vé en este y en algún otro lugar.

R.=¿Tenemos idea del número infinito?

C.=Sí.

R.=Luego el número infinito no es imposible.

C.=Ya lo creo: existe.

R.=¿Cómo?

C.=En equivalencia, ó usando del término de la escuela, virtualmente.

R.=Tenga la bondad de explicarse.

C.=Me explicaré: Existen en Dios todos los géneros, todas las especies, todos los individuos con todas las formas posibles de cada uno de ellos, no en su realidad objetiva, ni como partes de la unidad simplicísima é indivisible de la divina esencia, no á manera de gérmenes que hayan de desarrollarse fatal y necesariamente en virtud de una evolución progresiva; sino siendo la misma simple é indivisible esencia infinita, que puede ser imitada, ó participada, de infinitos modos; ó las razones eternas, las ideas arquetipas del entendimiento divino, conforme á las cuales existirían, si la omnipotente y libérrima voluntad del Creador las fuera llamando á la existencia.

R.=Corriente, corriente. El número infinito actual ó sucesivo es irrealizable en la naturaleza, porque, es imposible que en un momento dado se agote el poder divino; y si Dios no existiese, la idea del número infinito resultaría contradictoria, por no ser realizable ni encontrarse realizado su

objeto en parte alguna. Puesta la existencia divina, esa idea tiene su equivalente en la inagotable fecundidad del divino poder. Sí, un nuevo argumento en favor de la existencia de Dios.

C.=Prosigamos en la exposición del positivismo materialista: La materia, en el concepto puro de sustancia, ó como sujeto de formas, no basta para constituir *la naturaleza*. Esta envuelve una serie no interrumpida de trasformaciones y mudanzas, de producciones y destrucciones; es la alternativa incesante de la vida y de la muerte; es flujo perpetuo de séres; es el movimiento continuo: Luego se necesita la *fuerza*. Todos los fenómenos se verifican, ó realizan, de una manera regular, constante, armónica y ordenada: Luego se necesita una *ley*, un principio generador del orden, una causa ordenadora de la materia.

R.=Hasta aquí nada dice el positivismo que no pueda ser aceptado por la sana filosofía.

C.=Mas, como la materia es necesaria, increada é independiente; como *fuera* de ella, y menos por encima de ella, no existe nada, preciso es referir á la materia la fuerza, la ley, el orden, la causalidad de todo lo que se hace, de todo lo que sucede. La materia lleva en sí misma el principio de todas sus trasformaciones, y evoluciones, la «*omnipotencia creadora de la naturaleza*», esta es verdaderamente «*autónoma*» (Moleschott: La circulación de la vie).

R.—Hé aquí una serie de afirmaciones, que según mi pobre juicio, no gozan de igual certidumbre que las primeras, y cuya demostración les sería muy del caso á los positivistas. La experiencia solo dá testimonio del *hecho*, de la transformación ó cambio que en la naturaleza se produce, de la coexistencia armónica y de la sucesión constante y regular de los fenómenos; pero, la *fuerza* en sí misma no es, ni puede ser objeto de la experiencia; se la supone con vista del hecho, por virtud de uno de los principios fundamentales de la razón ó de la metafísica, el principio de causalidad: «Todo lo que comienza á sér recibe la existencia de otro», ó, «todo efecto procede de una causa». Es, pues, evidente la existencia de la fuerza en el mundo. Mas, esa *fuerza*, que obra sobre la materia y la modifica, la transforma y la pone en movimiento ¿es mundana ó supramundana? En caso de que sea lo primero ¿es inherente á la materia, ó existe como *algo* distinto de ella? Y, si es inherente á la materia ¿le es esencial y *propia*, ó es accidental y *recibida*? Esa ley, por virtud de la cual existen ó se suceden los fenómenos ¿es de tal manera necesaria que todo otro orden de existencias ó de formas deba ser declarado *a priori* imposible ó contradictorio? Conocemos perfectamente la solución que dan los positivistas á cada una de estas cuestiones: pero ¿dónde están las

pruebas? No se las vé por ninguna parte, es todo ello una hipótesis, ó un conjunto de hipótesis, consecuencia lógica de otra hipótesis, la necesidad é independendencia de la materia. ¿Y á esto se llama ciencia positiva? ¿Para esto han sido expulsadas de la esfera de la ciencia las hipótesis de la Teología y las abstracciones de la Metafísica? ¿Para esto se procura *emancipar* á las masas de la autoridad de la Iglesia; para esto, es decir, para sustituirla con la *honrada palabra* de cualquier doctor ó inventor de teorías, que no se toma el trabajo de probar los principios fundamentales de su sistema?

C.=Añada V. á lo dicho el horror de los positivistas á lo que llaman *esencias*, de las cuales no suelen hablar sino bajo la condición de «si existen»; y el miedo que tienen al principio de causalidad, el cual ha llegado á inspirar á algunos la afirmación de que la ciencia debe investigar el *cómo*, mas nunca, el *porqué* (le comment, non le pourquoi) de las cosas ó de los fenómenos. (Claudio Bernard», Augusto Comte et le Positivisme.) Mas, no se figure V., que los positivistas no aducen ninguna razón para *demostrar* su teoría. El mismo Moleschott, en su obra ya citada, nos suministra la siguiente: Si existe una personalidad que se sirve de las propiedades de la materia, como de medios, para realizar ciertos fines, desaparece de la natura-

leza la ley de la *necesidad*; los fenómenos quedan sometidos á lo *arbitrario*; la ciencia concluye, la fé empieza. El mismo argumento presenta el doctor Buchner en su obra «Science et Nature».

R.=¿ Y no hay más?

C.=No he visto otra cosa: La seguridad de la *ciencia*.

R.=¡ Ah!!!! Pues si la ciencia necesita para su seguridad que suprimamos á Dios, le suprimiremos; si se contenta con que le neguemos toda intervención en las cosas del mundo, se la negaremos; si nos exige que renunciemos á la fé, á la oración y á la esperanza, renunciaremos; y si nos intima que abdiquemos nuestra libertad y nos arranquemos el alma, para convertirnos en simple mecanismo, será preciso darle gusto. Porque de otra manera ¿qué sería de la ciencia y de la seguridad de sus conclusiones? Todo esto se llama *absurdo* en el lenguaje puramente humano: en el de los creyentes se llamará blasfemia.

C.=Nada de eso: En el lenguaje de los creyentes se llama necedad, hija de otra necedad, el orgullo de los que á sí mismos se adjudican el título de sabios. Y perdonen los señores Buchner, Moleschott y compañeros de materialismo en el que, según nos cuentan, se encierra toda sabiduría.

IV.

R.=Y ¿cómo explica el positivismo materialista la formación ó génesis del Universo?

C.=Regularmente adoptan los positivistas el sistema de Laplace, del que ya hemos hecho mención, y que tendrá V. la amabilidad de exponernos, como más versado en esta clase de estudios.

R.=Lo haré porque V. lo manda, aunque no respondo de explicar con exactitud todas sus circunstancias y pormenores. Mas, entiendo que el sistema de Laplace es seguido hoy por la generalidad de los escritores católicos.

C.=Purificado del virus ateístico que le informa, ó mejor dicho, le corrompe, en el libro de su autor.

R.=En el principio.....

C.=¡Alto! según la escuela positivista, la materia no ha tenido principio.

R.=Cierto. Desde toda la eternidad existía, infinitamente distendida en los espacios infinitos la *gran nebulosa*, la materia primitiva cósmica ó universal, confusa aglomeración de todos los cuerpos simples que conocemos, y, probablemente, de otros muchos que han escapado hasta ahora á las investigaciones de la ciencia; todos en estado de gas por la acción expansiva del calórico. Allí existía la materia, y las formas de todas las cosas,

las fuerzas de la naturaleza, los gérmenes de la vida; pero sin orden aún, sin organización, sin disposición alguna particular ó determinada, por lo cual se llama también materia caótica ó caos. «*In principio creavit Deus cælum et terram. Terra autem erat inanis et vacua, et tenebræ erant super faciem abyssi: et Spiritus Dei ferebatur super aquas.* (Gen. cap. I, vv. 1 et 2). (1) Desde toda la eternidad, ó en un momento dado, la gran nebulosa comenzó á girar sobre sí misma. En virtud de la fuerza centrípeta las capas interiores se acumularon hacia el centro; y en virtud de la centrífuga, ó de proyección, las exteriores se desprendieron en forma de anillos, que empezaron también á girar sobre su eje, verificándose el mismo fenómeno de atracción y repulsión, que en la gran nebulosa, siendo este el origen de las estrellas ó soles, y de los cometas y planetas á quienes sirven de centro: de estos se formaron por igual manera los satélites y asteróides, y hé aquí organizada y constituida con orden admirable la gran fábrica del mundo sideral.

(1) Después de escritos estos renglones, ha llegado á nuestro conocimiento una nueva hipótesis del positivismo acerca de este punto. La *nebulosa* no es ya la materia en su estado primitivo: lo es la materia prenebular, el protilo ó proto-materia, sustancia homogénea é indefinida que, desenvolviéndose en diferentes estados, constituyó los cuerpos simples, cuya aglomeración vino á formar la gran nebulosa.—*Suum cuique.*

C.=¿Y cómo pasaron esas grandes masas del estado gaseoso al estado sólido, en que al presente se encuentran la mayor parte de ellas?

R.=Muy sencillo; por el enfriamiento sucesivo, efecto de la irradiación del calórico en ellas acumulado.

C.=De modo que todos los planetas, y por consiguiente, la tierra que habitamos, han sido en su origen, ó en los primeros pasos de su formación, una masa incandescente.

R.=Y quizá lo son todavía las estrellas ó soles; y tal vez ciertas masas, que el telescopio descubre en las profundidades del espacio; y otras que á simple vista se perciben, como la vía láctea, no son otra cosa que porciones de materia cósmica, que darán origen á nuevos mundos.

C.=Y quizá también el éter, ese fluido incoercible, imponderable, impalpable é invisible; esa sustancia sutilísima que lo llena todo, que lo penetra todo, y todo lo mueve; que según la forma que reviste se llama luz, calórico, magnetismo, electricidad, atracción y afinidad; esa sustancia sutilísima, ese *algo* misterioso, cuya esencia nos es desconocida, cuya existencia se admite como una necesidad de la naturaleza y no se demuestra con ningún argumento; quizá el éter no es otra cosa que la misma materia cósmica purificada, vivificada, cuasi espiritualizada por el aliento de Dios: «*sit lux, et fuit lux*» (Gen. 1. 3); y con la luz, y

por virtud de la luz, comenzaron á ser y á desenvolverse, hasta su perfeccionamiento total, el orden, la belleza, la armonía y la vida en el universo mundo: ella fué como el instrumento de su formación, y ella el principio que la conserva.

R.—Todo eso no solo es verosímil, sino probable, y el pensamiento raya en lo sublime. Consecuencia de lo dicho anteriormente es la opinión de los más insignes geólogos, de que la tierra es en la actualidad una masa incandescente de consistencia pastosa, con una capa sólida relativamente de poco espesor, siendo los volcanes, los terremotos, los hundimientos y otros fenómenos, que se han realizado en diferentes épocas, cambiando la faz de nuestro planeta, y se verifican aun en el día, terribles manifestaciones de ese fuego central. Casi puede demostrarse *á priori* la verdad de este aserto: pues la presión que las capas más exteriores van ejerciendo sucesivamente sobre las más interiores hasta el centro, debe desarrollar bien pronto tal cantidad de calórico que baste para fundir las rocas más duras.

C.—De modo, que debemos estar con el alma en un hilo, puesto que vivimos realmente sobre un volcán.

R.—Sobre un volcán inmenso. Durante la época de la incandescencia de la tierra y de su enfriamiento sucesivo, hasta la formación de la costra

sólida, el aire debió hallarse inmensamente dilatado, saturado de ácido carbónico, efecto de la combustión y de las innumerables operaciones químicas que se estaban verificando, y las aguas todas llenando la atmósfera, en forma de vapor. A medida que se iba produciendo el enfriamiento en la atmósfera, los vapores de agua debieron condensarse, cayendo sobre la superficie de la tierra, y volviendo á elevarse convertidos en vapor, y esto no una sinó muchísimas veces, hasta que se produjo el enfriamiento suficiente para que las aguas pudieran permanecer sobre la costra, ya sólida, del globo, cubriéndole por todas partes.

C. = Sin duda por eso dijo el Señor al gran patriarca Job: «¿Dónde estabas cuando yo cubría la tierra de aguas y la envolvía en nubes de vapor, como á un niño en las mantillas de su infancia?» (Job, cap. 38, v. 4.) Y sin duda, también por eso cuenta Moisés que en el segundo día creó Dios la *expansión* (firmamento) dividiendo las aguas superiores de las inferiores: «*fiat firmamentum in medio aquarum..... divixitque aquas quæ erant sub firmamento, ab his quæ erant super firmamentum,*» (Gen. I vv. 6 et 7); y en el tercero reunió en un lugar las aguas que cubrían la tierra, dando el nombre de mares (maria) á esta reunión. «*Congregentur aquæ, quæ sub cælo sunt in locum unum: et appareat arida..... Et vocavit Deus aridam*

terram, congregationesque aquarum appellavit maria». (Gen. I, vv. 9 et 10). Pero en todo esto han debido emplearse millares de años.

R.=Y quizá miriadas de siglos. Durante esta época.....

C.=Que comprende los dos primeros días de la creación mosaica y una parte del tercero.

R.=Durante esta época la vida, tal como hoy la conocemos, era imposible en la naturaleza, por lo cual recibe el nombre de *azóica*, como también las rocas primitivas que durante ella se formaron. Cuando por el descenso de la temperatura, la vida fué posible en la tierra, los primeros seres vivientes fueron, sin duda, las plantas, pero, plantas gigantescas, enormes, colosales, por la abundancia de calor, de humedad y de ácido carbónico, que tanto contribuyen á la nutrición, crecimiento y desarrollo de los vegetales. Tal vez, á estos vegetales primitivos, sepultados en las entrañas de la tierra por los grandes trastornos que en ella se sucedieron durante esta época, se deben muchos de los depósitos de carbón de piedra, que tan importante papel desempeña en la moderna industria.

C.=Sí, así debió ser. «*Germinet terra herbam viventem et facientem semen juxta genus suum.*» (Gen. I, v. 11). Segundo período del tercer día de la creación.

R.=Los primeros animales que aparecieron sobre la superficie de nuestro planeta fueron, á no dudarlo, los que podían soportar las condiciones geológicas y atmosféricas, que entonces existían: Los peces, que viven en el agua, respirando el oxígeno en ella disuelto, y las aves que podían buscar en las alturas aire más puro y fresco y menos impregnado de ácido carbónico, que el que rodeaba inmediatamente la tierra. A esta época pertenecen los *saurios*, grandes monstruos marinos, cuya existencia asegura la Geología.

C.=Quinto día de la narración mosaica. «Y crió Dios los grandes cetáceos y toda alma viviente y semoviente que habían producido las aguas, y todo volátil según su género. *«Creavitque Deus cete grandia, et omnem animam viventem atque motabilem, quam produxerant aquæ in species suas, et omne volatile secundum genus suum»*. (Gen. I, 21).

R.=Los grandes carnívoros y los grandes paquidermos, el oso, y la hiena de las cavernas, el mammoth ó gran elefante, y los grandes búfalos ó toros, cuyos fósiles se encuentran en abundancia en los terrenos terciarios, fueron los primeros animales terrestres, según testimonio irrecusable de la ciencia: estas razas de grandes mamíferos, ó se han extinguido, ó, lo que es más verosímil,

se han achicado, por el cambio de las condiciones geológicas y atmosféricas, hasta venir á parar en las que hoy viven entre nosotros. Durante este período la temperatura debía ser aun muy alta, y casi igual en todos los puntos de la tierra; pues no sólo en las regiones templadas, sino también en las polares, se encuentran fósiles de grandes mamíferos, que hoy solo viven en las cálidas; por ejemplo, de elefantes, cuyos despojos, según dicen, prestan hoy al comercio no escaso surtido de marfil. Este fenómeno era producido por el poco espesor que aun tenía la costra sólida de la tierra y la consiguiente proximidad de la masa incandescente.

C.=Lea V. los versículos 24 y 25 del primer capítulo del Génesis en que se habla de la creación de los animales terrestres. «*Producat terra animam viventem in genere suo, jumenta, et reptilia, et bestias terræ secundum species suas. Et fecit Deus bestias terræ juxta species suas, et jumenta, et omne reptile terræ in genere suo*».

R.=Dotado de organización más compleja, perfecta y delicada, y con mayores necesidades, el hombre debió aparecer el último en la escena de la vida...

C.=Y el último apareció. «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.» *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.*» (Gen. I. 26.)

R.=Aunque no mucho después, relativamente hablando; pues sus restos se encuentran mezclados con los de los grandes mamíferos de las razas extinguidas, en las cavernas y aun en las capas de los terrenos terciarios.

C.=No mucho después, relativamente. En el sexto día, ó período de la creación, aparecieron los mamíferos y el hombre. (Gen. *ibid.*)

R.=Tal es la última palabra de la ciencia acerca de la formación del mundo en general y del orden de la vida en la tierra. Ahora V. dirá.

C.=Yo he dicho ya todo lo que tenía que decir. Desde la primera palabra hasta la última, la lucubración científica parece *copiada*, letra por letra y punto por punto, de la narración mosáica. Lo que hoy nos enseña la ciencia con abundancia de datos, observaciones y deducciones bastante bien fundadas, es lo mismo que sin aparato científico y con sencilla ingenuidad, como quien está seguro de lo que dice, viene contando al género humano algunos siglos ha «el viejo pastor judío» (como por sarcasmo le llaman los positivistas) Moisés. Esta coincidencia ó conformidad obligó á decir al insigne naturalista Cuvier que «ó Moisés sabía todo lo que hoy se sabe en ciencias naturales, ó se hallaba divinamente inspirado.»

R.=No reconozco otra inspiración que la del genio, el cual no es producto exclusivo de ninguna épo-

ca. Mientras las antiguas cosmogonias de los egipcios, de los asirios y caldeos, de los persas, y las más modernas de los griegos y de los pueblos del norte, no presentan sino un conjunto monstruoso de fábulas, que repugnan á la razón; la de Moisés parece por su sencillez y sublimidad, el eco de la razón y del sentido común. A la voz de ELOHIM van saliendo del caos todas las cosas, ocupando cada cual su puesto, y desempeñando las funciones que le corresponden en la gran máquina del mundo. ELOHIM lo quiere, y todo es hecho: el efecto aparece íntimamente enlazado con su causa.

C.=¡Elohim! La única palabra que estorba á los positivistas en la narración mosáica: á no ser por esa palabra, ellos se harían lenguas en alabanza del texto y de su autor. Verdad es que esa palabra es la que les estorba en todas partes, y les ofende y les enoja; y esto es lo que como *proprio* y *exclusivo* puede reclamar la *ciencia* materialista, el odio á ELOHIM, la teofobia: todo lo demás, grano ó paja, es mies acarreada á la era de la inteligencia humana por todos los que han cultivado el campo de la naturaleza, materialistas ó *sabios*, y no materialistas ó ignorantes. Mas permítame V. que, á manera de notas ó apostillas, exponga aquí algunas preguntas, y quizá algunas observaciones, para dar fin y remate á este asunto. ¿Cuál es el centro ó parte media, y cuál la super-

ficie, ó cuáles los límites de una masa infinita? ¿Cuáles son las capas interiores, y cuáles las exteriores? ¿Qué significan en este caso las palabras centrípeta y centrífuga aplicadas á la fuerza? ¿Cómo se comprende que una masa infinita gire sobre sí misma, describiendo una curva dentro de la cual esté contenida? Y si solamente giró y se condensó después una *porción* de esa masa ¿se nos podrá decir si fué la mitad, la décima, la centésima, la milésima parte, ó cualquiera otro submúltiplo de la masa total infinita? Y ¿qué razón hay para que comenzase á girar esa parte, permaneciendo el resto en la inmovilidad? Y este resto, ¿cuánto importa?

R.—Preciso es confesar que tales preguntas no pueden ser fácilmente contestadas. Pero también es verdad que con ellas ha querido V. hundir á los positivistas en el abismo de la metafísica, del que ellos huyen como si fuera el infierno.

C.—Pues ¿soy yó quien aplica á la materia los dictados de infinita, necesaria, eterna, increada, é independiente? ¿ó quién afirma que la fuerza le es esencial? ¿ó tengo yo la culpa de que estas palabras expresen nociones y conceptos de la más elevada metafísica? Desengáñese V. amigo mío; los materialistas sienten horror á la metafísica, porque los conduce naturalmente á reconocer algo superior á la experiencia, algo extramundano y sobre-

natural; pero cuando creen que puede favorecerlos, á ella acuden y de ella se sirven, como los demás hombres.

R.=¿Qué es, pues, lo que V. acepta de la teoría cosmogónica que acabamos de exponer, y qué es lo que rechaza?

C.=Acepto todo lo que está conforme con la narración de Moisés; rechazo el elemento ateístico, que es puramente negativo, y como tal no afecta, ni poco, ni mucho, ni á la sustancia, ni á la forma del sistema que V. ha explicado; y entrego todo lo demás á la jurisdicción de la ciencia.

R.=Hay un punto en la narración genesiaca, que no se compadece con el sistema de Laplace, ó que, por lo menos, ofrece alguna dificultad. Según este, el sol es anterior á la tierra, pues esta es un anillo gaseoso desprendido de la masa de aquél: y según el relato mosáico, el sol, la luna y las estrellas no empiezan á existir hasta el cuarto día de la creación.

C.=No hay tal discrepancia, ni siquiera dificultad: Moisés no habla del sol, la luna y las estrellas como anillos ó masas nebulosas, sino como astros que empiezan á brillar en el cielo y á iluminar la tierra: lo cual bien pudo suceder en el cuarto día. La misma tierra es en la primera época «vacío y horror», «inanis et vacua», y solo en el tercer día recibe el nombre de TIERRA, cuando separada de

las aguas, produce de su seno la vida vegetal y los primeros animales. Siendo el sol una masa mucho mayor que la tierra, debió tardar más tiempo en enfriarse y adquirir ciertos grados de densidad, que quizá eran indispensables para ejercer sus funciones de brillar, alumbrar y calentar la tierra. (1) La luna, como más pequeña que la tierra, debió enfriarse más pronto, solidificándose la superficie; pero no pudo iluminarla hasta que recibió del sol la luz que nos envía. En una palabra; según la narración del Génesis, los astros no comenzaron á brillar sobre la tierra hasta el cuarto día, pero esto no implica que no existiesen antes como masas nebulosas. Aunque, como hemos dicho, las palabras fuerza *centrípeta* y *centrífuga*, de *atracción* y de *proyección* nada significan absolutamente respecto de una masa infinita, en la que no puede haber ni centro ni periferia, y no basten, por consiguiente, para explicar la ordenación y la formación del *cosmos* ó mundo sideral, significan muchísimo respecto de este ya formado y constituido, y bastan para explicar sus movimientos, cuyo conjunto recibe el nombre de *mecánica celeste*. Newton dijo «los cuerpos obran los

(1) Aun hoy parece ser el sol una materia totalmente incandescente, rodeada, en gran cantidad, de diferentes gases, especialmente de hidrógeno.

unos respecto de los otros como si se atrajeran». Y así es efectivamente: los planetas se van acercando á su centro hasta llegar al perihelio, y no hay inconveniente en llamar á la causa, que produce este fenómeno, fuerza centrípeta ó de atracción: y después empiezan á retirarse hasta tocar en el afelio, y tampoco le hay en hablar de fuerza centrífuga, ó más bien, de repulsión. El equilibrio de estas dos fuerzas constituye la mecánica celeste, y mantiene y conserva perfectamente el orden y la armonía del universo, los cuales desaparecerían en el instante mismo en que este equilibrio se rompiese. Según las leyes de Kepler la atracción se ejerce entre los cuerpos en razón directa de las masas respectivas é inversa del cuadrado de la distancia que los separa. Según esta ley, parece que los cuerpos celestes debían precipitarse en su centro desde el perihelio, y escaparse de su órbita en el afelio: pero sucede todo lo contrario; pues empiezan á ser rechazados cuando están más cerca, y á ser atraídos cuando se hallan más lejos. Explícate este hecho, afirmando, y á mi parecer, con mucha razón, que cada uno de los astros se halla sometido mediata ó inmediatamente á la influencia y acción de todos y de cada uno de los demás; y así, cuando cualquiera de ellos hubiera de precipitarse en su centro los otros le sostienen; y cuando hubiera de

escaparse de su órbita, le contienen dentro de ella. ¡Admirable trabazón de todas las partes del cosmos entre sí, y de cada una de ellas con el todo! Maravillosa combinación de las fuerzas centrípeta y centrífuga, que cuando parece que la una debiera destruir el equilibrio, le conserva la otra; y así se mantiene el orden sin alterarse jamás. Añádase que así como los planetas giran en torno de sus centros, que son las estrellas ó soles, estos giran también en torno de un gran centro colocado allá en las inmensas profundidades del espacio, y que solo puede ser conocido de Dios, arrastrando en su vertiginosa carrera miriadas de mundos. Esta hipótesis no carece de fundamento racional; pues así como los planetas comenzaron á girar al rededor de las estrellas, de las cuales se desprendieron, parece que estas debieron girar también en torno de la gran nebulosa, que formaba el centro común.

R.—¡Soberbia y magnífica idea del orden, de la armonía y de la grandeza del universo!

C.—¡Y de la sabiduría y grandeza de su Autor! Pero la grandeza aparece, si cabe, más grande cuando atendemos á las cosas pequeñas. Según mi humilde juicio las fuerzas de atracción y de repulsión no corresponden inmediatamente ni á las grandes, ni á las pequeñas masas, sino que existen radicalmente en cada una de las molé-

culas, de los átomos, de las mónadas, que constituyen la totalidad del mundo; y estas fuerzas se hallan de tal manera dispuestas, combinadas y equilibradas entre sí, cual conviene para producir todos los fenómenos mecánicos, físicos y químicos que se realizan en la naturaleza. Yo, por lo menos, no veo otra cosa que atracciones y repulsiones, ó efectos de la atracción y de la repulsión, en la física, en la química y en la mecánica: considero, por tanto, á cada uno de los cuerpos como un pequeño mundo (microcosmos), y á cada una de sus moléculas ó mónadas contribuyendo á la armonía universal y formando parte de ella, en virtud de esa ley única que rige y gobierna á los átomos..... y á los soles. Teniendo presentes estas consideraciones, ó más bien, estos hechos ¿es posible no reconocer en la formación y ordenación del Universo los efectos de una sabiduría infinita y de un poder sin límites?

R.=Del mismo sistema de Laplace, adoptado por el positivismo, intenta V. sacar algo en beneficio de su tesis favorita.

C.=Si V. vé una rica y variada colección de objetos de cerámica ¿qué es lo que infiere?

R.=La preexistencia del barro de que han sido formados.

C.=Y la de un alfarero muy inteligente que los formó.

R.=Lo del alfarero, pase, porque todo efecto exige una causa: pero lo de inteligente, de ninguna manera, la *ciencia* lo rechaza.

C.=Pero lo proclama el sentido común.

R.=Tratándose del mundo, me parecería más adecuado el ejemplo de una máquina en la que todas las piezas estuviesen convenientemente dispuestas, y las fuerzas hábilmente calculadas y proporcionalmente distribuidas.

C.=Pues, dé V. como proclamada la existencia de un sabio mecánico y habilísimo calculador.

R.=Basta de cosmogonia.

C.=Una palabrita más, que espero no le desagradará á V. Quiero darle breve noticia del sistema cosmogónico de J. Debreyne, calcado, ciertamente, sobre el de Laplace, pero con algunas variantes de importancia. Para este autor, católico y religioso trapense, el caos primitivo ó la gran nebulosa, se llama *polvo cósmico*, materia sin formas, sin fuerza, sin propiedades físicas, ni químicas, materia que no es más que materia, el sér en los confines aún de la nada. El instrumento de la formación del mundo es la *luz fuerza*, significada en la sublime frase del Génesis: «*sit lux, et fuit lux*», la cual produce la *luz fenoménica*, ó visible, la electricidad, el magnetismo, el calórico, la atracción universal, la cohesión, la afinidad, todas las fuerzas físicas y químicas que obran y se agi-

tan y hierven en la naturaleza. El movimiento regular de los astros al rededor de su centro reconoce como causa inmediata la atracción y repulsión recíprocas de las dos electricidades positiva y negativa. (1)

R.—El sistema es ingenioso, y no carece de cierta originalidad.

C.—Pero como su autor no es un sabio, sino un fraile, no ha logrado renombre. Entremos ya en el examen de las cuestiones que se refieren al origen de la vida.

R.—Entremos.

V.

C.—Dos son los principios fundamentales de la Biología, ó hablando con más exactitud, de la Biogenia positivista. Es el primero, la *generación espontánea*, ó sea, la organización de la materia inorgánica por su propia virtud. Para los positi-

(1) El insigne astrónomo y naturalista belga Lagrange, que ha estudiado profundamente la acción de las corrientes magnéticas del sol sobre la tierra, afirma que estas deben cambiar por completo el estado de la superficie de nuestro globo en el decurso de 21.000 años, y que el estado actual no puede elevarse á más de 4.000 años antes de nuestra era. ¡¡ Bueno queda según esta teoría el preadamismo positivista!!

vistas la vida vegetal, sensitiva ó racional no es un principio, ni una causa; es sencillamente un resultado de la organización, ó más bien, el conjunto ó suma total de las funciones orgánicas: física y química y, si se quiere, sólo mecánica. Así lo declara Meleschott, afirmando que «la Fisiología no es más que la química de los seres vivientes.» (Circulación de la vie). Es el segundo, la *evolución* ó tránsito de lo menos perfecto á lo más perfecto, no solo dentro de la misma especie, sino también pasando de la una á la otra, desde el musgo hasta el cedro, desde el infusorio hasta el hombre.

R.=Y ¿qué piensa V. de esos principios biogénicos que, con ligeras variantes en su aplicación, profesan todos los positivistas?

C.=¿Yo? ¿A quién va dirigida la pregunta, al sacerdote católico ó al representante de la *ciencia*?

R.=¡Hola, hola! También V. se halla investido de esa representación ¿es V. el oráculo, ó solo el sacerdote?

C.=Tiene V. razón: yo no represento sino mis propias opiniones, de las cuales soy tan dueño como el Rey de sus alcabalas.

R.=Pues para que V. no dude, quiero oír primero la doctrina del sacerdote: después trataremos de las opiniones del *sabio*.

C.=Habla la religión: Digo de la biogenia positi-

vista lo que he dicho de la cosmogonia. Si el positivismo se aviene á reconocer y confesar que la materia ha sido creada por Dios, que de Él ha recibido sus propiedades, y en sus movimientos, operaciones y combinaciones no hace sino cumplir las leyes que se la han impuesto, la Iglesia nada tendrá que reprender ni censurar en la teoría de la generación espontánea de los séres vivientes. (I)

R.=¿Y respecto del evolucionismo?

C.=Con tal que los positivistas declaren que la materia ha recibido de Dios el poder evolutivo y las leyes de la evolución..... lo mismo que en el caso precedente.

R.=Y ¿nada más exige la Religión á los positivistas?

C.=¡¡Psch!! otro poquito: Que reconozcan en el hombre una sustancia distinta de la materia, inteligente, libre é inmortal. La Iglesia no puede menos de proclamar este dogma de cuenta propia, y en nombre de la sana filosofía y de la dignidad humana.

R.=¿Cabe en la doctrina católica atribuir á la evolución el origen del cuerpo humano?

(I) En este transeat relativo á los principios de la biogenia positivista, no se incluye el concepto erróneo de la vida, considerada, como antes se dice, por el positivismo, como simple efecto ó resultado de la organización; sino solo la generación espontánea y la evolución en la forma y con las restricciones con que van expuestas.

C.=No cabe. El concilio IV de Letrán (cap. Firmiter) declara que el hombre es obra inmediata de Dios en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo. Y aunque no pudo ser la mente del Concilio condenar la teoría de la evolución, entonces desconocida, bastan sus palabras para que á ellas nos atengamos firmemente los católicos. Hasta aquí el sacerdote.

R.=Luego lo único que reprueba la fé en la ciencia positiva es el ateismo en cosmogonia, y el materialismo, ó las tendencias materialistas, en antropología.

C.=Lo único.

R.=Y como la materia, y los elementos, fuerzas y propiedades de la materia, el orden del mundo, las leyes de la naturaleza y las condiciones de la vida, no dejarán de ser lo que son, ni serán de otra manera, sea que la materia tenga todas estas cosas de suyo, ó que las haya recibido de otro; síguese que la ciencia será también la misma, ya se admita, ya se niegue la existencia é intervención en el universo de una causa extramundana y sobrenatural, y por consiguiente, que la Religión en nada perjudica á la ciencia.

C.=Pero si un poder superior ha creado la materia y establecido y decretado las leyes por que se rige en todas sus manifestaciones, este mismo podrá suspenderlas, modificarlas, derogarlas y

sustituirlas por otras; y en este caso, desaparece del mundo la *necesidad*, y con ella concluye la *ciencia*. (El ya citado Moleschott).

R.=La *ciencia* solo puede reclamar la seguridad del *hecho*; es á saber, del fenómeno, de la causa inmediata y de la ley; pero no su necesidad y la imposibilidad absoluta de lo contrario: estas nociones pertenecen al dominio exclusivo de la metafísica, y al reclamarlas el positivismo, se coloca á sí mismo fuera de la *ciencia*: (hors de la science), es decir, se contradice. Mas, ya que he oído con respeto la voz de la Religión, quisiera tener el gusto de oír ahora la de la ciencia.

C.=Oirá V. con su acostumbrada benignidad mis particulares opiniones. Comenzaré exponiendo ciertas palabras de la Biblia, según las inspiraciones de mi espíritu privado.

R.=¡De su espíritu privado! Horror!! Ese es el criterio del protestantismo.

C.=No se espante V. Los católicos somos hombres, y tenemos nuestra alma en nuestro almario, y nuestro espíritu muy bien alojado dentro de nuestro cuerpo: podemos leer, estudiar, é interpretar la palabra de Dios, consignada en las Sagradas Escrituras, sin otra limitación que seguir las reglas, y someternos á la autoridad de la Iglesia, cuando esta pronuncie su fallo. Tanto más, cuanto que por ahora nada, voy á interpretar, en

el riguroso sentido de este vocablo, sino solamente á llamar la atención de los positivistas acerca de ciertas frases bíblicas.

R.=Vengan esas frases.

C.=En la creación de las plantas dice Elohim: «GERMINET terra herbam virentem et facientem semen, et lignum pomiferum..... cujus semen in semetipso sit= et PROTULIT terra herbam virentem..... lignumque faciens fructum». En la de los reptiles, aves y peces dice: «PRODUCANT aquæ reptile animæ viventis, et volatile super terram sub firmamento cœli: creavitque Deus (continúa el historiador sagrado) cete grandia et omnem animam viventem atque motabilem, quam PRODUXERANT aquæ.....» Dice en la de los animales terrestres: «PRODUCAT terra animam viventem..... jumenta, et reptilia, et bestias terræ». Pero para crear al hombre emplea un lenguaje muy distinto, diciendo: «FACIAMUS hominem ad imaginem et similitudinem nostram= Et creavit Deus hominem ad imaginem suam, ad imaginem Dei creavit illum, masculum et feminam creavit eos».

R.=Y ¿qué prueban esos textos de la narración genesiaca?

C.=Algo *parecen indicar*, y también prueban algo. Las palabras *germinet*, *producat*, *protulit*, *produxerant*, parecen indicar que las aguas y la tierra fueron en el principio, no sólo la materia

ex qua, sino también la causa eficiente secundaria o instrumental de la organización de los séres vivientes; y por tanto que la materia inorgánica se organizó por sí misma, en virtud de la fuerza que Dios le había comunicado y cumpliendo las leyes que le impuso. Las palabras «Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram», *prueban* que el origen del hombre, tanto respecto del alma como del cuerpo, se debe exclusivamente á Dios. De donde pudiera alguno inferir, quizá con fundamento, que la teoría de la generación espontánea, base y principio de la evolución, tiene su defensa, más ó menos sólida, dentro de los principios teístas y católicos: mientras que en manos del positivismo se halla del todo perdida.

R.—Pues, si es así, buen protector le ha salido á la *ciencia*.

C.—Pues así es: si la teoría de la evolución es la ciencia, el positivismo es su verdugo: según sus principios, la evolución es imposible.

R.—¿Se atreverá V. á demostrarlo?

C.—De una manera tan sencilla como concluyente y perentoria. Necesaria y eterna la materia, necesarias y eternas sus propiedades, necesarias, eternas é inmutables sus leyes; los fenómenos deben ser siempre los mismos, y la generación espontánea y la evolución deben haber comenzado desde la eternidad y continuar por toda la eternidad.

- R.=El principio es inconcuso: ó siempre ó nunca: cuando se trata de cosas necesarias, lo que ha sido es lo que es, y lo que no es, no ha sido ni será, porque no puede ser.
- C.=Pero en el presente no se realizan ni la generación espontánea, ni la evolución: luego nunca se han realizado.
- R.=Admitidas las premisas, que de suyo son evidentes, no se puede rehusar la consecuencia.
- C.=¿Qué causa, qué razón ó qué motivo puede señalarse, ó concebirse siquiera, para que la evolución se haya detenido en su marcha? ¿Se ha agotado la materia *organizable* y evolucionable en la naturaleza? ¿No existen ya especies inferiores y superiores? Pues ¿por qué no vemos un molusco con caracteres ya de vertebrado, un pez ó reptil con alas, siquiera rudimentarias, de ave, ó cuadrumano que se sostenga derecho sobre sus extremidades posteriores? En una palabra. ¿Por qué no se realiza hoy el tránsito de una especie á otra especie superior? ¿Es acaso, que se ha extinguido la fuerza evolutiva en la materia? Pero entonces ¿cómo se afirma que esa fuerza le es esencial, y como la materia misma, necesaria y eterna? Nó; el poder organizador y evolutivo no existe hoy, porque no ha existido nunca. Si la necesidad *absoluta* es condición indispensable para la ciencia, el evolucionismo y la ciencia son incompatibles.

R.=El argumento es abrumador y del todo incontestable: mas me permitiré algunas observaciones. Quizá no *vemos* hoy la evolución porque su paso es tan lento, que se necesitan millares, y quizá millones de siglos, para que se verifique el tránsito de una especie á otra superior.

C.=Y ¿qué importan esos millares ó millones de siglos dentro de la eternidad? Han pasado hace mucho tiempo y están pasando todos los dias: ya pudieran haber desaparecido todas las especies inferiores y superiores, y haberse refundido en la suprema, que es la humana, término, hasta ahora conocido, de la evolución.

R.=La materia organizable necesita, sin duda, de ciertas circunstancias y condiciones para organizarse, las cuales son debidas muchas veces al azar ó casualidad.

C.=Cuando se trata de cosas necesarias, no se puede hablar de circunstancias, condiciones, ni casualidades, ni de nada contingente, es decir, que pueda ser ó no ser: donde todo es necesario, todo es eternamente lo mismo.

R.=Pues, estamos frescos! Puede uno ser católico y evolucionista, y no puede ser evolucionista siendo ateo!

C.=Y lo más gracioso es que la teoría de la evolución parece haber sido inventada para defender el ateismo. «*Comprehendit sapientes in astutia sua.*»

Si considerada á la luz de los principios teoréticos del positivismo, la doctrina de la evolución aparece absurda, juzgada según su criterio práctico..... aparece lo mismo. Más de veinte mil especies fósiles de seres vivientes tiene reconocidas y clasificadas la paleontología; pero todas fijas, concretas, determinadas, contenidas dentro de sus límites, y cada una con sus propios caracteres, sin que se vean en parte alguna señales ó indicios de transformación ó tránsito de la una á la otra. Luego la evolución que en los tiempos presentes no se realiza, tampoco aparece realizada ni iniciada en ninguno de los períodos históricos de la vida que conocemos, algunos de ellos muy anteriores, sin duda, á la aparición de la humanidad sobre nuestro globo. ¡Y los positivistas declaran que la experiencia es el fundamento único de la ciencia! Pues, por esta vez..... que lo sea.

R.=Y aún paréceme que pudiera darse un paso más por este camino. Lo que se realiza en el mundo de una manera regular, constante y sin excepción alguna, puede considerarse como ley de la naturaleza, ó como un efecto de ellas. ¿Admitirán la proposición los positivistas?

C.=La proclaman: de otra manera ¿cómo podrían llegar á conocer ni formular ninguna de las leyes de la naturaleza? ¿ni qué *seguridad* pudieran hallar en la ciencia?

R.=Pues la menor se vé por vista de ojos. Lo que se realiza en la naturaleza de una manera regular, constante y sin excepción alguna, es la procedencia ú origen de un viviente de otro viviente, y de otro viviente de la misma especie. Luego es ley de la naturaleza, ó efecto de ellas. Luego la teoría de la generación espontánea, de la cual procede la de la evolución, como de su raiz y principio, es contraria á las leyes de la naturaleza.

C.=Así parece.

R.=Pues, otro pasito más: casi puede asegurarse que en el orden de la organización de los séres vivientes, la naturaleza no ha procedido siempre de lo menos perfecto á lo más perfecto, antes por el contrario, algunas especies puede decirse que han *degenerado*. Podemos afirmar con fundamento razonable que los mamíferos carniceros y paquidermos de nuestra época son descendientes de los grandes paquidermos y carniceros de la época terciaria, cuyos restos se encuentran en ciertas cavernas. Y en este caso las dichas especies han perdido no poco de su primitiva robustez y perfección: el progreso ha sido *in deterius*.

C.=¿Y con qué fundamento afirma V. como razonable que ciertos paquidermos y carniceros de nuestros dias son legítimos descendientes de los grandes tipos de la época terciaria?

R.=Porque me parece poco razonable, y muy arbi-

trario decir, que, extinguidos aquellos individuos, brotasen los actuales de la misma especie en virtud de una nueva generación espontánea, y se constituyesen en virtud de una nueva evolución.

C.=Piensa V. perfectamente: *Deus et natura nihil moliuntur frustra*». Mas, ¿cómo explicaría V. esa degradación?

R.=De un modo muy sencillo y natural: por el cambio de las condiciones geológicas y atmosféricas, de que ya hemos hablado, y que no han podido menos de producir el de las biológicas en los seres organizados.

C.=Eso es ley de la naturaleza: el cambio de *medio* produce siempre cambios en las condiciones de la vida.

VI.

R.=Mas, ya que la ciencia positiva no se atreva á investigar el *por qué* de los fenómenos, temerosa quizá, de ir más lejos de donde quisiera llegar ¿podrá decirnos *algo* acerca del *cómo* de la generación espontánea y de la evolución, ó sea, del origen de la vida y de su desenvolvimiento?

C.=¡Algo! y aún todo; como si la hubiera visto nacer y la hubiera seguido paso á paso en su carrera.

R.=Y todo bien probado, por supuesto.

C.=Eso ya es otra cosa. Mas, antes conviene exponer ciertas nociones fundamentales. La vida suele definirse: «la existencia en acción». Dios, acto purísimo, eterno, infinito é inmutable, es, por consiguiente, la plenitud de la vida. En los séres limitados, y determinadamente en los séres materiales, objeto de nuestro estudio, la vida sólo se manifiesta por medio de la muerte.

R.= ¡De la muerte!

C.=Por medio del tránsito, de la sucesión ó del tiempo, del *fluxus essendi, et non essendi*, por medio del pasar (*decouler*), no pudiendo adquirir el futuro, sino á condición de perder el presente, y dejando más atrás el que, por eso, llamamos pasado. Para que los cambios, movimientos y trasformaciones, síntomas de muerte, sean indicios y señales de vida, es necesario que procedan de un principio *intrínseco* al sér en que se realicen, principio que sea su *forma sustancial*, que le comunique el sér viviente, y el sér viviente de tal ó cual especie, hombre, animal ó planta, y áun que le individualice, y le constituya en su entidad numérica, haciéndole ser *tal* planta, *tal* animal ó *tal* hombre. Todavía se necesita más: cierta disposición especial de partes materiales, que llamamos organización, causa única y razón total de la vida, según los

positivistas: instrumento y condición de la misma, según mis ideas, á la cual *coopera* por medio de las propiedades inherentes á los elementos materiales, que entran en la organización.

R.=Luego V. no tiene inconveniente en admitir fenómenos físicos y químicos en las funciones de la vida.

C.=Si los veo.

R.=Ni es V. enemigo en absoluto del *vitalismo químico* que defienden los positivistas?

C.=Ya he dicho que solo soy enemigo declarado del ateísmo y del materialismo. Sospecho que en los vegetales, además de física y química, existe un principio, fuerza, ó como quiera llamarse, que preside á todos estos fenómenos, por virtud del cual son ordenados á un fin común, es á saber: la manifestación y desenvolvimiento armónicos de la vida. Admito como filósofo en los animales el alma sensitiva; admito como filósofo y creo como católico que en el hombre existe un alma racional, unida con el cuerpo por estrechísimo é inexplicable lazo, que es su *forma sustancial*, y que hace que el espíritu y la materia sean una sola naturaleza y constituyan un solo supuesto ó persona. Algunos escolásticos, de cuya opinión parece ser Sto. Tomás, no reconocen otro principio activo en los animales y en el hombre que el alma sensitiva ó racional, respectivamente, afirmando que

toda forma superior contiene por modo eminente la virtud de todas las inferiores. Esta teoría es insostenible en el estado actual de la ciencia. ¿Qué necesidad hay de admitir que el alma racional, ó sensitiva comunican v. gr.: al hierro la virtud de oxidarse, ó á los ácidos la de combinarse con las bases, virtud que ellos poseen de su propia naturaleza? Cuando Dios formó los séres organizados de diferentes minerales y su admirable proporción, claro es, que no quiso matar á estos despojándolos de sus fuerzas y propiedades, sino ordenar y someter estas al principio y al fin de la vida.

R.—Luego reconoce V. algo inmaterial, no sólo en los animales, sino también en las plantas?

C.—Y aún admito algo inmaterial en la materia inorgánica, la fuerza, cuyo concepto no se identifica con el de la materia. Hasta los materialistas admiten este principio, poniéndose en contradicción consigo mismos, como observa hábilmente Paul Janet; y Moleschott habla con entusiasmo de cierta ley universal y primitiva, que penetra y vivifica, dirige y gobierna la materia, de la cual no son otra cosa que manifestaciones y realizaciones parciales todos los movimientos, transformaciones y fenómenos, que en el mundo se verifican; ley que si pudiéramos ver directa é inmediatamente, nos explicaría todos los misterios de la naturaleza y de la vida. Y, como esta ley, fuerza

ó principio, aunque existente en la materia, pudiera ser una sustancia distinta de ella, pues, como hemos dicho, los conceptos de fuerza y materia no se identifican, tendríamos condenado *ab intrinseco*, el monismo materialista, que el positivismo proclama y defiende. Admito, pues, cuatro géneros de vida: mineral, vegetal, animal y humana, cada una de ellas con sus caracteres propios, fijos y bien determinados. El mineral se forma por agregación, *aumenta* por yuxtaposición y no produce otro sér á sí mismo semejante: todo ello en virtud de la afinidad. El vegetal nace, crece y se reproduce. A estas cosas el animal añade la sensibilidad y la locomoción; y el hombre el pensamiento y la libre voluntad. Tal es lo que pienso y lo que creo.

R.=Y de lo dicho se infiere que el bueno de Moleschott, con otros materialistas que le siguen, pudiera muy bien venir á dar de bruces en el monismo panteista, ó, por lo ménos, en el *mens agitát molem* de los pitagóricos, que en tan hermosos versos cantó Virgilio.

C.=Como vino á dar Augusto Comte, según hemos dicho anteriormente.

R.=¿Y le importa á V. algo de esa ley universal, fuerza única de la naturaleza ó alma del mundo?

C.=Como católico ni pizca, con tal que á ella se sustraiga el hombre en cuanto al alma y en cuanto

al cuerpo, como llevo dicho, y se conserven la personalidad humana y la independencia absoluta de la sustancia divina.

R.—Pero lo que á mi me interesa por ahora, no es el conocer los pensamientos y creencias de V., sino la explicación de los positivistas acerca del origen y desenvolvimiento de la vida.

C.—Vamos allá. M. Huxley, profesor en la escuela real de Minas de Lóndres, nos vá á suministrar el pensamiento y casi las palabras (Les sciences naturelles). El primer grado en el orden de la vida es el protoplasma vegetal, sustancia ó masa compuesta de agua, ácido carbónico y amoníaco, elementos constitutivos de la vida, necesarios y suficientes para ella. Sometidos al análisis químico dan el siguiente resultado: el agua, oxígeno é hidrógeno; el ácido carbónico, oxígeno y carbono; y el amoníaco, hidrógeno y ázoe. El oxígeno, hidrógeno, carbono y ázoe forman, según Zimmermann y Figuier, (Le Monde avant la creation de l' homme) lo que se llama *materia organizable*. La vida no corresponde ni á los cuerpos simples, ni á los primeros compuestos, sino al conjunto ó reunión de todos ellos, al protoplasma. Y su causa única es la afinidad mútua y respectiva de los elementos, ó la suma de las fuerzas y propiedades químicas por virtud de las cuales forman el todo. En el protoplasma del animal entra en

abundancia la potasa, á la que se debe la locomoción, y una cantidad relativamente pequeña de fósforo, causa de la sensibilidad: y en el del hombre, gran cantidad de fósforo, á la que se deben el pensamiento y la voluntad libre, ó, como dicen los positivistas, la espontaneidad, fenómenos puramente fisiológicos y mecánicos de la sustancia gris, ó grasa fosforada del cerebro. ¡Qué diferencia exclama Huxley (*Revue des deux Mondes*) entre el liquen de brillantes colores, que parece una incrustación en la roca á que se halla unido, y el pintor que contempla y admira su belleza: entre la flor con que juega una niña, y la sangre que circula por las venas de la inocente criatura! Y todo esto es debido á la virtud del protoplasma!!

R.=Amen; y muchas gracias á nuestro Adán protoplástico, y padre universal de todo bicho viviente.

C.=No se burle V.

R.=¿Se ha visto alguna vez esa sustancia ó masa conocida con el nombre de protoplasma?

C.=Nunca: alguna vez se ha creído verla en cierta sustancia gelatinosa extraída del fondo de los mares: pero siempre ha venido el desengaño después de la ilusión.

R.=Es un poco raro; porque habiéndose formado en los tiempos anteriores, no parece que haya razón para que no se dé con él en los presentes.

C.=Pero hay pruebas concluyentes de que ha existido, y de que acaso existe todavía. El análisis químico no vé otra cosa en los séres vivientes, que los ya dichos elementos ó cuerpos simples enumerados.

R.=El análisis químico no vé otra cosa: Luego no hay más; y sus propiedades esenciales son la ciencia única de la vida: y la locomoción se debe á la potasa, y la sensibilidad, el pensamiento y la libre voluntad al fósforo. El hecho será tan exacto, como se quiera; pero la consecuencia se pierde de vista, sin que logren alcanzarla todas las reglas de la Lógica.

C.=La síntesis viene en confirmación del análisis: Haciendo cruzar una chispa eléctrica por una mezcla de oxígeno é hidrógeno, en la proporción debida, estos dos cuerpos desaparecen, resultando una cantidad de agua, cuyo peso es igual á la suma de los dos gases componentes. Empleando procedimientos semejantes se obtienen también el ácido carbónico y el amoniaco.

R.=Y el protoplasma vegetal, y el animal, y el humano.

C.=No, señor; ni el protoplasma, ni la célula, ni cosa que revele el más ligero indicio de vida.

R.=¡Cómo! Pues ¿no están allí, en las retortas y matraces del químico todos los elementos *necesarios* y *suficientes* para la vida, con la causa *única*

de esta, que es la afinidad mútua y respectiva?
¿Por qué no se obtiene el *resultado*?

C.=Porque faltan las condiciones y circunstancias necesarias para que se produzca la vida.

R.=¿Y cuáles son esas circunstancias?

C.=Se ignoran por completo.

R.=Y si se ignoran por completo ¿cómo se sabe que faltan? Y si no se sabe ¿por qué se dice?

C.=La ciencia dispone hoy, casi á su arbitrio, de todas las fuerzas conocidas de la naturaleza; del calórico, de la luz, de la electricidad, de la presión, de la afinidad; y tal vez en lo porvenir se obtengan resultados que hasta ahora no han podido obtenerse; como se han obtenido muchos en nuestros días, que hubieran sido considerados imposibles en tiempos anteriores.

R.=Y, tal vez, en lo porvenir sea una verdad demostrada por la experiencia la organización de la materia por su propia virtud, ó la generación espontánea de la vida. Pero mientras tanto me parece prudente suspender el juicio y considerar como una simple hipótesis la teoría del protoplasma, principio y base del sistema evolucionista.

C.=La química ha obtenido por medio de la síntesis un buen número de productos orgánicos: el azúcar, el alcohol, la urea, el ácido fórmico, algunas féculas y otros cuerpos semejantes.

R.=¿Y vivientes?

C.=No, señor.

R.=Pues no ha hecho nada, para el caso, la ciencia química con sus procedimientos sintéticos.

C.=El punto de partida de toda evolución es, como hemos dicho, el protoplasma vegetal, condimentado con potasa y fósforo en *cantidad suficiente* para uso de los animales y del hombre. De suerte, que todos los individuos de los tres reinos de la naturaleza, venimos á ser hermanos uterinos: desde el liquen de brillantes colores hasta el niño de rosadas mejillas, y el anciano de blanca cabellera. Cuando la afinidad produce efectos armónicos, que parecen dirigidos á un fin no intentado por nadie.....

R.=Por nadie: la materia es incapaz de intención, y fuera de la materia no hay nada. En este caso la afinidad es honrada con diferentes títulos por los positivistas: unos la llaman *instinto de orden*: M. Litré, *aptitud para la acomodación* (a s'ajuster); Herver Spencer «tendencia á pasar de lo homogéneo á lo heterogéneo, á completarse, diversificarse y trasformarse.»

R.=Palabras cuyo sentido no comprendo.

C.=Ni yo tampoco, ni creo que signifiquen maldita la cosa. Se vé que la materia se halla ordenada, acomodada ó ajustada de cierta manera, trasformada y diversificada: se supone, que se halla así por su propia virtud exclusivamente, y

á esta virtud considerada como causa, se las nombra por los efectos: procedimiento muy sencillo... cuando no hay nada que decir.

R.=Pero ¿y eso del fin no intentado por nadie?

C.=M. Tayne (Les philosophes francais) lo expone de la manera siguiente, poco más ó menos: El fin de la materia, que es la vida, es necesario: luego los medios también lo son. Es necesario v. gr. que el hombre viva; luego es necesario que coma: luego no puede menos de tener manos para apoderarse de los alimentos, boca armada de dientes dispuesta para masticar; y esófago para deglutir. Es necesario que digiera; luego es necesario que tenga estómago é intestinos. Es necesario que respire; luego es necesario que tenga traquea, bronquios y pulmones. Es necesario que se nutra; luego es necesario que tenga aparato circulatorio, corazón, arterias y venas. En una palabra; es necesario (il faut) que tenga lo que tiene para ser lo que es, y *por eso* lo tiene.

R.=Enterado. Es necesario (il faut) que un buque cruce los mares; y *por eso* tiene quilla, palos, jarcias, velas y timón. Es necesario (il faut) que el reloj señale la hora; y *por eso* tiene agujas, ruedas, ejes y resortes. Es necesario (il faut) que un cuadro halague á la vista, y admire al espectador; y *por eso* tiene luz, sombra, colores y dibujo. Es necesario (il faut) que una orquesta

produzca deliciosos sonidos; y *por eso* se compone de diferentes instrumentos, acordes entre sí, y cada instrumento de las partes necesarias para desempeñar el papel que le corresponde. «Il faut»: hé aquí un «il faut» para salir de apuros, esto es, para explicar todas las cosas..... dejándolas sin explicación.

C. = Otros positivistas (Renán, Haëckel, profesor de Jena) conociendo que, admitido un fin, es fuerza reconocer una intención, y algo superior á la materia, han negado resueltamente toda finalidad en la naturaleza, sosteniendo, que lo que parece un fin (un but) no es tal fin, sino sencillamente un resultado necesario ó casual de hechos precedentes, también necesarios ó casuales. El pájaro se encontró con alas, y se echó á volar; el pez con vejiga natatoria, y se puso á jugar alegremente en los mares y en los rios: la pantera con dientes afilados y poderosa garra, y comenzó á devorar: el hombre con un par de piernas y una boca dispuesta de cierta manera, y empezó á andar y comer. En resumen, cada uno de los seres vivientes se encontró con ciertos instrumentos que podían servir para la vida, y, naturalmente, se aprovechó de ellos para vivir.

R. = Pues hicieron muy bien los seres vivientes: yo en su caso hubiera hecho lo mismo. Entro en una casa magníficamente amueblada, veo sillas y me

siento: mesas abundantemente provistas de manjares y licores, y como y bebo; camas, y me echo á dormir tranquilo y descuidado. Todas estas cosas ¿tienen razón de medio respecto de algún fin? ¿Han sido puestas allí con alguna intención? No me importa; donde están las encuentro, y me sirvo de ellas como mejor me conviene.

C.=El género humano ha creído siempre en la relación de los medios y los fines en la naturaleza. Que los ojos son para ver, los oídos para oír, la boca para comer y hablar, las piernas para moverse, los brazos para trabajar, el sol para alumbrar, el aire para respirar; la tierra para sostenernos y alimentarnos, el agua para apagar la sed, las plantas y los animales para ayuda y servicio del hombre. El género humano ha visto siempre la finalidad en el mundo; pero la niega la *ciencia*: y ¡ya se ve! entre el testimonio del género humano, que es el testimonio de la naturaleza, del sentido común y del instinto racional, y el *testimonio de la ciencia*, la ciencia es lo primerito y á ella debemos someternos.

R.=Los mismos positivistas se sirven de los principios teístas y católicos en la defensa de sus doctrinas. Tropiezan con un hacha de piedra tosca, ó una flecha con punta de hueso de pescado, sepultadas entre la arena á cincuenta metros bajo el nivel de un río, y exclaman llenos de júbilo: ¡Por

aquí ha pasado el hombre hace setenta mil años! ¿Por qué? hay arte, luego se revela una inteligencia: se descubre un fin, luego debemos reconocer una intención. ¿Qué dirían de nosotros los positivistas si, admitiendo el hecho, negásemos la consecuencia, es decir, el paso del hombre, por aquellos sitios? Nos llamarían, de seguro, mentecatos. Nosotros no queremos llamárselo; pero tenemos derecho á exigirles que sean lógicos.

C.=Empeño inútil.

VII.

R.=Mas, con esto de la finalidad (que viene muy al caso contra los positivistas, como todo lo que es de sentido común, gran baluarte contra los extravíos de la razón individual) nos hemos olvidado del protoplasma y de su desarrollo, el cual puede haber traspasado ya los límites de la evolución humana; y, tal vez, cuando queramos percatarnos nos hallemos de manos á boca con seres muy superiores á nosotros, que nos arrojen afrentosamente de nuestra patria, como acaso haría «nuestra humanidad cuando vino desde el mundo á la tierra»..... acompañada de Sanz del Rio, primer cronista de esta expedición.

C.=Expondré la teoría evolucionista con toda la

brevedad y claridad, que me sea posible, fijándome en aquellos puntos, que á mí propósito conducen; y pasando muy á la ligera sobre los demás. Pero antes ruego á V. que me explique con toda exactitud y precisión el verdadero sentido que se dá á ciertas palabras en la Historia natural.

R.=Con mucho gusto. La palabra *especie* designa ciertos grupos de seres que, unidos por algunas propiedades comunes, se distinguen entre sí por caracteres propios, fijos, permanentes é incommunicables á los demás, que se perpetúan por la generación, y representan un tipo primitivo al que son esenciales como tal tipo: v. gr.: el caballo, el mono, el hombre, tipos permanentes, perpétuos y exclusivos de otros tantos grupos de seres vivientes. Entendemos por *variedades* las diferencias accidentales entre distintos grupos de una misma especie: estas diferencias consisten, regularmente, en el tamaño, color, desarrollo y configuración de ciertos órganos; y son producidas por el clima, alimentación, género de vida, y, á veces, por circunstancias fortuitas. Cuando las diferencias accidentales se perpetúan, transmitidas por la generación, constituyen las razas: v. gr.: en la especie humana, blancos, negros y malayos. El sér, producto del cruzamiento de individuos pertenecientes á distinta especie se llama *híbrido*,

y no se perpetúa: si procede de individuos de diferente raza, se llama *mestizo* ó *mulato*, goza de fecundidad, puede perpetuarse y también volver al tipo primitivo por virtud de una serie de cruzamientos.

C.—Pues digamos dos palabras acerca de la evolución, fijándonos solamente en lo que se refiere al hombre. Los positivistas exponen con gran lujo de pormenores y circunstancias el desenvolvimiento ó evolución del protoplasma vegetal desde las plantas más sencillas hasta las más perfectas y complicadas. Esto nos interesa muy poco. Lo mismo sucede respecto del protoplasma animal, que se desenvuelve comenzando por los infusorios más simples y siguiendo á los más complicados, los cuales se trasforman en moluscos, estos en anulares, los anulares en vertebrados, comenzando por los más sencillos, peces, reptiles y aves: de aquí se pasa á los cuadrúpedos, hasta llegar á los más perfectos; de los cuadrúpedos á los cuadrumanos ó monos, de los que procede inmediatamente el hombre, término de toda evolución. La cual evolución se realiza obedeciendo á las siguientes leyes que podríamos llamar fundamentales: 1.^a Ley de la *selección natural* en virtud de la *lucha por la existencia*. Es un hecho constante que la naturaleza produce dentro de cada especie, mayor nú-

mero de individuos de los que puede mantener: luego es necesario que perezcan muchos, y natural que perezcan los más débiles é imperfectos. 2.^a Luego quedarán solamente los más robustos y perfectos para perpetuar la especie, la cual será más perfecta cada vez: Esto se llama *ley de la selección sexual*. 3.^a Los caracteres propios del tipo y las perfecciones que adquieren los individuos, ya por su natural desenvolvimiento, ya por circunstancias accidentales ó fortuitas que les favorezcan, se transmiten y perpetúan en sus descendientes: *Ley de la fijación de los caracteres*. 4.^a Cuando algunos individuos experimentan alguna degradación, ó sufren algún retroceso, por cualquiera causa que sea, la *ley de la reversión al tipo* les devuelve su originaria pureza. Otras muchas leyes formulan los positivistas, leyes que, en el lenguaje parlamentario, pudieran llamarse *orgánicas*, y que no son necesarias para nuestro propósito. Esta teoría indicada por el francés Lamarck á principio de este siglo, fué desenvuelta por el inglés Carlos Darwin, primero en su obra intitulada «Origen de las especies,» publicada en 1859, en la cual no incluye al hombre; y después en su libro «De la descendencia del hombre», en la cual somete también al género humano á la ley de la evolución, incurriendo en los errores del materialismo antropológico, por lo menos.

R.=Y ¿deja V. pasar todas esas leyes sin proponer una mala *enmienda*, olvidando los deberes de la oposición?

C.=Ya he dicho que no me asusta, como católico, la evolución en las plantas y en los animales, por más que la rechace, como filósofo. Observaré, sin embargo, que hay en ellas algo de vulgar y aún (Dios me perdone) de sándio: tan vulgar y tan sándio, que si V. me dispensa la vulgaridad y la sandez, lo expresaré en refranes tan vulgares como estos: «Los peces grandes se comen siempre á los chicos.» «De casta le viene al galgo el ser rabilargo.» «Perderá la zorra las lanas, pero nó las mañas.» «Bien haya quien á los suyos se parece.» Hay también en ellas algo de arbitrario por su excesiva generalidad. ¿Por dónde saben los darwinistas v. gr. que en la lucha por la existencia, y en las demás circunstancias de la vida, perecen siempre los séres más débiles, y quedan los más fuertes para la conservación y propagación de la especie respectiva? Hay al mismo tiempo algo de contraproducente: La ley de la reversión al tipo, con sus fenómenos de atavismo, parece dictada para evitar la excesiva multiplicación de las variedades ó razas, y contener á cada especie dentro de sus propios límites.

R.=¿Llamará V. vulgaridades y sandeces á verdades atestiguadas por la experiencia de todos los días?

C.= Llamo vulgaridad y sandez al empeño de proclamar, *como descubrimiento de la ciencia*, lo que saben todos los hombres desde el principio del mundo: sean modestos los darwinistas, y no caerán en el ridículo. Pero, repito, que nada me importa; y, si se quiere, estoy dispuesto á *retirar* todas las enmiendas, *votar la totalidad* y renunciar á la palabra en la discusión por artículos.

R.= Está V. de buen humor.

C.= Y sigo con él, porque hay casos y cosas que lo merecen. Nueva relación y curioso romance, ó prodigiosa y verídica historia de la transformación del mono en hombre, contada por Carlos Darwin, que fué testigo presencial de ella: Libres y dichosos vivían nuestros venerables progenitores en un país húmedo y caliente, poblado de gigantescos árboles, brincando alegremente de uno en otro, columpiándose de sus ramas con la cola, y manteniéndose de sus frutos. Estaban cubiertos de largo y tupido vello, los dos sexos eran barbados, y los machos hallábanse provistos de fuertes y aguzados caninos, que les servían de armas ofensivas y defensivas contra sus peligrosos coetáneos, los grandes paquidermos y terribles carniceros de la época terciaria. El pié era prehensil, y las orejas puntiagudas y movibles á voluntad para recoger los sonidos más leves, y apercibirse contra cualquier riesgo que pudiera amenazarles. Un mono

afortunado debió á su nacimiento, ó á circunstancias accidentales, la facultad de poder sostenerse sobre sus extremidades posteriores; y cogiendo un palo con una mano, y tirando piedras con la otra, tuvo ya medios para defenderse y procurarse alimentos más nutritivos, sin necesidad de buscar en las copas de los árboles ni su mantenimiento, ni su seguridad; los dientes, la cola y las orejas quedaron sin uso, se atrofiaron por la inacción, desapareciendo poco á poco los primeros y la segunda, y quedando las orejas reducidas á la forma que hoy tienen en la especie humana. El pelo desapareció con el uso de los vestidos. Hé aquí ya al mono bípedo, al mono antropóide, al mono-hombre en el orden físico y material ú orgánico.

R.=Resta explicar el tránsito de la mera sensibilidad y puro instinto al pensamiento y á la libre voluntad.

C.=Darwin suministra pocos detalles y pormenores acerca de este punto; observando solamente que en los animales se encuentra el gérmen de todas las facultades humanas: poseen la memoria, la imaginación, el discurso, ciertos sentimientos naturales, como el de la paternidad, algo así como una conciencia rudimentaria, una voluntad imperfecta, y un lenguaje que, aunque inarticulado, les sirve para entenderse en ciertos casos. La cuestión

pues, está solamente en el más ó en el ménos. (On the origin of species). La Religión tuvo su origen en los sueños. El mono antropóide soñó.....

R.=¿Y en qué soñaría el mono antropóide?

C.=En algo muy curioso, sin duda, que no nos es posible saber. Ello es, que durante el sueño creyó tratar y comunicarse con seres reales, que al despertar no encontró al rededor de sí, considerándolos, por lo mismo, como entes sobrenaturales á quienes le convenía reconocer y adorar.

R.=La explicación podrá ser extravagante y absurda; pero no puede negarse que es originalísima.

C.=La moral tuvo su origen y raiz en el interés personal del mono antropóide; el cual, no queriendo recibir daño alguno de otros, se propuso no hacérsele á los demás: y aquí tenemos el principio fundamentalísimo de la moral, del derecho, de la justicia y de toda sociabilidad (The descendent of man).

R.=Siendo mecanismo puro, según la teoría positivista, lo mismo la sensibilidad y el instinto del bruto, que el pensamiento y la libre voluntad del hombre, no sería fuera del caso que se nos indicase, aunque solo fuera por conjetura, la causa física del tránsito ó trasformación.

C.=Darwín se la calló prudentemente: sus discípulos la señalan con entera seguridad: un mono

antropóide comió en abundancia sustancias fosforadas: el fósforo hizo brotar el pensamiento en el cerebro: este aumentó su volumen y masa por virtud del ejercicio; se ensanchó naturalmente la cavidad del cráneo; y pasando el antropóide por el estado dolycocéfalo, vino á parar al de braquicéfalo, de que felizmente disfruta en estos tiempos de civilización..... y de ciencia positiva. Por este motivo cierto escritor de la secta aconseja muy serio al género humano que se alimente de alubias (haricot), y sepulte sus cadáveres en las tierras de legumbres y hortalizas, para que el fósforo de los muertos pase inmediatamente al cerebro de los vivos.

R.=La ocurrencia es graciosa; no sé si el remedio será eficaz.

C.=Y M. Renán (Dialogues philosophiques) abriga la dulce y consoladora esperanza de que, andando los tiempos «algún sabio encuentre alimentos más delicados y nutritivos que conviertan al hombre en algo parecido á lo que ahora entendemos por la palabra Divinidad, dándole, con la ciencia infinita, el poder infinito, puesto que saber es poder, según la hermosa frase de Boscan. Dios no existe todavía; pero existirá: será la humanidad trasformada en Dios por el poder de la ciencia.»

R.=En el lenguaje cristiano esto se califica de impío.

C.=Y en el del sentido común se califica de..... tonto. De esta teoría que hemos expuesto en estilo casi humorístico se desprenden consecuencias muy serias.

R.=Vengan esas consecuencias.

C.=I.^a No siendo el hombre sino materia, la vida humana no puede ser sino mecanismo: 2.^a La condición natural y primitiva del hombre es el estado bestial, del cual pasó al salvaje, de este al bárbaro, y de aquí al de la civilización, prodigiosamente desarrollada y perfeccionada en nuestros días. 3.^a Para llegar á este punto se han necesitado muchos millares de años, y aun de siglos, desde los comienzos de la humanidad.

R.=Estas teorías envuelven la negación radical y absoluta de los principios que profesa la escuela espiritualista relativamente á la existencia del alma como sustancia distinta de la materia, á su libertad é inmortalidad, y á los premios y castigos de la vida de ultratumba.

C.=Y son además, incompatibles con los dogmas cristianos acerca de la formación del hombre, de su origen adamítico, de su propagación sobre la haz de la tierra, del estado de la inocencia primitiva, del pecado original y de la redención por Jesucristo.

R.=Es claro, y deberá V. impugnarlos fuertemente.

C.=Oiremos á los positivistas, para saber si sus

afirmaciones tienen algún fundamento científico, ó son de todo punto arbitrarias. El principal argumento de la escuela para probar la transformación del mono en hombre, estriba en la semejanza de la respectiva organización: Hueso por hueso, músculo por músculo, nervio por nervio, vaso por vaso, la distancia entre la organización del hombre y la del mono es tan pequeña, que casi se tocan; y las diferencias tan exiguas, que la semejanza casi llega á la identidad: luego es verosímil, probable, casi cierto, y puede razonablemente afirmarse que el hombre no es más que una evolución del mono.

R.=Verosímil, probable, casi cierto, y puede afirmarse razonablemente..... hé ahí una gradación bien hecha para ir adonde se quiere llegar.

C.=Porque si la naturaleza no puede salvar estas pequeñas diferencias orgánicas ¿qué es lo que puede la naturaleza? En efecto: dos son las partes en que principalmente se ha querido ver una diferencia esencial entre el mono y el hombre: las extremidades posteriores, consideradas en el primero como manos, desde Blumenbach y Cuvier, y el volumen relativo del cerebro. Pues bien; los progresos de la anatomía comparada han venido á demostrar que la mano del gorila no es tal mano, sino pie; será pie prehensil, pero es verdadero pie; pues el arranque fundamental y los huesos del

tarso son los mismos, y están dispuestos de la misma manera que en el pie del hombre; es pues el mono un bimanio de verdad, ni más ni menos que el hombre. Entre el cerebro de este y el de aquél no hay otra diferencia que la del volumen: El más pequeño de los cráneos humanos que han podido medirse, dice M. Lyell (*L' Ancienneté de l' homme*) contiene una capacidad de 970 centímetros cúbicos; y el más grande del gorila 539, resultando una diferencia á favor del primero de 431. Pero esta diferencia, lejos de perjudicar, favorece á las conclusiones del positivismo, pues, es mucho menor que la que existe entre los cráneos de diferentes individuos humanos: la capacidad del mayor de los que se han medido es de 1781 centímetros cúbicos, y la del menor, como hemos dicho de 970: diferencia entre los cráneos extremos de la especie humana, 811. Si la naturaleza ha podido salvar esta última diferencia ¿por qué no la primera, que es una mitad más pequeña? Ya vé V., el argumento es contundente.

R.—¿Sí? Pues un puñadito de tierra sobre el rostro del difunto.

C.—Y ¿quién es aquí el difunto?

R.—El materialismo antropológico de la secta positivista. Si es tan corta la distancia y tan pequeña la diferencia que media entre la organización del mono y la del hombre ¿por qué es incomensurable

la que existe entre las aptitudes (no diré facultades) y fenómenos psíquicos del uno y del otro? El hombre más desdichado, aquel cuyo cerebro solo mide 970 centímetros, posee el pensamiento, la palabra, la conciencia moral, la libertad, la idea del derecho, la sociabilidad y la religión; y es susceptible por medio de la educación y de la cultura de aprovecharse de todas las ventajas del progreso, sin que su organismo cambie sensiblemente, cambio que no suele ser causa, sino efecto de la vida civilizada. ¿Por qué el mono no es capaz de todos estos beneficios ó de algunos de ellos? ¿Es que no existe relación de proporcionalidad entre el desarrollo y condiciones de la organización y los fenómenos psíquicos? ¿O es que existe en el mono alguna cosa y en el hombre otra cosa, las cuales distan entre sí inmensamente más que las respectivas organizaciones? Si 811 centímetros no bastan para producir diferencias esenciales, acerca de este punto entre dos hombres ¿por qué bastan 431 para establecerlas entre un mono y un individuo de la especie humana? Los autores de la dificultad quedan con el encargo de resolverla.

C. = Los positivistas confunden, además, el orden ontológico, ó de perfección, con el orden genético, ó de origen: Dos seres pueden ser muy parecidos entre sí, sin que el uno proceda del otro. La íntima relación y estrecho parentesco que ligan entre

sí á los diferentes grados en la escala de los séres vivientes, desde el primero hasta el último, solo prueban que la mano de Dios, ó si se quiere, de la naturaleza, ha señalado á cada cual su puesto, y le ha encerrado dentro de sus límites, para que haya variedad en la unidad, y orden en el universo. El orden (no lo negarán los positivistas) es necesario, luego la confusión, ó transformación, es imposible.

R.=Quisiera yo que, en nombre del positivismo, si para ello se cree V. autorizado, satisficiese mi curiosidad, contestando á ciertas preguntillas de poca monta. Si los monos de los primeros tiempos poseían fuertes y aguzados caninos ¿por qué no los conservan los actuales que habitan aún en las selvas? ¿No les son ya necesarios para defenderse de los paquidermos, aunque no sean tan grandes, y de los carnívoros, aunque no sean tan terribles, como los de la época terciaria? Si los dos sexos eran barbados ¿por qué no lo son en el día? Si un mono afortunado sintió brotar el pensamiento en su cerebro por haber comido abundantemente sustancias fosforadas ¿por qué nuestros positivistas no alimentan á los monos de sus parques con las mismas sustancias, ú otras más á propósito, para ver si consiguen el mismo resultado? La experiencia sería decisiva.

C.=La obra de la evolución tiene también sus mis-

terios, y es lenta, muy lenta, por aquello de «*Natura non facit saltum.*»

R.=Y quizá para salvar la distancia de 431 centímetros, haya necesitado 431 millares de años.

C.=O de siglos: la tela de la eternidad es bastante larga para que cada uno corte de ella todo cuanto necesite.

R.=Y aquél mono, primer padre del género humano ¿estaría todo ese tiempo atracándose de sustancias fosforadas?

C.=V. se bromea, caballero. MM. Lyell y Huxley censuran enérgicamente á Darwin por haber sentido y repetido hasta la saciedad en sus obras el apotegma: «*Natura non facit saltum*», privándose, y privando á la *ciencia* del recurso de los cambios bruscos y repentinos, verdaderos *saltos mortales*, que tan felizmente suele llevar á cabo la naturaleza, realizando maravillas que por otros procedimientos serían absolutamente inexplicables.

R.=¡Ya lo creo! Pero ¿quién lleva la razón en esta contienda, el maestro ó los discípulos?

C.=Los discípulos la llevan. Así, nuestro primer padre pudo convertirse de mono en hombre en menos que sale un tiro, y en virtud de causas ó circunstancias que permanecerán *¡eternamente ignoradas!* ó, como quien dice, por arte de *birli-birloque*, de encantamiento ó prestidigitación.

R.=Y pudo llegar á ser en muy poquito tiempo

catedrático de la Escuela de Minas, ó primer lord del Almirantazgo.

C.=Sin embargo, la experiencia dá testimonio de que ciertos saltos mortales no son raros en la naturaleza; y así, sucede que de padres de escasa inteligencia nace un génio; y de otros miserables y entecos, un Hércules ó un Atlante.

R.=Dentro de la misma especie, ó siendo idénticas las propiedades típicas ó esenciales. Esto no es lo que se discute. Que salte la naturaleza de un molusco á un vertebrado v. gr. y entonces nos entenderemos.

C.=El mismo Huxley declara terminantemente que, si bien las causas, las circunstancias, el por qué y el cómo de la transformación, solo pueden designarse conjeturalmente, el *hecho en sí* es indudable.

R.=Y ¿por qué es *indudable* el hecho de la transformación? ¿Porque hoy no se verifica? ¿Porque no se ha verificado en ninguno de los momentos históricos? ¿Porque no se descubre de él vestigio alguno en ninguna parte? ¿Porque envuelve la confusión de las especies y la subversión del orden en los seres vivientes? ¿Porque es contrario á lo dispuesto y establecido en la naturaleza ó por la naturaleza? El hecho de la transformación es indudable, porque los positivistas quieren que lo sea; ¡oh ciencia positiva!

C.=Ha omitido V. en su recopilación uno de los

hechos más constantes y decisivos contra la hipótesis trasformista. La naturaleza permite al hombre que, sirviéndose de su industria, produzca variedades y razas; pero nunca ha consentido la producción de una nueva especie: cuando se verifica el cruzamiento de dos individuos de especie distinta, el producto híbrido no se perpetúa: ó es infecundo de suyo, ó perece en la segunda ó tercera generación, ó el tipo de una especie acaba de matar al de la otra: una especie nueva no se produce jamás: la naturaleza, violentada por el hombre, vuelve á encerrarse en sus propios límites, y á ocupar el lugar que le corresponde en el orden general del universo; por eso la mula no contará jamás con una descendencia sobre la tierra.

R.=Dicen que se ha verificado algún caso de transformación en el reino vegetal, obteniendo, por medio del injerto de dos especies, una tercera dotada de fecundidad.

C.=*Transeat*: porque el mismo Darwin, que cita el hecho, no le acuerda importancia ninguna; y él se sabrá por qué. *Transeat*; porque se trata de un efecto obtenido por la industria del hombre, merced á recursos y circunstancias determinadas y escogidas por él mismo, no de un efecto espontáneo de las fuerzas inconscientes de la materia. *Transeat*: porque en el reino vegetal no es tan fácil conocer y señalar los límites de cada especie,

como en el animal; ni los individuos particulares tienen existencia tan exclusivamente propia y personal en aquél, como en este. *Transeat*: porque lo único que importa á Darwin, como él mismo declara, es hallar la evolución en el reino animal.

Transeat: porque lo que nos importa á nosotros, como católicos, es que no se pruebe la transformación del mono en individuo de la especie humana.

Transeat: en nombre de la lógica; porque si el transformismo no tiene otras pruebas que el hecho en cuestión..... puede guardársele en el bolsillo.

R.=Quizá la evolución se habrá verificado en una época tan lejana, que se hayan borrado ya todas las señales y vestigios de ella.

C.=Quizá; y ¡vaya un quizá! y ¡vaya un recurso! ó ¡vaya una salida de tono! Si no hay señal ni vestigios ningunos de vida en esa época ¿por dónde se sabe, ó se sospecha, que entónces se verificó la transformación?

R.=En efecto: aunque parezca inverosímil, por ahí se escurren los positivistas: el insigne paleontólogo Huxley, tantas veces citado, no habiendo hallado vestigio alguno de evolución durante los cincuenta ó cien siglos que él atribuye á los fósiles de vivientes, nos dice con mucha formalidad, que la transformación se verificaría tal vez en la época de los terrenos primitivos, llamados azóicos, porque no presentan señal alguna de vida.

C.=Y convendrá V. conmigo que eso es hablar de la mar.

R.=No, señor; eso es hablar *positivamente*.

VIII.

R.=Pero volvamos á las semejanzas, ó diferencias entre el hombre y el mono.

C.=Que entre el hombre y el mono existe mucho parecido. ¡Caso raro, estupendo y cuasi milagroso! Ocupando respectivamente el grado superior y el inferior inmediato en la escala de los séres, han de serles comunes las funciones propias de la vida animal, es decir, las que se refieren á la conservación del individuo y á la propagación de la especie, y casi tan perfectas en el uno, como en el otro: y aún no habría nada de sorprendente en que alguna, ó algunas, fuesen más perfectas en el mono que en el hombre, por ser más necesarias, á falta de otras cualidades de orden superior, que el hombre posee. Y como la organización es, según los positivistas, causa única de la vida, y, según nosotros, instrumento y condición indispensable de ella, es natural que entre la organización del hombre y la del mono, haya tales relaciones de semejanza, que lleguen muchas veces á la identidad. Acerca de esto no te-

nemos por qué reñir, ni con los positivistas ni con nadie. Mas, quedan por dilucidar y resolver dos cuestiones: la primera importantísima y decisiva, y la segunda de mucha importancia también. ¿Existe en el hombre alguna facultad, poder, aptitud, ó, por lo ménos, algún género de funciones ú orden de fenómenos, que le distinguan ESENCIALMENTE del mono? Porque, en este caso, habrá que reconocer entre ellos verdadera diferencia específica, no obstante la semejanza y aun la identidad de los respectivos organismos. El hombre no dejaría de ser muy superior al mono, aunque, como él, anduviese sobre sus cuatro extremidades, y llevase por apéndice una cola. Estas diferencias correspondientes al orden psíquico, han sido ya señaladas por nosotros cuando decíamos: «El hombre más desdichado, aquél cuyo cerebro no contiene más que 970 centímetros de capacidad, posee el pensamiento, el lenguaje, la conciencia moral, la libertad, la idea del derecho, la sociabilidad y la religión; y es capaz de recibir y aprovecharse, por medio de la educación y de la cultura, de todas las ventajas de la civilización y del progreso». Y aún no será fuera de propósito mencionar aquí ciertos sentimientos humanos que en nada se parecen, ni tienen la más remota semejanza, con los instintos é inclinaciones de los otros animales, sin excluir

al mono, por supuesto. Tales son, entre otros, el de lo grande, lo sublime, lo bello, lo perfecto, de donde brota y se deriva el arte, esa creación humana, ó más bien divina, que robando á la naturaleza sus formas, las vivifica con el aliento del espíritu; que convierte un pedrusco de la tierra en una cosa del cielo; que recoge los sonidos del aire, y los ordena y armoniza, como Dios ordenó y armonizó los mundos en los espacios inconmensurables, y los átomos en los espacios imperceptibles. Y ¿qué diremos del amor de la patria, que tantas heroicas acciones ha producido en todos los siglos? ¿Qué de la aspiración á la inmortalidad, que se revela en el culto y veneración de los antepasados y en el afán por vivir en la memoria de los venideros? ¿Qué del deseo de felicidad que, ardiendo inextinguible y poderoso en el corazón de los individuos, agita y conmueve los pueblos, los arrastra á perpétuos cambios, y produce revoluciones espantosas, anhelando siempre por algo mejor que lo presente? La vanidad, el orgullo, la soberbia, la ambición, la codicia y otras pasiones semejantes, aunque suelen causar gravísimos daños y estragos horrosos, son de tal manera *características* de la especie humana, que sería vano empeño buscar algo parecido entre los seres inferiores. Todas estas cualidades se hallan dignamente coronadas

por el supremo dominio que ejerce el hombre sobre todos los animales á quienes sujeta á su servicio y somete á su voluntad, no obstante la debilidad de su organización: *Dominamini piscibus maris et volatilibus cæli et bestiis terræ*». (Gen. I. 28.) «El viejo Pastor Judío» habla más alto en pro de la dignidad humana que nuestros regeneradores á la moderna. Los positivistas, apoyados en el testimonio de M. de Quatrefages, nos dicen que la vida del *corazón*, ó afectiva, suele ser más perfecta en los animales que en el hombre. No negaremos al ilustre profesor que ciertos sentimientos sean más vivos é intensos en los animales que en el hombre; pero no podemos concederle que sean más perfectos: el instinto de la maternidad, por ejemplo, es en ellos poderosísimo, hasta el punto de que una madre arrostra todo género de peligros y sufre la muerte por salvar á sus hijuelos. Pero ¡qué diferencia entre la madre de los animales y la madre del hombre! Aquella abandona á sus hijos, los desconoce, en el momento en que ya no necesitan de sus cuidados: es que su misión está terminada. La madre humana sigue siempre á sus hijos por el camino de la vida, y su amor ni se extingue, ni se debilita, sino que arde más vivo después que mueren. Es que la misión de esta se extiende hasta la eternidad. Los mismos instintos, que directa é inme-

diatamente se refieren á la vida puramente animal, reflejan en el hombre la luz de la inteligencia, y se hallan verdaderamente espiritualizados. En todo lo que se ordena á la conservación del individuo y de la especie, los instintos del hombre se elevan maravillosamente sobre las condiciones de la pura sensibilidad, y revisten el refinamiento ó la ternura, la sublimidad ó delicadeza, propias de un sér racional.

R.=Y todo esto lo conseguirá el mono cuando la naturaleza, por virtud de la ley de la evolución, logre salvar la distancia de los 431 centímetros que separan el cerebro del mono y del hombre.

C.=No la salvará nunca.

R.=¿En qué se funda V.?

C.=En la poca maña que se dá y la poca prisa que tiene por andar ese camino: como que, según parece, se nos ha *plantado* antes de dar el primer paso.

R.=No entiendo.

C.=La distancia que media entre el menor y el mayor de los cerebros humanos no los separa, los une.....

R.=¡La distancia los une!

C.=Como los varios eslabones de una cadena sirven para unir el primero con el último. Todos los espacios intermedios están *llenos*, y no hay en la serie ni la más pequeña solución de continuidad.

Mas la distancia que separa el cerebro del mono del del hombre está *vacía*, no hay grados inter-puestos que sirvan de vínculo de unión entre los extremos, no hay serie, no hay *evolución*. Si la naturaleza ha pasado del primero al segundo, habrá sido por el aire, de un vuelo, ó en virtud de uno de esos saltos bruscos rechazados por Darwin é inventados por Huxley como un recurso para desembarazarse de ciertas dificultades de menor cuantía (*mineures*).

R.=Y esas dificultades de menor cuantía.....

C.=Se reducen á una sola: este recurso sirve para afirmar el hecho de la trasformación cuando no hay grados intermedios entre la especie inferior y la superior inmediata. Cuando no se sorprende á ningún sér en su camino de la una para la otra.

R.=Y como esto sucede siempre, sirve para afirmar el hecho de la trasformación cuando no hay pruebas ni indicio alguno de ella.

C.=¡Oh ciencia *positiva*! Así pues, al argumento positivista fundado en la comparación del cerebro del mono con el del hombre, contesto sencillamente con la fórmula escolástica: *Nego paritatem*.

R.=Pues pasemos al segundo.

C.=Nada nos importa que las extremidades posteriores del mono sean manos ó sean piés. Siendo más débiles y cortas que las anteriores, y su inserción en el tronco propia para mantener el cuer-

po en posición horizontal, nunca podrá sostenerse sobre ellas exclusivamente. Añádese que la unión de la cabeza con la espina dorsal le obliga á tener aquella inclinada á la tierra, y le impide mirar de frente; y tendremos que afirmar con el insigne Quatrefages que el hombre es un sér organizado para andar (marcheur), mientras que el mono lo está para brincar (grimpeur), que no es poca diferencia. El hombre marchando con el cuerpo recto sobre las piernas, la cabeza erguida y la mirada de frente, revela en la magestad de sus ademanes y movimientos que es el rey de la creación: El mono, con sus saltos grotescos, con sus repugnantes contorsiones y su mueca eterna, me parece dispéñseme V., amigo mío..... el clown de la naturaleza. Como si Dios hubiera querido poner lo ridículo al pie de lo sublime, para que el hombre tuviese en más la dignidad de su condición y la alteza de sus destinos inmortales.

R.=Advierto que ha omitido V. uno de los argumentos de los positivistas acerca de esta materia, y no el más flojo, por cierto; el que se toma de la embriología.

C.=En efecto: dicen los positivistas que entre el embrión del hombre, el del mono y el de otros muchos animales, la anatomía comparada no descubre diferencia ninguna; lo cual prueba que todos ellos tienen un origen común, proceden de un tipo pri-

mitivo ó protoplasma, debiendo atribuirse la diversidad de resultados á circunstancias enteramente accidentales. ¿Qué le parece á V. del argumento?

R.=Ya dije que no era el más flojo.

C.=Pero el embrión del hombre produce siempre un hombre, el del mono un mono, y el del perro un perro: Luego algo debe haber en cada uno de ellos que en el otro falta, pues á distintos efectos no pueden menos de corresponder distintas causas. ¡Que este algo es accidental! Tan accidental como puede serlo una cosa que produce diferencias sustanciales ó específicas: tan accidental como puede ser lo que en la naturaleza se repite ó realiza de una manera constante, perpetua y universal. ¡Que la ciencia no lo descubre! Acaso la ciencia sea un poco miope, y no haya descifrado aún por completo el enigma de la vida.

R.=Páreceme, amigo mío, que hemos zarandeado suficientemente al positivismo en sus principios fundamentales y en su teoría del evolucionismo ó trasformismo. ¿No podríamos hablar de algo diferente, siquiera para evitar el fastidio que produce la monotonía?

C.=¿Quiere V. que tratemos de la edad del género humano sobre la tierra?

R.=Que me place: Precisamente hace tiempo que abrigo ciertas dudas, ó soy víctima de ciertas vacilaciones y casi perplejidades, que, si no impor-

tan á la ciencia, porque nada tienen de filosóficas ni científicas, me importan á mí, porque son mías. Cuando miro la noble figura y hermoso busto del género humano, y veo que en su abundosa cabellera brillan ya algunos hilitos de plata, y surca su rostro alguna mal disimulada arruga, como huella de pesar ó sombra de desengaño; cuando le oigo quejarse de tantos males, achaques y dolencias, poniendo el grito en el cielo; y cuando contemplo con admiración el inmenso caudal, mas valioso que de oro y piedras finas, que tiene acumulado; entonces me inclino á considerarle como viejo, aunque distante, muy distante aún de la decrepitud. Mas, cuando le pregunto acerca de su pasado, y veo que sus recuerdos abarcan tan poco tiempo, estoy por creer que es demasiado joven..... ó perdió la memoria hace muchos siglos. Historia corta..... vida larga: hé aquí un enigma que desearía ver descifrado, leyendo su partida de bautismo.

C. — Ha reproducido V. el argumento de Lucrecio, el gran *positivista* romano, contra el positivismo de su tiempo:

..... Si nulla fuit genitalis origo

Terrai et cœli, semperque æterna fuere,

¿Cur supra bellum Thebanum et

Funera Trojæ

Non alias alii quoque res cecinere poetæ?

¿Quo tot facta virum toties cecidere?

R.=Cierto; y el cantor del ateísmo entre los romanos se decide por la juventud del mundo:

Habet novitatem, summa recensque

Natura est mundi, neque pridem exordia cæpit.

Pero sus palabras no me aquietan: necesito un documento fehaciente: venga la partida de bautismo.

C.=Habrá que buscarla en los archivos de la naturaleza.

R.=Pues ¿no la extendió Moisés?

C.=Con todas las circunstancias y pormenores del caso: pero la fecha.....

R.=¿La dejó en blanco por ventura?

C.=Así parece que opinan ciertos escritores católicos, quienes reconocen á la ciencia el derecho absoluto de escribir lo que mejor le conviniere.

R.=Esos escritores católicos habrán recorrido los primeros capítulos del Génesis..... con los ojos cerrados.

C.=No se comprende de otra manera. Añaden otros que, aunque Moisés hubiera fijado clara y terminantemente la fecha de la aparición del género humano, no por eso estaríamos obligados á aceptarla, debiendo atenernos en todo caso al testimonio de la ciencia acerca de este punto.

R.=Católicos ha dicho V.

C.=Según los cuales, los escritores sagrados, sólo gozaron de la inspiración divina en las cosas to-

cantes á la fé y á la moral, pero de ninguna manera en las históricas, y ménos en las científicas.

R.=Pues paréceme que estos católicos van un poquito mas allá que aquellos otros de quienes V. habló al principio, llamándoles cobardes, porque abandonaban al enemigo todo el campo de batalla: estos no solo le entregan las fortalezas exteriores, sino que le permiten invadir el santuario; sin duda para tener el gusto de degollarle (metafóricamente) sobre la piedra misma del altar. ¿No ha condenado la Iglesia esta opinión?

C.=Si no la ha condenado, ya la condenará.

R.=Porque con ella, cualquiera puede echar abajo toda la historia de la religión cristiana, desde su origen hebraico.

C.=Hay otros católicos que afirman que Moisés lo ha dicho *todo* en lo que se refiere á la edad del linaje humano: estos suelen aferrarse de tal manera á los cómputos ordinarios, que consideran poco menos que como una herejía el separarse de ellos en poco ó en mucho.

R.=Yo tengo entendido que entre algunos de esos cómputos media una diferencia de cerca de dos mil años.

C.=Así es. Yo creo que Moisés no lo ha dicho *todo* relativamente á la cuestión que nos ocupa: pero ha dicho algo, ha dicho *mucho*: no nos dá la cronología exacta de la especie humana; pero nos

suministra los datos suficientes para formar cálculos más ó ménos aproximados ó remotos. Así, que yo no rechazaré una cronología cualquiera porque exceda en dos ó tres mil años, v. gr., á los cómputos vulgares; pero no puedo dejar al *arbitrio y discreción* de la ciencia la fecha de que tratamos, y desde luego rechazo y condeno las hipótesis del positivismo que nos regalan tantos millares de años, precisamente, para hacer incompatible el testimonio de la ciencia con la narración de Moisés. El historiador sagrado se propuso declarar el origen adamítico de todos los hombres, cualquiera que fuese su raza, pueblo ó nación, y el origen especial del pueblo hebreo: es decir, quiso dejar consignado el dogma de la caída universal, y mostrarnos el camino de la redención, iluminado entonces solamente por los tibios resplandores de la esperanza. En cuanto á lo necesario para estos fines, es indudable que lo dijo *todo*; más de lo no necesario ó accidental, es también indudable que *omitió mucho*. Así, por ejemplo: describe con minuciosos detalles el viaje de Jacob y su familia á Egipto, su prosperidad y multiplicación en el país, y la dura y larguísima opresión de que fueron víctimas hasta su salida por entre las aguas del mar rojo. Pero no nos dice una palabra acerca de la religión, usos, costumbres, artes, ciencias y civilización de aquel pueblo; y ni aun ha dejado

escrito el nombre propio de los reyes favorecedores ó tiranos de los hebreos, contentándose con designarles por medio del apelativo »Faraon.» Y, sin embargo, Moisés se hallaba perfectamente instruido «en toda la ciencia de los egipcios.» Bien que desde el principio observa la misma conducta. Después de referir el nacimiento de Seth, dice sencillamente del padre del género humano: «genuitque filios et filias..... et mortuus est» (Gen. c. 5. v. 4 y 5.); frase que repite respecto de otros muchos patriarcas, troncos de otras tantas naciones ó pueblos. Por igual motivo refiere con tantos pormenores la historia de su pueblo en su peregrinación por el desierto hasta tocar en los confines de la tierra prometida, distinguiendo cuidadosamente las circunstancias de cada tribu, y proclamando la supremacía de la de Judá, á quien se habían confiado las promesas de la redención. En una palabra: Adamismo y Hebraismo; la caída y la redención del género humano: no hay más.

R.=Registremos, pues los archivos de la naturaleza.

C.=Todavía nó. El criterio apriorístico de los positivistas, y el de los católicos, los que brotan natural y espontáneamente de los principios proclamados y de las teorías sentadas por cada una de las dos escuelas, no pueden menos de ser diametralmente opuestos. Si el hombre es una evo-

lución del mono, su natural y primitiva condición es, y no puede menos de ser, el estado *bestial*, y ha debido necesitar millares y millares de años para llegar al de civilización. Pero si el hombre es obra inmediata de Dios, *hecho á su imagen y semejanza*, su condición primitiva y natural es el estado de completo desarrollo de sus facultades físicas, intelectuales y morales, cada una en relación con su objeto propio, y ordenadas todas al fin común de la vida. Con estos elementos no se necesitan muchos años para crear una civilización más ó menos perfecta. Por eso, Moisés nos ofrece desarrollándose á la par la vida y la civilización de la especie humana: Adán cultiva el paraiso é impone nombre á los Animales; Abel se dedica al pastoreo; Caín empieza á ejercer la agricultura, y muere en edad, relativamente, temprana, atravesado por la flecha del cazador Lamech; Enós, hijo de Seth, establece y regula el culto público del Señor. En este tiempo se edifican viviendas, á cuyas agrupaciones llama *ciudades* el Historiador Sagrado; y Noé, ayudado de su familia, construye un buque en que librarse del diluvio. Después de este, los hombres de Sennaar intentan erigir un monumento colosal que perpetúe su memoria, y recuerde su común origen á las futuras generaciones. La narración genesiaca indica con toda claridad que las artes é industrias más ne-

cesarias para la vida social, eran conocidas antes del diluvio, y permite sospechar que algunas de las útiles (entre ellas la escritura fonética), y ciertos conocimientos de las ciencias naturales, eran ya patrimonio del hombre en aquella época, dada la rapidez con que se presentan después de la gran catástrofe. Así que, el mismo Moisés habla, como cosa natural, sencilla y muy conforme con lo que se refiere á su pueblo, del imperio de los Egipcios, y describe el origen del de Babilonios y Caldeos. Sirva esto de general y anticipada respuesta á los argumentos que de la pre-historia ó proto-historia suelen deducirse contra la narración mosaica.

IX.

C.=Ahora, si V. gusta, tomemos la pala y el azadón y á registrar cuidadosamente los archivos de la naturaleza.

R.=¿Tendremos que cavar muy hondo?

C.=No señor; los terrenos primarios, debidos al enfriamiento sucesivo de la superficie de la tierra, llamados rocas cristalinas, como el granito, el pórfido y la sílice, no nos darán juego ninguno, por lo cual reciben el nombre de azóicos. Es verdad que, según Zimmerman y Figuier, se han

sorprendido huellas de ciertas aves en algunas de estas rocas; pero esto solo prueba que tales rocas son debidas á erupciones de la masa incandescente de la tierra en épocas posteriores á la aparición de la vida, en las que han podido posarse algunas aves antes de su completo enfriamiento. Los secundarios, formados de los *detritus* de los primarios por la acción constante de causas meteorológicas, como las arenas, arcillas, gneis, y margas, tampoco han de hablar muy alto en el asunto que nos ocupa. Los terciarios, formados por sedimentación de las aguas del mar y de los lagos, y consistentes en *stratus* de carbonatos y sulfatos de cal, y grandes depósitos de sal gemma ó común, nos darán bastante que hablar y que discutir. Los cuaternarios constituidos con los *detritus* de todos los anteriores, más muchos despojos de animales y plantas, que forman lo que se llama *humus* ó mantillo, y vulgarmente, légamo ó cieno, los tenemos á la vista y podremos removerlos con facilidad. Con que ya vé V. que no hemos de llegar á la masa incandescente de la tierra con riesgo de chamuscarnos ó de freirnos.

R.=Comencemos pues.

C.=Colocado el hombre, solo y abandonado á sí mismo, enfrente de la ruda y salvaje naturaleza, no pudo disponer de otros medios para empezar

á vencerla y explotarla que los que ella misma le ofrecía: levantar un pedrusco del suelo y desgajar una rama de un árbol; tales fueron sus primeras armas, tales los primeros instrumentos de su industria y labor.

R.=Parece indudable.

C.=Por esto, la Paleontología divide la historia primitiva del hombre en tres grandes *edades*: La edad de piedra, que comprende dos periodos; piedra tosca, y piedra pulimentada: La de bronce, y la de hierro; inaugurándose con esta la vida de la civilización.

R.=¡La edad del bronce antes que la del hierro! siendo aquél una aleación de dos metales que no abundan mucho en la naturaleza, y encontrándose este á puntapiés en toda la superficie del globo. O el hombre fué demasiado listo para descubrir y alear el cobre y el estaño, ó anduvo excesivamente torpe en lo de conocer y aprovecharse del hierro ¡Hum!

C.=Así está registrado en los archivos de la naturaleza; y ante la majestad de su testimonio...

R.=No hay sinó bajar la cabeza. Pero acaso esos renglones estuviesen un poco borrosos, y no hayan sido interpretados con exactitud. El bronce es poco oxidable por la acción del aire y la humedad, y se conserva mucho tiempo depositado, ó sepultado, en la tierra: el hierro es atacado inme-

diatamente por dichos elementos, y convertido en polvo por el orín; y así, puede en muchos casos suceder que, siendo los instrumentos de hierro más antiguos que los de bronce, no se hallen sinó en terrenos más modernos. En las ruinas de Herculano, los objetos de bronce se hallan en toda su integridad, y algunos conservan aún su brillo; mientras los de hierro están completamente deteriorados, y muchos han sido destruidos.

C.=¿Se empeña V. en que la edad del hierro haya precedido á la del bronce?

R.=Yo no me empeño en nada, porque no tengo ningún interés en la cuestión; pero me molestaban ciertos escrúpulos, y he querido descargar mi conciencia. También me parece que eso de las tres grandes edades no ha de tomarse en un sentido absoluto, sino muy relativo, y así creo yo que lo entienda la ciencia: 1.º Porque, como no todas las razas, naciones ó pueblos marchan á la par por las vías del progreso y de la civilización, debió suceder que una agrupación humana cualquiera se hallase en la edad del hierro, mientras otra, ú otras, permanecían en la del bronce, ó en la de la de piedra. 2.º Porque después del descubrimiento y uso de instrumentos más perfectos, debió conservarse aún por largo tiempo el de los menos perfectos; los instrumentos de piedra en la edad del bronce, y estos en la del hierro; y que así ha

sucedido, consta por los descubrimientos realizados en los sepulcros, y otros monumentos pertenecientes á naciones ó pueblos muy adelantados en el camino de la civilización, y que ya conocían casi todos los materiales de la industria humana. Pero, ¿ha sido muy larga la duración de cada una de esas edades?

C.= Todos los *documentos* que á cada una de ellas se refieren lleva una fecha remotísima.

R.= ¿Cuál?

C.= La de los terrenos en que han sido hallados.

R.= ¡La de los terrenos! Luego, la joya y el estuche han de ser, por fuerza, contemporáneos.

C.= Seguramente.

R.= Pues qué ¿no padecía la tierra en aquellas edades ataques epilépticos, ó fuertes conmociones nerviosas, que alterasen más ó menos profundamente su costra sólida, produciendo hundimientos y levantamientos, cambiando en todo, ó en parte, el sitio de los mares y lagos, torciendo el curso de los ríos, trasportando los terrenos de una parte á otra, mezclándolos entre sí, y haciendo mudar de dirección sus diferentes capas? Y ¿no sufrirían la misma suerte algunos restos de animales ó de hombres, y ciertos objetos de la industria humana? Sí, todo eso padecía la tierra en aquellas edades, y conserva aún de ello vestigios que no pueden borrarse.

C.=Luego V. niega todo valor cronológico al testimonio de los diferentes terrenos?

R.=Nada más lejos de mi ánimo. ¿Qué sería entonces de la paleontología? ¿Qué sabríamos de la historia de los seres vivientes, anterior á la aparición del hombre sobre la tierra? No; yo no quiero quitar, ni disminuir el valor del testimonio producido por los terrenos, no quiero menoscabar los derechos de la ciencia. Lo que quiero, lo que me propongo es negar todo valor, ó por lo menos, todo carácter demostrativo á los argumentos del preadamismo positivista; lo cual es cosa muy diferente. La ciencia paleontológica parte de las leyes de la naturaleza, y funda sus conclusiones en hechos constantes y universales. El preadamismo positivista no aduce, comunmente, sino hechos particulares ó extraordinarios, que deben lógicamente explicarse por causas también particulares y extraordinarias. ¿Quién se atreverá á negar, por ejemplo, que la vida vegetal y animal existió en la época terciaria, ó que á ella pertenecen los grandes mamíferos de las cavernas? Pero ¿hemos de admittir la existencia del hombre terciario porque se hayan encontrado algunos restos del esqueleto humano incrustados en una roca caliza? Queden pues, á salvo los derechos de la ciencia, pero no hay que confundirla con el positivismo.

C.=Pero V. escribe el comentario antes de conocer el texto.

R.=No, señor; yo establezco principios muy científicos y por lo tanto racionales: si contra ellos vienen á estrellarse los razonamientos del positivismo, no será mía la culpa.

C.=Será la gloria. Pero permítame V. que exponga algunos hechos de diferentes clases, cuyo testimonio producen los positivistas en abono de su..... ¿de su qué? digámoslo así, de su tesis.

R.=Cuantos V. quiera.

C.=El primer hecho no es un hecho particular ó aislado, sino una serie constante y no interrumpida de hechos, cual se requiere para fundar una tesis verdaderamente científica en el campo de la paleontología.

R.=¡Caramba!

C.=Hé aquí el hecho y el argumento expuestos con toda sencillez y claridad: Es indudable que el hombre primitivo se sirvió exclusivamente de armas y utensilios de madera y piedra tosca. Luego su estado era el salvajismo; pues los pueblos civilizados emplean otros materiales, y se sirven de instrumentos más perfectos. Ahora bien; siendo tan lento el *processus* del salvajismo á la civilización ¿cuántos miles de años necesitaría el hombre para llegar á las pirámides de Egipto, á los muros de Babilonia, ó si quiera, al campo de Sennaar?

R.=El hecho es una gran verdad, y el argumento una gran..... simpleza. La consecuencia vendría á estrellarse contra los principios sentados anteriormente, si no fuera porque se pierde de vista. El salvajismo no consiste en que el hombre, en un momento dado, se halle desprovisto de medios y recursos más ó ménos perfectos, para vencer y explotar á la naturaleza: estos ha de adquirirlos poco á poco con el tiempo, la industria y el trabajo. Pues qué ¿se podría exigir que el hombre primitivo usase carabinas Remington, ó se sirviese de porcelana de Sevres? El salvajismo consiste en la carencia ó falta de desarrollo en las facultades físicas, intelectuales y morales, cada cual en relación con su objeto propio, y ordenadas todas al fin común de la vida. ¿Cuántos años tardaría el hombre primitivo en llegar á la civilización egipcia ó caldea? Si su condición natural era el salvajismo, no menos de cincuenta ó cien mil años, que exigen algunos positivistas; mas yo me atrevo á sospechar y aun á creer que, ni habría llegado todavía, ni llegaría jamás.

C.=¿Por qué razón?

R.=Porque la experiencia de los tiempos históricos (que son ya bastante largos) nos demuestra que un pueblo salvaje no se civiliza, si no se le inoculara ó trasfunde la sangre de otro civilizado; en este caso, si resiste la operación se civiliza y

vive; si no la resiste, ó la rechaza, perece. Pero si el estado primitivo del hombre era el de perfecto desarrollo de sus naturales facultades, no necesitaría mucho tiempo para tocar el punto señalado por nuestros adversarios: quizá ocho ó diez siglos serían suficientes. La doctrina que considera el salvajismo como el estado natural y originario del hombre, consecuencia necesaria del preadamismo evolucionista, está hoy desechada por la generalidad de los sabios, con Schelling á la cabeza, quienes le consideran como una decadencia, ó más bien, como una *degeneración*: y á la agrupación salvaje como una rama desgajada del árbol frondoso de la humanidad, que, privada de la savia vivificante, languidece primero, y acaba por secarse del todo y perecer. Y decimos agrupación, porque los hombres salvajes no forman sino tribus, los bárbaros ejércitos; y solamente los civilizados forman naciones ó pueblos, organismos sociales perfectos, en que cada parte contribuye á la vida común, y á la vez participa de ella y de ella vive; siendo la disgregación de algunos, ó de muchos, causa de muerte inevitable para ellos.

C.—Siendo la perfectibilidad propiedad esencial de las facultades humanas, el progreso es ley de la humanidad, como V. y yo hemos reconocido anteriormente: por consiguiente toda decadencia,

por lo ménos, toda degeneración es imposible, por ser contraria á las leyes de la naturaleza.

R.=En efecto: el progreso es ley de la humanidad; pero la humanidad no progresa siempre, no progresa en todas partes á la vez, ni progresa en todas las cosas. Así, mientras un pueblo se halla en el apogeo de la civilización, otro suele hallarse en lamentable decadencia; y hasta un mismo pueblo puede haber tocado la meta de los progresos materiales v. gr., y sufrir al mismo tiempo completa decadencia moral, artística, literaria, ó militar. Esto es un hecho histórico que salta á la vista. Y es que la humanidad es un sér libre, y en consecuencia, usa de sus facultades como quiere, y no siempre recta y ordenadamente, estando además sujeta á la influencia de las pasiones propias de su naturaleza y á la de las circunstancias y condiciones exteriores, á veces, puramente fortuitas. Yo tengo para mí que la civilización empezó á desarrollarse en las llanuras, donde el hombre pudo dedicarse con más facilidad al ejercicio de las artes pacíficas; así como la guerra debió comenzar en las montañas, donde los cazadores de fieras, envidiosos de la suerte de sus vecinos, se convirtieron en ladrones; pasando á llamarse conquistadores cuando se establecieron en el país de los vencidos, los dominaron y se aprovecharon de sus progresos en el

camino de la civilización. De esta manera, poco más ó ménos, nos refiere Moisés el origen del gran imperio Babilónico.

C.—De esa manera ya se comprende la decadencia y aun la degradación de ciertas porciones de la humanidad. Los Aryas, por ejemplo, se separaron de los pueblos del Asia central, bastante adelantados en el camino de la civilización, y se extendieron por el norte y centro de Europa, formando, á lo que se cree, ó se ha creído mucho tiempo, sus primeros pobladores. Es indudable que consigo llevaron ciertos gérmenes y principios y muchos productos de la civilización asiática. Pero obligados á luchar sin tregua ni descanso con los grandes paquidermos y terribles carniceros, que infestaban el país y les disputaban su imperio, no pudieron dedicarse al ejercicio de las artes: las armas, los vestidos y utensilios domésticos se fueron poco á poco consumiendo, sin que pudieran sustituirlos con otros iguales ó más perfectos: entonces los mismos hombres que quizá en su país originario se habían servido de instrumentos de bronce ó de hierro, se vieron en la necesidad de echar mano de la madera y de la piedra sin pulimentar. Además, la instrucción se iría olvidando, perdiéndose las tradiciones, y haciéndose la vida más difícil y menos perfecta, vida de verdadera decadencia. Una circunstancia se ne-

cesitaba para llegar á la degradación: el que hubieran sido vencidos por sus formidables adversarios: en este caso hubiéranse dividido en pequeños grupos ó tribus, y habría n muerto para la vida de la civilización.

R. = ¿Es hipótesis, ó historia?

C. = Los positivistas lo verán, ó hablando con exactitud, nos lo dirán.

R. = Si la humanidad no es más que materia, sus leyes históricas han de ser mecánica pura.

C. = Yo convertiría la frase en provecho del positivismo de la manera siguiente: la ley histórica de la humanidad, la que preside á la formación y desenvolvimiento de las sociedades y al progreso de la civilización, no es sino mecánica: luego la humanidad no es sino materia.

R. = ¿Mecánica pura?

C. = El predominio de la fuerza mayor. La familia es absorbida por la tribu, esta sojuzgada por el reino, el reino sometido por el imperio: y los imperios ó grandes asociaciones humanas, como quiera que se las llame, se destrozan fraternal y cariñosamente en guerras continuas, llevándose la gloria del triunfo y el botín de la victoria, no el que tiene mejor derecho, sino el que dispone de mayor fuerza. «*Quia nominor leo.*» ¿No es esto la *lucha por la existencia* en la que el fuerte prevalece siempre sobre el débil? La ley de la *Histo-*

ria humana ¿no es la misma que la de la historia natural?

R.=Luego el hombre no solo es naturalmente salvaje, sino eternamente bestia.

C.=Máquina, máquina.

R.=Mas, una pregunta muy sencilla ¿esa fuerza mayor que prevalece siempre sobre la menor, obra de una manera ciega y fatal, ó es dirigida y ordenada por una inteligencia, y obedece á una voluntad? Porque en este caso resultará que las leyes de la mecánica son aplicadas por un maquinista á la formación y desenvolvimiento de las sociedades humanas y al progreso de la civilización.

C.=¿Quién es ese maquinista?

R.=El hombre, que, sirviéndose de sus propias fuerzas y de los recursos que le suministra la naturaleza, realiza estos fines.

C.=Muchas veces sin intentarlos, y no pocas sin preverlos: lo cual prueba.....

R.=¿Qué?

C.=La intervención en la historia de un poder superior que ordena los acontecimientos humanos á esos fines remotos que el hombre no intenta, ni siquiera le es dado prever.

R.=¡Ah! El Providencialismo.

C.=Sí, señor: Porque si el orden físico y material del universo exige la intervención de una inteligencia que dispone, y de un poder que ejecuta, mu-

cho más exigirá estas cosas el orden histórico y moral, que consiste en el enlace y coordinación entre sí, y con relación a ciertos efectos, de las acciones libres del hombre, sin menoscabo de su libertad. O no existe el orden en la historia, y es un mito la ley del progreso, ó la inteligencia y la libertad humanas no pueden ser los *únicos* factores.

R.=Ya hemos convenido en que el hombre es naturalmente perfectible.....

C.=Sí, pero no logra su perfección de una manera necesaria y fatal, como el germen depositado en las entrañas de la tierra se convierte en árbol frondoso, sino que necesita usar *debidamente* de sus facultades, esto es, con sujeción á ciertas condiciones y leyes, que le han sido impuestas, pero cuyo cumplimiento depende de su libre voluntad. El conjunto de estas condiciones y leyes, pertenecientes al orden físico, intelectual y moral, es lo que llamamos la providencia ordinaria de Dios.

R.=Si el hombre es por naturaleza un sér perfectible, progresivo y providencial, se concibe perfectamente que su estado primitivo sea el de la civilización ó perfecto desarrollo de sus facultades con relación á su objeto, y ordenadas á los fines parciales de la vida y al fin total de la humanidad, que alguno debe tener, sea el que fuere. En tal caso, el uso de los instrumentos de piedra tosca ó

pulimentada no será una prueba de salvajismo originario. Pero quizá puedan servir dichos instrumentos, relacionados con los de bronce y hierro para tejer la cronología de la vida de la humanidad sobre la tierra, de una manera más ó ménos próxima ó remota.

C.=Ni próxima, ni remota. Ya hemos dicho que estas épocas ó edades, lejos de tener cada una su período fijo y determinado, se embuten las unas en las otras, se invaden y casi se compenetran. Los instrumentos ó utensilios de diferentes materiales son muchas veces coetáneos. Hé aquí algunos hechos: El escritor inglés Colt Hoare en su obra sobre las antigüedades de Wiltshire nos describe 250 túmulos (tumuli) (1) todos correspondientes á la misma época, habiendo hallado instrumentos de piedra exclusivamente en 18, y metálicos en 78. El preadamista Sir John Lubbok (L'homme avant l'histoire) ha examinado 139 túmulos, que reconoce pertenecer á la época primitiva de la vida humana, en los cuales se hallan mez-

(1) Los túmulos, ó *tumuli* son pequeñas colinas artificiales de pedruscos ó tierra, construidas para conservar los restos y la memoria de los difuntos. Pertenecen á una época remotísima, según la edad de los diferentes pueblos. Se han hallado en Europa, Asia y América, es decir, en todas las regiones del mundo suficientemente exploradas; siendo, por lo ménos, un indicio de la unidad de origen del hombre.

clados los utensilios de piedra, bronce y hierro; de donde infiere «que no es posible conocer con certeza la edad de un túmulo por el material de los instrumentos que contiene.» En los campos de Marathón se hallan aun flechas con punta de sílice; y de las mismas se servían, según Herodoto, muchos soldados de Jerjes. En los sepulcros de Egipto se encuentran frecuentemente cuchillos y otros objetos de piedra junto á las momias de época muy reciente. Los Hebreos los usaron durante mucho tiempo, y los árabes los usan en nuestros dias. El naturalista inglés John Keast examinó una mina del monte Sínai en 1868, habiendo hallado una inscripción en que consta que era explotada 17 siglos antes de nuestra era: en ella había instrumentos de piedra, cuya figura se acomodaba perfectamente á las cortaduras de la roca. Así que, «esta teoría (de la sucesión cronológica de los instrumentos de que se ha servido el hombre) está ya desechada por los sabios de las más opuestas tendencias.» (Reusch: *La Nature et la Bible.*)

R.= Es decir, que ha pasado á la categoría de cursi.

X.

R.=Mas quizá el estudio de los terrenos donde están depositados los diferentes objetos de la industria ó del uso del hombre, pueda ilustrar la cronología de la vida humana desde su origen y primeras manifestaciones: si no sirve la joya, acaso sirva el estuche.

C.=El estudio de los terrenos, hecho con imparcialidad, sin apresuramiento, y con el ánimo libre de pasiones, puede contribuir poderosamente á iluminar los primeros pasos de la humanidad por los caminos de la civilización, y decirnos *algo* acerca de su cronología: pero, estudiados de esta manera no hablan nunca en favor del preadamismo positivista. Atrás dejamos prevenidos, ó por decirlo mejor, resueltos y desbaratados los argumentos de esta escuela. Sin embargo, los expon-dremos y refutaremos en particular.

R.=No estará de sobras.

C.=Pues, allá vá el primero y más general: En los terrenos terciarios se han hallado, y se hallan con frecuencia, hachas, martillos, cinceles, raspadores, puntas de lanza ó de flechas, cuchillos y otros instrumentos, todos de piedra, como también muchos objetos de alfarería tosca, y no pocos

huesos humanos: Luego, el hombre existió en la época terciaria.

R.=Si la joya y el estuche fueran contemporáneos....

C.=Pero como no siempre lo son se lleva el aire la consecuencia. Aparte lo dicho acerca los cambios que ha sufrido la supercie, ó costra sólida de la tierra, mezclándose y confundiéndose los terrenos, y por consiguiente, los objetos en ellos depositados, que es la principal solución al argumento positivista, tenemos otras dos observaciones, que vienen á desvirtuarle por completo: 1.^a Los terrenos terciarios, formados por el mar y por los lagos de agua salada, estancamientos accidentales del mar en varios puntos del globo, no son coetáneos: porque, ni el mar se ha retirado á la vez de todas partes, ni los lagos se han secado, ó cambiado de lugar, al mismo tiempo: y así, la ciencia geológica reconoce hoy terrenos terciarios de fecha posterior á los cuaternarios en que vive el hombre: 2.^a Los objetos de la industria humana, y demás vestigios del paso del hombre por los terrenos terciarios, no se hallan en los eocenos (primitivos ó más antiguos), ni en los miocenos (medios), sino solamente en los pliocenos (de última formación), que se mezclan y confunden muchas veces con los cuaternarios. Por estas razones, el positivista Carlos Vogt (Discurso pronunciado en el Congreso prehistórico de Bolonia

1871) concluye que «no es posible determinar la época de la aparición del hombre, ni su antigüedad, por las osamentas humanas descubiertas en los terrenos terciarios.» Por lo mismo, la cuestión del «hombre terciario» debatida con tanto acaloramiento hace pocos años, está ya completamente olvidada por los hombres de ciencia.

R.=Pues, *causa finita*.

C.=O sobreseida por falta de *méritos*.

R.=Es lo mismo. Otro argumento.

C.=En las turberas (depósitos de vegetales, mezclados con cieno, y carbonizados por la humedad y las acciones químicas) se tropieza con los susodichos objetos á una profundidad hasta de treinta piés, como ha sucedido en una turbera del valle de *La Somme*. Y, como, según las observaciones y cálculos de la ciencia, se necesitan «1.000» años para cada pie de espesor.....

R.=Claro..... el género humano cuenta, por lo menos, «30.000» años..... y un día.

C.=A la misma profundidad; en una turbera cerca de Croninga (Holanda) se ha encontrado una moneda..

R.=¿Del rey que rabió?

C.=Poco menos: del emperador Gordiano.

R.=Luego, ó la turbera es posterior á Gordiano, y solo cuenta 17 siglos, ó la moneda vino á parar á la turbera unos «28.700» después de la formación de esta. De todas maneras.....

C.=Se lucen los positivistas con su modo de discurrir. También se han descubierto turberas de diez piés de espesor sobre algunas vías romanas, cuyo desuso no puede subir más arriba de «1.500» años. Y sabe Dios, porque dichas turberas no tienen «20» «40» ó «100» piés de espesor; quizá no por falta de tiempo, sino de materiales, de humedad, de calor ó de otras condiciones; pues como dice el insigne naturalista y decidido partidario del preadamismo, M. Lyell, en su obra tantas veces citada: «La formación de la turba es extraordinariamente variable, y se han visto bosques enteros, destrozados por los huracanes, convertidos en turba, que podía ser perfectamente explotada, en menos de medio siglo.» Sirva este irrecusable testimonio de fin y coronamiento á nuestra argumentación.

R.=Y las estalagmitas, bajo las cuales se han hallado instrumentos de la industria humana ¿no podrían servir de base á una cronología?

C.=La formación de las estalagmitas (concreciones calcáreas, de figuras caprichosas, debidas á la infiltración del agua en ciertas cuevas), dice M. de Nadaillac, es, por lo regular, muy lenta, pero sumamente variable: depende de la cantidad de carbonato de cal que contengan las aguas, del calor, de la acción del aire y de otras circunstan-

cias. Se han visto objetos cubiertos de una costra caliza en muy pocos días.

R.=De suerte que por este lado.....

C.=No adelantamos nada.

R.=¿Y los deltas?

C.=¡Ah! Los deltas (islas ó aglomeraciones de arena y cieno que forman los rios en su desembocadura) ofrecen fenómenos muy curiosos en los fastos de la ciencia..... preadamista. M. Girard. de la expedición francesa á Egipto, ha calculado que el delta del Nilo sube á razón de «12» centímetros..... por siglo.

R.=¡Doce centímetros, precisamente!

C.=Bien medidos y bien contados. A «18» metros de profundidad se ha tropezado con un ladrillo.....

R.=Que debía haber estado allí tranquilamente durmiendo por espacio de «15.000» según el cálculo del ilustre geólogo.

C.=Cierto. Pero es el caso que el no menos ilustre M. Lyell nos cuenta que ese ladrillo lleva una inscripción cuya fecha no puede remontarse á más de «4.000».

R.=Diferencia: «10.000» y un piquito: cantidad que se desprecia en el Álgebra positivista.

C.=No es esto lo más chocante: Se han descubierto fósiles humanos en el delta del Missisipí y en algunos otros: también antiquísimos; según algunos geólogos estos fósiles exigen un período

de «60.000» años; y según otros «3.000» ó «4.000» solamente.

R.=Pues, no cabe duda que vibran al unísono los órganos de la ciencia.

C.=Y marchan isócronos sus relojes. Puede V. ir formando el calendario.

R.=No podría formar ni el de mi pueblo; porque he visto que el arroyo que fertiliza su campiña, acumula más cieno y arena en un día de aluvión que en mil de serenidad. Pero, acaso en otras partes no rijan las mismas leyes..... de la naturaleza.

C.=Tiene el positivismo preadamista en el valle de La Somme (cerca de Abeville) un documento fehaciente, irrecusable, de la portentosa antigüedad del hombre, no sepultado en los hondos archivos de la tierra, sino en la superficie, á la vista de todo el mundo.

R.=Estudiémosle, pues.

C.=El río de este nombre, cuyo lecho está formado de una roca caliza (sulfato de cal, ó yeso), se desliza hoy á «100» piés de profundidad bajo su nivel primitivo.

R.=Y eso ¿cómo se sabe?

C.=Porque tal es la altura de sus márgenes, formadas de arena fina, guijarros y despojos de vegetales.

R.=Muy bien.

C.=La formación de estas márgenes es debida al trabajo continuo, sucesivo y muy lento de las aguas para abrirse su lecho actual.

R.=Conque, *sucesivo y muy lento*.

C.=Sí, señor; porque las arenas, guijarros y restos de plantas, presentan indicios y señales clarísimas de no haber sido removidos jamás, ni de haber experimentado cambios ó trastornos de ningún género.

R.=Pse..... eso prueba que no han sufrido trastorno desde que están allí; pero, quizá allí por virtud de alguna causa que haya obrado rápidamente. Mas, esto aparte ¿cuántos años habrá necesitado ese río para cavarse un lecho tan profundo y guarecerse con una muralla tan alta?

C.=¡Quién sabe! El descenso del lecho en los demás ríos es inapreciable, y lo mismo sucede actualmente en el de La Somme.

R.=De suerte que habrá necesitado.....

C.=Muchas centenas de millar de años (*plusieurs centaines de milliers d'années.*)

R.=¿Seiscientos ú ochocientos mil años?

C.=Tal vez. Añádese que al nivel actual del río se ven turberas, cuya formación, según M. Boucher de Perthes, no exige menos de 30.000.

R.=Un piquito respetable. Pero, hasta ahora, no he visto el argumento.

C.=En las márgenes á «30» piés de profundidad

(70 de altura) en el lecho actual del río y en las turberas del valle, se han descubierto osamentas fósiles de los grandes mamíferos terciarios.....

R.=Lo cual prueba la portentosa antigüedad de estos animales.

C.=Mezcladas con instrumentos de piedra: lo cual prueba la del hombre.

Ajajá. Ahora veo claramente la fuerza del argumento preadamista. Pero ¡vaya si es obtuso de genio y duro de mollera el pobre género humano, ó pesado y flojo para caminar por las veredas del progreso! Cerca de «1.000,000 de años (ó acaso más) en la edad de la piedra, y precisamente de la piedra tosca, como quien no dice nada, en el estado salvaje más completo!!! Me temo que le vá á suceder con el civilizado lo que al andariego Aquiles con la tortuga de Pirrhon: no alcanzarle nunca.

C.=Ya está en él.

R.=Lo cual prueba que sus comienzos no han sido los que le asigna el preadamismo. Así como no hay constitución física, por robusta que sea, que pueda resistir una enfermedad prolongada indefinidamente, así la constitución físico-racional del hombre no hubiera podido tolerar tan largo período de salvajismo: hubiera perecido indudablemente: hubiera sucumbido sin remedio en la lucha incesante con los animales, con los elementos de

la naturaleza, con los escasos recursos para la vida; y principalmente, por la falta de organización social, condición indispensable del progreso. Por otra parte, hay que conceder siquiera alguna centena de millar de años á la edad del bronce, y poco más ó menos á la del hierro: con lo cual el género humano vá á resultar más viejo de lo que á los preadamistas pudiera convenirles. *Pas de zele*, caballeros; que á veces la *ciencia* se trasforma en mitología.

C.=La ciencia.....

R.=Dejo de cuenta de V. la contestación científica: yo hablo en nombre del sentido común; y cuando una cosa me parece inverosímil, vuelvo suavemente el rostro y digo con el poeta del Lacio: «*Quodcumque ostendis mihi sic incredulus odi*». Sin embargo, me alegraría conocer la causa de un fenómeno tan singular, y por lo mismo, tan extraordinario.

C.=V. acaba de resolver la dificultad.

R.=¡Yo!

C.=Sí, señor; «*Fenómeno singular y extraordinario*» ha dicho V. Luego procede de una causa singular y extraordinaria; pues las ordinarias y comunes producen efectos comunes y universales. En efecto: el río de La Somme ha sabido proporcionarse un lecho de «100» piés de profundidad, mientras otros rios tan antiguos como él, y

que se deslizan, como él, sobre terrenos calizos (los de la Dordoña, por ejemplo) no han logrado esta fortuna. Luego, La Somme la posee por virtud de un privilegio especial y de una causa extraordinaria. Y como estas causas no están sujetas á cómputo, el hecho no puede servir de base á ninguna cronología.

R.=La contestación no admite réplica: el argumento lleva consigo la solución. Pero, ¿cuál puede haber sido la causa extraordinaria?

C.=No me importa; me basta saber que ha sido extraordinaria. Diré, no obstante, que, según algunos geólogos, la profundidad del lecho se debe á un hundimiento repentino del terreno, y las arenas y guijarros de las márgenes á una invasión de las aguas del mar: según otros, el fenómeno puede explicarse por la acción constante y más ó ménos rápida del fuego central: y según la teoría del ilustre Lagrange, la influencia magnética del Sol sobre nuestro planeta bastaría para producir este mismo fenómeno en dos ó tres millares de años. Mas, acerca de este punto, allá se las entiendan los sabios.

R.=Corriente.....

C.=Tratemos de la época glacial. Es indudable que en las regiones centrales de Europa, especialmente en Francia é Italia, ha existido una época de frío extraordinario, que hacía imposible la vida de los

animales y plantas que las pueblan en la actualidad. En este tiempo debieron perecer los grandes mamíferos de la época terciaria, después de haber sido contemporáneos del hombre.

R.=¿Y por qué es indudable todo eso?

C.=Porque hay hechos que lo ponen fuera de duda. Las existencias de ciertas conchas en las riberas de nuestros ríos, que, solo se producen hoy en las regiones glaciales. Los restos fósiles de cuadrúpedos, propios de los países cercanos al polo. Y singularmente, las *morenas*, aglomeraciones de fragmentos de rocas, tierra y restos vegetales, y los *bloques*, grandes pedruscos de diversa configuración y naturaleza. Estos productos han sido arrancados de las montañas por las grandes masas de hielo, y abandonados acá y acullá por el valle y la llanura, á gran distancia de su origen, al verificarse la fusión.

R.=¿A mucha distancia?

C.=Los ventisqueros de los Alpes se han extendido hasta doce leguas, en general, y en ciertos sitios estrechos hasta sesenta.

R.=La distancia no es incomensurable.

C.=Pero el tiempo ha debido ser un poco largo; porque las masas heladas solo han ido ganando el terreno por virtud de la fuerza expansiva que resulta de la congelación.

R.=¿Otra cronología como la de *La Somme*?

C.=Aquella contaba por centenas de millar de años: esta por millares de siglos.

R.=¿Muchos millares?

C.=Muchos, sí, señor, aunque no se puede decir cuántos.

R.=¿Qué lástima! Porque sumando el tiempo de la época glacial con el que el hombre vivió antes de ella, y con lo que ha vivido después..... justitos y cabales los años de existencia que lleva sobre este miserable planeta.

C.=La duración del período que precedió á la época glacial, como igualmente la del que la ha seguido hasta nuestros días, no pueden ni siquiera conjeturarse por falta de datos.

R.=Y ¿cómo se prueba que cuando sobrevino la época glacial existía ya el hombre?

C.=En unos bancos de arena de Suecia, cubiertos de bloques, se han hallado sepultadas, á bastante profundidad, una barca pescadora y una cabaña, ambas muy bien construidas.

R.=¿Feliz hallazgo!

C.=Amén de otros vestigios y señales de la pre-existencia del hombre al dilatado invierno de *¡muchos millares de siglos!*

R.=¿Cuando yo digo que la *ciencia* se convierte á ratos en mitología!

C.=M. de Charpentier, que pasó su vida en la región de los Alpes, y estudió profundamente estos fenó-

menos, afirma resueltamente (*Essai sur les glaciers*) que bastan 700 ú 800 años fríos y lluviosos, como los que trascurrieron entre 1812 y 1818, no solamente para la explicación de ellos, sino para llevar los ventisqueros del Ródano hasta el Jura y el país de Gex (Suiza). En el mismo año de 1812 adelantaron de tal manera los hielos de los Alpes, que toda la comarca se llenó de terror.

R. = ¡En un año!

C. = En un año. Más decisivo es el hecho que trae á la cuestión M. de Nadaillac (*L'ancienneté de l'homme*). La Groelandia era en el siglo «XIV» un país floreciente: contaba una série de «17» obispos, poseía á la sazón dos iglesias catedrales y varias parroquias. Hoy es inhabitable: pues los hielos la ocupan enteramente, llegando hasta el mar, en el que se precipitan, flotando después en grandes masas sobre las olas.

R. = Sería curioso saber algo acerca de la causa de un fenómeno tan extraordinario. ¿Sería astronómica? En este caso, parece que sus efectos debieran haberse extendido á toda la tierra. ¿Sería física? Pero ¿cuál pudo ser esa causa física tan poderosa que influyó en tan dilatadas regiones con tanta intensidad y por tanto tiempo? y qué circunstancias acompañaron y favorecieron ó retardaron su acción? y cómo, cuándo y por qué ha desaparecido esa causa y con ella sus terribles efectos?

C.—De todo eso no se sabe nada; y aquí está precisamente el eterno sofisma del positivismo: en atribuir la lentitud y regularidad con que obran las causas ordinarias y comunes en circunstancias también comunes y ordinarias, á las causas extraordinarias y desconocidas, que han obrado en circunstancias á la par desconocidas y extraordinarias. Y ¿quién sabe, si, además de la causa que asigna la ciencia á determinados fenómenos, no han existido también otras, que no se conocen, ó habrán ejercido su acción bajo la influencia de leyes que ignoramos? Preciso es, pues, confesar que en la mayor parte de las ocasiones la ciencia no suministra los datos necesarios para resolver el problema.

R.—Eso ya lo hemos dicho; y es verdad.

✦ FIN. ✦

ÍNDICE

PRIMERA PARTE.

Páginas

Dedicatoria-Prólogo..... V—VIII

I.

La escuela del Lugar.—La oración primera de activa.—Ejemplos.—El mundo es una cosa hecha (término de la acción).—Díos, sujeto agente.—Las especies vivientes han tenido principio, lo mismo el mundo inorgánico.... I

II.

La verdad no es patrimonio de una clase social.—La oración primera de activa es enunciación del principio de causalidad.—Toda acción presupone una causa consciente.—Inercia de la materia.—Necesidad de un primer motor. 10

III.

Se indica la objeción científica.—La ciencia incrédula y las primeras palabras del Génesis.—Esfera respectiva de la ciencia y de la fé.—Ambigüedad del principio fundamental del racionalismo: Su explicación.—La razón ante el misterio.—La conciencia regla próxima de las acciones.—Fuera de la Iglesia no hay salvación.—Los niños que

mueren sin el bautismo.—Adultos que yerran de buena fé acerca de la verdadera religión..... 17

IV.

El cristianismo dentro de los límites del orden natural según los racionalistas.—Rousseau.—Si Jesús no fué comprendido por sus contemporáneos, ni lo ha sido por los cristianos en el trascurso de diez y ocho siglos..... 40

V.

El racionalismo es el hijo pródigo de la razón.—Kant destruye los fundamentos de la religión natural.—Afinidades entre Kant y los positivistas..... 48

VI—VII.

Escepticismo de Kant.—La extensión forma puramente subjetiva.—Las leyes de la naturaleza son impuestas por el entendimiento.—El tiempo según Kant.—Tránsito del escepticismo de Kant al panteísmo de Fichte.—Si toda filosofía es esencialmente crítica.—El tránsito de lo subjetivo á lo objetivo es un hecho primitivo é indemostrable, legitimado por la naturaleza del sér inteligente.—Kant niega todo valor objetivo á los primeros principios.. 54

VIII.

Las categorías según Kant son formas del entendimiento.—Los principios que de ellas se forman, funciones lógicas.—Conduce esta doctrina al panteísmo y al nihilismo pesimista de Hartman.—Los juicios sintéticos y analíticos á priori.—Su uso en Matemáticas.—La Geometría realizada en la naturaleza.—Las Matemáticas ley del mundo corpóreo..... 72

IX.

Si puede introducirse una nueva fuerza en el mundo corpóreo.—Objeción de Draper contra la espiritualidad del alma.—Energía potencial y actual.—El orden actual del Universo no es necesario.—La composición de los cuerpos. 87

X.

La divisibilidad de la materia.—El número infinito es imposible.—Diferencia entre la Aritmética y la Geometría.—Importancia de las Matemáticas..... 97

XI.

La materia del universo es limitada, luego es contingente.—El número infinito sucesivo es imposible, luego han empezado la vida y el movimiento.—Las cosmogonías ateas..... 103

XII.

Las verdades matemáticas necesitan un fundamento, que no es la naturaleza sensible ni el entendimiento humano.—Indiferencia de la materia para recibir distintas formas.—Las fuerzas de la naturaleza están dirigidas por una inteligencia.—Errores culpables.—¡El Sr. Pí Margall no descubrió á Dios con el telescopio!..... 108

XIII.

Dios existe por necesidad de su naturaleza.—Cómo de la necesidad de ser se deducen los demás atributos divinos.—La idea de Dios no es una creación del entendimiento, como quiere Renan.—El constitutivo metafísico de la esencia divina.—Los diversos atributos y la simplicidad de Dios.—El sér incomprensible y el sér desconocido.—El positivismo y el misterio..... 115

XIV.

Felicidad del creyente.—Necesidad del misterio en la verdadera religión.—El misterio, ley de la razón.—Inconsecuencia del incrédulo.—La limitación de nuestro entendimiento presupone y prueba la existencia de una Suprema inteligencia..... 131

XV.

Naturaleza y límites de la ciencia humana.—Elementos del conocimiento.—Una clasificación de las ciencias.—Excelencia de la Metafísica.—El objeto de la ciencia.—La Teodicea, ciencia real por excelencia, emplea también un método á priori..... 141

XVI.

La ciencia transcendental en sentido panteísta.—El Hegelianismo.—Consecuencias de ese sistema.—La ciencia transcendental en la visión de la esencia divina.—La visión no implica comprensión.—El Hegelianismo y el Teísmo católico.—En qué sentido se puede admitir una ciencia transcendental..... 154

XVII.

Los primeros principios se reducen al de contradicción.—Fórmula vulgar de este y su análisis.—La idea pura de ser realizada en Dios.—Hegel destruye el principio de contradicción.—Este principio es ley del pensamiento humano, mas no del divino.—Una consecuencia acerca de la prueba, llamada ontológica, de la existencia de Dios.—El origen de las ideas según la escuela tomista.—Una clasificación de las ideas.—Opinión sobre su origen..... 177

XVIII.

Conocimiento por conceptos y conocimiento intuitivo.
—La esencia numérica nos es desconocida.—La esencia y la existencia.—Las cosas en Dios y en sí mismas.—El principio de contradicción es base ó fundamento, no fuente de la ciencia.—Consecuencia contra el hegelianismo... 204

XIX.

El término ad quem de la ciencia.—Aplicación y fecundidad de los primeros principios.—Idea fundamental y primer principio del orden moral.—Fórmulas racionalistas.—La naturaleza humana no es la norma del bien.—El principio racionalista y la moral universal.—El concepto de obligación entrañado en la moral.—Sin Dios no hay moral..... 216

XX.

La doctrina expuesta no tiene afinidad con la de Kant.—Principio fundamental del orden moral “ama el bien”: Se resuelve en el primer precepto del Decálogo.—Fórmula de Krause, y su exposición.—El bien se impone á la voluntad como ley.—De la existencia del bien limitado se deduce la del Bien Sumo.—La fórmula de Krause es atea. 226

XXI.

Idea de la perfectibilidad humana según el cristianismo.—El progreso según el racionalismo.—Verdadero progreso según la moral católica.—Las órdenes religiosas... 236

XXII.

Noción y fundamento del derecho.—Kant y Hegel.—Sin moral no hay derecho, y sin Dios no hay moral.—La

noción del derecho de la escuela neo-germánica es contradictoria.—Dios principio y término del derecho.—La libertad no es fundamento del derecho..... 258

XXIII.

El derecho en la sociedad.—Sin Dios no hay sociedad posible.—La sociedad civil y la Iglesia.—Derechos del Estado en el orden puramente natural: en una nación católica; en una acatólica.—La norma de la acción social.. 275

XXIV.

Origen y límites de la ciencia Matemática.—Los juicios sintéticos en Matemáticas.—Relación entre la Metafísica y la Aritmética.—Dos palabras sobre la ciencia en el orden real..... 285

SEGUNDA PARTE.

—

I.

Idea general del positivismo materialista.—Ley de Augusto Comte..... 299

II.

Criterio positivista.—Su impugnación.—Diferentes matices del positivismo.—Epílogo de los dos primeros artículos. 317

III.

Necesidad y eternidad de la materia.—Su impugnación.—Breve epílogo de algunas de las pruebas de la crea-

ción.—La fuerza y la ley.—La pretendida seguridad de la ciencia. 331

IV.

Sistema de Laplace.—La ciencia y la Biblia.—Conclusión de Cuvier.—Algunas preguntas á los positivistas.—Orden admirable del universo por virtud de las leyes de la atracción.—Argumento en favor de la existencia de Dios.—Sistema cosmogónico de J. Debreyne. 347

V.

La generación espontánea y la evolución.—Sus relaciones con la fé y la Biblia.—La generación espontánea y la evolución imposibles según los principios positivistas.—La teoría evolucionista y el criterio práctico del positivismo, ó sea la experiencia. 364

VI.

Noción de la vida y sus diferentes clases.—Origen de la vida, según los positivistas.—La finalidad en los seres vivientes. 375

VII.

Especie, variedad, raza.—Híbridos y mestizos.—Leyes fundamentales de la evolución según los positivistas.—¿Son exactas?—La transformación del mono en hombre en el orden físico, según Darwin.—Id. en el orden intelectual, religioso y moral.—Causa física del tránsito de la sensibilidad á la inteligencia.—Semejanzas orgánicas entre el mono y el hombre.—Argumento contraproducente de los positivistas.—Se combate la transformación simio-humana.—Algunas preguntillas á los positivistas.—Ridiculez

de la progresión lenta.—Id. de los saltos bruscos.—Fijeza de las especies.—Infecundidad de los híbridos.—La transformación en la época de los terrenos azóicos..... 388

VIII.

Diferencias psíquicas y morales entre el hombre y el mono.—Solución al argumento fundado en la relación del cerebro del hombre con el del mono.—Id. al que se funda en la configuración de las extremidades del mono.—La embriología.—Edad del género humano.—Opiniones acerca de la cronología mosaica.—Fin principal del historiador sagrado.—Criterio apriorístico de católicos y positivistas.—Desarrollo simultáneo de la vida y de la civilización, según Moisés..... 406

IX.

Diferentes clases de terrenos.—Estado primitivo del hombre respecto de la naturaleza.—Las edades de la piedra, del bronce y del hierro.—La joya y el estuche.—Nullidad del argumento preadamista.—La edad de la piedra.—Si el salvajismo es el estado primitivo del hombre.—Mecánica y providencialismo en la Historia.—Los instrumentos de diferentes materiales y la cronología de la humanidad..... 420

X.

Formación de los terrenos terciarios, y objetos de la industria del hombre depositados en ellos.—Las Turberas.—Irregularidad de su formación.—Id. de las estalagmitas.—Deltas de los rios.—El lecho de La Somme.—Época glacial.—Conclusión..... 436

El presente documento es una
reproducción de los textos
originales de la Biblioteca
Nacional de la Universidad de
Córdoba, en el año 1971.

Esta obra se halla de venta á 3,50 pesetas
ejemplar en los puntos siguientes:

LEÓN.. Librería de Miñón, *Zapatería 1.*

AVILA. Emiliano G. Rubina, *Cuchillería 6.*